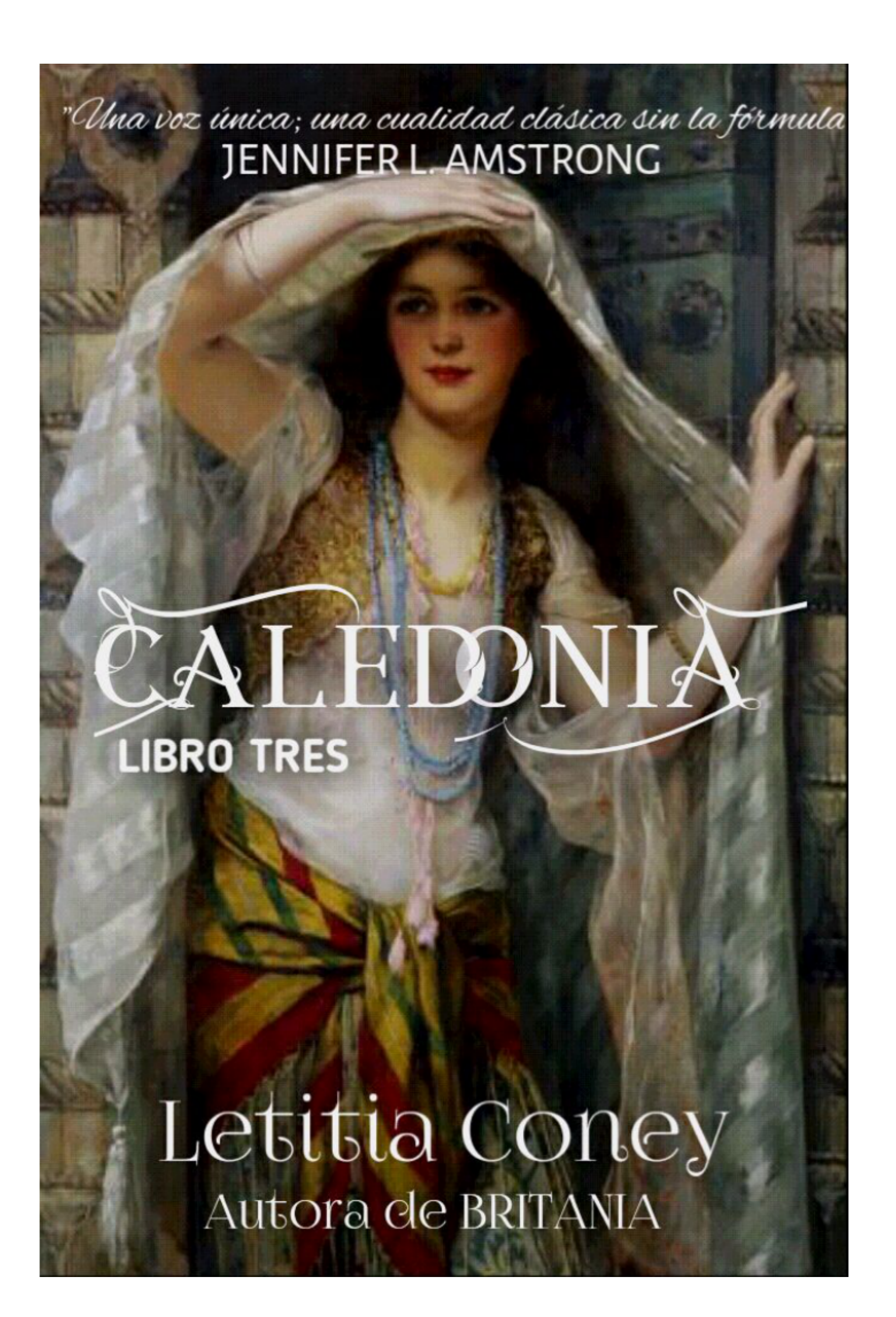

"Una voz única; una cualidad clásica sin la fórmula
JENNIFER L. AMSTRONG
CALEDONIA
LIBRO TRES
Letitia Coney
Autora de BRITANIA

Créditos

Caledonia
(versión gratuita en español. Prohibida su venta)

Publicada en Artifacs Libros
Traducción y Edición: Artifacs, enero 2021.
Diseño de Portada: Artifacs, derivada de “Safie, One of the Three Ladies of Baghdad” (1900) de William Clarke Wontner.



Obra Original: **Caledonia**

ISBN: 978 0 99 228552 4
Publicada gratuitamente en Smashwords

Sobre la Autora

Letitia Coney es australiana, madre, jardinera, ebanista, amante de los animales y ha sido publicada por 1889 Labs.

Puedes saber sobre ella en:

- Web (medialetitiacoyne.blogspot.com.au)
- Smashwords (smashwords.com/profile/view/LetitiaCoyne)
- Twitter (@LetitiaCoyne)
- Facebook
- Wattpad (LCoyne999)
- LinkedIn

Otras Obras

Todas estas obras son gratuitas y puedes encontrarlas en inglés en Smashwords o en castellano en Artifacs Libros.

__oOo__

- Piedra de Toque (Touchstone, 2012)
- Serie de Roma 1: Britania (Britannia, 2013)
- Serie de Roma 2: Hispania (2013)
- Serie de Roma 3: Caledonia (2013)
- Serie de Roma 4: Petra (2013)

______

Caledonia

por

Letitia Coney

Capítulo 1

Fuertes del Cerro, Caledonia, otoño del 83 d.C.

Motas bailaban en el creciente calor del fuego y huían hacia las sombras cubiertas de paja en lo alto. La manía brillaba en la piel y en los ojos muy abiertos de la banda de extraños reunidos, arrojando luz de fuego por la habitación y llenando el aire con el fétido olor de sudor frío y aprensión.

Calgacus, arrodillado, volvió a sentarse y llamó la atención de todos en la sala con la tranquila seguridad de un hombre que tenía el coraje de cumplir con sus convicciones. "¿Qué esperanza tienen?" preguntó. "Tenemos mayor número, corazón y pelotas." Una risita corrió por la asamblea y hubo un asentimiento general mientras se reconocía la verdad de sus palabras.

"¡La Novena Legión! Los britanos la han superado antes de hoy. Se han escondido detrás de sus muros y trincheras. Roma ha dividido sus números y se ha extendido demasiado. Y lo que es peor, nos han considerado tan débiles como ellos mismos. Han creído que no tenemos corazón para enfrentar el frío de nuestro invierno porque ellos no lo tienen."

Una vez más, un leve murmullo de acuerdo recorrió la habitación y él volvió la cabeza despacio, estudiando cada rostro, encontrándose con cada ojo. "Se aferran al calor de las tierras bajas costeras. Temen la naturaleza salvaje de nuestras montañas y bosques, pero estos son nuestro hogar y los espíritus de nuestros padres y la sangre de nuestros antepasados ya están en esta tierra. La naturaleza salvaje de nuestra isla no tiene tales temores para nosotros. No podemos evitar salir victoriosos esta noche."

Brinnie apartó su atención del líder y observó espumarse y derramarse la taza que ella llenaba. No se dudaba de él. Había sentido en cada palabra.

Los hombres que se habían reunido bajo este techo habían venido de todas partes y, con cada uno de ellos, una banda de seguidores.

No tenían lazos de parentesco ni tierra común, solo odio hacia Roma, los invasores que los querían esclavizar a todos. Habían llegado a hablar con ellos de la flota de grandes naves que habían inspeccionado las costas y llevado el poder y el terror del imperio hasta las tierras de su propia madre, hasta el mismo Craig Phadrig.

Contra la pared, junto a la puerta acortinada, su esposo estaba agachado con los ojos sobre ellos y encendidos por la necesidad. Su rostro estaba tapado por una máscara de calma entre el coraje y la aceptación y, en esta, ella leía su mortalidad.

La hora del miedo y la precaución había pasado. Hombres de todas las montañas de *Caledonia* se habían unido a la llamada de un líder y los clanes tenían un propósito: luchar o morir por su libertad. Y esta noche sería el principio del fin para su enemigo. Los romanos que dormían en la cañada de abajo morirían sabiendo que esta era una tierra que nunca poseerían.

A su alrededor, el ruido de asentimiento aumentaba mientras el líder despertaba a los hombres con palabras conmovedoras. La inquietud se agitaba en la carne que se apiñaba alrededor del fuego, y ella tuvo que concentrarse en la siguiente taza que tenía ante ella mientras esta se apartaba y oscilaba, levantando la jarra hacia atrás para evitar derramar cerveza sobre la tierra compacta del suelo.

"Así que, a ello." El grito fue alto y ella se volvió de nuevo para encarar a la carismática figura que los tenía a todos comiendo de su mano. “Esta noche tenemos un tercio completo de ellos yaciendo borrachos con los cuellos extendidos. Aquellos que quieren sentarse con los ancianos y los enfermos; los que quieren esconderse debajo de las camas de sus hijos; los que quieren vivir para contar la historia como si fuera suya, que se queden atrás. Aquellos que quieran llevar su sangre a la gloria de nuestra patria, que se unan ahora. Ahora es el momento adecuado."

Una mano tocó la de ella y Brinnie dio un chillidito, poniendo su atención en su jarra, apartando los dedos del contacto como si la hubieran picado.

Se encontró con los ojos de un sacerdote o de un místico, pálido y escrutador.

En las sombras, su largo cabello era oscuro, pero donde el fuego se enredaba en sus mechones salvajes y aligeraba los desgarrados rizos de su barba, se mostraba tan rojo como la sangre. Debajo se veía un intenso castaño rojizo, pero las puntas se habían blanqueado a castaño oscuro por la cal o el descuido.

Un oloroso jubón de vellón, con el cuello extendido en una ancha capa sobre sus hombros, se sumó a la sensación de fanático desorden. Había una mirada angustiada en él, la sugerencia de locura nacida de demasiados meses expuestos a los elementos.

En eso él no estaba solo. Muchos de los hombres que se habían reunido aquí habían viajado y pocos tenían acceso a camas cálidas o fogatas. Al igual que ellos, él vestía una pesada falda de lana sobre calzas de cuero, y sus botas forradas de piel estaban atadas desde los dedos de los pies hasta la rodilla.

Pero sus ojos eran solo suyos. En el momento en que le sostuvieron la mirada, ella captó su sensación de aislamiento. Era un hombre solo y autónomo, atrapado como se puede estar en la necesidad que había en la tierra, pero de alguna manera intacto. Y sin embargo, la había notado.

Si ella hubiera dado un paso más al frente para rellenarle la cerveza, si hubiera arrojado la jarra para apagar el calor de sus ojos o si se hubiera encontrado mirando las sombras que percibía en la lunática franqueza de su mirada, habría habido razón de el malestar de Brinnie.

Pero ella no lo hizo. Y aún su pulso le latía en los oídos. Y el fuego no influía en el calor abrasador que le subió a las mejillas. Había sido como si él la hubiera mirado y la hubiera encontrado desnuda.

Gruesas pestañas cayeron sobre el aberrante fuego de sus ojos cuando él desvió la mirada y los dedos que habían quemado los de ella se cernieron sobre la boca de la taza. "No más," respiró él y Brinnie dio un paso atrás, y luego otro.

Detrás de él, un extraño se levantó y, con él, su doble. Los dos hombres eran como un grito y su eco, iguales en todos los rasgos y detalles, pero uno era una copia del otro, y Brinnie los miró con una

mezcla de alivio y pesar. Eran tan sólidos como los osos de la montaña. Su cabello, largo y rubio, con una gruesa trenza por la espalda. Sus ojos eran azul claro, sus mejillas limpias, y cada uno llevaba un espeso bigote rubio sobre la boca.

El movimiento de ambos había roto el hechizo lanzado por el hombre a los pies de Brinnie, y esa cosa rota era a la vez todo y nada, mientras ella se obligaba a estudiar algo en otra parte.

Los hombres de la masa reunida se levantaron ahora, y por encima de sus cabezas y a través de sus empujones, Brinnie vio fugazmente a su esposo. Lo vio más allá del fuego, de pie con el resto, retrocediendo de la premura y los empujones que atravesaba la puerta junto a él.

Dejando la jarra a sus pies, ella se movió entre la multitud de escandalosos hombres, empujándose entre la corriente, con la intención de alcanzar a su esposo antes que él también irrumpiera en la anhelante noche y fuese engullido por la prisa por la batalla.

"¡Cam!" En medio de la avalancha de guerreros, pastores, herreros y canteros, ella se mantuvo firme e incluso avanzó un poco. Las cabezas se balanceaban y los hombros la empujaban y su vista no era más que la túnica o el brazo que tenía delante, pero ella mantuvo su impulso hacia adelante.

"¡Cam!" La euforia de cuerpos la llevó de lado y la dejó fuera en una oscuridad que mordía brazos y mejillas, tan fría como la piedra de los picos. No había lucha contra el flujo para volver al arco de luz del fuego que describía la puerta detrás de ella. Y ella no estaba segura de si él había logrado salir y ya se estaba moviendo con las tropas en reunión, o si aún estaba junto al dintel, buscándola como ella lo estaba.

"¡Cam!" Euforia y balbuceo cubrían sus llamadas y ella dio un paso atrás en las sombras.

Los hombres se movían frente a ella con un propósito, sus voces llevaban todas las inflexiones desde el éxtasis hasta la indignación, entre el coraje y la valentía. Y; a través del gris que separa la sombra de la oscuridad, donde los movimientos se desdibujan y los

rostros son poco más que fantasmas; ella reconoció su túnica. Esta vez corrió, obligándose a atravesar la marea.

Cuando ella agarró la tela a su espalda, él se volvió y la abrazó. "Pensé que te había perdido. ¿Me estarás esperando? preguntó él, su aliento era caliente en los rizos que fluían sobre el cuello y hombros de Brinnie.

"Sí. ¿Volverás a mí?

"Sabes que lo haré. Y después a casa, Brinnie. Ha habido demasiadas luchas y moriremos de hambre durante el invierno si no guardamos algo. Mañana tú y yo volveremos a casa. La primavera llegará lo bastante pronto para luchar de nuevo. Si es que vemos la primavera."

"Mantente a salvo," susurró Brinnie aferrándose al calor y la fuerza en él, empujando su rostro contra su cabello. Él era solo músculo, tendón y determinación, y solo los dioses podían saber quién resistiría y quién caería esta noche. Cuando aflojó su agarre y sus pies tocaron el suelo, Brinnie buscó en su cuello el nudo de su cabello que había tejido como un amuleto. "Esto te protegerá un poco, pero preferiría estar de pie detrás de ti que esperando en la ladera."

"Y yo antes quería saber que estás aquí arriba, a salvo." Él volvió su mirada febril por encima de su hombro. "Tengo que ir. Espérame. "

Cuando se dio la vuelta, ella se quedó de pie con los brazos vacíos mientras las sombras engullían el cuerpo se su esposo y el aire frío le robaba el calor de la piel.

***

Con una facilidad casual, tres formas se separaron de la corriente de hombres y se deslizaron hacia la oscuridad de la línea de árboles. Sus caballos estaban amarrados en el bosque, lejos del bullicio general, y en la oscuridad se movían cada vez con mayor velocidad.

De los gemelos, el segundo hablaba con una especie de abreviatura cortada que sólo un hermano podría entender, y eso en susurros.

“Cuatro leguas al Norte, tres al Sur. Yo digo Norte."

"Norte," coincidió el primero. “Al sur de *Dalginross* no habrá nadie para responder excepto la infantería. Hasta *Inchtuthil* y las Alae. Sin caballería, nadie tiene la oportunidad de volver aquí a tiempo."

"Norte." El harapiento místico se subió a la silla y apretó los dedos en el espeso castaño rojizo de su barba. "Y un baño de sangre de cualquier dirección."

Así se acordó antes de que el tercer hombre hubiera montado. Los hermanos bajaron en silencio por la ladera de la colina, luego abrieron sus caballos hacia pleno galope, corriendo por las vidas de los dormidos soldados de la Novena Legión Hispánica de Roma.

Durante ocho meses, los tres hermanos habían vivido en la turbulenta ola de una nación que se preparaba para la guerra. No como lo habían hecho durante años hasta ahora, detrás de los muros y trincheras de las defensas legionarias. No como soldados de la caballería de auxiliaria romana. No como parte del implacable, aplastante y progresivo movimiento del Imperio Romano. Esta vez habían vivido como hombres infiltrados sin un susurro en las sombras.

Durante ocho meses habían vivido como espías entre la gente de su madre.

Esta noche, la recopilación de información, la cual había salvado vidas y cambiado el curso de muchas escaramuzas a favor de Roma, volvería a demostrar su valor, pero solo si los jinetes podían informar a los refuerzos de la Vigésima Legión. Y solo si esos refuerzos regresaban de *Inchtuthil* al fuerte en *Fendoch* a tiempo para apoyar a las víctimas de este ataque sin precedentes y plenamente coordinado.

En los meses transcurridos desde que Calgacus se había alzado como líder, se había vuelto cada vez más cauteloso con los hombres que respondían a su llamada a las armas. Había espías entre ellos y él lo sabía, pero en una guerra donde las tácticas de guerrilla y fuerzas unificadas eran lo único que él podía convocar, identificar espías nunca era fácil. Había optado por el secreto, aconsejando

pocos de sus planes y confiando menos.

Esta era una táctica esperada, pero dificultaba mucho el trabajo del hermano. Cuando nadie conocía las estrategias de antemano, nadie podía animarse a pisar en falso. Y con las tres legiones de Agrícola divididas y extendidas a lo largo de la cresta defensiva, los celtas tenían una amplia gama de objetivos, todos bajo fuerzas y separados del apoyo por al menos una hora de viaje.

Con el enemigo optando principalmente por pequeños ataques de guerrilla, el objetivo podría ser advertido y la batalla, librada y ganada en cuestión de horas. Pero esta noche las reglas del combate habían cambiado. Sintiendo la laxitud en su enemigo y conociendo la tendencia romana a reducir su impulso durante los meses de invierno, el líder picto había reunido toda su fuerza y la había traído aquí contra la parte más débil de las líneas romanas.

Cuando los caballos sintieron la roca sólida de la superficie de la carretera bajo los pies, los tres jinetes se inclinaron hacia adelante sobre los cuellos de las monturas y agitaron las riendas sueltas por las grupas para ganar cada palmo de paso.

***

"Él te estuvo mirando toda la noche."

La voz en su hombro la asustó y Brinnie casi desequilibró la bandeja de tazas vacías que llevaba antes de girarar para encarar las palabras. "No lo estuvo. No lo hizo," tartamudeó ella cuando ese feroz calor subió una vez más a sus mejillas. "Nunca lo había visto antes."

Ula bajó la barbilla y se acercó con complicidad, ladeando las caderas hacia atrás. "¿Nunca lo has visto? ¿De qué estás hablando? Me refiero al líder, Calgacus. A mí no me importaría que él me mirara de esa manera."

Brinnie acalló con un siseo esa molestia y empujó a un lado la imagen de intensidad lunática que primero le había venido a la mente, mientras susurraba: "No digas tonterías. Soy una mujer casada y tú también." Mirando rápidamente por el pasillo casi

vacío, apretó con más fuerza la bandeja y frunció el ceño. "Los hombres apenas han bajado la colina y ya te estás atragantando con quién vas a tener a continuación. Deberías de estar avergonzada. Ve y pide a los dioses que regresen sanos y salvos."

"¿Regresar sanos y salvos?" Ula se puso a reír y se echó las trenzas de cuentas por encima del hombro. "Si ese hombre mío ha sobrevivido a todos estos años de beber, de luchar y gritar como un buey, no hay miedo de que un romano medio cabreado termine con él."

"Pues guarda un pensamiento por los demás y di una palabra por ellos."

Ula se sacudió de encima las críticas moviendo la cabeza y se apresuró a seguirla mientras su amiga se acercaba a los caballetes con su carga de copas vacías. “Pero ¿lo viste? ¿Qué pasa con él?" Recogió la fuente que Brinnie señaló y siguió hasta los lavabos. “Dicen que es el mejor de todos, y hay muchos que saben eso. Dondequiera que va, las mujeres lo adulan. Dicen que él solo elige una opción."

“Entonces tampoco tendrá que preocuparse por los romanos; será un esposo quien ponga fin a su reinado." Brinnie dejó de golpe la bandeja y se giró para encarar de nuevo a su amiga. "¿O es que después de las batallas de estos dos últimos años puede él elegir entre las viudas."

Nunca apartada de su propósito, Ula se subió las mangas hasta los brazos y metió un montón de platos grasientos en el agua humeante. "Es el poder," confió. "Eso es lo que lo hace tan atractivo. Quiero decir, su apariencia no está mal. Y he oído que no lo llaman Gran Espada por nada." Soltó una risita y Brinnie se volvió para ir en busca de otros platos. “Pero es ese carisma lo que lo convierte en un líder. La gente se siente atraída por él. Y con tanta responsabilidad, un hombre necesita un lugar blando para apoyar la cabeza, ¿no crees?"

Todas las mujeres mayores que trabajaban para despejar la sala de reuniones se movían con el mismo propósito silencioso y el porte rígido de quien espera malas noticias. Ya habían visto demasiadas

piras funerarias. Brinnie se alejó de Ula y de sus vistas con la esperanza de que la distancia la alentara a guardar silencio o, al menos, a cambiar de tema, pero una mujer que Eirbrin nunca había visto antes se inclinó hacia ella mientras trabajaba y dijo: "Te miró esta noche. Si te llama, chica, deberías ir con él. Hay sacrificios que todas debemos hacer en momentos como este."

Brinnie miró a la extraña con horror, sintiendo el ardor de muchos otros ojos fijos en ella. "Estoy casada."

"Sí, muchacha," continuó la mujer. “Todas lo estábamos, y ahora muchas de nosotras somos viudas. Él tiene razón cuando habla de esclavitud y muerte. Nadie viene del Sur que no hable de romanos que viven matando de hambre, esclavizando y reclutando a la gente que conquistan.

“Si nos quitan nuestra tierra, todas seremos viudas de una forma u otra, y Calgacus es nuestra única esperanza. Es el único hombre que puede unir a todos los clanes. Lo que él necesita, todas lo necesitamos. Y si él te quiere," la mujer fijó sus fríos y fanáticos ojos en los de Brinnie, "entonces deberías ir con él.

La cálida sala se vio de pronto invadida por heladas corrientes y vapores gélidos. El frío pavor luchaba con el calor en Brinnie que le sonrojaba la piel, mientras todos los ojos de la habitación caían en los de ella y se posaban en ella como un juicio.

"No," dijo Brinnie. Lo había dicho como una negativa, pero salió gimiendo de sus labios como una súplica y no había nadie cerca de ella interesado en su súplica.

Alobragh, la esposa de un jefe nada menos, se acercó y puso un dedo cerca de los labios de Brinnie para ordenar silencio. "Cuando hayas vivido unos años más, mi niña, sabrás lo que todas las mujeres saben al final. Que un hombre es más que cualquier otro hombre.

“¿Crees que es por nada que nuestras tierras se transmitan al linaje de nuestra madre? Sabemos quiénes son nuestras madres. Esposa o no, ningún hombre ha sabido con certeza quién ha engendrado a sus hijos. Piensa en la rapidez y facilidad con que se hace. No es un

gran precio que pagar."

"Basta, todas vosotras." Ella exploró la habitación, retrocediendo hacia una pared como un gato montés acorralado. “Nuestros hombres están luchando ahora. Mientras hablamos, los hombres mueren por nuestra tierra y nuestra seguridad. Deberíamos pensar en comida caliente y vendas para los heridos. Serán necesarias por la mañana. Aunque ganemos, al amanecer el mismo Calgacus podría yacer muerto."

"Hay suficientes de nosotras aquí para tener preparado un guiso caliente y trapos limpios," respondió Alobragh con calma. “Y Calgacus no se arriesgará en la lucha, es demasiado importante. Observará la batalla con sus jefes desde el cerro por encima de la torre de vigilancia romana, y una vez que esta sea tomada, desde la misma torre."

Ula avanzó apresurada, secándose las manos rojas en la áspera lana tejida de la túnica. "Si él manda por ti," sonrió, "yo también iré."

***

Detrás de las defensas de la zanja y la muralla del fuerte de *Inchtuthil*, el mismo Agrícola recibió el informe de inteligencia de los hermanos.

Al cabo de una hora, la caballería de auxiliaria estaba movilizada, corriendo de regreso por la carretera iluminada por la luna en ayuda de la novena legión sitiada en *Fendoch*. Siguiendo a un trote, y arrastrando infantería auxiliar y carros de suministros a su paso, la infantería de la Vigésima Legión se movía con su comandante para sofocar este último levantamiento de los bárbaros celtas de las tierras altas.

Aun a medianoche, y sin el grueso de los combatientes, el fuerte estaba bastante ajetreado en comparación con la escasa vida que los hermanos habían compartido en los últimos meses. Este era una ciudad en sí misma y, bajo las alas del ejército, florecía toda suerte de trato y comercio.

Edan sonrió mientras le quitaba la silla y el equipo a su caballo. A

su lado, Tav trabajaba con la misma tensa eficiencia, sus movimientos eran testimonio de una urgencia compartida. No había necesidad de hablar en beneficio de su gemelo, pero a su hermano menor Edan, le dijo: "Nos dirigimos a las tabernas. ¿Vienes?"

"No." Antony metió alfalfa en el comedero y se agachó para abrir la alforja a sus pies.

Pasando su mano más allá del rollo de una túnica de lana, buscó la latita de carbón. Trazó con los dedos sus preciosas líneas, pero la dejó fuera de la vista. Un suave traqueteo le decía que quedaban pocas trozos, pero serían suficientes para captar la imagen que se reproducía en su mente. Si bien el rostro era reciente, quería captar la brillante inocencia que había visto, para dibujar algo del espíritu y la pasión que había vislumbrado en ojos verdes y franjas de rizos de oro rojo.

Mientras estuvieran en los confines del fuerte, sería bastante fácil encontrar algunos buenos y duros palitos de carbón. La fragua de la herrería proporcionaría mucho mejores que su propia fogata. También habría un montón de pergamino, y tal vez incluso tinta, si podía localizar a un calígrafo. Colocando cómodamente la latita en los pliegues de la tela, se puso de pie y se colgó la alforja al hombro.

"¿Vas a comer?" apartándose de la sombra de su gemelo,Tavish bloqueó el paso entre las cuadras, lo que obligó a Antony a responder.

"Más tarde."

Aunque era tan alto como sus hermanos, cada uno de ellos pesaba fácilmente más de la mitad que él y, parados uno al lado del otro frente a él, presentaban un obstáculo inamovible. Las bromas afables brillaban a la luz del fuego reflejada en sus ojos. “Chicas y comida. En ese orden. ¿Qué podría ser más importante?"

Él no iba a pasar a la fuerza entre ellos y dio un paso atrás, cruzando los brazos, dispuesto a mantenerse en sus trece. No hacía ningún bien admitir que quería bocetar la cara que había visto en la estación de paso. A pesar de todas las cualidades de ambos, no

apreciaban la luz en un ojo ni las suaves llanuras de una mejilla o una frente. "La casa de baños," respondió él. “Voy a poner a remojo la suciedad de la piel e intentar pagar por un afeitado. Dejad que os sugiera que hagáis lo mismo. Primero de todo."

"Eso sería un desperdicio." rió Edan. "Las prostitutas de aquí fuera no son muy elegantes. Tendremos que sacar una corteza para conseguir entrar. Me limpiaré más tarde, eso ahogará las pulgas y los cangrejos."

"Que os divirtáis," dijo Antony y dejó que el entusiasmo de ambos les ocupara la atención mientras pasaba entre ellos y caminaba hacia la puerta del establo.

"Ey," exclamó Edan. "No te afeites. Vamos a volver a salir."

Antony se detuvo y el plomizo peso de la fatiga se posó desde los hombros hasta las rodillas. "Ahora no. Estuvimos demasiado cerca esta noche. Los pictos sabrán que alguien cabalgó en busca de apoyo y, si aparecemos allí sin un rasguño, van a atar los cabos."

Tav llevó la discusión en nombre de su gemelo. “Calgacus dijo que no retrocederá durante el invierno. Atacará de nuevo y tenemos que estar ahí fuera si vamos a averiguar qué tiene planeado."

"¿Te han dado órdenes que yo no haya oído o estás suponiendo?" Antony supo la respuesta sin volverse. No había habido humor en las palabras de Edan, él estaba haciendo una seria predicción y veinte años de servicio militar habían probado que sus conjeturas eran acertadas.

"Estoy suponiendo. Pero esta es la primera vez que él ha reunido a tantos hombres en un ataque concertado. Y ha elegido un objetivo blando. Si les va bien esta noche, creo que lo intentará una y otra vez, durante todo el invierno." Edan tomó la mochila de la mano de su gemelo y ambos caminaron hasta donde estaba Antony. “A menos que nuestros muchachos lleguen a tiempo y los zurren de verdad. Luego se esconderán de vuelta a las montañas y se lamerán las heridas. Le llevará hasta la primavera convencerlos de que vuelvan a intentarlo. Son luchadores de guerrilla, no les gusta la idea de encontrarse con nosotros en formación cerrada, en combate

cuerpo a cuerpo."

Antony contuvo un suspiro de cansancio. "Bueno, yo también voy a suponer. Supongo que nuestra caballería ya estará allí. Los caledonios estarán encerrados en la entrada del fuerte, con la Novena frente a ellos y nuestros muchachos viniendo con fuerza por detrás. Supongo que esta noche será un baño de sangre que va a sacudir el brillo de su exaltado líder." Se volvió y le palmeó el hombro a Edan. "Y yo me voy a afeitar."

Capítulo 2

Inbhir Nis, Caledonia, octubre del 84 d.C.

El invierno había sido duro.

Con una aplastante derrota en el fuerte de *Fendoch* fresca en su mente y todo su ejército reunido deshilachado a través de las montañas, Calgacus se había lanzado a un estado de amargo autorreproche. La depresión negra atormentaba sus noches. Pasaba los días en una búsqueda ferviente, vagando de un lado a otro a lo largo de las estribaciones de las líneaa romanas siempre que el desaliento no lo ataba a la casa y al hogar.

Brinnie permanecía a su lado porque no podía hacer nada más.

Con sus huestes de adoradores desaparecidas, él se había aferrado a ella desde la primera noche, enterrando su rabia y frustración en su carne y envolviendo los miedos entre sus brazos. Y ella se había quedado porque no merecía nada mejor. Cualquier mujer que hubiera estado entre los brazos de un amante mientras su esposo sangraba y moría en el campo de abajo no merecía nada mejor.

Ella había rechazado la pira funeraria y se había prohibido el consuelo de llorar al hombre que había amado. Ni siquiera decía su nombre por temor a que su lengua ensuciara su recuerdo. La vergüenza estaba en Brinnie profundamente enterrada y ella se movía a través de los días como si la misma no estuviera allí, configurando el rostro en piedra fría como si ningún veneno atribulara su alma.

Cuando llegó la primavera, los romanos se habían trasladado. La gran bestia de la conquista se arrastraba lentamente sobre la tierra siguiendo la costa, aplastando a las personas que cubría y dejaba atrás.

Y el movimiento de su enemigo reavivaba fuego al rojo en la sangre del líder. Durante la primavera los observó reunirse y reforzar sus líneas y, cuando llegó el verano, se lanzó a la frenética búsqueda de

hombres para enfrentarse de nuevo a los invasores romanos. A medida que los números se reunían y aumentaban sus esperanzas hacia la confianza, su necesidad por Eirbrin disminía.

Cuando él la despidió, ella ni se sorprendió ni se entristeció, solo partiió con una vaga esperanza de que el dolor en su corazón pudiera disminuir si regresaba a las tierras de su madre. Hacia *Inbhir Nis*. Y ahí fue donde la envió.

Su razonamiento fue bueno.

"Ahí está el puerto, Brinnie. Si bien han metido sus barcos profundamente en nuestra tierra, tienen hombres al Norte y detrás de nosotros. Necesito a alguien que pueda observar sus movimientos, alguien en quien poder confiar." Y el líder podía confiar en ella. Lo único que podía hacer por el hombre al que había traicionado era servir a la causa que le había arrebatado a su esposo.

"Hay espías, Brin. En todas partes," le recordó Calgacus. Esa era su fascinación: una interminable ronda de análisis y reproches. Habían fracasado al derribar a los romanos porque había espías entre ellos, y ella nunca podría olvidarlo.

"Vigilaré a los espías," susurró ella y le tocó la frente con los labios.

Así se separaron y ella pasó el verano vigilando sobre un pliegue de hirsuto kye en bosques y pastos muy por encima del *Uisge Nis*. Los romanos estaban tan cerca que podía olerlos en el aire. Y cuando las tropas, marineros e infantería por igual, se aburrían, ella los veía saquear los pueblos alrededor del puerto: los pocos que no habían sido abandonados ni masacrados, hombres, mujeres y niños.

Y esta noche ella bajaría a lo largo del río hacia el lago y hacia donde la asamblea de guerreros se encontraría. Cada día más montañeses de las tierras altas respondían a la llamada, bajando en enjambres desde arriba de la división. Hombres, jóvenes muchachos, ancianos y mujeres. Todo aquel que pudiera blandir una espada se estaba moviendo hacia la zona de guerra.

Esta noche ella saldría de viaje hacia el *crannog* y se encargaría de

que les dieran de comer. Bebería con ellos y los enviaría abajo hacia el Este, donde esperaba el líder.

***

Al amparo de la noche, Antony se movía en silencio atrapado en sus propios pensamientos y prestando poca atención al correr del agua a su lado. No había ojos para verlo y, sin embargo, había confiado en el irritante instinto que lo instaba a abandonar la ciudad no a través de las puertas principales y a la carretera, sino a lo largo de la orilla del río, lejos de los muelles. El camino era accidentado, el pedregal era inestable en el terreno inclinado, pero su viejo caballo había pisado demasiadas leguas de montaña, bajo la nieve y entre los brezos, para quedar desconcertado por un camino pedregoso.

Aunque los celtas de aquí tan al Norte y de más lejos tendían a afeitarse no solo la barba, sino también las cejas, él había dejado que el vello de la barbilla se volviera áspero y se rascó pensativamente la promesa de una barba.

Los hermanos se habían separado. Los gemelos se habían movido a través de los pasos de las Tierras Medias y habían viajado de incógnito durante todo el verano, mientras él permanecía con la infantería auxiliar de Agrícola, luchando por abrirse camino por el borde de la costa oriental de las montañas. Los romanos habían asegurado estaciones de marcha y apostado fuertes para una sólida línea de suministro tan al Norte como *Devana*, y desde allí él se había unido a la flota de suministros y navegaba hacia el Norte y el Oeste adentrándose en el corazón del país hasta *Inbhir Nis*.

Llevaba solo dos días en la ciudad capturada y ahora se dirigía a un punto de encuentro en el que intercambiaría inteligencia con sus hermanos. En algún lugar a lo largo del río, entre el estuario y el lago abierto, había una calzada de piedra y un *crannog*. Eso era lo único que conocía del distrito y lanzó una mirada medio interesada sobre el agua ondulante mientras cabalgaba.

Había movimiento en la senda que tenía delante, un cambio de la luz de la luna sobre matas y piedras, y él tiró de las riendas del caballo para detenerlo.

Cuando había vivido una temporada en los parajes naturales el verano anterior, su lengua se había acostumbrado al acento celta que había aprendido en las rodillas de su madre. Pero un año atrás, en el campamento, le habían enseñado a pronunciar las inflexiones latinas de nuevo, y él había aprendido solo las palabras y sus sonidos antes de hablar en voz alta. "¿Quién eres?"

Su espada ancha estaba desenvainada y el peso de esta era familiar en su mano cuando llegó la respuesta.

“¿Quién eres tú? Puedo verte, pero tú no puedes verme. Dime quién eres y qué estás haciendo en esta senda esta noche o ni siquiera verás venir la muerte."

Era la voz de una mujer, pero eso no era motivo para dudar de la veracidad de esa promesa. Había hielo en su tono, la fría certeza de un soldado, y Antony deslizó la larga hoja plana sobre el regazo como señal de buena fe. "Hay un lugar de encuentro aquí en alguna parte. Voy a encontrarme con mis hermanos en el río, eso es lo único que sé."

Brinnie estudió al jinete y su caballo a la escasa luz de la media luna. La montura era demasiado alta para un pony de las tierras altas, pero su pelaje era áspero y los mechones de los tobillos estaban agrisados por el barro. Él era alto, bastante más alto que la mayoría de los romanos, pero eso no era mucha garantía. Tenía un acento extraño, pero eso también era común en estos días en que llegaban hombres de los confines más lejanos de la tierra. "¿Dónde está el clan de tu madre?"

“En *Gallaibh*,” respondió. "Ella es Cornavii."

"Has viajado un largo trecho."

A la luz de la luna estaba tan quieto como una piedra. Tranquilo y firme como un arco tensado. Se mantenía quieto, incluso ante el deseo natural de fijar la vista en la amenaza que ella presentaba, y eso envió un incómodo escalofrío sobre los hombros de Brinnie. Él estaba preparado y ella leía competencia en esa disposición para atacar.

"Más lejos de lo que piensas," respondió él con calma, y ella tomó una decisión dejando que su instinto la guiara mientras salía de entre la áspera maleza y entraba en la senda.

"Puedo llevarte al lugar de reunión," dijo ella. "Pero yo iré detrás. Si decido que no me gusta tu apariencia, podré lidiar más fácilmente con ello a tu espalda."

"Esa es una oferta difícil de rechazar," asintió el jinete riendo en voz baja mientras se inclinaba para ofrecerle una mano.

Recogiéndose el faldón, Brin lo agarró del brazo y echó las piernas desnudas por encima del lomo del caballo, colocándose sobre la manta enrollada y la silla de montar. Mientras él deslizaba la hoja ancha dentro de la funda entre ambos, ella dijo: "Será mejor que aceleres un poco el paso, aún hay buen trecho por recorrer."

El aire de octubre mordía y ella se inclinó hacia el calor que surgía del hombre delante. Cabalgar era una misericordia para sus piernas cansadas y ella se relajó apoyada en él, viendo pasar la conocida orilla del río. Un grueso vellón recoría alto sobre los hombros del jinete, pero entre el familiar olor a lana húmeda, los sentidos en ella recogieron el perfume de su cuerpo. Olía a limpio y el cabello que se alzaba con la brisa era fino y sin aceites.

"¿Has tenido dura vida?" Ella se dejó descansar hacia adelante mientras se inclinaba sobre el hombro del jinete y el movimiento de un galope fácil la zarandeaba contra la firme fuerza de esa espalda y hombros.

"Sí."

“Las comodidades no son comunes por aquí. Dime dónde encontraste suficiente agua caliente para bañarte." Las palabras hicieron emerger un manantial de envidia mientras ella hablaba y Brinnie cerró los ojos ante la idea de hundirse en un profundo balde de agua humeante, con bloques de sebo perfumado con los que frotarse la piel, y yema de huevo y vinagre de sidra para devolverle algo de brillo al cabello. Pero ahora no tenía bañera ni balde, ni un caldero más grande que su tetera para calentar el agua con la que llenarlo.

"Entré en *Inbhir Nis,*" dijo él con franqueza. "Tienen una casa de baños."

La diminuta daga de oro y plata atada dentro de la muñeca de Brin quedó libre y ella le presionó con fuerza las costillas antes de hablar. "Detén el caballo."

Antony no hizo ningún movimiento para frenar la montura, y el afilado pinchazo de su cuchillo lo empujó en una curva mientras él se apartaba involuntariamente de la hoja. "Aún tenemos un trecho por recorrer," dijo él por encima del hombro. "Guarda eso, no lo necesitas."

"No se me ocurre ninguna buena razón por la que un celta iba a sobrevivir una noche en la ciudad," dijo. "Dame una buena razón ahora si quieres sobrevivir aquí."

“Los romanos piensan exactamente lo mismo que tú. Nadie creería que un forastero fuese a entrar en una ciudad capturada. Y la casa de baños era el mejor lugar para sentarse en silencio a escuchar." Por un momento ella se permitió considerar cuán cierto podría ser eso. Quizá los espías pictos podían mezclarse en las tabernas y baños. Las tropas auxiliares: bátavos, galos, britanos, tungroses, hombres reclutados de todas las tribus del imperio, acababan juntos en una ciudad extraña. Caballería, infantería y hombres de la armada, todos extraños entre sí y sin forma de saber quién era ejército y quién era local de la ciudad capturada.

"¿Y nadie te habló?"

"Yo hablo latín."

"¿Cómo?"

“Mi padre era mercenario. Yo he vivido en todos los confines del imperio."

"¿Y tú eres mercenario también? ¿Y tus hermanos?"

"Sí."

"¿Quién te paga ahora?"

"Nadie."

"¿Por qué estás aquí entonces?"

"Esta es la tierra de mi madre." Ella era tan afilada como el cuchillo que aún le pinchaba los riñones y él esperaba que las rápidas preguntas hubieran hecho algo para convencerla de que le retirara de la piel esa punta.

Aunque no era tranquilizador esa firmeza en la mano que había al otro extremo de la daga, esto no era más que buena suerte. El camino que estaban siguiendo se había desviado de la orilla del río y, cuando la respuesta salió de sus labios, ella se volvió a sentar y retiró el cuchillo.

"Gira por aquí." La mano del cuchillo se movió hacia la oscuridad e indicó un camino hacia la orilla del agua. Antony percibió la pizca de humo en el aire y, mientras avanzaban despacio sobre la elevación del terraplén y descendían hacia el agua, una calzada de piedra se elevaba claramente entre las olas iluminadas por la luna. En el otro extremo, sobre el agua, se encontraba el achaparrado óvalo con techo de paja de un gran *crannog*.

"¿Venías hasta aquí esta noche andando todo este camino?" preguntó él.

"Sí, y ahora llegamos temprano."

Mientras ella hablaba, una figura oscura emergió de la orilla rocosa extendiendo la mano para tomar la cabeza del caballo, y la chica bajó resbalando por detrás, dejando un espacio brillante en la noche donde su cálido cuerpo le había protegido del frío en la espalda. Moviéndose rápidamente, ella cruzó la corta calzada delante de él, descorrió la cortina y entró antes de que Antony viera algo más que los colores apagados de la pesada lana que ella vestía.

Él quedó en la oscuridad fuera de la casa circular. Reservado. Nunca invitaba conversaciones ni justificaciones. Aparte de sus hermanos, él no había dado la bienvenida a ninguna compañía en todos los años de esta campaña.

Aunque sus respuestas habían sido ensayadas con palabras aprendidas y razonamiento cuidadosamente considerado, había verdad en el hecho de que su presencia en esta tierra era emocionalmente compleja. Esta era la tierra natal de su madre y una que él extrañaba todos los días de su vida. Cruzaba el río hacia el Norte y otra vez al Norte hasta que no había ningún otro lugar adonde ir, que era de donde había brotado su sangre.

Pero había tantas mentiras en sus respuestas como verdades.

Su padre era mercenario, un guerrero caledoniano del sur de *Bodotria*, pero hacía mucho tiempo que él había elegido los beneficios del imperio para su familia. Hacía más de treinta años, su padre se había unido al ejército imperial romano y, después de él, sus hijos.

Antony mismo había servido dieciocho años, los gemelos veintiuno, y ya no cuestionaba los aciertos y los errores del imperio. Los hombres luchaban y morían por un rey u otro. Dondequiera que los hombres se agruparan en aldeas, clanes, países o imperios, algunos hombres engordaban y otros caían en la esclavitud. Siempre había sido lo mismo y siempre lo sería.

Pero aquí estaba entre los verdaderos creyentes, gente con una causa, con tierra y herencia que proteger y sangre que derramar en su nombre. Eso en sí mismo no era inusual, pero aquí, también, él había llamado la atención de alguien desconfiado en su especie. Eso era inusual en este lugar donde hombres de todos los clanes se juntaban con extraños todos los días. La precaución, una pequeña queja intuitiva, le pedía que vigilara a esta chica del río.

Encogiéndose de hombros incómodo bajo el húmedo peso de su capa, él se agachó en el bajo dintel para entrar en la cabaña calentada por el fuego.

El *crannog* estaba cayendo en decandencia alrededor de ellos, pero las piedras de la chimenea estaban en buen estado y el techo aguantaba la lluvia por ahora. Un invierno más podría hacer que el techo de paja se cayera y las empalizadas alrededor de las paredes se derrumbaran dentro, pero la esperanza era fuerte en todos los llegaban para atravesar la que sería la última temporada bajo

ataque.

Desde el otro lado del espacio abierto, Brinnie lo oyó entrar y mantuvo firme atención en los fardos de comida que habían sido donados durante el día. En lo que había aquí, ella tendría que encontrar suficiente para alimentar a cualquiera que hubiera sido dirigido al interior, y no había forma de saber cuántos de ellos podría ella encontrar.

Mientras él pasaba junto al fuego, por más que ella lo intentara perdió el sonido de sus pasos en el crepitar de las ramas y el murmullo de las voces. Se le erizaron los pelos de la nuca y la urgencia de girar y mirar al hombre a la luz brillante se convirtió en una compulsión. No habría nada por lo que reconocerlo una vez que la cabaña se llenara y él se uniera a las apiñadas masas alrededor del fuego.

Ella negó con la cabeza con irritación mientras se concentraba en la tarea que tenía ante sí. Había comida para calentar y agua para hervir, e imaginó haber oído un tono de su acento en una conversación susurrada a su derecha. Calambres le tiraron del hombro cuando se descubrió torcerse incómodamente hacia el sonido.

Los tiempos eran difíciles y ella tenía un trabajo que hacer, esa era toda la verdad en ello. Enojada, colocó de un golpe un saco de pesados panes sobre el caballete. La única razón por la que se había fijado en este hombre más que en cualquier otro era que él había viajado por el mismo camino que ella. Y olía mejor que la mayoría.

Pero había algo que no iba bien del todo en la forma en que él se movía y hablaba. Había pasado la noche en la ciudad ocupada y esa era una afirmación que requería más investigación. En cuanto tuviera a todos los voluntarios a mano y pudiera dejar sin peligro a otros el servicio de comida, ella lo buscaría e pondría a prueba esas respuestas de nuevo.

Tendría que reconocerlo. Antes de que la habitación pudiera llenarse, tenía que fijarlo en su mente, fijar sus rasgos o su ropa, cualquier cosa para marcar a un hombre entre otros cien, entre los miles que habían pasado por esta puerta de entrada a la guerra.

Colocando el último de los melosos bloques sobre un gran plato de estaño, se enrolló la arpillera por las manos y osó girar para encarar la habitación.

Una decena de hombres se movía a la polvorienta luz del fuego y siete de ellos eran locales. Estos atizaban el fuego con leños, elevando las llamas con fuerza debajo de su única y pesada olla hirviendo, o hacían rodar los barriles de cerveza en su posición alrededor de la habitación.

Los extraños entre ellos habían formado un colectivo disperso, juntos de pie o en cuclillas, pero encarados hacia afuera, cada uno rumiando sus propios pensamientos y sopesando las amenazas en la habitación.

Aplastado en cuclillas con la espalda bien alta contra la pared cercana, hombros encorvados y rostro gacho, el jinete observaba la habitación evaluando en silencio a los hombres a su alrededor.

Brinnie no tenía ninguna duda de estar mirando al hombre que buscaba. Jirones de vellón se elevaban sobre sus anchos hombros, se acumulaban sobre las orejas y flotaban en desiguales racimos junto a sus mejillas. Su cabello era corto y oscuro, despeinado por el viento húmedo.

Una fría náusea se tensó en su estómago y ella se llevó una mano al cuello, como si su calor pudiera ayudar a aliviar la presión que se acumulaba en su pecho. Un gemido silencioso se elevó en la oscuridad detrás de los ojos, un grito de terrible dolor que ardía en el fondo de la garganta, luchando por liberarse de las profundidades de su horrible pasado.

Atrapada en el fulgor de sus propios secretos, Brinnie se congeló, mirándolo fijamente, mientras él giraba con lenta inevitabilidad hacia el ardor de sus ojos. Cuando esa mirada barrió el espacio hacia ella; con los harapos de la túnica arrugados, las manos mórbidamente inquietas sobre el saco de arpillera; y luego se movieron hacia el rostro, el rigor en ella se apoderó de los codos y rodillas.

No podía haber ningún error. Los ojos pálidos de un profeta se

habían ceñido sobre los suyos y leían su vergüenza en voz alta. Los mismos ojos que habían mantenido los suyos hacía un año y que habían conocido su desgracia antes que ella misma, que la fijaban ahora en su fulgor. Y al igual que entonces, fuegos de humillación se elevaron en ella bajo la piel y le colorearon las heladas mejillas.

Brinnie quiso sollozar. El hombre que había leído su alma y la había encontrado deseando esa noche en que ella había traicionado a su esposo, volvió a posar su mirada clara sobre ella y volvió a conocerla. El temblor en las caderas y rodillas amenazó con hacerla caer sobre las duras tablas a sus pies, pero la mirada del místico la mantenía firme como picas de culpa y vergüenza.

Antony levantó su estudio hacia el rostro de la chica de la orilla del río. El reconocimiento fue instantáneo, pero la confusión nubló su memoria. Él conocía ese rostro, lo conocía íntimamente en algún nivel y, sin embargo, no podía ubicar los rasgos en el tiempo o el espacio.

Él estaba mirando fijamente, y ese conocimiento gemía en el fondo de su consciencia, pero no podía apartar la mirada de ella. Ansiedades fundamentales se unían para ser reconocidos en este mundo, pero no importaba de qué manera volviera él sus pensamientos, no podía poner un nombre a la cara que tenía delante.

Gruesos rizos rojos y tan salvajes y pesados como los de su madre, ojos verdes y piel tan clara como la luz de la luna. ¿Dónde había visto esa cara? Y ella lo conocía, eso también era evidente. Lo había visto, lo conocía y estaba aterrorizada por lo que veía.

La adrenalina emergió en él bajo la confusión, y la supervivencia rabió en sus oídos como un viento helado. Tenía que identificar la amenaza. Si ella lo había visto en algún momento, en un cuartel o en el escenario de una batalla donde cabalgaba bajo el estandarte de Roma, estaba muerto donde estaba sentado. O lo estaba ella. Maldiciendo entre dientes, se incorporó y caminó hacia donde ella estaba.

"¿Quieres salir fuera conmigo?" preguntó él viendo que las lágrimas brotaban de aquellos ojos, esas fosas nasales se ensancharon y la

garganta se afanaba frenéticamente por tragar un nudo de silencio. Ella estaba al borde de la histeria. Su respiración parecía fallar antes de llegarle al pecho y un ceño fruncido formaba hoyuelos en su frente y barbilla.

Si ella iba a gritar acusaciones, ahora era su oportunidad. Conducirla hacia la puerta antes de que ella reuniera los pensamientos era su mayor opción. Su única opción. Colocando gentilmente una mano en la espalda de la chica, se acercó y usó su propio cuerpo para guiarla tranquilamente hasta el extremo opuesto de la sala. Ella se movía rígidamente, su rostro dibujaba líneas de dolor, pero ella se movía, y él caminaba lentamente a su lado, protegiéndola lo mejor que podía de las curiosas miradas que los seguían.

Brinnie sintió que se movía, pero su mente había volado por un largo y oscuro túnel de aflicción. Una distancia antinatural la separaba de sus manos y pies, y un hielo tan frío y duro como la muerte misma se le había asentado alrededor del corazón. Contra ese frígido nudo de vergüenza, un punto de calor y luz estalló en ondas que se precipitaron, ardiendo, sobre su piel. Donde aquella mano descansaba en la parte baja de su espalda, cada nervio que podía responder, lo hacía. Su toque le quemaba la piel como las llamas de una pira, palpitando con pulso duro como una acusación resonante.

Ella tropezó cuando ambos pasaron de la cálida luz a la fría oscuridad del exterior, y él la tomó de la mano, girándola para que lo encarara. Como quien dirige un baile onírico, él la movió suavemente hacia atrás hasta que ella tuvo la espalda a la orilla del agua y la suya hacia la pasarela y hacia cualquiera que se moviera por ella.

Forzando las palabras más allá del horror de sus recuerdos, ella levantó la vista hacia él y le preguntó: “¿Cómo es que me conoces? ¿Eres sacerdote?"

"No." La respuesta de él fue susurrada y una luz peligrosa brillaba en las profundidades de esos ojos mientras la estudiaba. Bajo las sombras oscuras de la barba incipiente, una línea de tatuajes de clan le marcaba el pómulo y un círculo de nudos de color azul era

apenas visible bajo el pelo más largo de su barba. Con una mano que temblaba como presa de una fiebre, ella levantó el dedo hasta las líneas del tatuaje.

"Entonces, ¿cómo me conociste?"

"Te he visto antes."

¿Eso era todo lo que él iba a decir? Apartando entre toses los recuerdos antes de que pudieran ahogarla, lo intentó de nuevo. "Hace un año, la noche del ataque al fuerte romano de *Fendoch*." La daga atada a su muñeca captó la luz de la luna, brillando débilmente sobre su piel, y él levantó ambas manos hacia la garganta de ella, deslizando los dedos por el vello en la nuca y los pulgares contra su pulso. "¿No te acuerdas? Estuviste allí y me conocías," sollozó ella.

Pasos crujieron sobre la grava y las desmoronadas rocas mientras los hombres avanzaban por la calzada hacia ellos, pero Brinnie no tenía interés en que se acercaran. Las manos en su garganta se deslizaron sobre sus hombros y ella se estiró para agarrarle las muñecas, sujetarlas y suplicar. "Me viste. ¿Qué viste esa noche? Dime, ¿eres un vidente?"

"No me toques," le advirtió él tirando de las muñecas hacia arriba para soltarlas de su agarre, y Brinnie dio un paso atrás, explorando ese rostro en busca de consuelo. La expresión en él estaba tan cortada y marcada por las sombras que no había nada claro que leer. Nada excepto alivio.

“Si necesitas un sacerdote," dijo él, “las montañas están llenas de ellos. Yo soy un soldado. Si te vi," se giró y luego hizo una pausa,“ cuando te vi, lo único que vi fue un rostro hermoso." Y se agachó por debajo de la cortina y volvió a entrar en la cabaña.

Eirbrin se hundió. La tensión que había mantenido su columna tan rígida flaqueó y ella se tambaleó hacia las ásperas paredes de la pared. Apoyó el peso contra estas mientras se bajaba hasta el suelo. Las rocas de la calzada eran frías y húmedas y, debajo de sus pies colgantes, las olas se agitaban y gruñían al encontrarse con la presa derrumbada.

La confrontación la había dejado débil y vacía y, en lugar de una cabeza llena de gritos silenciosos y un corazón lleno de vidrios rotos, ella se había quedado paralizada. No podía estar equivocada. No podía ser. Dijera lo que dijese, estaba tan segura de ello como del aire que respiraba. En un momento, todos los recuerdos que había acumulado de su vida habían salido burbujeando a su encuentro. Había poder en este hombre o en su visión, y tal vez fuese suficiente poder para aliviar su dolor. O poner fin a este.

Antony buscó sombras, se puso en cuclillas contra una pared y enterró el rostro en una mano. La habitación estaba demasiado abierta y aún demasiado vacía. El fuego era demasiado alto, demasiado brillante y demasiado cercano. Le temblaba la mano que tenía apretada con fuerza contra el vientre y él apretó el puño hasta que el músculo de su hombro gritó.

¿Un sacerdote? ¿Un vidente? Estaba chiflada. ¿Qué había visto él esa noche? Inocencia. Belleza. Un rostro que lo había movido a intentar arrebatar esa chispa de vida del aire, sostenerla en su mano, hacer una mala copia de ese vistazo de perfección. Un rostro lleno de pasión y alegría, y de un fuego en sus ojos que se había reflejado en la luz de su cabello.

Aquello fue hace demasiado tiempo. Demasiadas leguas y demasiadas batallas se habían interpuesto en el medio. Su extraordinaria gracia aún estaba allí, pero tan transformada por las dificultades que apenas mantenía su aplomo. Y él había tenido esa vida en sus manos, sentido palpitar bajo los pulgares allí donde la menor presión podría haber apagado la chispa.

Temblando aún, se llevó las manos a los ojos y las miró como si pertenecieran a un extraño. Había más batallas por venir y ella lo había reconocido. Aunque todos los recuerdos en ella estuvieran atrapados en algún tipo de dolor o superstición, habría otros que no estarían tan ciegos.

"¿Te vas con las hadas otra vez, zagal?" La voz de Edan lo alcanzó cuando una mano áspera agarró el hombro de su túnica y lo puso en pie. Grandes brazos de oso lo rodearon y él dio una palmada en la espalda a uno, y luego al otro de sus hermanos.

"Es bueno veros a ambos a salvo. ¿Cómo fue el viaje?"

"Bien hasta la mitad," diría yo. ¿Hay comida aqui?"

Antony levantó una mano hacia los caballetes y los tres se movieron para tomar un plato y pan, luego hacia el fuego, hacia la olla hirviendo que burbujeaba con estofado. "Y cerveza." Usó su plato como un indicador de la cerveza, y de nuevo los tres hombres se movieron para servirse. Retirándose al tranquilo trecho de pared de Antony, los hermanos se apiñaron para compartir lo que sabían.

"Nosotros vamos hacia el Oeste desde la costa en *Devana,*" murmuró Antony alrededor del pan y la salsa, con el ceño fruncido ensombreciendo sus ojos. "Ellos se están moviendo hacia el Este desde aquí. No hace falta ser un genio para saber que los dos tienen que encontrarse en el medio."

Edan hizo un gesto de desdén con la mano y bebió un gran trago de cerveza. “No tienen el número necesario. Nosotros tenemos veinte mil hombres. Tienen que retroceder. Cederán. Todas las tribus de esta isla han cedido al final."

"¿Iceni?" agregó Tav desde fuera de la conversación.

"¿Has vivido tanto tiempo con mamá y aún no sabes lo que puede hacer una pelirroja de mal genio? Boudicca fue la excepción que confirma la regla, y al final los vencimos, diez mil hombres contra los doscientos mil de ella." Edan rió y se giró hacia Antony. "¿Cuáles son sus números aquí arriba?"

"Hombres, tal vez treinta mil. Pero están enlistando a cualquiera que pueda blandir una espada. Subirán más el total y creerán que tienen una fuerza abrumadora. ¿Cuántos vienen del Sur y las tierras medias?"

"Cualquiera que pueda moverse. Caballos. Carros. Van a hacer todo lo posible y enfrentarnos de cabeza. Esto va a ser feo." La luz de la risa que iluminó los ojos de Edan se enfrió y cayó, reemplazada por lo que pareció pesar. "Podríamos tratar de convencerlos de que no lo hagan."

Una risa medio ahogada rompió las palabras cuando Antony respondió: “Sí, claro. Habla tú, yo te miraré."

Por encima de los hombros de sus hermanos, Antony vio a Brinnie caminar de vuelta hacia las mesas, su rostro portaba una rígida resolución. Mientras ella se esforzaba de nuevo en la tarea de organizar la comida, él la estudió y un repentino pozo de tristeza se elevó en sus entrañas y reanudó el temblor en sus manos.

Los gemelos tenían toda una temporada de historias de viajes que contar y, cuando la habitación se llenó de gente a su alrededor, Antony escuchó y rió, pero su atención permaneció pegada a la chica que una vez él había dibujado. Tenía que hablarles de ella; era más que deber lo que lo obligaba. Lo que ella recordaba podía costarles la vida a sus hermanos tan fácilmente como a la suya propia y; cuando la conversación decayó, mientras los hombres se acercaban arrastrando los pies y pasando de una multitud a una audiencia; le habló en voz baja a Edan. "La chica de allí," fijó su mirada en ella y dejó que Edan la encontrara por ahí, "ella me reconoció."

"¿De dónde?" Había preocupación y concentración fría en su voz. "Ah, no. Ya lo tengo. Los fuertes del cerro. Última temporada. La noche en que atacaron a la Novena en *Fendoch*. ¿Qué ha estado haciendo ella en todo el camino hasta allí?

"Lo mismo que está haciendo aquí, por lo que parece. Sirviendo comida y cerveza a los hombres."

"Ya sabes a lo que me refiero. ¿Qué hace una chica en mitad de aquella campaña en mitad de esta? ¿Crees que ha viajado treinta leguas para servirme cerveza? Mátala."

Antony había esperado esa reacción. No hacía ni dos horas, él mismo había pensado lo mismo. “Ella no es nada, solo una sirvienta, probablemente la esposa o la hija de un granjero. Está medio chiflada, creo."

Edan le fijó una mirada gélida. Le había crecido lo suficiente el bigote como para cubrir la línea sombría de su boca, pero su determinación era fácil de leer. "¿Quieres que lo haga yo?"

"No." Él no quería que Edan ni Tav estuvieran cerca de ella. Aunque estuviera medio chiflada, el recuerdo de su clara y elocuente inocencia merecía mucho más que cualquier muerte que ellos pudieran ofrecer.

"Si te ha reconocido, también nos reconocerá a nosotros. Loca o cuerda, no quiero que ella balbucee sobre nosotros a quien esté al mando aquí. Encárgate de ello o pásamelo para que yo lo haga."

"Yo me encargaré de eso."

Un silencio expectante se cernió sobre la masa de hombres reunidos, y con ellos los hermanos esperaban para reunir su último informe de inteligencia.

Varios hombres mayores se habían sentado en taburetes frente a los caballetes. Como un capricho de príncipes mendigos, mantenían una fila digna y esperaban el silencio. Cuando el silencio llegó, Brinnie avanzó un paso y presentó a los jefes de clan del área local. Luego comenzó su oración sobre la guerra y la estrategia, sobre las amenazas que iban a enfrentar, el número de involucrados y la intención del líder frente al enemigo.

Todos los que iban a luchar debían avanzar hacia el campo de asamblea principal en los confines de las Montañas Grampian. Al viajar hacia el Este a lo largo del borde de las cordilleras, se encontrarían con otros y recibirían instrucciones más específicas a medida que avanzaran.

Calgacus estaba ordenando un ejército de guerreros reunidos desde los clanes libres en tiempos de necesidad, y cimentados en una unidad coherente por la voluntad de los dioses. En los próximos días, con la luna llena, se llevaría a cabo la ceremonia unificadora. Desde allí, el ejército mismo se hundiría en la arena que el líder había elegido y esperaría el avance de los romanos.

Edan volvió su fría mirada hacia Antony. "¿Solo una sirvienta?"

Antony observó la pétrea eficiencia en ella, su disertación sin emociones, y sintió el torrente de tristeza y pérdida surgir en su interior. Retorció los dedos distraídamente en las cuerdas

enmarañadas de su vellón y dijo: "He dicho que yo me encargaré de eso."

Capítulo 3

Mientras llevaba una jarra de cerveza al último grupito de rezagados, Brinnie forzó la boca en una sonrisa de bienvenida, se preparó para pronunciar las mismas palabras de consuelo y aliento una vez más, y para llevarlos hacia la puerta.

El místico se había ido antes junto con los gigantes del cabello de las hadas que habían sido su sombra durante toda la noche. Y con él, la esperanza de alivio en ella. La vergüenza de sus actos de traición sería de ella, ahora y para siempre. Igual que cualquier otro hombre que había respondido a la llamada a la guerra, el sacerdote llevaba su escrutadora mirada hacia el Este y tal vez fuera allí donde esta más se necesitaba.

Calgacus estaba reuniendo druidas de toda la isla. Todas las fuerzas naturales y sobrenaturales serían convocadas y aprovechadas para esta batalla. Vivían en un mundo que era uno de muchos, separados como estaban nada más que por brumas y velos. Y en otros reinos había multitudes: gente hermosa, salvaje y sabia, dioses y demonios, y espíritus sin malicia que hacían travesuras en la vida de los hombres por el simple hecho de divertirse.

Cada dios y fantasma, cada *Sidhe* y espíritu faérico, cada vidente y oráculo estarían vinculados a la seguridad de la gente de esta tierra. Y ahí es donde iría el desconocido alto, con su mirada inquietante y el orgullo familiar de su madre marcado en la mejilla. Ahora él estaría durmiendo. Por la mañana se habría ido.

"Eirbrin." El grave retumbar la sobresaltó, al igual que el rostro que le vino a la mente con esa voz familiar. No era una cara que hubiera pensado volver a ver.

"¿Euguein?" Ella giró para mirar al hablante, agachando la cabeza en rápida deferencia hacia el primer comandante del líder. "Mi señor, no tenía idea de que estuviera aquí."

El hombre era un jefe, uno de los muchos barones terratenientes cuyos límites de clan habían sido invadidos y perdidos. Junto con

Calgacus, era miembro del grupo de guerreros de élite que lideraba la resistencia a Roma.

"No, así es como lo prefiero. ¿Estás bien, Brin?

“Sí, señor, lo soy. ¿Ya ha comido? ¿Quiere beber algo?" Con guerra o sin guerra, parecía que la comida no era un problema para los generales en esta campaña. Al lado de los jefes locales, ancianos, demacrados por la falta de comida y familia, Euguein era pesado y estaba quedando blando en el medio. Su túnica era de lana fina, limpia y sin enmendar. Tenía una cuerda de oro enroscada en el cuello.

Aquellos que se habían quedado en el área de este extremo más al norte del alcance de Roma habían visto a sus familias huir o morir. Habían visto sus tierras de cultivo destruidas por ladrones o por manos de su propia gente, quienes llevaban la antorcha a los campos para no dejar el forraje a los invasores. Las casas y el ganado eran abandonados o iban desapareciendo. Sus hijos habían respondido a la llamada a las armas. La vida era dura y austera para los baronía del extremo alto de *Gleann Mor*.

"Una cerveza, moza, nada más. No me quedaré mucho tiempo entre extraños." La obsesión de Calgacus por los espías era contagiosa. “Estoy aquí para buscar información sobre las fortalezas y debilidades del fuerte de *Inbhir Nis*. Y para hablar contigo."

“¿Conmigo, señor? No sé más que los hombres que pasan por aquí. Lo que oigo lo envío."

"No es de los romanos de los que quiero hablarte, Brinnie. Y no aquí donde hay otros oídos."

No había ningún otro tema que ella pudiera querer discutir. La causa por la que luchaban era lo único que le arrastraba los pies hasta suelo cada mañana. Lo único que la mantenía en movimiento cuando sus rodillas estaban débiles de hambre, lo único que permitía que sus ojos vieran o su mente considerara. "Señor," consintió ella obedientemente. El único otro tema que ella y el general podían tener en común, Brinnie había tratado de enterrarlo con su pasado.

"¿Dónde está tu casa?" Dijo él.

Brin movió despacio una mano hacia arriba, marcando el flujo del río hacia el Norte. “En *Craig Phadrig*. La casa de mi padre sigue en pie, señor. Vivo allí ahora, sola. Cualquiera puede indicar el camino."

"Bueno. Pues te encontraré por la mañana. Esta noche necesito encontrar hombres que puedan acercarse al fuerte."

"Había un hombre..." La piedra fría en su pecho se movió, su gimiente peso le robó el aliento y sus palabras. "Pero se ha ido."

"¿Un hombre?"

"Esta noche. Un mercenario. Dijo que había estado dentro de la ciudad misma." El hombre había dicho que no era un vidente, sino un soldado. Y ella se había olvidado de preguntar más.

“¿Cómo entró? ¿Adónde ha ido?"

Esforzándose con pensamientos que querían salir de dentro, ella levantó la cara hacia el general y se obligó a concentrarse. “Estaba con los hombres que se reunieron aquí esta noche. Tiene hermanos con él, pero se reunió con ellos aquí. Mientras estuvo solo, entró en la ciudad y fue a la casa de baños. Eso es todo lo que sé de él."

"¿Lo reconocerías?"

“Oh, sí. Lo reconocería." Él la había conocido, pero se había marchado. “Pero una vez que se vayan de aquí, se trasladarán al Este. No volveré a ver a ninguno de ellos. Hay más posibilidades de que lo vea usted mismo que yo."

El general pareció inquieto. La luz del fuego brillaba en sus ojos como una fiebre, hizo girar la jarra de cerveza y se la volvió a llevar a la boca. "Si lo vuelves a ver, quiero saberlo." Asintió y dio media vuelta. "Hasta mañana."

"Hasta mañana," repitió ella. No había nada que quisiera discutir con el general mañana. Nada. Ni las cosas de su pasado ni el hombre que ella había esperado que pudiera ayudar a enmendar sus

promesas rotas.

Pocas almas quedaban para limpiar, pero el trabajo ya estaba hecho en su mayor parte y Brinnie consideró las leguas que iba a caminar hasta su casa. Cuanto antes empiece, antes acabaré. Recogió su chal de un banco junto a la pared, se despidió en silencio y se adentró en la fría medianoche, envolviendo la cara en la áspera lana.

***

Donde el camino de la orilla del río se dividía girando a través de la espesa maleza hacia la calzada y el *crannog* al otro lado, Antony permanecía sentado en un oscuro silencio. Lo que había descubierto esta noche tenía que ir inmediatamente al fuerte, y ese era un largo viaje a través del aire empañado por el hielo. En algún lugar detrás de él, hacia el sur, sus hermanos estaban acurrucados alrededor de un fuego, secos o bebiendo y compartiendo historias con otros viajeros.

Al día siguiente ambos estarían esperando en el paso forestal al Este de la ciudad. Él podría unirse a ellos cuando se ocupara de la chica y hubiese llevado el mensaje al fuerte.

El viejo caballo cambió su peso estoicamente de una cadera a la otra y dejó que un suave gruñido escapara de sus dormidos y laxos labios, mientras el jinete bostezaba y se ajustaba con mayor fuerza la pesada capa de lana alrededor de los brazos. Ella debía aparecer pronto por este camino.

Quitándose nudos de tensión del cuello y hombros, consideró su posición y su alerta. Se estudió brevemente las manos y su deber. Las cicatrices marcaban los nudillos y tres dedos de su mano izquierda se habían roto y quedado torcidos. En el aire frío estaban rígidos y él los flexionó y extendió. Las cicatrices eran gajes del oficio y algunas se veían más fácilmente que otras.

Un grupito de hombres avanzó por el camino en su dirección y él se subió hasta el rostro el vellón y sus sombras, gruñendo reconocimiento. Su montura se apartó de la presa, despertando entre sacudidas y levantando la cabeza hacia la senda como si por fin hubiera encontrado su premio. Una única figura subía por el

escarpe de delante y volvió la cara en silencio hacia el camino del Norte. Y justo a tiempo.

Urgiendo al viejo caballo gentilmente con las rodillas, él avanzó por la senda detrás de ella.

"Hay un trecho por recorrer aún," dijo. Y ya es medianoche.

La chica giró con la sorpresa escrita por la luz de la luna en las pálidas mejillas. Sorpresa que se convirtió en alegría. No había sido un error. Ahora no había miedo ni dolor en aquellos ojos verdes. Ella le sonreía con una mirada de total agradecimiento.

Brinnie sintió el sonido de esas palabras correr por la sangre, llenándola de burbujas que estallaron en su corazón. "Sí. Un largo trecho," dijo con una sonrisa.

"Hay demasiados extraños por estas sendas esta noche y tu daga para cortar fruta no sirve de mucho si no estás cerca detrás."

Un destello de diversión brilló en los ojos del hombre y ella se acercó más a la ijada del caballo mientras respondía con seriedad. "Es pequeño pero lo bastante afilado, y no es difícil encontrar el corazón de un hombre." Las frías nieblas se le enroscaban por los tobillos y ella movió los pies, soplando un cálido vaho en las manos ahuecadas. El hombre había sabido que ella necesitaba que él volviera y había venido.

"Supongo que eso es muy cierto para ti. De una forma u otra, tienes que seguir moviéndote. ¿Quieres montar o prefieres seguir caminando para no congelarte?"

Había momentos en que Eirbrin medio creía que ella misma tenía algo de vidente, momentos en los que sentía una extraña certeza o un escalofrío de advertencia. Quizá eso había sido lo que él veía en ella. Fuera lo que fuese, había visto su necesidad y respondido a esta. Ella debería haber confiado en que él lo haría. El alivio que le traía ese conocimiento hizo que se le formara un nudo en la garganta y ella tosió para aclararla. "Preferiría montar." Ella tiritó. "Y mucho."

Antes de que ella pudiera levantar la mano para izarse, él balanceó la pierna hacia adelante y bajó resbalando hasta el suelo a su lado. Una manta gastada yacía sobre la grupa del caballo, y él desató rápido las correas que la sujetaban y la abrió. "Abrígate," dijo él simplemente, luego se subió de un salto detrás de la silla, inclinándose para ayudarla a subir al asiento.

Bajo el húmedo perfume de lana y lanolina de su capa, el aroma celestial del jinete llenó sus sentidos. Olía tan limpio.

Cabalgar detrás de él había sido fácil, inclinarse hacia adelante en su calor le había parecido tan natural como meter los dedos de los pies en el vientre del caballo. Pero sentarse delante planteaba un doloroso dilema. Para sujetar las riendas, esos largos brazos le cruzaban las caderas, provocando que se le erizara la piel allí donde esas muñecas le tocaban el costado. Era contacto, contacto cálido. Ella anheló reclinarse, relajarse por un momento sobre aquel pecho, dejar que esa calidez, ese aliento y esos brazos la envolvieran. Ansiaba descansar.

Hacía mucho tiempo que ella no había querido confiar en alguien. Había pasado toda una vida desde que se había sentido segura y cálida, mucho tiempo desde querer dejar que otra persona se hiciera cargo, solo por un momento. Había pasado mucho tiempo desde que un hombre la había tenido entre sus brazos.

El pensamiento la atravesó como una carga estática, enderezando su espalda y amenazando con romper la peetrea máscara que ella llevaba sobre las mejillas. Ella bajó el rostro para proteger los ojos del aire frío y móvil. Su vida no era más que un servicio a la tierra y a la causa por la que luchaban. Ya descansaría cuando estuviera muerta.

Era tarde, pero el jinete no hizo ningún movimiento para acelerar el paso del caballo. Caminaron con paso firme por los caminos pedregosos, viendo sólo una estrecha senda por delante y escuchando el murmullo del río a su lado.

Reuniendo el coraje que ella había encontrado hace mucho tiempo para enfrentar la vida, ella preguntó con rigidez: "¿Quién eres tú?"

"Ya te lo dije." Su tono no invitaba a la comunión.

“Sé lo que me dijiste. Quiero escucharlo todo otra vez. Puede que te necesite."

Se movió detrás de ella, un rudo temblor que podría haber sido una carcajada sin sonido. "¿Ah, sí?"

"Empieza con tu nombre."

“Antony.”

"¿Un nombre romano?"

"Un nombre latino."

¿Se había extendido la lengua del invasor hasta los confines del mundo? En un mundo donde tantas naciones luchaban por su libertad, ¿era prudente ponerle a un hijo el nombre del enemigo? Ella no tenía energía ni paciencia para juegos. Un rudo temblor le recorrió el estómago, había cosas que no iban bien en esto. “Un nombre latino y en casa en Roma. ¿Y dices que entraste en la ciudad aquí, sin ser desafiado?

"¿Tuyo?"

"¿Mío?"

"¿Tu nombre?"

La pregunta la sorprendió y la urgencia de girar y mirarlo a la cara ardió al rojo en su mente. Aflojó despacio los músculos que se le habían tensado en el cuello y hombros.

"Eirbrin."

“Nada de latín en él. Buen celta sólido."

La estaba ridiculizando. Si hubiera podido verle los ojos, estarían brillando con una broma que ella no podría compartir. "Todo el mundo me llaman Brinnie."

"Claro."

"Era el nombre de mi madre," dijo ella.

"¿Ah, sí?'

Él no necesitaba muchas palabras para tocar el dolor. Este hombre la había visto y conocido antes de que su madre cayera. Ahora las estaciones habían hecho un ciclo completo y las caras del pasado se reunían para traerla de regreso. Una vez más, los hados la iba a llevar a enfrentarse a las decisiones que había hecho, pero esta vez el vidente había roto el silencio. Se había acercado a ella y le estaba dando la oportunidad de hablar. Y ella sentía tal necesidad de hablar. No podía haber ningún error en esto.

El olor en él funcionaba como un cálido fuego. La mente de Brinnie quería ir más despacio; su cuerpo, descansar. En todos estos silenciosos y solitarios meses, nunca había percibido la fatiga que parecía llenarla ahora. Le pesaba en los huesos. Se arrastraba sobre el corazón.

Cálida en el rizo de esa manta y esos brazos, con el suave descanso del aliento del hombre en la mejilla, ella dejó que algo del hierro resbalara por la espalda. "Ella se ha ido. Como mi padre. Cuando llegué a casa los encontré muertos."

“¿A casa desde las batallas del Sur? ¿Cuándo volviste?"

“Este mismo verano. Pero llegué demasiado tarde. Debería haber vuelto a casa el año pasado. Después...," no pudo terminar el pensamiento. No podía nombrar la pérdida. Tropezando con las lágrimas que brotaban, le dijo: "Debería haber vuelto después de la última batalla."

Él cabalgó en silencio y, en ese silencio, ella anhelaba abrir su corazón. Los recuerdos largo tiempo ignorados habían emergido a la superficie desde el momento en que ella lo había visto por primera vez. Él había aparecido desde su pasado y lo había revivido de un modo muy real. Pero las palabras mismas llevaban guardadas demasiado tiempo. Había vergüenzas demasiado grandes para convertirlas en sílabas fácilmente. "Los romanos ya estaban aquí,"

dijo. "La flota había entrado en el estuario, se habían apoderado de *Inbhir Nis*. Yo había oído noticias de sus grandes barcos, incluso allí abajo, pero no sabía que un pequeño fuerte pudiera darles tanto margen para matar, robar y destruir. Ninguno de nosotros podía imaginarlo."

Casi parecía que la postura en él también se había suavizado. No había tanta rigidez en esa espalda, los brazos colgaban más abajo, menos rígidos y correctos.

"¿Has visto sus flotas?" preguntó ella. "¿Han llegado a las tierras de tu madre?"

"Sí, las he visto," respondió él en un susurro. Sus palabras fueron sangre y aliento, y Brinnie ansió girar la cara hacia él. No podía imaginar lo que habría visto un mercenario de Roma en sus años de batalla.

El calor del pecho de Antony estaba tan cerca de ella que el fino vello de los omóplatos se le erizaban con cada paso que daban y la tensión en la espalda comenzó a doler. Estaba demasiado cansada para mantenerse tan quieta y dejó que la tensión se le escapara de las caderas. Y de los lados. Y los hombros. Con cuidado, con una leve sensación de alivio y resignación filtrándose en su carne, ella se relajó sobre él y dejó que aquel calor la envolviera.

El cabello de ella olía a tomillo y esto le trajo una sonrisa a los labios. Sus ropas eran trapos y subirla a la silla había sido ridículamente fácil. Bajo los harapos él sentía piel y huesos, y solo la fuerza justa para sobrevivir ese día. Y, sin embargo, aunque encontrar lo suficiente para comer era una necesidad imperiosa, ella se lavaba el pelo y, tal vez la ropa, en aceite de tomillo. La chica tenía aversión a los piojos.

Si todo lo demás en la vida de Antony era una apuesta, al menos con la legión él tenía acceso a comida caliente y agua caliente. Sí, podía cabalgar hacia una espada mañana, pero bajo sus alas, Roma daba a sus hijos comida y refugio y un baño caliente a voluntad.

Cómo vivía la gente de estas lejanas montañas cubiertas de hielo sin comida ni suelo calientes ni baños, él nunca lo sabría. Por qué

querían luchar contra la disponibilidad inmediata de estas cosas era un misterio aún mayor. La noción de libertad les atraía más que la noción de comodidad. O de medicina. O educación. O carreteras. Que así fuese.

Ella se había reclinado sobre él, demasiado confiada, demasiado gentil.

La luz de la luna recogió una luminosa línea de piel desde las profundidades de su deshilachada lana y ella brilló como una perla, como un espíritu mudando carne cuarteada. La respiración en ella se había relajado y reducido, y él se preguntó si ella había tenido la oportunidad de comer en la sala de reuniones. ¿Había servido, hablado y aclarado el desorden sin pensar en sí misma? ¿Qué tipo de fanático celo impulsaba a una mujer a esa clase de abnegación?

Al repasar el viaje de la noche, Antony trató de recordar con más claridad el paisaje por el que había pasado. Las colinas estaban llenas de árboles y matorrales, el terreno era pedregoso e implacable y las sendas estaban bien trilladas. Un cadáver dejado en cualquier lugar a lo largo de estas trochas llamaría la atención y pronto.

"El nombre de mi madre es Aila," susurró Antony al aéreo suspiro de la respiración de ella. No tenía sentido compartir ese conocimiento. No tenía sentido atraerla hacia su vida, pero aquí, en las frías brumas de la ribera, parecía correcto tener algo de compañía en sus pensamientos. "Y ella odia Roma casi tanto como tú."

La idea, y la ironía de esta, le hicieron sonreír. La risa en la garganta de Antony se extendió recorriendo el pecho y los brazos. Era imposible negarlo, ella la odiaba.

En todos los años que la madre de Antony había estado junto al hombre que amaba, había odiado las decisiones que él había tomado. Había odiado que sus hijos se marcharan de su hogar a los quince años para unirse al ejército. Había odiado un mundo donde ella vivía en la miseria mientras la aristocracia que gobernaba su vida comía pavo real y granadas. Había odiado Roma y todo lo que esta le daba al mundo.

Pero ella había vivido con ello. Lo había aceptado. Simplemente se negó a hablar latín. Visualizar su rostro hizo a Antony reír de nuevo.

"¿Casi?" La pregunta de Brinnie lo sobresaltó. La había creído dormida. Hubo un ligero movimiento cuando ella se acurrucó más cerca, tranquilizada por su revelación.

"Sí, casi," respondió él. El cuerpo de ella, a pesar de todas sus infortunios, lo sentía blando y cálido cerca del suyo. Esa túnica parecía tan delgada, esa carne tan cerca de la suya, tan frágil. El gentil movimiento del caballo la mecía en la cuna de sus brazos, tan inocente y dulce como una niña. Y elevándose en el aire entre ambos estaba el suave perfume de esa piel y cabello.

"No te quedes dormida," dijo Antony. No seas tan condenadamente confiada. "No conozco el camino por aquí."

"No." La palabra pareció señalizar un regreso a las armas y ella se enderezó un poco en su abrazo. No lo suficiente para levantarse, solo lo suficiente para demostrar su autonomía.

Se resinstaló el pesado silencio y a Antony le alegró tenerlo cerca. No había nada que ganar animando la conversación. Las vidas y las muertes eran más fáciles de ignorar cuando no estaban abarrotadas de detalles personales. Cuanto menos supiera de ella y ella de él, mejor.

Hasta que ella dijo: “Tenemos hombres vigilando el fuerte esta noche, pero necesitamos información desde dentro. ¿Cómo entraste tú?"

La pregunta no fue inesperada, pero la afirmación fue impactante. Él tenía que atravesar las puertas del fuerte con la información que había obtenido sobre la reunión de esta noche, con vigilantes o sin ellos. ¿Cómo podía responder? Nadie cruzaba las puertas sin contraseñas y órdenes. "Llegué desde los muelles y dije que era auxiliar de la vigésima legión."

Ella rió. Inclinando su masa de rizos sobre el brazo y volviendo su rostro hacia él, se rió en sus ojos. "¿Eso es todo? ¿Ese es el secreto

para romper las líneas romanas? ¿Mentimos y ya está?"

Aquello no había sido una mentira. No hasta ahora. "Sí. Solo hay que mentir en latín."

“El general vendrá mañana a buscar esa información. Puedes esperar y decirle eso en persona. Él nunca me creerá."

El frío del intuitivo pavor se arrastró por las tripas de Antony, le subió por las entrañas y le apretó el estómago. El hielo recorrió una línea recta desde la base de la columna, subiendo por la espalda, sobre las costillas y hasta la nuca. Él continuó: "Tienen vigilantes en el fuerte esta noche y mañana vendrá un general para evaluar el acceso a la ciudad."

"Sí. Yo dije que te habías ido. Debería haber sabido que volverías."

"¿Deberías?"

"Sí. Debería haber tenido más fe." Ella se volvió, acercando esos oscuros labios y mejillas glaciales a las suyas entre el aire blanco, y él pensó que podría inhalarla en la niebla. "Él cree que eres una amenaza. No lo dijo, pero yo sé que lo cree. No sabe nada de tu visión."

"¿Qué visión?"

"Tu visión. Tranquilo. Entiendo la necesidad de precaución. Entiendo la necesidad de mantener el secreto."

¿De verdad lo entendía? Su necesidad de cautela y secreto no tenía nada que ver con los oráculos. Toda la conversación se había alejado demasiado de la realidad. Había absurdo miedo y especulación en esto, y eso no tenía mucho valor para mantenerlo a él o a sus hermanos con vida.

“¿Tenéis un oficial que actúa como mensajero para la información que reunís? ¿Para la vigilancia de la ciudad?"

"Él me trae información, esta vez." Ella se torció sobre él, el frío en el aire a su alrededor se movió hacia los espacios que ella dejaba. “Necesitamos descubrir las fortalezas y debilidades del fuerte. Si tú

puedes entrar y salir, podrías ser los ojos y los oídos que necesitamos. Yo lo veré mañana." Le sonrió. "Y tú también."

“Entré y salí de una ciudad capturada una vez. No hay garantía de que pueda volver a hacerlo. Ni siquiera muchas posibilidades. Y tu general ya cree que soy una amenaza." Lo cual era razonable dadas las circunstancias. "¿Por qué querría enfrentarme a un hombre que podría decidir matarme en el acto?" ¿Por qué querría estar cerca del general por la mañana?

Él Tltenía un deber que cumplir y eso era todo. Haría lo que tenía que hacer en cuanto ambos llegaran a la cabaña de esta chica. Aunque tuvieran vigilantes en el fuerte, él aún podría entrar. Salir sería más difícil. Si tenía que hacerlo, podía marcharse en galera y desembarcar en *Fachabair*. Un cambio de caballo y de ropa y podría estar de regreso por la costa en tres días.

"Él no te va a matar. No mientras te tenga en buena posición. Puede que no confíe en ti, pero no te matará. Eres demasiado útil."

"¿Tanto tienes dominio sobre los generales en esta guerra?"

Ella permaneció en silencio un buen rato, pellizcando motas de la tela de su túnica y envolviéndose más fuerte con la manta para evitar un escalofrío. "Suficiente," dijo.

No solo era la esposa de un granjero o una sirvienta. No solo era una guardiana de las puertas. El hielo en la columna de Antony se se le estaba instalando con mayor firmeza en los riñones y aquello no tenía nada que ver con el aire húmedo de la noche. "¿Y confías en mí lo suficiente como para responder por mí?"

"No. No confío en ti. Pero te necesito." La voz en ella se estaba volviendo insustancial, como si el aire helado se hubiera congelado en esa garganta y las palabras lucharan por pasar. Los ojos que ella usaba hacia él eran amplios y oscuros a la luz fantasmal de su rostro. "Lo sabes, ¿no? La ciudad y el puerto no son tan importantes para mí. Eso no es lo que necesito de ti. Ya te lo dije. Necesito saber lo que viste en mí. Necesito entender."

Las lágrimas asomaban sobre las palabras, ahogándola e inundando

esos ojos. Antes de que ella pudiera echarle sobre los hombros ese supersticioso pavor, él dijo: "Y ya te lo dije, no soy vidente. Contemplo a la gente. Es un mal hábito, nada más."

Ella le dio la espalda, asintiendo en silencio y temblando como si su frío pavor hubiera encontrado su camino desde lo más profundo de él para descansar en su piel.

"¿Está muy lejos?" La pregunta de Antony fue demasiado aguda. Llegar al calor de su casa de repente había devenido algo urgente y él puso al caballo al trote.

"Aún hay un trecho por recorrer," dijo.

"¿Hay alguien esperándote allí?"

"No."

Una casa vacía. Perfecto. Pero un general la buscaría con información específica por la mañana. Y la jerarquía de Caledonia se inclinaba ante la opinión de esta chica. Y ellos tenían vigilantes en el fuerte. Maldita sea todo. Antony torció de lado, manchándose el hombro con el sudor frío del labio.

Un día mas. Si demoraba ir al fuerte esta noche, podría llevarse con él lo que había oído del general. Ella tenía algún confuso recuerdo de él, pero solo de la noche anterior a la batalla de *Fendoch*. Hasta que ella se preguntara a sí misma, o le preguntara otra persona, por qué había estado él ahí abajo y aquí arriba, estaría lo bastante seguro.

Podría darle a ella un día más.

Capítulo 4

El rocín emitía inquietos murmullos y piafaba irritado mientras Brinnie recogía una brazada de leña del lateral del establo. En el interior, Antony estaba prendiendo fuego a las brasas para encender una llama y gusanos de incertidumbre se retorcían en la base de la columna de Brinnie al saber que estaba calentando su casa para un extraño.

Las ramas se le escaparon de los temblorosos dedos y ella maldijo al frío que calaba más hondo que el aire de la noche. Estaba asustada. ¿Cómo no había tenido en cuenta el simple hecho de que iba a estar sola aquí con un extraño? Un salvaje solitario con ojos de fuego y un olor que traía dolosos anhelos a la carne.

"Un hombre es tanto como cualquier otro hombre," se recordó a sí misma con dureza. "No supone un gran coste que soportar."

No había elegido ponerse en esta posición, pero los hados la había traído a este lugar y su futuro se estaba desarrollando a su alrededor. Si le podía venir bien a la causa la habilidad de este hombre, y si él hablaba de la visión que había tenido de ella, entonces, a cualquier coste, ella soportaría aquello en silencio. Si él podía hacerle entender qué era lo que había visto en sus ojos aquella noche, tal vez ella pudiera olvidar para siempre el terrible dolor y la vergüenza. El mundo había girado un círculo completo y tal vez ahora ella tuviese la oportunidad de hacerlo bien.

Cuando ella dio un paso atrás a través del umbral, él estaba en cuclillas junto a la chimenea, con la cara oculta y la luz del fuego bailando en su cabello como una multitud de espectros. El cabello estaba revuelto y salpicado de humedad, mucho más corto del de los lugareños, sin blanquear y sin aderezar con aceites o tintes.

La lana oscura de su falda se extendía por el suelo a sus talones, con un cinturón tan bajo en las caderas que la dura línea de la columna se hundía en el destello de la línea de la cintura, urgiendo a los ojos a mirar debajo de la tela. El áspero y pálido tejido de la túnica se tensó sobre la espalda cuando él estiró la mano para avivar las

llamas. Cuando él giró hacia ella en busca de leña, el miedo que Brinnie había alimentado le estalló en el pecho, abrumándola, por lo que el aliento que contenía se vio obligado a salir de la boca.

Esos ojos se encontraron con los suyos y huyeron.

Él tapó el fuego con un racimo de yesca oscura y se volvió hacia la chimenea. En la pequeña habitación las llamas levantaban el perfume de su piel como una nube de incienso y ella gimió. No quedaban muchas horas hasta la mañana y ella dio gracias a los dioses por ello.

Dejando que sus pulmones se llenaran con una larga y temblorosa respiración, echó los hombros hacia atrás y acercó la leña a su oráculo. “Algunas están húmedas," dijo ella. Luego, con los brazos repentinamente vacíos, recorrió la habitación en busca de inspiración. "Voy a llenar la tetera. Tengo un poco de vino. No hay comida."

Indecisa entre acercarse a él para levantar la tetera y alejarse para servir jarras de vino, se quedó inmóvil. Sus miembros no querían o no podían moverse en direcciones opuestas y, antes de que ella pudiera controlar su reticencia, él se puso de pie.

"Yo tengo comida. Solo raciones, pero hay pan y frutos secos si los quieres."

Loa ojos de Brinnie estaban al nivel de esa boca, y la atención en ella se fijó en esos labios, observando formarse y salir cada palabra en su aliento. Calor se elevaba de aquel pecho y coloreó las mejillas de Brinnie como un rubor, como si estuviera demasiado cerca, como si ella estuviese demasiado consciente de él. El crepitar del fuego y el suave roce del cuero cuando él dio un paso a un lado y pasó junto a ella hacia la puerta fueron los únicos sonidos.

Cuando él salió, la fuerte bocanada de la respiración de Beinnie llenó la habitación. Había estado conteniendo el aire de nuevo. ¿Es que no era más que una ramera que no podía reunir algo de autocontrol? Ella trataba con hombres todos los días, cientos de extraños, todos lejos del hogar y la familia. Todos solos y necesitados. Muchos con miedo. Muchos dispuestos, ella estaba

segura, a calentarse en su hogar. Ninguno de ellos había tenido este efecto.

Nunca se había sentido tentada, ni una sola vez se había permitido considerar la posibilidad de querer compartir con nadie alguna parte de su vida, de sí misma, otra vez. Y tampoco podría ahora. No eran pensamientos de amor lo que la atraía a este extraño, era una necesidad enteramente más profunda. Y el general Euguein estaría aquí mañana para recordarle que ella ya se había entregado a un gran hombre. Que ya se había hecho inútil para cualquier otro y traicionado el gran amor de un hombre aún más grande.

El calor de la vergüenza, que se elevaba con los recuerdos que ella había enterrado con tanto cuidado, ablandó y fundió la carne de su rostro hasta que cayó la dura máscara de su resolución. No era la fuerza de esos brazos ni el consuelo de yacer sobre el pecho de este hombre lo que ella quería. Era su revelación. Su visión. Su entendimiento.

"Comida."

Ella giró hacia la palabra mientras él levantaba la alforja hacia adelante.

"¿Haces mucho eso?" preguntó él balanceando la bolsa sobre la mesa y caminando el espacio entre ambos. "¿Sollozar y temblar?"

"No," se frotó las lágrimas de las mejillas, respiró hondo y trató de sonreír. "No recuerdo la última vez que lloré. Ni siquiera cuando puse los restos de mi familia a la pira. Esto es nuevo. Tú has causado esto."

Él dio un paso atrás y alzó las manos en señal de rendición. "No es cierto. Esto no tiene nada que ver conmigo."

"Sí," insistió ella. "En cuanto te vi esta noche, todas las lágrimas que no he podido llorar salieron a la superficie. Todos los recuerdos de esa noche y todo desde entonces. En cuanto te vi y supe que me reconocías."

"Yo no te reconocí, no al principio. Conocía tu cara, pero no dónde

la había visto. No sé lo que recuerdas tú, pero te prometo que yo veo las mismas cosas que ve el resto de los hombres. Y el mundo no tiene más sentido para mí que para cualquier otro hombre. Y entiendo menos de la gente que la mayoría de los hombres." Tenía el ceño demasiado fruncido y las palabras fueron pronunciadas con demasiada protesta. El lunático resplandor estaba en esos ojos, ardiendo como una almenara que iba a iluminarle el alma.

"Eso no es cierto," insistió ella avanzando un paso para tomarle las manos, para obligarlo a decir la verdad que necesitaba oír. “Sé que ves estas cosas. Lo sé."

"Entonces eres tú quien tiene el don de la visión, Brinnie. No yo."

Él levantó las muñecas, apartó las manos de su agarre y un vívido destello de recuerdo irrumpió en la mente de Brinnie, apareció y desapareció antes de que ella pudiera posarlo claramente. Esos ojos le mantuvieron poderosamente la mirada y su nombre apareció en la lengua. Desesperada por aferrarse a este momento de claridad, suplicó: “Dime lo que viste en mí esa noche. ¿Qué te hizo mirarme así, como si estuvieras consternado? ¿Qué viste que te disgustó tanto?"

"¿Qué?" Él dio media vuelta para alejarse y ella lo siguió, tratando de detenerlo, chocando contra él cuando él giró de repente. Esas manos le subieron a los hombros y rápidamente le alejaron el cuerpo del suyo, mirándola a los ojos con fría pasión o la furia de la confusión. "¿Disgustado? ¿Consternado?

"Por favor, dime." Ella forzó la súplica en su tono y trató de parecer más razonable. "Tienes que entenderlo. Necesito saber. ¿Había un maleficio sobre mí? ¿Viste la muerte cuando me miraste?"

"¡No!"

“Tu toque, ¿recuerdas? Tu toque me quemó los dedos. No quisiste que yo te tocara entonces. Sigues sin querer que te toque."

“Esto es una locura. Necesitas comer."

"Antony, por favor," cayó de rodillas. "Por favor. Todo salió mal esa

noche. Toda elección que hice fue equivocada. Todo lo que hice estuvo mal. Ahora todo ha vuelto al punto de partida. Has vuelto a mí. Euguein ha vuelto. Si hay algo que sabes, algo que yo pueda hacer, tienes que ayudarme. Yo morí esa noche. Por favor, dime lo que viste."

"¿Moriste?" Sacudió la cabeza y dio un paso atrás, agarrando el cinturón en las caderas como si ese fuese su único vínculo con la realidad. "Tengo que irme." Le dio la espalda. Giró de nuevo hacia ella. "Brinnie, sean cuales sean los diablos de los que estás huyendo, te están volviendo chiflada. Esto es de locos."

“¿Diablos? ¿Viste diablos?"

"¡No!" La exasperación le quebró la voz y él se acercó un paso hacia ella, agarrándola por los hombros y tirando hasta ponerla en pie. "Belleza. Vi belleza. Y vida, pasión e inocencia. Allí. Eso es. Eso es todo. Espero que eso ayude."

"¿Inocencia?" La palabra parecía ridícula. Entre todo lo que ella había considerado y todas las posibilidades y explicaciones que se había ofrecido, esta era la única palabra que nunca habría intentado. Inocencia. ¿Con lo que había hecho? Eso era imposible.

“Ingenuidad. Un espíritu brillante y honesto."

"¿Estupidez?"

"No." Su tono se había suavizado y las palabras se volvieron más suaves. "Ligero. En tus ojos y en tu cabello. Pensé que eras adorable y quise recordar los detalles de tu rostro. Por eso me quedé mirándote."

Había sinceridad en la profundidad de su ceño fruncido y una oscuridad en sus ojos pálidos que no había estado allí antes. Por un momento, Brinnie vislumbró las guardadas profundidades de este hombre y supo, al menos, que estaba diciendo la verdad.

“Me apartaste la mano. ¿Por qué no quisiste que te tocara?" Incluso ahora, las yemas de los dedos le ardían con el recuerdo de aquel tacto.

Una sonrisa pasó por los labios y desapareció, la oscura honestidad en sus ojos engulló todo indicio de humor. "No me gusta que la gente me toque."

Nuevas lágrimas se estaban formando, un torrente de dolor y duelo reprimido y negado durante demasiado tiempo, y ella dio media vuelta, arrastrando su cuerpo entumecido hacia la pobre comodidad de su jergón. Podía sentir la quietud en él detrás de ella, oír el silencio mientras él se mantenía en su lugar, y supo que esos ojos la estaban miramdo cuando ella se tapó con las sábanas y comenzó a sollozar.

Su oráculo había hablado por fin, y nada de lo que había dicho igualaba la condenante claridad de su memoria. No hablaba de asesinato ni traición. Había visto inocencia e ingenuidad. Una insensatez infantil.

Eso era demasiado difícil de creer. Era demasiado difícil deshacerse del peso muerto de su propio juicio, vergüenza y culpa. Y era demasiado para entender. El pensamiento se ahogó en una marea de lágrimas no derramadas y en una inundante ola de años de aflicción que solo pudieron terminar en el sueño.

***

Antony apartó su ceñudo semblante con un enojado movimiento de la mano y se acercó a donde esperaba su caballo. El horizonte oriental insinuaba el amanecer, pero pasaría otra hora o más antes de que el cielo mismo comenzara a aparecer. Más aún hasta que el sol saliera del mar lejano.

Recogió la silla de montar en la barandilla, la sopesó y la volvió a dejar con un golpe, girándose para dar una patada a un balde de madera y enviarlo contra la pared.

No podía marcharse a caballo. Para ir ahora al fuerte tendría que asegurarse de que Brinnie no tuviera nada que decirle al general después de que él se fuera. Tenía que estar seguro de que ella no iba a a decir nada. A nadie.

Los sollozos habían cesado.

Frotándose con dedos rígidos los muslos en busca de calor, regresó a la casa y se quedó observándola dormir. Los fantasmas que atormentaban su hermoso rostro en las horas de vigilia también la atormentaban en los sueños.

Estaban atravesando una guerra y todos tenían fantasmas. Él llevaba dieciocho años matando, pero había hecho las paces con sus muertos. Estos sabían tan bien como él que pronto se uniría a ellos. Pero Brinnie se había unido a los muertos mientras aún había vida en sus venas y era difícil saber qué podría haberla empujado a ese lugar.

El fuego se estaba acabando y él arrojó otro leño a las brasas. Tomando una jarra de la despensa, olió el avinagrado vino y se sentó a la mesa para beber todo lo que su estómago le permitiera.

En todas sus locas divagaciones, ella había captado una verdad, eso él tenía que admitirlo. Un año atrás él le había prestado demasiada atención. Siempre había sido discreto. Siempre. Y, sin embargo, aquella noche no había podido apartar los ojos de ella. Debería haber seguido su propia norma entonces.

Pero luego, cargando con la tensión de muchos meses en las gélidas y agrestes tierras, con la frustración de ser demasiado lento con el mensaje sobre el ataque que se avecinaba y sintiendo un alma profundamente disgustada de vivir en su propia y rancia piel, había anhelado demorarse en aquella dulzura. Había memorizado cada línea y cada sombra de aquel rostro que era la afirmación de que había belleza en el mundo.

Luego, había querido captar la esencia de esa inocencia y quedársela para él.

Ahora podía ver lo que ese deseo le había costado. Mirando por la desnuda habitación, no había señales de un hombre, ni siquiera de su padre muerto. Las paredes de piedra estaban desnudas, las contraventanas sueltas. La camita tenía un cojín apenas lo bastante lleno como para levantarle el rostro. Los muertos de Brinnie se habían llevado todo lo que le daba color a su vida.

Cuando se bebió casi todo el vino, regresó a la puerta a observar el

color del amanecer del cielo y escuchar el pequeño rebaño de peludo ganado de las tierras altas moverse inquieto en el granero. Querían estar lejos. Él sabía cómo se sentían.

La última hora de libre elección se le echaba encima. El largo cuchillo de desollar que él favorecía parecía calentarle la pantorrilla, pero el filo de la hoja habría sido frío al tacto. Su presencia le quemaba la piel. Eirbrin gimió en sueños y él observó las arrugas que se formaban y se suavizaban bajo la caída de su cabello.

¿Había causado él todo este dolor? Aun sin saberlo, ¿esa noche en la que él se había rozado con la vida de esta muchacha le había robado aquello que él había saboreado?

Moviéndose lentamente, sacó el cuchillo de la bota y lo dejó sobre la mesa. Recogió un cuenco y la tetera, buscando aceite y sedimentos en el estante de la despensa, fijándose en una tina de manteca de cerdo limpia. Luego se quitó la túnica por encima de la cabeza, se sentó donde podía apoyar los codos sobre la mesa para estabilizar las manos, se untó los rizos de la barba con la suave grasa y apoyó la hoja en la mejilla para afeitarse.

***

Brinnie despertó ante ásperas palabras. Estaba incómodamente cálida y retiró la manta que la tapaba mirando hacia la brillante mañana. Una discusión estaba ocurriendo fuera de la casa iluminada por el fuego y ella se afanó por levantarse.

Tenía los ojos hinchados e irritados, y sentía las mejillas rígidas y magulladas como si ella hubiera estado peleando durante la noche. Pero había una sutil disminución de peso en su pecho y, cuando pensó en sus lágrimas y las palabras que las habían traído, recordó por qué. "Honesta belleza," se susurró a sí misma. "Brillante inocencia."

Puede que aquello no fuese cierto, pero era lo que él había visto. Era lo que el vidente creía y eso lo hacía importante.

Era la voz de Euguein lo que escuchaba mientras corría hacia la

puerta, pero él ya no gritaba. La crisis había pasado sin ella. Antony estaba al otro lado del patio, de espaldas a ella y un cuchillo de hoja larga sostenido sin fuerza a su lado. El general lo enfrentaba con otro hombre un paso atrás y espada en mano. Cuando la vio emerger, el rostro de Euguein se transformó en una sonrisa y volvió su atención hacia ella.

Él habló, pero sus palabras se las llevó el viento que trepaba por las bajas laderas y subía hasta la línea de árboles. Brinnie quedó preguntándose qué había dicho. Se sentía completamente agotada y se cruzó de brazos para protegerse del frío. El cansancio, la debilidad de meses de privación y la agitación emocional de la noche la dejaban sin corazón para afrontar el tema que él había venido a plantear. Levantando una mano en señal de deferencia, ella volvió a entrar en la casa y buscó en sus estantes vacíos algún tipo de hospitalidad.

No había nada. Un poco de queso y miel, suficiente para uno. El pan de la alforja de Antony estaba sobre la mesa, pero eso no podía alimentar a tres hombres. Si Euguein había venido para devolverla al lado del líder, aquel podría ser un momento tan bueno como cualquier otro para partir. La idea rechinó sobre las recién abiertas cicatrices en su corazón, palpitando como un magulladura.

Excepto por el mudo dolor de la soledad, ella no le devolvería ninguna necesidad. No sentía nada, ni deseo ni repulsión, solo un profundo vacío que el tacto del hombre nunca podría llenar y un vago sentido del deber. Este era el sacrificio que ella había hecho, como otros hombres y mujeres habían hecho sus sacrificios al servicio de la libertad.

Todos habían hecho sacrificios y ella se encontraba en medio de los huesos desnudos de la pérdida de su familia. Completamente sola, vestida con harapos y sin comida que ofrecer ni comer. Todo el mundo daba el servicio que podía. Cuando los dos hombres se agacharon debajo de su puerta al entrar, ella giró para encarar su futuro.

La sorpresa al ver al profeta le quitó la sonrisa de su bienvenida. Él se había afeitado años de pelo de las mejillas, dejando menos del atormentado místico y más del profesional soldado. Una sólida

barra azul oscuro tatuada en ese pómulo le subrayaba el ojo izquierdo, marcando el contraste entre su piel pálida y sus ojos y sus espesas pestañas oscuras. Tenía los labios carnosos, la sombra de la barba incipiente era una lámina oscura con suaves curvas.

Y llenando el hueco de su mejilla izquierda, dos círculos entrelazados, nudos sagrados y una senda de enredaderas o serpientes que se dejaban su rastro por la línea de la mandíbula cerca de la oreja.

Euguein habló y ella fijó la atención hacia él, esbozando una sonrisa y cortesía para ser suficiente. "No tenemos comida aquí, general," dijo ella sin rodeos. "Podría matar al ternero, pero estoy segura de que se habrá ido antes de que se desangre."

"Tengo suficiente comida para el viaje, muchacha. No te preocupea. Y no tenemos tiempo que perder con cortesías, de todos modos." Se movió para ocupar un taburete a la mesa y Brinnie se sentó enfrente, posada rígida, indispuesta a aceptar cualquier comodidad.

Antony retrocedió hasta la pared junto a la puerta, con el mismo aire de serena competencia que ella había sentido en él la noche anterior, evidente en su quietud. Tenía las manos laxas a los lados y la cara gacha, pero ella sabía que su atención estaba muy centrada en Euguein.

“¿Este es el hombre del que me hablaste? He hablado con él, Brin. No veo ninguna razón para confiar en él." No había tiempo para civismo entonces. Ni causa para la cortesía. Si el general había decidido en su contra, Antony no viviría para sentirse ofendido por la franca discusión.

"Yo confío en él," dijo ella. "¿Llevan los romanos el nombre de la familia en la cara?"

“No, pero hay britanos entre las filas auxiliares. Nacione. Traidores. Puede que haya estado en la ciudad. Puede que esté mintiendo. Si es uno de ellos, todo lo que dice es mentira. Todo lo que él oiga nos costará la vida."

El general clavó la mirada en Antony. "Calgacus lo mataría. Eso no

lo dudo ni por un segundo. Yo debería hacer lo mismo. Esta no es una tarea que podamos confiarle a cualquiera. Si pudiéramos enviar a alguien dentro de los muros, sería alguien irreprochable o nunca podríamos confiar en su palabra de todos modos."

"¿Por qué importa eso tanto?" Brinnie volvió a llamar la atención del general sobre sí. "Es solo un pequeño fuerte."

“Están operando sus combatientes desde *Devana*. Creemos que van a entrar con otra fuerza por el puerto aquí en *Inbhir Nis* y traerán poderosos refuerzos desde detrás de nuestras líneas. Su comandante está avanzando una fuerza ligera desde la costa este. Muy ligera. Y si no pueden traer una legión desde el estuario para reforzarla, nosotros podemos detenerla aquí, podemos aplastarla en las montañas."

De nuevo él se giró hacia Antony. Para Brinnie, sus acciones se leían como una sentencia de muerte para el hombre que estaba a su lado. Si no se confiaba en él para que fuese útil, no se confiaba en él por lo que acababa de oír. Esos dos no tenían intención de dejarle salir de la habitación.

"Y ahora a ti, Brinnie. Quiero que vuelvas conmigo. Ahora."

"¿Por qué?" ¿Por qué?. Había otras mujeres. Mil. Diez mil.

“Los tiempos son duros. Calgacus necesita a alguien en quien pueda confiar. Tú lo entiendes mejor que la mayoría. Y él no se fía de nadie. Acude donde te necesiten, muchacha. Se acerca la estación fría y oscura. Esta guerra terminará de una vez y para siempre en uno o dos meses." Extendió una callosa mano curtida por el viento para tomar la de ella. “Tú no tienes nada aquí. Nosotros tenemos buena comida y ropa de abrigo. Para ti, Brin, vuelve. Y si no es para ti, recuerda tu deber."

Su deber. Su sacrificio. Como todos los demás.

Antony no se había movido ni hablado. Si algo de lo que había escuchado le sorprendía, ella no podía verlo. Si él entendía las implicaciones de su presencia mientras se estaban discutiendo estas cosas, no había señales de ello. Si se daba cuenta ahora de que no

había inocencia en ella que él viera, tampoco había señales de eso.

Ella estudió su silencio, observando los destellos rojo sangre en su cabello oscuro, considerando las duras líneas azules que lo marcaban como un montañés de las tierras altas. Con el rostro abajo, no había forma de leerle los ojos en busca de signos de su extraordinaria visión. "¿Qué dices tú, amigo mío?" le preguntó ella. "¿Dónde me necesitan más?"

Antony mantuvo la mirada baja, calmando su respiración. Así que, aquí estaba la estima que ponía a la encantadora Brinnie a la par con el más alto de los generales de Calgacus. Antony no era el único hombre que había deseado la bondad en ella. La reunión estaba llegando a su fin y pronto intentarían matarlo. Tendría sangre en sus manos en cualquier momento. Cuánta de esa sangre sería suya, aún no podía decirlo. Si él sobrevivía a esto, ella estaría muerta. El deber rara vez era fácil. Pero si él moría aquí hoy, ella debería ir al menos a un lugar donde tuviera comida y calor.

"Ya te lo dije," respondió él mostrándole una sonrisa sin humor. Él no le deseaba mal y esperaba que ella se diera cuenta de ello. "Veo en ti las mismas cosas que ven todos los hombres. Y cuando los hombres no pueden soportar su propia culpa, necesitan encontrar algo de inocencia donde esconderse. Acude a él si te necesita. Al menos, con él puedes comer."

"¿Crees que Calgacus es culpable de algo?" Preguntó Euguein con frialdad.

"Somos soldados. Todos llevamos más culpa de la que podemos soportar."

El poco color que ella aún tenía había decaído de las mejillas de Brinnie y ella miraba a Antony como si este le hubiese arrojado agua helada. Lágrimas que él había creído extintas subieron y se deslizaron silenciosamente por las mejillas de la muchacha. Oh, maldita sea. Otra vez no. ¿Qué había dicho ahora?

Ella fijó en él su atención y él se movió inquieto, quitándose parte de la tensión de los hombros. El general aún le sostenía la mano entre las suyas y sus ojos permanecían fijos a ella. Fuera de la

puerta, el único guardia tosió y se movió inquieto. Estaba aburrido y desinteresado.

Antes de que comenzara el supersticioso balbuceo y las súplicas que él esperaba, ella se enderezó, deslizando las manos desde la mesa para apartarse el cabello de la cara y mancharse los ojos y la nariz. “Pero también necesitamos saber qué está sucediendo en esta ciudad," dijo con voz sorprendentemente clara, con su barbilla lanzada como un desafío. "Si el líder no confía en nadie más que en mí, iré yo al fuerte y averiguaré qué están planeando los romanos."

La urgencia de desplomarse y gruñir ardió en el estómago de Antony, pero él se mantuvo inmóvil. Apretó la mandíbula ante las palabras que le llenaban la cabeza, todas obscenas, y dejó que el general expresara sus objeciones por él.

"¡No! Ni hablar." El rostro de Euguein enrojeció instantáneamente y se formaron puños duros en las manos contra la mesa.

"Es una oportunidad mejor que buena, general." Ella señaló a Antony. "Si él pudo entrar y salir porque eso fue inesperado, ¿no será más fácil para una mujer?"

"Eirbrin." El general adoptó el tono de un padre, convencido de que lo obedecerían. “Las únicas mujeres que quedan en la ciudad son esclavas y prostitutas. En el fuerte en sí, no viviríiias lo suficiente ni para echar un vistazo."

"Entonces entraré como esclava o prostituta."

"Por encima de mi cadaver." El rojo en las mejillas de Euguein se había oscurecido al púrpura y los ojos del hombre brillaban como ascuas.

No quedaba nada del torrente de lágrimas que la había amenazado. Estas se habían llevado su reserva, y su temperamento prendía detrás de ellas. "Calgacus no está a más de veinte leguas de aquí. Dos buenos días a caballo. Puedo entrar y salir y llevarle a caballo la información yo misma."

Euguein quedó en silencio sacudiendo la cabeza, tentado a sonreír

con indulgencia ahora. Desde donde estaba, Antony podía ver el error en ese camino. "No conseguirás entrar. Y ciertamente no volverás a salir. Y no hay ningún caballo que puedas montar."

Brin se puso de pie para encararlo. “General, señor, hoy no voy a ir con usted. Si Calgacus me necesita, que venga él mismo a buscarme. Hasta entonces, intentaré conseguir la información que necesitamos en la ciudad y el fuerte." Acercándose adonde esperaba Antony, acercó el rostro al suyo y lo fulminó con la mirada. "Este hombre me llevará dentro."

Antony hizo un rápido sonido, "No," pero la tentación de continuar con la discusión desapareció rápido.

Agachándose con una velocidad remontada por una ola de pura euforia, Brin levantó el cuchillo de desollar de la bota de Antony y empujó suficiente peso sobre este para permitir que la punta pudiera entrar deslizándose entre las costillas hasta la suavidad de su corazón.

"A partir de ahora, eres hombre muerto de todos modos. Él te matará si lo dejo y te mataré yo si me rechazas. Llévame al interior y sácame de la ciudad. ¿Puedes hacerlo?"

La respuesta estaba en los labios de Antony, pero la razón no brillaba en esos ojos y ella estaba demasiado cerca para que él lo hubiese entendido mal. No, no había ninguna posibilidad de que pudiera llevarla dentro y fuera de la ciudad. Ninguna. Pero él podría hacerla entrar y ella estaría dentro luchando por su vida.

"¿Sabes qué tipo de riesgo estarías corriendo?" preguntó él gentilmente, esperando que el cambio de tono aliviara la tensión que trazaba una pequeña sombra roja en la tela de su túnica.

La risa tartamudeó en la garganta de Brin. "Sí. Entiendo exactamente el tipo de riesgo que estaríia corriendo. El mismo riesgo que corren nuestros soldados cuando entran para atacar un fuerte. La muerte. ¿Y crees que no he considerado la violación?" Los ojos se oscurecieron brevemente, convirtiéndose en una visión que era solo de ella, luego volvió a la de él. "También he considerado eso."

"De acuerdo." Él mantuvo quedas las palabras mientras movía rápidamente la mano hacia esa muñeca y la retorcía para apartarse del pecho la mano del cuchillo. Ella estaba demasiado delgada y no tenía fuerza en el brazo.

Brinnie se zafó del agarre, frotándose la muñeca mientras se volvía hacia el general. "Estamos de acuerdo entonces. Me reuniré con usted en el campamento principal antes de la luna llena. Si no estoy allí para entonces, estoy muerta."

Eso era cierto, de una forma u otra, y Antony pasó de esa certeza al siguiente problema que tenía que resolver. No podía permitir que Euguein regresara al campamento rebelde. Ese era uno de los círculos íntimos de élite del enemigo y Antony necesitaba la cabeza sobre los hombros.

"Una cosa," dijo él tirando del cuello de la túnica para mirar la pequeña y caliente herida. "Intentaré esto por ti. Si puedo meterla y sacarla de nuevo, valdría la pena correr el riesgo. Pero tengo que llegar a la carretera al este de *Inbhir Nis*. Mis hermanos me están esperando allí y debería haber estado con ellos anoche. Si no quiere que ellos vuelvan a buscarme, déjeme ir allí ahora y dígales que me quedo."

El general se echó a reír, el color de su rostro se transformó en una mancha poco saludable. "¿Y no volver a verte nunca más? Esto se está convirtiendo en una farsa."

"Envíelo conmigo. Antony asintió hacia el aburrido centinela, cuya atención había sido por fin atraída por la discusión en curso. "Estaré fuera una hora, dos como máximo. Espere aquí. tal vez pueda convencerla de que no haga esto."

En dos horas él estaría de regreso aquí con la pelirroja chiflada y los gemelos podrían hacerse cargo del viaje a casa del general.

Capítulo 5

En las horas que estuvo fuera, Brinnie poco pudo hacer para aliviar la emoción convulsiva que le quemaba el estómago y le subía a la garganta. A veces la amenazaban lágrimas amargas, pero había tenido muchos meses para aprender el arte del autocontrol y mantenía unidas las partes fracturadas de sí misma.

Euguein discutió sin cesar, pero no tenía autoridad real sobre ella ni sobre ninguna otra persona fuera de sus propias tierras perdidas, y ella no tenía ninguna intención de cambiar de opinión.

Antony podía ser un aliado o un enemigo. Ella había visto más cosas en las silenciosas profundidades del hombre de lo que a él le gustaba mostrar, y él ya había tenido más tiempo para traicionarla del que cualquier hombre necesitaba. Pero ella no podía saberlo con certeza y no le importaba mucho.

Ella confiaba en su visión y había decidido confiar en el hombre.

Sin preocuparse por los protocolos, preparó su pequeño bloque de queso y, con pan y miel, se comió las últimas migajas de la comida, regadas con su última media taza de vino agrio. Eso era lo único que necesitaba por ahora. Tenía energía suficiente para seguir adelante con los desatados nudos de la ira, el dolor y la amargura. Aún le quedaban meses de luto por conocer. Y pena y arrepentimiento. Pero el oráculo había hablado por ella y le había mostrado la salida del abrumador peso de la culpa.

Él había visto inocencia porque la culpa no era de ella. Ella no tenía duda de eso. Tanto si el hombre mismo era digno de confianza como si no, ella había confiado en su visión desde lo más profundo de su espíritu, y eso había demostrado ser cierto al final.

Pero era más fácil creer que podía confiar en él mientras él no estaba. Cuando él estaba de pie en su casa vacía, con el canosovellón abultado sobre los hombros y la sencilla empuñadura forrada en cuero de una espada ancha a la espalda, la confianza era más difícil de encontrar.

"¿Cómo lo vamos a hacer?" preguntó ella inclinando la cabeza hacia atrás para asegurarse a sí misma de su valor.

"Tú das las órdenes." La expresión en él era tan dura como la máscara que ella había elegido para sí misma y había hielo en sus palabras. "¿Te resulta más fácil hacer planes con un cuchillo en la mano?"

Las púas de su sarcasmo no eran nada, las palabras y los hechos que le habían causado dolor eran más y más profundos. Ella dio media vuelta, una pequeña ola de alivio ante la burla infantil animó su corazón. "Supéralo," dijo ella. Él era solo un humano; eso los hacía iguales. "Él iba a matarte de todos modos, y no era probable que estuvieras de acuerdo en llevarme sin algún tipo de coacción."

Delante de ella estaba la incertidumbre, y Brin no tenía forma de saber cuánto desconocía. Pero no había nada en la habitación que ella quisiera y, una vez que se liberara el ganado, se las arreglaría por sí mismo hasta que alguien lo encontrara vagando.

Ella se giró para encararle. "¿Por qué volviste? ¿Por qué no seguiste con tus hermanos?"

La pregunta lo desconcertaba. Esa máscara no era tan buena como él pensaba. "¿Ir adónde? ¿Al punto de reunión? ¿Y qué decir cuando Euguein llegue: «Lo siento, he cambiado de opinión»?" Había tensión en la piel suave debajo de sus ojos que en esta parecía haber bastante confusión como para ser un paso atrás mental. Quizá estaban ambos más emparejados de lo que ella pensaba.

"¿Vas a llevarme a la ciudad?"

"Sí." Ahora había cautela en su voz.

"Entonces eres un espía."

"Si eso fuera cierto, ya te habría matado. Aunque esperara hasta que Euguein se marchara, no tengo ninguna razón para llevarte conmigo. Ahora estamos solos. Oí hablar al general. Nada que un idiota no hubiera imaginado. ¿Y...?" Levantó las manos con la palma hacia arriba y una sonrisa se extendió por su rostro. Un reto.

"Eso tiene sentido." Ella pasó la vista por el áspero tejido de esa túnica hasta donde una mancha de sangre oscurecía la tela sobre el corazón. Esos hombros tenían más volumen que el pecho; él era delgado y duro, y donde terminaba la túnica, sus caderas eran estrechas. Bien afeitado, ahora se parecía mucho más a los chicos que ella había conocido cuando era niña, antes de que todos los horrores del imperio llegaran a su mundo. Y antes de dejar que el mundo le quitara la inocencia. "No tengo ninguna duda de que tendrás otras oportunidades. Pero algo me dice que puedo confiar en ti por ahora." Respondió ella a su sonrisa con autodesprecio. "Llamémoslo un don."

Él estaba de pie con las manos vacías, aún un poco vueltas hacia ella, y ella apostó por las sombras de compasión que había visto en las profundidades de esos ojos. "Estoy sola aquí, Antony. Completamente sola. He perdido a todos los que me importan, y las personas en las que más confiaba me han quitado más que sangre. Si me vas a matar, hazlo ahora y dame una muerte limpia. Seguro que merezco al menos eso."

Él quedó perfectamente quieto, su atención se centraba por completo en ella, y la sonrisa se deslizó despacio en los labios. "Lo mereces," dijo, pero no hizo ningún movimiento contra ella.

Ella respiró hondo. "¿Y cómo lo vamos a hacer?"

Él dio un paso atrás, enfocándose en el problema, dejándola enfrentarse a sus propios miedos mientras él encontraba un camino más allá de centinelas y soldados aburridos. Al menos, eso era lo que ella imaginaba que él examinaba. Tal vez solo estaba tratando de recordar cuándo había afilado por última vez la hoja que usaría para cortarle el cuello. Pero había algo en la idea de que ella tenía la visión. Al verlo moverse, ella no pudo evitar pensar que estaba luchando con problemas más importantes por completo.

Esta chica tenía corazón, no había duda de eso. Sus ojos se iluminaban con la determinación, y los rizos de su cabello bullían de pasión en su sangre. Pero ¿para qué? Cuando ella le sonreía bajo el peso de la locura que cargaba, que cualquier dios lo ayudara, él quería reír con ella. Ella era molesta. Demente. Él no podía llevarla a salvo dentro de la ciudad, y mucho menos volver a salir.

Podría llevarla a caballo hasta las puertas y decir: «Prisionera. Amante de Calgacus. Llevaosla», pero no había nada que ellos pudieran sacarle que marcase diferencia alguna en la guerra. Ella llevaba aquí en la naturaleza al menos un verano completo. El propio Agricola sabría más sobre los movimientos del líder picto que Brinnie. Pero no era lo que ella sabía lo que la hacía valiosa.

Ella era una extraña. Podría haber ido con Euguein, hacia los brazos de su hombre, hacia mejor comida, ropa y las comodidades del territorio. Y sin embargo, aquí estaba ella. Potencialmente, la mejor pieza de espionaje jamás soñada. Y aquí en sus manos.

Ah Brinnie. Si él pudiera llevarla a la ciudad mientras hacía su informe. No era un gran esfuerzo. Pero si podía volver a sacarla, aún confiando en él, tal vez podría llevarla él mismo al campamento del líder. Podía poner los ojos y los oídos de Roma en la cama del líder caledoniano y alimentarse como una sanguijuela de sus secretos. Ojalá hubiera él sabido de ella antes.

"Te voy a llevar dentro como una ramera," anunció él.

"Bien." No hubo vacilación en su acuerdo, y eso hizo tictac en mitad del pecho de Antony. Un temblor de conciencia se rebeló contra la idea, pero él lo reprimió y mantuvo el plan adelante. "¿Hablas latín?"

"Nada."

"Talvez algo. ¿Un poco sobre el que yo pueda hablar?"

"Nada. Ni una sílaba."

Bien. Eso significaba que nada de lo que escuchara importaría. "Te voy a echar sobre la silla del caballo y llamarte botín de guerra."

"Sí."

"Así es como lo haremos." No tan difícil, después de todo.

"¿Y luego?"

¿Una vez que hubieran pasado los centinelas? ¿Una vez que él

estuviera en condiciones de disfrutar del botín de guerra? Maldita sea, necesitaba un lugar para mantenerla ignorante mientras él entraba en el fuerte e intercambiaba secretos.

Él la miró, buscando en esos rasgos una idea que los llevara a ambos al otro lado de lo imposible. Ella estaba tan delgada. Incluso con la luz del día suavizada por las densas sombras de esta cabaña, estaba demacrada y desnutrida. Sus ropas eran harapos y, aparte del olor a aceite de tomillo, no había indicios de limpieza. Su piel olía a almizcle y dulce feminidad. Olía bien. No olía a limpio. "Dime qué es lo que más quieres."

"Comida," respondió ella, sonriendo. “Comida romana. Montones."

Él habría dicho un baño. Nadie diría que él los había frecuentado, pero sí había visitado un burdel dentro de las murallas de la ciudad donde las chicas estaban limpias y bien alimentadas. ¿Cuánto costaría la ropa, la comida y un buen baño caliente? No demasiado.

"Bueno. Una vez que pasemos la muralla de la ciudad y estés sobre la silla...," le hizo un gesto para mostrarle lo incómodo que sería eso, "te llevaré a un burdel. Voy a decirles que te laven y te den de comer, y yo volveré por mi botín una vez que eso esté hecho. ¿Cómo te suena eso?"

"Voy a quedar colgada de la silla hasta que me des de comer, me bañe y me limpie la ropa." Ella sonrió. "Puedo vivir con ello."

“Puede que no salga bien. Te podrían matar." Había tantos imponderables. Aunque ella no entendiera lo que se decía a su alrededor, había demasiadas posibilidades de que alguien pudiera reconocerlo. Darle la bienvenida. Demasiadas posibilidades de que otro hombre viese la perfección que él mismo veía.

“Podrías matarme tú aquí," dijo ella. "¿Dime cómo estoy arriesgando más que eso?"

"Preferiría que lo hiciéramos por la noche," dijo él tenso por el desafío que leía en esa sonrisa. Ella estaba demasiado cerca y él se descubrió buscando la luz en aquel rostro, y la vida que una vez había visto allí con tanta claridad.

"¿Sería más fácil derramar mi sangre en la oscuridad?" Una última vez lo desafiaba a que se moviera con su propósito.

Y una última vez él rehusó. Había más en juego en esto. Él tenía un deber. “Yo no puedo garantizar que entres en esta ciudad. ¿Por qué estás tan segura de que puedo hacerlo?"

"¿Qué te hace pensar que estoy segura? Ni siquiera estoy segura de confiar en ti. Pero al final eres lo único que tengo." Ella sonrió. “Ambos podríamos cabalgar hasta el líder y ofrecernos en la batalla que se avecina. ¿Dos espadas más cambiarán el rumbo? ¿Crees que será suficiente? Hagamos esto o muramos en el intento. ¿No es más valiente intentarlo que fracasar por no haberlo intentado?"

"Si quieres morir, hay formas más fáciles."

"No quiero morir, Antony. Quiero vivir la vida que me dieron los dioses. Quiero tener la oportunidad de corregir mis errores y tomar mejores decisiones. Con tu ayuda puedo hacerlo."

Todos tenían cosas que harían de manera diferente, supuso. Y nadie quería morir. "Está bien, hagámoslo. Una vez que te deje en la ciudad no hay nada que puedas hacer o decir hasta que yo vuelva por ti. ¿Convenido?"

"Convenido." Ella sonrió. "¿Qué tengo que perder?"

***

Él había dejado un poco más de espacio en su regazo que sobre los cuernos de cuero duro del pomo de la silla, pero apenas era suficiente para estar cómodos. Ni ella ni él. Cada vez que él se movía para sujetarla, levantarla o tocarla, los extremos de esa debilidad física en ella le gritaban. Y aún el frágil calor de su sangre le cubría los muslos como un bálsamo ante el frío del aire del otoño.

Más adelante, las puertas de la ciudad estaban abiertas, su guardia de pie con el obligatorio desinterés del centinela romano. Solo dos eran visibles, con facciones oscurecidas por la ancha mejilla de los yelmos, por lo que él no podía adivinar si conocía a los hombres o no.

Habría otros dentro. El área alrededor de la ciudad había sido saqueada y toda resistencia anulada, pero seguía siendo un lugar aislado y, por tanto, en alto riesgo de ser atacado por la guerrilla. Una fuerte guardia andaría cerca.

Mientras él se acercaba a los hombres, sacó el caballo del trote y se preparó para desempeñar su papel lo más cerca posible de la comprensión de Brinnie. De esa forma estaría menos inclinado a exponerse a ella como un fraude. Si ella entendía de verdad algo de latín, él no tenía la intención de darle más motivos para sospechar.

Los hombres iban de uniforme, eso los hacía romanos; un destacamento de una de las tres legiones de Agricola activas en *Britania*. Las Alae auxiliares en las que él había sido reclutado estaban adscritas a la Vigésima Legión, pero en los últimos tres años, hombres de las tres legiones y todos sus batallones de auxiliares se habían fusionado y colocado en *Caledonia* según dictaba el avance táctico. Había soldados de infantería de la Novena y hombres de la armada de la Segunda que él conocía bastante bien, pero los hombres que tenía delante ahora no estaban entre ellos.

Desde lo más profundo de la cavidad forrada de piel de la bota, Antony deslizó una pequeña baldosa de terracota. No más larga que su dedo, el motivo triangular mostraba en un lado, estampado en la arcilla, LEGXX y el motivo del desenfrenado jabalí de la Vigésima Legión. Por otro, el simple ALFL de las Alae de caballería flavia. Oculto en la mano, levantó el marcador de identificación para que los soldados pudieran verlo discretamente, pero ellos mostraron poco interés en su prueba.

"¿Quién es esa?" Todo el desinterés formal se había desvanecido de los guardias. Rodearon el caballo y se acercaron a donde Brinnie se agarraba a la tela de la falda de Antony, tratando de levantar la cabeza.

"Esa es mía," respondió Antony clavando un afilado talón en el costado del caballo, haciendo que su grupa se deslizara de lado hacia los hombres.

"Acabo de poner un peaje en la puerta," dijo un guardia, riendo. "Esa debería cubrir el coste si quieres dejármela aquí."

"Si quisiera tus despojos, habría recogido a ese compañero tuyo de allí," respondió Antony. "Te haré saber dónde la dejo cuando termine."

Los guardias se estaban acercando de nuevo, cirulando hacia las piernas de Brin, y Antony tiró de la cabeza de la montura para seguirlos alrededor. Cuando la carretera hacia la ciudad se despejó, Antony espoleó al caballo hasta cruzar las puertas y se inclinó para hablar en voz baja con su pasajera. "¿Estás bien?"

"No. ¿Cuánto tiempo falta hasta que pueda bajar?"

"Pronto. Intenta no llamar tanto la atención. Estoy buscando tabernas y queremos un establecimiento con un poco de estilo."

Brinnie gruñó y él se rió entre dientes ante las quejas. "Ya te lo advertí," le recordó él.

Gracias a los romanos había cuarenta nombres por cada prostituta y casi la misma cantidad de estándares de servicio. En un imperio donde los hombres eran reclutados para el ejército desde los quince hasta los cuarenta y a ninguno se le permitía casarse durante el servicio, había pocos esposos jóvenes. Eso dejaba a un gran número de mujeres jóvenes, romanas e indígenas, sin dinero y sin tiempo entre manos. Y misma cantidad de jóvenes con dinero que gastar.

Con cuidado de no moverse con demasiada confianza, Antony deambuló por la plaza del mercado, pasando por edificios que aún mostraban signos de su violenta captura, y entró en el barrio rojo. En el pórtico románico de un edificio rápidamente remodelado, él bajó al suelo. Sin advertencia, se echó a Brin fácilmente al hombro y le dio una fuerte palmada en el trasero por si acaso.

"No quedaría mal si lucharas un poco," se burló de ella, sonriendo para sí mismo, pero el humor desapareció cuando ella respondió.

"No creo que pueda," dijo ella con voz tan atormentada por el dolor y la debilidad que apenas fue más que un suspiro. "Tal vez pueda conseguirte mirarte mal."

Cuando Antony le bajó los pies al suelo, Brinnie se le aferró al tosco

tejido de la túnica, estabilizando sus débiles rodillas y esperando que el vértigo desapareciera. Leves náuseas aumentaron con el exangüe mareo y ella apoyó la cabeza en su hombro, dándole la bienvenida al brazo que la rodeaba gentilmente.

Después de algunas lentas y profundas respiraciones, Brin se atrevió a abrir los ojos. El tatuaje azul angular que caía bajo aquella mandíbula le llenó la vista. Un fuerte pulso latía en él bajo la piel rapada y el cabello castaño rojizo se rizaba bajo la oreja, cayendo suavemente por el cuello. Cuando ella alzó la cara, la luz salvaje del místico brillaba con demasiada fiereza en esos ojos y una oscura preocupación le arrugaba la frente.

"¿Puedes aguantar de pie?" preguntó él.

La habitación estaba llena de una suave luz naranja y una espesa capa de incienso nublaba el aire. Brinnie asintió.

El sutil apoyo en la espalda no cambió, pero dirigió su atención a una mujer parecida a un ratón que se había acercado para unirse a ellos. Hablaron brevemente y Brinnie se concentró en respirar profundamente mientras la náusea y los giros disminuían. La conversación fue corta y al grano, y Brin se fijó en las pocas sílabas que reconocía. *Sex*, *nutrimens*, *solum mei*. Sexo, comida y solo suya. No pudo adivinar qué más le había dicho a la mujer, pero Brin susurró: "Un baño," con fuerza.

Él añadió eso a su lista de instrucciones, apartando la mano de la espalda de ella y buscando una bolsita en la cadera. Brin mantuvo la cara apartada mientras él finalizaba los aspectos comerciales del trato, pero él le tomó el rostro en la mano, levantando la barbilla para que acercarle los ojos a los suyos. Hablando muy suave y claramente, él le mantuvo la mirada, una mirada en algún lugar entre la diversión y el reproche brillando hacia ella.

Puede que él hubiera sobreestimado lo que ella había entendido. La única palabra que ella reconoció cuando le dio las instrucciones de despedida fue *abluo*. Él la quería limpia.

Capítulo 6

“¿Eirbrin? Eres tú. Eso pensé cuando entraste."

Brinnie giró confundida, afanada en ubicar la voz familiar, sorprendida de escuchar su propio idioma en un lugar donde había esperado ser efectivamente sorda y muda.

La habían dejado sentada a solas en una salita húmeda, con un bajo catre de paja, una limpia sábana de lino y una pequeña palangana eran las únicas comodidades. La cara que vio la sorprendió aún más y la sorpresa se convirtió en alegría.

“Ula. ¿Cómo has entrado en la ciudad? ¿Por qué estás aquí?" Su tono, mientras abrazaba a su vieja amiga, indicaba el burdel.

"Cuando dijeron que no hablabas latín," respondió Ula, "me enviaron a ayudarte. Tengo que traerte algo de comida y ropa limpia y llevarte al baño. Chica, te caíste de pie con este. ¿Sabes lo que ha pagado para que te limpien y te alimenten?"

Brin negó con la cabeza, sin importarle mucho los detalles, ansiosa por llegar a la parte de la comida. Y por oír la historia de su amiga.

"Nos llevaron hasta aquí en los grandes barcos. ¿Los has visto, Brinnie? Fue increíble. Pero los marineros son una banda de groseros. Me alegré mucho de alejarme de ellos. Cuando nos dejaron salir de las galeras y entrar en esta casa, fue como el paraíso." Mientras hablaba, conducía a Brin deprisa por pasillos oscuros donde la niebla de incienso comenzaba a volverse asfixiante y abrumadora. Ula estaba tan brillante y alegre como siempre. Independientemente de lo que hubiera sucedido en el último año, ella parecía haberse tomado los cambios a su ritmo.

Cuando Brin cruzó la puerta de un comedor brillantemente iluminado, el olor a carne asada y especias casi la hizo desmayarse.

“La comida aquí es muy buena. La madam es romana, de la misma Roma de verdad, y odia la comida sencilla que comemos. Todo

tiene salsas y especias de las que nunca habíamos oído hablar. Está tan rico."

Brinnie podía creer esto último. Solo los olores ya eran divinos.

Siéntate, siéntate. Te traeré una fuente."

No estaban solas en la habitación y Brin miró a las mujeres que ocupaban los bancos y sofás a su alrededor mientras ella se agachaba despacio para sentarse. Solo había tres, pero las mujeres la miraban de reojo como a una especie de criatura del pantano que emergía para interrumpir su gentil almuerzo. Tenían los rostros blanqueados con una grasienta pasta de tiza, las cejas ennegrecidas en altas y arqueadas curvas. Un *kohl* denso les delineaba los ojos y los labios eran de un escandaloso escarlata. Y ellas llevaban joyería.

Antes de la guerra, a Brin le encantaba el cálido resplandor del oro sobre la piel. Llevaba pesados broches de oro en las orejas y el pecho, un torque trenzado e intrincadamente tallado en el cuello y pulseras con numerosas teselas de oro y plata enlazadas, cada una con su propio y precioso cabujón.

Y sobre los hombros llevaban pieles. Eran demasiado pequeñas para ser prácticas, pero eran suaves y encantadoras. También las había poseído ella en abundancia: pieles de oso gruesas y cálidas encima del suelo y de la cama, pesadas capas de lana y mantos con suaves pieles de lobo en el cuello. Todo eso había desaparecido junto con la vida que ella había conocido.

“Sé que así es como nos hacen obedientes, pero no queda nada afuera. No se está aquí tan mal, comparado con eso."

La declaración de Ula no tenía sentido y Eirbrin estiró ansiosa las manos hacia el plato de comida, engullendo febrilmente mientras salivaba.

"¿Por eso viniste tú?" El rostro de Ula era un estudio de preocupación, mirando a Brin mientras comenzaba a comer. "Solo mírate. ¿Cuándo fue la última vez que comiste comida decente?"

“No queda nada ahí fuera. Yo aún tenía unas pocas reses, pero solo

sacrificábamos una cuando llegaba un nuevo grupo de hombres desde el Norte. Los romanos no nos dejaron nada. Las granjas que no saquearon, los hombres las dejaron quemarse." Era difícil hablar, masticar y tragar al mismo tiempo.

"¿Entonces él te encontró?"

Brin miró a los ojos interrogantes, casi lista para explicar las complejidades de su situación, pero las burlonas miradas de las chicas a su alrededor la mantuvieron callada.

"Tú sabes quién es él, ¿no?"

"¿Caballería auxiliar?" respondió Brin, obligándose a recordar la ficción que Antony le había contado. "Algo que ver con la Vigésima Legión."

"Sí. Lo sabes. Entonces está bien. ¿Viniste voluntariamente?"

De nuevo volvió a la ficción. "No. Pero necesito comida y un lugar cálido. Solo durante un tiempo." Dejándose caer en un susurro, dijo: "Y hasta que pueda salir de aquí, estoy intentando averiguar todo lo que pueda sobre la campaña romana."

"¿Estás espiando?" Los ojos de Ula estaban muy abiertos y una sonrisa de alegría se extendió por su boca. "¿Vas a escapar?"

"Creo que sí," Brin introdujo un pastel ligero en una salsa aromática y se llenó la boca de sabor.

"Bueno, si él sigue pagando como lo ha hecho, estarás tan caliente y bien alimentada como podrías querer. Y si no trabajas con los clientes, en su mayoría son oficiales lo que vemos aquí, entonces yo puedo ser tus ojos y oídos, ¿no? ¿Qué tenemos que averiguar? Guao, esto es genial." Ula juntó las manos, temblando de excitación como una niña pequeña. "¿Cómo es él? Ojalá alguien que se le pareciera quisiera tenerme como protegida."

No era la primera vez que Ula deseaba que sus papeles se invirtieran, y un agudo pinchazo de incontenible dolor estalló en el pecho de Brin. Este le arrojaba de espaldas a las rocas de la vida que había perdido, antes de haber traicionado por una causa al

hombre que amaba. "¿Por qué estás aquí, así, ahora?" preguntó Brin, agradecida por una copa de vino dulce.

Ula respondió: “Quedé atrapada en una redada detrás de sus líneas, al sur de los fuertes del cerro. Después de que mataron a mi esposo, me uní a una banda que mantenía la presión en la retaguardia. Realizábamos ataques relámpago y contrabandeamos suministros y armas del Sur. Yo creía que los romanos eran los hombres más crueles que jamás había visto. No sabía que esta gente podía ser tan dura y brutal. Pero así es como funcionan, ¿ves? Si vas a las partes del país que ya han conquistado, las personas que siguen las normas no solo reciben menos violencia, sino que son recompensadas con lujos. Después de un rato empiezas a pensar que no está tan mal. Que no quieres volver a que te golpeen y que no quieres renunciar a los beneficios adicionales que te dan. Eso hace difícil mantener la rabia, supongo. Aunque no hay muchas razones para que traten bien a las mujeres. Si te ponen en un puesto de esclavos o en un burdel en una de las tabernas, la vida puede ser insoportable. Pero ¿aquí afuera? No está tan mal. No son demasiado rudos. Los rostros siguen siendo los mismos, así que incluso llegamos a conocer un poco a algunos de ellos." Su sonrisa pareció suavizarse. "Luego ya ni siquiera son soldados. Ni romanos ni galos ni bátavos. Sólo hombres solitarios lejos de casa."

"Y un hombre es tanto como cualquier otro," se escuchó decir Brin, y volvió a centrar la atención en la comida. Tan pronto como hubiera comido, podría ir a bañarse. Se acostaría en una bañera de agua humeante hasta que la costra de piel se desprendiera y se llevara toda la dureza del pasado. Tan pronto como se terminara otro plato de comida.

***

Antony estaba impaciente en el establo.

La información que tenía sobre el plan de batalla de Calgacus, sobre la rebelde preocupación por el uso de este puerto como cabeza de puente, la emboscada y probable muerte de Euguein y el potencial de Brinnie como topo, se había presentado ante el oficial al mando más de dos horas antes.

Había cumplido con su deber hasta donde este llegaba. Y en el burdel, Brinnie estaba sola y desprotegida.

Quizá ella no necesitara demasiada protección. Era una mujer fuerte. O lo habría sido, en un mundo donde había tenido acceso a buena comida y una vía de escape de los rigores de la guerra. Ella sabía pensar con la cabeza y él estaba tan seguro como podía estarlo de que su dinero era lo bastante bueno para comprarle un indulto. Pero no le gustaba la idea de dejarla allí sola durante demasiado tiempo.

Maldición. Por eso él era discreto. Ya era bastante difícil mantenerse un paso por delante y seguir con vida sin tener que preocuparse por otra persona.

Pero había sido esa inquietante sensación de preocupación por ella lo que le había contenido la lengua al entregar el informe. El único detalle que no había aclarado era que ella estaba aquí en la ciudad con él, ahora. Que sus superiores supieran, la amante de Calgacus aún andaba suelta por las colinas alrededor del fuerte.

Esto le parecía a Antony una cosa extraña. Si el líder de los rebeldes hubiera enviado a su mujer de regreso a la seguridad de un territorio donde estaría protegida, aquello podría haber tenido algún sentido. Pero enviarla a este lúgubre lugar, ponerla en peligro diario en el puesto avanzado romano de abajo, mientras él organizaba el movimiento de tropas por territorio hostil, parecía innecesariamente arriesgado.

Para los generales del Sur y el Este, el acceso a la comida y la ropa no era un problema y, sin embargo, él no había tomado ninguna medida para alimentar o calentar a su amante. Y lo más extraño de todo, cuando le habían ofrecido a ella la oportunidad de volver a su lado, de encontrar toda esa calidez, amor y consuelo, ella había elegido cabalgar hacia lo que debía parecerle una cierta muerte.

La muchacha le había preguntado dónde la necesitaban y luego había ignorado su consejo y elegido este lugar. No era una gran vidente después de todo. Parecía que lo que él había pensado que el líder necesitaba de ella, ella ya no estaba dispuesta a darlo. Cuando Antony le había dicho lo que había visto, ella había rechazado su

visión. Quizá las dificultades la hacían dudar de la luz y la pureza que él había descrito. Y quizá ella solo necesitara reclamar algo de esa inocencia para sí misma.

El caballo que tenía a su lado era demasiado distintivo para confundirlo. El negro brillante con cuello de cresta alta y pecho en forma de barril pertenecía a su hermano, y él no tenía idea de dónde podrían estar los gemelos ni por qué iban a volver a esta ciudad hoy. Sería para satisfacer las mismas tres necesidades básicas que siempre cumplían cuando regresaban a un fuerte. Comían, se bañaban y copulaban. No necesariamente en ese orden. Y, con suerte, tampoco en los mismos sitios que él mismo hubiera elegido.

Desenrolló el juego de ropa de repuesto de la alforja con la intención de llevarlo a la lavandería. Primero probaría la casa de baños. Solo había dos salas termales y baños públicos. Si ellos estaban allí, los encontraría rápidamente.

Después de eso, las tabernas a lo largo de la orilla del río. Una vez más, si estaban allí, no sería difícil diatinguir a los muchachos entre la multitud. Pero ¿después de eso? Cualquiera sabía.

Y entretanto, Brinnie estaba sola.

***

Brinnie se remojaba en agua fragante mientras las yemas de huevo frescas se le coagulaban en el cabello. Cuando estuviera limpio, Ula se lo trenzaría y se lo peinaría tal como lo habían hecho en años pasados. En la barra a su lado colgaba una larga túnica de lino finamente cortada y con cuentas en el escote, pero poco práctica fuera de la casa calentada por el fuego. Esa era probablemente la intención.

Yacer en el reconfortante calor la condujo de nuevo a recuerdos de la vida antes de la guerra, cuando había compartido su profunda bañera de piedra con Cam, cuando había yacido en sus brazos mirando el vapor enroscarse sin fin en el aire frío a su alrededor.

Era la primera vez que se permitía pronunciar su nombre en el silencio de su propio corazón, y las lágrimas le ardieron en los ojos

ante el pensamiento. Su gentil Cam. Un granjero cuyo tacto y tranquilas palabras habían sosegado criaturas asustadas y hecho brotar árboles y convertido la hierba en grano. Su hombre maravilloso, a quien ella le había pedido todo y quien no solo no le había quitado nada, sino que había renunciado a todo, incluso a su propia vida, para mantenerla a salvo.

"¿Hemos dado lo suficiente ya, Cam?" Preguntó Brinnie.

«Aún no,» se respondió a sí misma. Había una última cosa que él necesitaban de ella y, después, la guerra podría continuar sin ella.

***

Antony se quitó la ropa y tomó el paño de baño de las manos de un mozo abiertamente guapo. El mozo sonrió con fingida timidez y aceptó la única moneda de su mano. “Lleva ambos fardos a la lavandería. Lo necesitaré todo de vuelta en una hora, así que asegúrate de que lo tengan limpio y seco. ¿Entendido?"

El mozo agachó la cabeza y apartó los ojos oscuros de debajo del suave flequillo. "¿Ahora mismo? ¿No quiere compañía?"

"No. Solo ropa limpia."

"Volveré en un suspiro." El mozo no se dejaba desanimar fácilmente. "No irá a olvidar mi cara, ¿verdad?"

"No, no la olvidaré. Te estaré buscando, con mi ropa, en una hora."

En el baño público no había aire caliente pero el agua estaba tibia. Vaporoso espectros se movían sobre la superficie y Antony dejó caer la toalla junto a los escalones mientras bajaba hacia el maravilloso calor del agua. Los dolores que no había notado en músculos y articulaciones disminuyeron cuando el calor caló más profundamente en la carne. La respiración que había estado acumulando desde la primera vista del caballo de Edan salió con un suspiro y él apoyó la cabeza contra la piedra a un lado. "¿Como ha ido?"

La suelta y densa masa de cabello rubio de Edan se extendía

alrededor de la cabeza como el halo de un heroico coloso mientras yacía en el agua tibia, aparentemente dormido. "Planificando," respondió simplemente.

"¿Y qué haces aquí?"

"Tav está herido."

"¿Es grave?"

"Ja. Necesitaría que una espada ancha le entrara por un oído y le saliera por el otro para hacerle mucho daño."

"Ya es bastante malo que lo hayas traído aquí."

"Ha perdido algunos dedos. También la mano derecha."

Antony maldijo. Toda espada requería cierto agarre en el calor y el sudor de la batalla. Las espadas que preferían los soldados celtas de ambos lados de las líneas eran pesadas y requerían habilidad y fuerza para equilibrarlas. Sin cinco dedos en la mano de la espada, la tarea sería casi imposible.

Evitó llevar la conversación más lejos. Edan y Tavish eran inseparables. O bien Tav terminaría con su contrato de reclutamiento y encontraría la manera de recibir concesiones por su pérdida o lo trasladarían a un papel fuera del combate, y Edan quedaría como un hombre con solo media alma.

"¿Por qué sigues aquí?" Preguntó Edan.

"¿Aún? Solo llevo aquí una guardia. Pero saldré de nuevo en cuanto pueda."

"Parece que te espera otro invierno en las colinas, zagal." Edan soltó una carcajada, imaginando la tentación de su hermano de quedarse donde hubiese algo de civilización y comodidad. "¿Te van a enviar a algún lugar en particular?"

"De vuelta al Este para encontrar el principal punto de reunión. Quieren saber el número de tropas final."

"¿Qué ocurrió con la chica?"

Antony sumergió la cabeza bajo el agua, se pasó los dedos por el cuero cabelludo y utilizó esa distracción para evitar la pregunta.

Seguro que Tav no iba a salir esta temporada, pero Roma no tenía compulsiones por los lazos familiares. Edan tendría que seguir avanzando a solas en esta campaña, a menos que le ocurriera alguna razón para que le castigaran. O a menos que siguiera moviéndose con el propio Antony. Puede que el tribuno no distinguiera a Brinnie de cualquier otra doncella de las montañas, pero Edan sí. Y él no lo aprobaría.

Lo mejor era decírselo directamente. "¿Tienes dinero?"

"Algo."

"Lo necesito."

"Yo también."

"¿El oro de Euguein?"

"Es botín. Compensación por la mano de Tav." Edan soltó una risita. "¿Para qué lo necesitas?"

"La chica está aquí. La tengo aquí en la ciudad."

"Serás idiota." Nada de la conversación hasta ahora había provocado ninguna respuesta física del gran hombre, pero al oír esto, dejó caer los pies sobre los peldaños de abajo y encaró a su hermano. "¿Estás gastando dinero para mantenerla en algún lugar?"

"Sí."

Edan se debatía. La ira y la incredulidad en su rostro no tenían palabras. "¿Y vas a darme una buena razón?"

"Ella tiene acceso a Calgacus. Quiero llevarla de hasta él."

"¿Qué dice el tribuno de eso?"

"Va a enviar hombres desde aquí a por ella. Hasta *Craig Phadrig*."

Edan se agarró la frente con una mano gigantesca. "¿Él no sabe que la tienes aquí?"

"No."

"Pero él la quiere muerta."

"Él quiere que la encuentren."

"¿Y no crees que podrías estar pasando la raya entre ser pedante e insubordinado?"

"No creo que la fuese a encontrar aunque ella estuviera allí. Qué más da que no la vaya a encuentrar allí o aquí."

"Por supuesto que la va a encontrar aquí. Yo no quiero formar parte de esto. ¿Por qué no puedes escoger a una zagala local como cualquier otra persona?"

"No se trata de eso."

"Los cojones. Te quedaste mirándola toda la noche la primera vez que la viste. Si no querías matarla tú mismo, lo habría hecho yo. Piensas demasiado. Tienes que endurecerte."

“Ya, bueno. Oye, sobre el dinero. Lo necesito."

"¿Donde esta ella?"

"Tranquilo por eso, hermano. Tú déjame eso a mí." No había nada que subestimar sobre la ira de su hermano mayor, pero él tenía más cosas que preguntar y no era probable que el estado de ánimo mejorara. “Quiero sacarla de aquí conmigo y tengo que irme pronto. Necesito un caballo y Tav no va a necesitar el suyo."

"No. Lárgate." Edan se volvió y caminó por el agua arrastrando olas a su paso. “Voy a ir a darme un masaje y a afeitarme. Tú estate en el establo en una hora y te daré el dinero que tenemos, y luego puedes irte al Hades."

***

Brinnie dormía entre la soporífera neblina que quedó después de la comida y el largo baño caliente, y despertó cuando el aire a su alrededor se oscureció. La fina tela de su túnica era suave sobre la piel. El color pálido de esta, casi trasparente, hacía juego con el tono de su piel y la hacía verse y sentirse casi desnuda. La ropa que había usado durante el último año le había quedado bien una vez, pero a medida que su carne había ido cediendo, la áspera lana se había embolsado y le irritaba por todas partes.

Ahora, a medida que se acercaba la noche, empezaba a preocuparse por la elección que había hecho. Desde el interior del capullo de esta casa, no tenía idea de dónde estaba Antony ni qué destino había él encontrado fuera en la ciudad. Mientras le quedara dinero, estaría lo bastante segura, suponía ella. Después de eso...

Ula le había adornado el cabello con abalorios y lo había trenzado hacia atrás desde las sienes antes de dejarla dormir. Brin estaba sola de nuevo y la habitación desnuda comenzó a parecee una celda.

Cuando llegó, la fuerte llamada a la puerta hizo retroceder el miedo a estar sola y despertó el miedo a la compañía. La mujer con la que Antony la había dejado se abrió paso por la habitación y emitió su fría evaluación sobre el producto terminado. Brinnie, limpia y alimentada, no la impresionó mucho. Estirando sumariamente un brazo para pellizcarle el color en las mejillas, refunfuñó algo ininteligible y dio un paso atrás, permitiendo que Antony entrara en la habitación. Este la despidió dando las gracias en voz baja y se apoyó contra la puerta cuando esta quedó cerrada.

Antony estaba negando con la cabeza, observando. "Bueno," eso fue lo único que pudo decir.

"La mujer no pareció impresionada." Brin sonrió tímidamente, sintiendo el calor de esa mirada con demasiada intensidad en la piel. La ropa de cama que vestía era demasiado vaporosa e insustancial. Los ojos de Antony llevaban una calidez que se extendía por las mejillas de Brin y bajaba por su figura desde los hombros hasta los tobillos.

“Piensa que deberías haber usado más maquillaje. ¿O ya sabías que había dicho eso?"

"No." En cuanto ella trató de hablar, otro rubor de sangre caliente se precipitó debajo de su piel y le subió a la cara. "Te dije que no entiendo latín."

Él no se comprometió de una forma u otra en ese sentido. "Ella estaba equivocada."

La habitación era tan pequeña y tan obviamente destinada a juegos de cama que ella sintió que las paredes se cerraban sobre ella, y las examinó todas con urgencia en busca de cualquier signo de movimiento. "Déjame hablar con claridad," dijo ella tan claramente como se lo permitían los temores en su pecho. "¿Tienes la intención de hacer valer el dinero que has gastado, aquí, ahora?"

Las cejas de Antony se arquearon y una sonrisa asomó a los labios, doblando las comisuras para que la piel suave se frunciera y un pliegue atravesara la obra de arte de su mejilla. “Ese es un discurso sencillo. El dinero no es mío, es prestado, así que no me debes a mí."

"Correcto. Bien." Tratando de creer que no tenía miedo, Brinnie dio un paso adelante y se movió nerviosamente a la esquina más alejada y viveversa. “¿Tuviste algún problema hoy? ¿Oíste algo útil? ¿Dónde fuiste?"

Él había estado en la casa de baños, eso ella lo podía saber. El olor cálido y limpio en él le llenaba los pulmones, y ella lo habría inspirado más profundamente si sus costillas se hubieran dignado a permitirle contener el aire. La túnica que le llegaba hasta esos hombros y tapaba la delgada figura en el vientre brillaba tan cerca del blanco puro como podría esperar cualquier hombre trabajador. Y de nuevo él se había ceñido la pesada falda por debajo de las caderas. Aún vestía pantalones de cuero oscuro y botas altas, y ella se preguntó si él tendría un lugar cálido para dormir esa noche o si estaría vestido para el frío del aire libre.

“No he tenido ningún problema hoy. Sí, he oído algunas cosas interesantes. Y fui a la casa de baños y a la taberna. Lo que me

recuerda que me traerán comida aquí dentro de un rato. Tienes que comer si vas a viajar lejos."

"Gracias." Algo de terror le recorrió la columna, aflojando duros nudos de tensión nerviosa de los hombros y calentando la parte baja de la espalda. Cuando ella lo miraba directamente, parecía que él miraba hacia abajo, que esas oscuras pestañas escondían más que un destello de azul o una arcana mirada de reojo. Pero cuando ella desviaba la cara, sentía el cálido tacto de aquella mirada en las mejillas, la sentía rozarle los labios y bajarle por el cuello.

"¿Qué has descubierto? ¿Sabemos si van a traer tropas?" Brin casi imaginó que esos ojos se habían posado sobre los intrincados abalorios de su corpiño, y sus pechos se tensaron de repente, empujando las duras perlas de sus pezones contra la delicada tela. Una irreflexiva mano se levantó para cubrir su pecho. El terror, que había comenzado a retroceder, pulsó con fuerza por las venas, haciendo que su corazón latiera en la suave piel de la garganta, y la vergüenza por su propia reacción le llenó de escarlata las mejillas.

Lo que sea que él leyó de su movimiento, le oscureció los ojos y dejó que la intensidad de las sombras tocara los de ella brevemente, luego Antony se giró para explorar en las paredes y en sus propios pensamientos. "Puedo darle a Euguein los números sobre quién está aquí ahora. No podemos confirmar que una legión llegara a puerto. Eso no es más que una conjetura."

Moviéndose con una lentitud casi dolorosa, él caminó hasta el jergón y giró para sentarse. Apoyó los codos en las rodillas y bajó la cabeza, estudiando el suelo entre sus pies.

"Deberíamos esperar hasta que lo sepamos con seguridad," dijo ella. "¿Podemos hacer eso? ¿Es seguro?"

"No, Brinnie." Un profundo surco en la frente pareció suplicar o reprenderla por crímenes desconocidos. "No es seguro."

Llegó la segunda llamada y, sin una pausa para responder, la puerta se abrió. Ula apareció, sonriendo descaradamente, con una fuente de comida y una jarra de vino tinto con miel levantadas como un premio. "Comida," explicó innecesariamente. "Y vino. ¿Dónde lo

quieres?" Su latín era arrastrado y defectuoso, pero ella parecía no darse cuenta de este defecto. Se plantó frente a Antony con sus voluptuosas curvas inclinadas en su mejor ventaja y con ojos chispeantes.

"Toma," dijo bruscamente Antony a Brin levantando la bandeja de las manos de Ula y colocándola en la dura cama a su lado. "Adiós."

No hubo ninguna ofensa en el bien intencionado guiño y el saludo que Ula le mostró a Brin al dar media vuelta para irse. Pero la interrupción le había dado tiempo a Brin para dominarse y luchar contra la creciente sensación de fatalidad que flotaba en el aire sin luz.

"¿Entonces no es seguro?" Ella quería decirle que sabía que habría peligros, pero algo en los movimientos entrecortados de esas manos la hizo detenerse.

"Come. Toma. Antes de que oscurezca más. No veo velas ni lámparas aquí."

La escasa luz se filtraba más profundamente en las sombras bajo las cejas de Antony, oscureciendo aún más esos ojos y nublando el brillo maníaco.

"No. No hay luz. Dime cuál es el peligro."

Él vaciló de nuevo, frotando el pulgar por cada dedo por turnos, eliminando manchas invisibles de la piel. "Se está hablando. Sobre ti. Sobre tu contacto con Calgacus. Creo que saben dónde estuviste y te están buscando. No estarás a salvo en esta ciudad."

"¿A mí? ¿Por qué me iban a buscar a mí dentro de las paredes?" Con cuidado, ella tomó asiento, con la bandeja de comida, ahora poco apetecible, ocupando el pequeño espacio entre ambos. "Bien." Ella tragó un nudo de pavor. "Estoy bastante a salvo, ¿no? No pensarán en mirar aquí."

"Nos habrán echado el ojo aunque no supieran quién eras. Estás a salvo aquí mientras pago más de lo que pagaría otro por información. Así va este mundo." Cuando acercó su rostro al de ella

y la miró directamente a los ojos, Brin casi deja escapar un gemido. El mismo calor abrasador que había visto en él la primera noche llegó a través de aquellos ojos para leerle le corazón. "Si puedo conseguirte un caballo, esta noche encontraremos una manera de salir de la ciudad. Podemos llevar lo que ya hemos oído e ir a paso rápido en busca del campamento de Calgacus."

Ella se había creído preparada para este momento, pero el mismo había llegado mucho más rápido de lo que podía haber imaginado. El pánico se apoderó de su pecho, lanzándole el corazón contra las costillas, y la realidad de la peligrosa situación a su alrededor tembló en sus manos y rodillas. "No," susurró Brin.

"¿No quieres ir?"

Ella cerró los ojos mientras el miedo y los recuerdos aumentaban y los estremecimientos se asentaban en sus huesos. ¿Volver a los brazos de Calgacus? ¿Volver a su vergüenza? No, ella no quería ir.

“Si él te llama, muchacha, deberías ir con él. Hay sacrificios que todos debemos hacer en momentos como este. Ese no es un gran precio que soportar."

Palabras y recuerdos se agitaron en un enfermizo torbellino. Ella no tenía un sentido real de sí misma fuera del terrible dolor de sus recuerdos y sofocante el miedo que su decisión traía. Había oído esas palabras en su cabeza un millón de veces. En sueños, ella gritaba «¡No!»

"No," suspiró ella.

“Calgacus es nuestra única esperanza. Lo que él necesita, todos lo necesitamos. Y si te quiere, debes acudir a él. Si nos quitan nuestra tierra, todos seremos viudas, de una forma u otra."

En algún lugar profundo de su interior ella encontró el coraje para aferrarse a sus convicciones y negó con la cabeza a los fantasmas. Obligándose a abrir los ojos, los fijó en los ojos del místico y susurró: "Yo ya soy viuda."

Antony la miró fijamente, como si intentara entender las terribles

voces que se burlaban dentro de la cabeza de ella.

"Él vio lo que tú viste," explicó ella. "No fue culpa mía."

Él estaba confuso y ella extendió el brazo por encima de la comida, deslizando la mano hacia la cara de Antony para asegurarse de que él la escuchara y que la entendiera. "¿Lo entiendes? Tú tenías razón desde el principio."

El giró tan levemente que solo las puntas de los dedos registraron el movimiento, y el calor de esa mejilla le llenó la palma. "No. No lo entiendo. ¿No quieres ir?"

Sollozos de alivio subieron a su pecho y ella trató de sonreír. "No."

Él lo entendería, con el tiempo. Él había visto su inocencia y sabía que Calgacus había negociado con esta, con su miedo y su impotencia. Nunca había habido ninguna duda en la mente de Brin. Antony tenía una visión mucho más profunda que la de otros hombres. Cuando la miraba, ella podía sentir la profundidad de esa penetrante luz. Y como él le había mostrado la verdad, ella tenía una oportunidad de decidir de nuevo. De hacer una mejor elección.

Brin se permitió afrontar el peligro de esa nueva oportunidad y continuó con un suspiro. "Si es peligroso quedarse, ya lo acepté al pedirte que me trajeras aquí." Había aspereza en la suave mejilla bajo su mano, y ella deslizó los dedos hasta que las puntas rozaran el oscuro tinte de aquella piel. "Tú no tienes que quedarte," le aseguró ella. "Verás, hay una chica aquí, la chica que trajo la comida, la conozco. Ella puede ayudarme a salir si tú tienes que irte."

Él negó con la cabeza y ella dejó caer los dedos sobre el regazo.

Las sombras habían llenado todos los espacios alrededor de ambos y él se puso en pie, caminó despacio hacia la pared y se pausó frente a la esquina con las manos colgando de las caderas. La noche lo ocultaba todo menos el fantasma de la forma de Antony y el sonido de su agitada respiración, que resonaba en las frías paredes de piedra.

"Come," dijo él girando abruptamente y regresando para tomar asiento junto a la bandeja. “Tengo que ir pronto a encontrarme con alguien. Y tienes que comer."

Brinnie se obligó a soltar el aliento que había estado conteniendo. Escucharlo en la oscuridad había sido convincente más allá de su propia necesidad de aire, y ella exploró la noche en busca de una visión más clara de aquel rostro.

¿Lo entendía él? Él mismo lo había explicado: la culpa nunca había sido de ella. Pero ¿lo entendía? Al menos no le había pedido más sacrificio.

El amor perdido y la soledad, y el terror ante el peligro que ella había venido a enfrentar aquí, le hicieron anhelar extender los brazos hacia él. Terror que deseaba ser abrazado y calentado. Pero Antony era reservado y distante. A él no le interesaría su tacto.

Capítulo 7

Polvo negro manchaba profundamente los pliegues de los dedos y él agarró el carbón con demasiada fuerza, rompiéndolo en toda su longitud, haciendo que las astillas y los escombros cayeran sobre la obra. Con la irritación surcándole profundamente la frente, sopló la tela para limpiarla y cepilló de entre los dedos los trozos inservibles, rebuscando en la lata otro pedazo mejor.

Un cuadrado de lino fijado en una tabla, sujeto en cada esquina por un pequeño clavo, pero el grueso grano roía el carbón blando con cada línea.

Haciendo caso omiso de las frustraciones, Antony hizo largos trazos sobre la superficie, atrapando la curva del cabello y la línea alta del pómulo. Pero donde las sombras reclamaban los ojos y la boca, él se agachó más cerca de la tela, tratando con urgencia de modelar el juego de luces y sombras.

Durante largos minutos luchó con la imagen en su cabeza afanándose por darle existencia, pero algo había desaparecido, algo que no podía reproducir. Había fuego escondido en las sombras del rostro que brillaba en los ojos en momentos inesperados. En repetidas ocasiones había intentado él capturar ese calor, pero la verdadera naturaleza se le escapaba.

Levantándose bruscamente, tiró la tabla al suelo y se alejó de la tensión no deseada. Era locura lo que veía. Destellos de locura. Pero cada vez que trataba de dibujar esa enfermedad en el rostro, el intento se deshacía en polvo.

Él giró y levantó el lienzo para que tuviera mejor luz. Se lo había perdido de nuevo. Las líneas y la luz y la sombra eran todas como deberían ser, pero no el foco de aquella mirada. Él le había prestado la salvaje mirada interior de alguien que busca en la basura de una realidad separada. Y eso estaba mal.

Arrancando el suave paño de las clavijas, lo acercó al fuego y arrojó su fracaso a las llamas.

***

Tav estaba sentado a una larga mesa de caballete, mano vendada sostenida protectoramente sobre el pecho, una gran jarra de cerveza espumosa a los labios. "¿No deberías cobrar nuestra inversión esta noche, muchacho?" Sonrió dentro de la taza.

"¿Te lo ha contado?" No tenía mucho sentido preguntar. A veces parecía que los gemelos no tenían necesidad de contarse detalles.

"¿Por cuánto tiempo va estar ella allí?"

"Hasta que pueda convencerla de que siga adelante."

"Nosotros partimos mañana. ¿Quieres que la llevemos al Este?"

Eso podría resolver dos problemas.

Brinnie sería trasladada de esta zona de guerra, por ejemplo. Pero ella no quería irse y él no podía enviarla con unos hermanos que sabía que no tenían nada que hacer en la ciudad y que no la querían viva.

Y el otro....

"Tú no puedes ir a ninguna parte." Antony sabía que su hermano recibiría una gran dosis de opiáceos, pero aún había una tensión cerca de la boca que hablaba de un dolor intenso. "Tienes que quedarte una semana o dos."

"No. Nuestras órdenes no vienen de aquí, vienen de la base de *Inchtuthil* y ahí es donde tenemos que ir. No le voy a dar al tribuno de aquí la oportunidad de forzar su autoridad. Si voy ahora con Edan, podemos regresar a la costa y bajar, estar atentos a medida que avanzamos, y terminar en el fuerte, cómodamente detrás de nuestras propias líneas durante la temporada de descanso. Si nos quedamos aquí, enviarán a Edan él solo con nuevas órdenes."

"O conmigo."

“Y yo me quedaré aquí sin nada que hacer. No. Nos vamos antes de que se den cuenta de que pueden detenernos."

“Los pictos tienen vigilantes en el fuerte. Ya sabrán que habéis llegado y os seguirán. Y mientras estés herido, no puedes arriesgarte a salir luchando."

Tav sopesó esa revelación, no acostumbrado a ser quien tomara las decisiones. "Iremos a lo largo de la costa en galera hasta *Fachabair* o *Devana*."

Eso podría funcionar y Antony asintió. Iban a tomar cualquier ruta que los mantuviera juntos. Eso no era ninguna sorpresa. Podían aceptar las órdenes de regresar a *Inchtuthil* y usarlas para viajar por mar hasta el campamento de marcha en *Devana*. Y si hacían eso, no necesitarían los caballos. Bien. "¿Dónde está Edan ahora?"

"Cambió un servicio de guardia en el muro por algo de información."

"¿Qué información?" No había mucho que pudieran descubrir en este campamento que no supieran ya. Ellos eran los espías. Ellos traían la información.

"Quiere saber dónde tienes a nuestra amiguita."

Antony se puso rígido, apretó la mandíbula y entornó los ojos. "Podría haberme preguntado a mí si le importaba tanto."

"Sí. Pero él ya sabe que sabes dónde la has puesto. Lo que le preocupa es que otro lo sepa."

Lo que quedaba de la bolsa de monedas que Edan le había dado cayó pesadamente sobre la mesa. "Toma." Antony se puso en pie y le dio la espalda. "Bébete esto. No lo necesito después de todo."

***

Brinnie despertó cuando una mano le tapó la boca y los gritos se detuvieron incluso antes de que fueran sofocados. La puerta de su habitación no estaba abierta más que una rendija, pero la contrastante luz entraba arrastrando humo de incienso y terror.

"No grites." Las palabras trajeron calor sobre la gélida mejilla y el

alivio que le produjeron la debilitó.

Antony apartó despacio la mano de sus labios, ese rostro estaba tan cerca que ella podía sentir el calor de su mejilla alsobre sus labios temblorosos. La débil luz se encendió en esos ojos cuando se fijaron en los suyos, y él se quedó allí sobre ella, silencioso y quieto.

La respiración en ella era deliberadamente lenta y la tensión de mantener el movimiento constante sonaba en el aire. Él miraba sin pestañear, dentro de su confusión. Tan suavemente como el aire cálido que se movía por sus labios, las yemas de esos dedos le acariciaron el cabello y Brinnie encontró su propia respiración entrecortada, su corazón latiendo como el pánico.

"Qué...?" susurró ella como si él fuera un soñador y tuviera miedo de despertarlo.

La yema de ese pulgar le rozó los labios, esos dedos se curvaron suavemente sobre su mejilla. “Shhh. Nadie sabe que estoy aquí." Las palabras eran aire caliente sobre su oreja, y el calor le subió al vientre.

Esos ojos no se habían apartado de los suyos.

"¿Qué ha pasado?" Los labios de Brin se movieron como un beso en ese pulgar y él lo apartó, el encantamiento quedó roto.

Antony se levantó, cerró la puerta para que sólo hebras de luz sobrevivieran y se sentó en el jergón a su lado, suspirando profundamente. "Nada aún."

Las palabras fueron tan silenciosas que ella se levantó para sentarse a su lado, atreviéndose a acercar su rostro al suyo.

"Una pizca de prevención..." murmuró él y Brinnie comenzó a preguntarse si estaba borracho o confundido por algún motivo. Guardó silencio mirando hacia la oscuridad en un esfuerzo por leer ese rostro mientras él continuaba. "La otra chica. ¿Cuál es su nombre?"

"Ula."

Él se encorvó en un tenso silencio y ella le puso una mano en el hombro. "Dime lo que estás pensando. Si es mi seguridad la que está en juego, déjame tomar mis propias decisiones."

Una risa áspera respondió y ella lo notó asentir.

Ella tenía suficiente razón y Antony trató de encontrar una frase entre la compleja red de ficción. Si le dieran toda la verdad, él no tenía ninguna duda de que ella podría tomar sus propias decisiones. Pero ella no podía tener toda la verdad. Él le ofrecía mentiras y medias verdades y nada más. Primero la mentira. "No puedo quedarme en la ciudad por más tiempo."

El calor de la mano de Brin le presionaba el hombro y la tensión creció en el músculo debajo. El hábito de aislamiento de Antony y la voz de la razón pugnaban dentro de su carne con el creciente deseo de convertirse en el calor del toque de Brin.

Ella había dejado en claro que no confiaba en él y ella era sabia en esa elección.

Él la había mentido y manipulado en aras de su deber y ella no debería haber sido más para él que un soldado enemigo. Pero Edan tenía razón. Había tomado decisiones basadas en una fascinación que no entendía, e incluso ahora podía sentir que esa obsesión nublaba su juicio. Ella estaba demasiado cerca, era demasiado vulnerable. Demasiado tentadora.

"Y no sé cómo puedo sacarte de aquí." La verdad para endulzar las mentiras.

"Pues déjame aquí," dijo ella claramente. "No soy una niña. Ula dijo que los hombres que vienen aquí son en su mayoría oficiales. A las chicas no las tratan tan mal."

Un nudo caliente de repulsión se elevó en la garganta de Antony y él se volvió en la oscuridad para encararla. Pensar en ella como la había visto aquella noche, tan pálida y elegante, tan delgada y graciosa, vendiéndose ahora de ramera, le ponía enfermo. Quiso atrapar el fuego en esos grandes ojos verdes para sí mismo, y el recuerdo de la luz, el amor y la pasión que una vez había

vislumbrado se clavó en su corazón como un cuchillo.

"No te sorprendas tanto," continuó ella. "Me quedaré aquí hasta que sepa con certeza si las tropas están entrando por este puerto."

“No podrás salir de la ciudad cuando tengas la información. Ese es el problema. Solo hay una puerta de entrada y de salida, y nadie sale sin órdenes."

"¿Órdenes?"

“Soldados o civiles. Nadie cruza las puertas sin una razón."

"Entonces, ¿cómo saliste tú la última vez?" Hubo un destello de interés en su tono que invocó todas las dudas que ella no podía expresar.

"Pasé por los muelles por la noche." Su vida había dependido de las mentiras demasiado tiempo como para ser atrapado tan fácilmente. Pero el silencio en ella veía su farol. Él apartó el hombro de esa mano, torciendo con irritación. "No será tan fácil para una mujer."

"No." Ella retrocedió, llevándose el dulce aroma de su cabello con ella. “Si necesito órdenes para salir, necesito convencer a un oficial. Y ese es a quien veré aquí. Encontraré una manera. O me quedaré."

"Pero no puedes quedarte aquí." Algo frío le roía las entrañas y era solo la precaución habitual lo que le impedía ponerse de pie para pasear o alzar la voz para encubrir el clamor de los latidos de su corazón. "Si estoy en lo cierto, si me están vigilando, te estarán buscando. Aquí, donde te compré."

El susurro se convirtió en un siseo. "Pues encontraré otro lugar al que pueda ir." El derrotismo de Antony la estaba frustrando y coloreaba su tono. "¿Y qué tiene que ver Ula con esto?"

Él dejó caer la cabeza entre las manos y trató de recordar la mejor de las malas ideas que había resuelto antes de llegar. “Quiero hablar con ella para ver qué sabe sobre la ciudad que pueda ayudar. Podría saber de algún otro lugar donde puedas esconderte."

"Puedo hablar con ella yo misma."

¿Estaba tan decidida a quedarse aquí como una ramera?"Sí, puedes."

"¿Eso es todo?"

"No. Iba a sacarla de la ciudad para dejar que la vieran conmigo, de modo que si se hablaba sobre con quién había entrado, al menos habría cierta confusión." Y si lo peor llegaba a lo peor, él podría entregar a Ula a los comandantes en lugar de Brinnie. Pero era obvio que ahora no habría necesidad de eso. Brin quería quedarse y conocer su propio futuro.

"Eso la habría complacido, como poco." Había más que irritación aplastada en esas palabras y él trató de fijar una imagen más clara de ese rostro mientras hablaba. "Ella es feliz en su trabajo."

"¿Lo es? Y parece que tú también lo serás."

"¿Tienes tú una idea mejor?"

"Por eso he venido. Pensé que cualquier otra idea era mejor. Pensé que tu seguridad importaba."

"Ya te lo dije." Cuando ella acercó rápido la cara, los ojos habían encontrado algo de luz, suficiente para brillar con determinación. "No quiero morir. Si tienes que irte, vete. Yo haré todo lo que tenga que hacer." Ella estaba temblando por el esfuerzo de aferrarse con tanta fuerza al coraje.

Los labios; que ella le iba a dar a cualquier otro hombre, estaban cerca, y los ojos que atormentaban las horas de vigilia de Antony brillaban ante él. No cabía duda de su determinación, de su obstinación. Él quiso suplicar. "¿Y si hay una salida?"

"¿La hay?"

"Yo esperaba que lo intentaras. Cuando entré, no había nadie en el salón. Pensé que podríamos salir de aquí sin que nos vieran. No hay muchas esperanzas de eso ahora. Y pensé que la otra chica podría ayudar. Ella no sabe cómo salir de la ciudad o ella misma se habría marchado. Pero podría saber algo."

"No tienes que preocuparte por ella. Quiere quedarse. Si es demasiado peligroso para ti permanecer en la ciudad, vete. Hablaré con Ula sobre cómo salir cuando llegue el momento."

“¿Por qué querría ella quedarse? ¿Crees que esta vida es tan buena?"

“No queda nada fuera para nosotras. Y supongo que ella es consciente que un hombre es muy parecido a cualquier otro."

Esto fue demasiado. Él se puso de pie y caminó por el pequeño espacio, acercándose demasiado rápido a la pared y girando con ácido en la lengua. "¿Es esto correcto? Déjame hablarte sobre algunos de los hombres que he conocido y lo que hacen para divertirse."

La puerta se abrió de golpe y la diminuta madam quedó enmarcada en una luz naranja, sosteniendo una lámpara frente a ella. Sus penetrantes ojos se fijaron en Antony y en la chica, y sus labios se tensaron como si ella hubiera chupado un limón, pero asintió una vez. Antes de que pudiera dar un paso atrás, él le arrebató la lámpara de los dedos y empujó a la mujer hacia el pasillo.

Cuando él cerró la puerta, una terrible realidad estaba amaneciendo en su mente y lo ahogaba con su transparencia. Brinnie se protegió los ojos del repentino resplandor de la lámpara, sentándose en la esquina del camastro, y él la vio levantar las rodillas.

"Tú no quieres salir viva de aquí. O al menos no te importa. No sabía que estabas empeñada en sacrificarte." ¿Cómo es que no había visto esto cuando la locura se apoderó de esta idea por primera vez? Que ella podría haberse ido con su amante a salvo, pero había decidido intentar lo imposible.

"¡Sí!" Ella fue inflexible, pero los hechos no cuadraban.

"¿Y entonces qué? ¿Intentarías cualquier cosa en lugar de volver con tu amante?"

Las pupilas de Brin se habían contraído a la luz de la lámpara, dejando ojos verde claro sin sombra, y él pensó que iban a anegarse

de lágrimas, pero ella apretó los labios y dijo: "Te dije que no quería volver. Creí que lo habías entendido. Iré a él. Si puedo. Pero solo cuando esto esté hecho."

“Mira, he venido aquí ahora para decirte que esto no va a funcionar. Tienes que irte esta noche si quieres seguir con vida."

"No, eso no es lo que dijiste. Dijiste que tenías que irte y que no podías sacarme de la ciudad y yo te dije que estaba preparada para eso desde que entré. Por todas las grandes diosas, Antony, no sé quién eres ni de dónde vienes. Ni siquiera sé si dormirás profundamente en los barracones esta noche. Ya sea que estés con nosotros o contra nosotros, estaba bastante segura de que podías traerme aquí. Después de esto...."

Ya habían tenido esta conversación antes, cuando ella le había suplicado su ayuda o una muerte limpia. Él estudiaba ese rostro ahora en busca de signos de la locura que se había apoderado de ella. Ella estaba sola, había dicho entonces. "¿Qué te hicieron?" preguntó él. Estas personas en las que ella más había confiado.

Ella no respondió, rehusaba mirarlo a los ojos.

"¿Quién fue, Brinnie?"

"No necesito decírtelo. Tú ya lo sabes." Ese rostro permaneció abatido, ojos mirando la sábana a sus pies.

"Lo que sé es que estás loca si crees que he tenido algún tipo de visión de lo que has pasado."

Ella cerró los ojos, resignada a sus negativas. “Está bien, eso sigues diciendo tú. Pero entendiste lo que había sucedido mejor que yo. Y me ayudaste a ver que la culpa no era mía. No estoy loca. Solo tengo mucho que hacer. De veras pensé que lo habías entendido."

¿Aflicción? ¿Eso era lo que la impulsaba? Y con ello, rabia y desesperación. No era de extrañar que no él no hubiera podido nombrar la luz en esos ojos.

"Bueno, pues no lo entiendo." Regresó andando al jergón y dejó la lámparita en el suelo a sus pies para que la luz pasara junto a ella y

la dejara en una suave sombra. "Pero no puedes quedarte aquí. Si quieres seguir con vida, tenemos que encontrar otro lugar para esconderte. ¿Podemos estar de acuerdo en eso al menos?"

“Entonces volveremos donde comenzamos. ¿Adónde puedo ir?"

"Le preguntaremos a tu amiga. Te equivocas si crees que ella quiere quedarse aquí. Y te equivocas si crees que no te queda nada ahí fuera." Muy equivocada. La guerra era dura. Difícil para todos. Pero había leguas de tierra libre, dentro y fuera del imperio.

"¿Eso dice el oráculo?"

Él captó la burla en su tensa media sonrisa y se encogió de hombros. "No. Pero he conocido más hombres que tú. Y he visto más mundo. Mi vista es la misma que la tuya, solo que la perspectiva es diferente."

“Quiero ser yo quien hable con Ula. ¿Puedo?"

Él se encogió de hombros, reacio a discutir una conclusión inevitable. Proporcionarle mentiras, incluso este tejido de medias mentiras y garantías, lo había agotado. "Le diré que necesitas verla cuando yo salga."

***

Cuando la puerta se cerró, Brinnie se lanzó hacia la lámparita y elevó la llama tan alto como pudo. Necesitaba la luz, quería que todas las sombras y la oscuridad de la duda se apartaran de su piel. La habitación estaba lo bastante cálida, con la cavidad debajo del suelo calentada por el aire de un horno, pero ella se abrazó con los brazos para evitar la fría garra del miedo.

Él se había ido. Y la iba a dejar sola.

Una triste sonrisa se dibujó en las comisuras de su boca. Él era soldado, no vidente. No tenía oráculos para ella. Quizá tuviera razón después de todo. Pero si era solo una cuestión de perspectiva; entonces muchos hombres que habían visto las cosas que él había visto y habían hecho lo que él había hecho y habían estado donde él

había estado; todos habían regresado sin su don de la comprensión. Ningún otro hombre que ella hubiera conocido veía la vida con tanta claridad como él.

No, aquello era un don. Pero él se había marchado y ahora ella estaba sola. La hora de afrontar estas opciones había llegado demasiado rápido.

No podría haber muchos más días. El número de personas que se reunían en las montañas crecía a diario, y no importaba lo bien equipada y provista que el líder hubiera formado su fuerza, ningún gran ejército podía resistir mucho tiempo sin consumir todo lo que lo rodeaba. Y una vez completada la ceremonia de unificación, los hombres querrían avanzar espoleados por el fuego de la pasión y la confianza.

Así, no importaba que los romanos la encontraran antes de que ella pudiera presentar un informe o si lograba permanecer oculta hasta poder escapar, no podrían pasar muchos días más. Si sobrevivía o si moría en el intento, habría dado todo lo que había podido por esta lucha y nadie, nadie, podría pedirle más de lo que ya había dado.

Dejándose caer sobre el jergón, se subió la ligera sábana alrededor de los hombros y metió los pies descalzos debajo de sí misma. Ella no le había dicho adiós.

Con la mirada perdida en la pared de piedra blanca, Brinnie tocó con el pulgar las yemas de los dedos que habían acariciado la aspereza de su mejilla. No se había despedido y ese conocimiento trajo la necesidad de rozar con los dedos la suavidad de sus labios. ¿Y si ella hubiera sido lo bastante valiente como para extender los brazos? ¿O levantar los labios hacia los suyos?

Él no le habría dado las gracias. Era un soldado. Él mismo se lo había dicho. No un granjero amable atrapado en los vientos de una guerra que odiaba, como lo había sido Cam, sino un hombre duro con sangre en las manos y sin un verdadero hogar.

Al recordar su escrutadora mirada, suspendido en la oscuridad tan cerca de sus labios, no pudo evitar preguntarse si él anhelaba algún momento en el que poder compartir más de sí mismo. ¿Alguna vez

soñaba con un día en el que pudiera tocar a alguien, abrazar a alguien y saber que ese alguien seguiría allí cuando despertara y esperando cuando llegara a casa?

Pero ella había reconocido su aislamiento esa primera vez que lo había visto, y había sabiduría en esa elección. Era una sabiduría que ella misma debería tomar en serio. Él se había ido. Esta noche y para siempre, y ella no se había despedido. Quizá eso fuese mejor.

Al menos ella aún podía confiar en Ula.

***

La madam se mostró un poco más cálida con él una vez que tuvo dinero extra en la mano, pero Ula estaba comprometida y él tuvo que esperar. O volver. Eso le venía bien. No había oído sonar la hora desde el fuerte, pero tenía que estar acercándose al toque de queda de medianoche en la ciudad. Necesitaba tiempo para ir y cambiar las órdenes: dejarlo libre para sacar los caballos de repuesto con él.

El oficial de guardia sabría que los gemelos se iban, sólo quedaba convencer al hombre de que ellos habían acordado dejarle que se llevara sus caballos por tierra mientras ellos viajaban por mar. Y Antony confiaba en que estuvieran borrachos o durmiendo en algún otro lugar que no fuera los establos. Eso era un gaje del oficio. Todos tenían su lugar en un campamento del ejército, excepto los irregulares. Los espías no tenían cama en ningún *castrum*. Y ser caballería significaba, por lo general, terminar en los establos.

Cuando por fin regresó al burdel, se lo habían mostrado todo.

La sonrisa de Ula era realmente cálida, pero el incienso no había logrado despejar del aire el olor de su relación más reciente. “Esto es una sorpresa," dijo entusiasmada mientras aflojaba el cordón que recogía el escote de su túnica. Su figura completa se movió para adoptar la holgura mientras la tela se relajaba. Extendiendo una mano hacia la de él, condujo a Antony hasta el jergón. "Siéntate, relájate."

"Lo haré, pero siéntate tú también. Tengo que hablar contigo y no

tengo mucho tiempo."

La chica estaba cautelosa, mirando hacia la puerta antes de sentarse lentamente a su lado, con las manos juntas sobre el regazo. En mejores circunstancias, él habría tenido tiempo de ganarse su confianza, de intentar llevarla a un acuerdo. Pero no había tiempo.

"¿Cómo es que conoces a Brin?" preguntó él directamente.

“Ella vivía en el mismo pueblo que su esposo. Al sur de aquí. Él y yo crecimos juntos, luego la conocí cuando ella vino a vivir con él."

¿Cuánto tiempo hace de eso?, se preguntó Antony. Brinnie había dicho que era viuda. Eso no importaba por ahora, tenía que ceñirse a los detalles importantes. "¿Quieres ir a casa?"

"Esto es una especie de truco, ¿no? Estás intentando buscar información. No tengo nada que decirle que no puedas averiguar por medio de tus propios oficiales. Me trajeron aquí como prisionera de guerra. Soy una esclava, nada más."

“Esto no es un truco. Y no tengo tiempo para juegos. Te diré lo que necesito y tú decides si quieres ir a casa o no. Si no es así, dímelo tan pronto como decidas porque tendré que hacer otros planes. ¿Entendido?"

Ella estaba reservada; su única y chisporroteante vela reflejaba su incertidumbre.

"Brinnie vino aquí para obtener información sobre los movimientos de las tropas. Quiere llevar esa información a Calgacus. Pero los romanos sospechan que ella está aquí. No es seguro que se quede y ella no quiere irse sin los detalles por los que vino. Habrá una gran batalla pronto en los próximos días, y ninguno de nosotros tiene tiempo para esperar aquí. Tiene que volver con Calgacus."

Los ojos de Ula se movieron bruscamente de un lado a otro, enfocados en una zona de pared en sombras, y su ceño se fruncía por la profundidad de su concentración. Pero ella no dijo nada.

"Yo puedo llevarla con él. Tengo un caballo listo para partir, ahora, pero ella no quiere venir conmigo. Necesito que la convenzas. Si no

puedes convencerla de que te acompañe, miente. Puede que no quiera irse, pero podría seguirte si cree que la llevarás a otra casa segura. ¿Tienes idea de cómo puedo sacarla de la ciudad? ¿Alguna vez has oído algo, algún rumor que pudiera darnos una salida?"

Ula negó con la cabeza en silencio, obviamente aún sopesando la verdad de lo que escuchó.

"Está bien." Continuó él. "La única idea que tengo es el desagüe principal debajo de la pared. Llévala a la tubería de salida de las aguas residuales de la casa de baños antes del amanecer. Yo estaré esperando fuera del muro con los caballos."

Los ojos de Ula se habían movido hacia los suyos y ella estaba temblando visiblemente.

"Si puedes hacerlo, tendré un segundo caballo conmigo. Es tuyo. Te llevaré conmigo de vuelta al campamento principal de Calgacus."

"¿Por qué?" Ella apenas podía respirar y tenía la garganta ronca. "¿Por qué la estás ayudando? ¿O a mí? Ella dijo que la secuestraste."

"Eso era lo que habíamos planeado decir. El general Euguein nos envió aquí, pero quiere que Brin vuelva con el líder."

"Espera." Una nueva luz llenó esos ojos y una sonrisa esperanzada apareció en sus labios. "¿No estás con ella? ¿Eres, qué, como un guardaespaldas?"

"Eso está cerca."

"¿Y ella va a volver con él?"

Asintió y se puso en pie. "¿Puedo contar contigo? ¿Y puedes sacaros a las dos de aquí esta noche? Puños ásperos arañaron el estómago. No tenía forma de saber cuán competente o confiable era esta chica. Y si Brin se negaba...

"Lo haré lo mejor que pueda." Ella se levantó a su lado, sus modales de repente eran todo nítida eficiencia. "Necesitaremos mantas." Levantó la fina tela de su falda. "No nos dan nada de abrigo que

ponernos, nos mantiene cerca del fuego. Y necesitaré un cuchillo."

Ahora no había pausa en la actitud de la joven. Ella estaba confiante, al menos. Antony sacó el cuchillo de desollar de la vaina que tenía en la pantorrilla y dijo: "Si no estás allí antes del amanecer, tengo que continuar sin ti. Si llegas tarde, no tiene sentido intentarlo. Ya me habré ido."

"Entiendo." Ella le tomó la mano y sonrió con una brillante invitación. "Falta mucho hasta el amanecer. ¿Quieres quedarte un rato?"

Él le devolvió una tensa sonrisa y recuperó la mano. “Tengo que sacar los caballos antes del toque de queda. Tú puedes esconderte en las sombras, yo no. Le dije a Brinnie que te enviaría. Os veré en el exterior."

Capítulo 8

Por tercera y última vez esa noche, Brinnie oyó abrirse la puerta. Esta vez, sin embargo, no había posibilidad de que la despertaran. El pavor se agitaba en las entrañas y el sudor hervía bajo la piel, caliente y luego fría, mientras esperaba que la noche se desplegara.

Ula tenía una amplia sonrisa, pero sangre le había salpicado los faldones de la túnica. "Hora de moverse, Brinnie. Vamos. ¿Estás lista?"

Esto no era como había planeado, pero Ula se había movido para tomarle la mano y la estaba levantando mientras Brin hablaba. "Para. Dime qué estás haciendo. ¿Adónde vamos?"

"Ojalá tuviera tiempo para explicarme, Brin. O para discutir contigo. El hecho es que acabo de matar a un hombre para darnos la oportunidad de salir de aquí, y no pasará mucho tiempo antes de que alguien lo encuentre." Ula tomaba el tiempo para sonreír. "Estos hombres no pasan mucho tiempo con sus placeres."

Ya se había movido para abrir la puerta, mirando por la abertura hacia el pasillo más allá. “Bajamos al comedor y salimos por la cocina. Deprisa. Si te detienes o retrocedes, estás muerta. Si arriesgas mi vida en esto; y mira que te amo, Brinnie; te mataré yo misma. Ahora vámonos."

Aunque permaneció en silencio en el pasillo, en el calor de la cocina vacía, Ula desafió un consejo más. "Hace frío ahí fuera. Hay toque de queda y los guardias no van a hacer preguntas, nos matarán a las dos. Quédate en las sombras, quédate detrás de mí y no te pares hasta que lleguemos adonde nos dirigimos."

Brinnie la agarró del brazo. "Espera, o me detendré y tendrás que matarme. Dímelo ahora, ¿adónde vamos?"

"Te llevo a un lugar seguro. Vino tu romano y me dijo que quería que estuvieras a salvo, y eso es lo que estamos haciendo. Excepto que tú estás ahí parada y eso no es seguro. Muévete ya o sigo sin ti."

Empujando a Brin a través de la puerta hacia el festivo callejón detrás, Ula se recogió las faldas y comenzó a correr por la parte trasera del edificio.

Descalza y con la vaporosa prenda de lino que le habían dado para que se pusiera, Brin se golpeó con un frío tan sólido como un muro. Este se rompía a su alrededor y le clavaba fragmentos y astillas profundamente en la carne. La agarraba por los tobillos y la sacudía, le subía hasta la nariz y la boca, y le inundaba de dolor el cráneo.

El movimiento era su única esperanza y eso parecía imposible. Fijando sus vibrantes esperanzas en el borroso movimiento ante ella, obligó a sus piernas a que la llevaran aun con los pies entumecidos.

Entre las malezas de los caminos y callejas, entre montones de basura, a menudo a la sombra del muro con centinelas moviéndose por encima, Brin seguía a Ula en una creciente fuga. Lo único que veía de la ciudad eran sombras y basura, todo amontonado contra la muralla de la ciudad o llenando estrechos canales y callejones. Pero ella no tenía interés alguno en la oscura inmundicia. Tenía frío y miedo, y tenía que seguir moviéndose.

Ula paró en seco, la empujó contra una pared en sombras y Brin estuvo a punto de desmayarse de alivio con el fuerte contacto de la caliente piedra de la casa de baños. El horno en el interior, que calentaba el agua e impulsaba el aire caliente a través del suelo y hacia las ventiladas salas termales, se daba a conocer incluso aquí, en el gélido callejón.

Ula le tocó el hombro y señaló la muralla de la ciudad sobre ellas, donde silenciosas sombras se movían haciendo guardia. La luna creciente había pasado de la mitad de su plenitud y una fina nube hacía poco por tapar la luz plateada. Donde hubiera nubes, tendrían que usarlas. Llevando helados labios a su oreja, Ula le susurró: "Vamos a pasar por el túnel de desperdicios y nos vamos a mojar. En cuanto se formen las sombras, ¿de acuerdo?"

Brin la agarró del brazo. "¿Cruzando el muro? ¿Vamos a salir?" El frío convirtió sus palabras en un débil siseo, pero no había duda de

la furia detrás de ellas.

Cuando miró hacia arriba, la sombra de la nube robó la luz de la luna sobre la piel de Brinnie y Ula no se molestó en discutir. "Vamos, ahora, delante de mí. Deprisa." Y la sacó de un empujón de la sombra de la pared. La condujo por el resbaladizo lodo del canal hacia charcos helados.

El túnel de arcilla era lo bastante ancho como para ir agachadas, pero las paredes estaban cubiertas de un lodo rancio y el agua alrededor de los pies había comenzado a congelarse. El ardor eliminaba el entumecimiento y a Brin le dolían los pies como si cada paso la llevara sobre un pozo de fuego. El frío le mordió los tobillos y luego las rodillas cuando la pútrida oscuridad por fin dio paso a la luz de una luna rota.

Brin se detuvo, parada en seco por un sólido peso que se aferraba a la parte de atrás de la túnica.

"Si tienes una diosa, rézale ahora," aconsejó Ula. "Túmbate, sobre la panza, y sigue debajo de los arbustos hasta que nos acerquemos a la bahía."

"¿Hasta dónde llega este canal?" Brinnie forzó las palabras, pero su estremecimiento hizo que fueran difíciles de oír. Le castañeaban mucho los dientes y el sabor de la sangre luchaba con el hedor del agua rancia.

"¿Cómo voy a saberlo? Tuve que adivinar dónde estaba el túnel de salida. Ahora hay sombra en luna. Vamos. Él está aquí fuera en alguna parte."

Brinnie se tumbó en el barro junto al borde del canal. No tenía deseo alguno de seguir adelante. La sangre que intentaba fluir por sus venas se había espesado y ralentizado hasta detenerse, y ella también necesitaba detenerse. Necesitaba dormir, rodar contra el implacable frío doloroso y dejar que las nieblas le llenaran la cabeza de morfina.

Volvió la cara hacia la pared, el temblor en el cuello la hacía asentir repetidamente mientras buscaba cualquier señal de movimiento

arriba. La luna mostró el rostro de nuevo, iluminando un barranco poco profundo donde montones de juncos podridos y hierba habían sido apartados recientemente para despejar el desagüe. En algún lugar más adelante, podía oír el movimiento ondulante del agua en la bahía y el olor del mar en rachas de brisa.

Los árboles cercanos al muro de la ciudad habían sido talados, pero mientras ellas se arrastraban de una pantanosa balsa a la siguiente, la orilla se elevaba levemente a su alrededor y riscos salían de la tierra. Cuando por fin dejaron atrás el barranco y salieron a la playa de guijarros, Ula se aferró a su brazo y, doblada en dos, tiró de ambas para echar a correr, renqueando.

El frío era insoportable. Se le había metido en la cabeza, brazos y piernas. Cada respiración metía más frío en el pecho y el jadeo resollaba y silbaba mientras la garganta quería cerrarse. Bajo la protección de las rocas, donde la maleza había intentado recuperarse, Ula cayó en una bola, siseando maldiciones, y Brinnie dejó que sus piernas se doblaran también.

"¿Dónde está?," tiritó Ula. “Esto me pasa por confiar en un romano. Nos vamos a congelar aquí fuera."

Brin no tenía fuerzas para argumentar en favor de Antony, se abrazó más las piernas y cerró los ojos. Él le había mentido sobre lo de dejarla en la ciudad, pero ella no tenía duda alguna de que él estaría aquí en alguna parte. "Y esto me pasa,," dijo, "por confiar en ti."

Ula soltó un gemido ahogado y trató de incorporarse. "Ya era hora. Brinnie, levántate."

Una manta cayó sobre los hombros de Brin y ella abrió los ojos cuando Antony se puso en cuclillas frente a ella. "No puedes parar, aún. Tenemos que volver a la línea de árboles y más allá si quieres hacer un fuego. De pie."

Extendió la mano para ayudarla a ponerse de pie y ella se apretó en él, envolviéndose alrededor de él, absorbiendo el calor de su cuerpo. Le presionó el rostro con fuerza bajo el brazo, respirando el aire cálido de esa piel mientras tropezaba a ciegas por donde fuese

que él la estaba conduciendo.

Brin estaba congelada. Manteniéndola apretada contra su costado, Antony sintió la totalidad del frío que había invadido sus músculos y huesos. Ella tiritaba y tropezaba débil entre sus brazos mientras él las guiaba de regreso hacia los árboles y los impacientes caballos.

A su lado, Ula se acurrucaba debajo de su manta con paso errático, el castañeteo de dientes se oía fácilmente. Inclinándose para acercarla más, Brin la metió bajo su brazo libre y extendió la capa de lana sobre todos ellos.

Hombres avanzaron un paso junto a los caballos, y Antony quedó paralizado, con su capacidad de respuesta reducida debido a la necesidad de las mujeres que sostenía. La luna encontraba grietas en la densa cobertura de los árboles, llevando uno o dos rayos de luz en movimiento hacia los atacantes. Esto no era mucho para dar un esquema claro. Ni para él ni para ellos. Y el cinturón de su espada colgaba de la silla de montar, lejos de su alcance. Con las chicas bajo los brazos, Antony presentaba un objetivo difícil de leer. Pero la luz le daba una valiosa tranquilidad. Los hombres eran celtas. Aquí y allá se oía el roze del metal o se veía el brillo de una armadura.

"Separaos," exigió una voz y Antony apretó el agarre en el cuerpo a su lado.

Ula se movió de nuevo, pero no como él había pensado, sino para separarse. Ella se retorció agachándose un poco y sus movimientos dieron como resultado que una fría y dura daga le presionara secretamente la suave carne del vientre. Rápidamente, Antony le deslizó el brazo por encima del hombro y, con ella apretada a él a su espalda, él le quitó la hoja de los dedos.

"¿Sois los guardias de Euguein?," Preguntó Antony a las sombras delante. Había una buena probabilidad de que fueran parte del equipo de vigilancia que el general había venido a instalar al Oeste. Y si solo eran hombres hambrientos que viajan a la zona de guerra y se alimentaban de forrajes, el nombre del general podría hacerlos pensar.

"Cállate. Os vieron saliendo de la ciudad romana. Eso os convierte en un enemigo."

"¿Crees que los romanos salen por los desagües?" intervino Ula entre dientes castañeantes. “Eso os hace unos idiotas. Traednos caballos. Tengo que llegar a un fuego."

Dando lo último de sus fuerzas al sonido, Brinnie gruñó y resbaló de rodillas aferrándose débilmente al muslo de Antony. "Neirin," dijo. "Soy yo."

El hombre al que se había dirigido dio un paso adelante como si lo hubieran pateado. Dio un salto para tomarla por los hombros, levantándola y luego, con la misma rapidez la subió en sus brazos. "Por los dioses, Brinnie, hemos oído que entraste. ¿Estás bien? Estás congelada."

"¿Te parece que estamos bien?" Aún apenas manteniéndose erguida, agarrada a la pesada sobrecamisa de lana de Antony, Ula avanzó medio paso antes de que Antonyl la atrapara.

Cogiéndola en sus brazos, Antony pasó junto al hombre que sostenía a Brinnie hasta donde el segundo guardia permanecía boquiabierto. "Sube al caballo. Te la entregaré," ordenó Antony, esperando mientras el hombre encontraba su montura y se subía a la silla.

Con Ula en el cálido abrazo del jinete, Antony se lanzó sobre su propio caballo y miró expectante al hombre que sostenía a Brin. "Yo la llevaré."

"Tú eres el mercenario. Se ha estado hablando de ti."

"Bueno. Entrégala ahora y llévanos adonde alguna vez hayáis echo un fuego."

"Tenemos que actuar rápido," dijo Ula débilmente. "He dejado un centurión muerto en mi cama. Ya lo habrán encontrado y comenzado a rastrear el área. Vamos."

Con la reluctancia hija de la obvia desconfianza, y el disgusto creciendo en su rostro como moho, el guardia entregó a Brin y

montó en su caballo. Dejando que el hombre libre les alcanzara y guiara a los caballos de repuesto, Antony se volvió hacia el segundo guardia. "Ahora," repitió en voz alta, asegurándose de que nadie iba a discutir más. "Llévanos donde hayáis hecho un fuego."

Brinnie se apretó con más fuerza la áspera lana alrededor de hombros y brazos. Si bien hubo un tiempo en que ella se había mostrado reacia a acomodarse en el firme calor del pecho de Antony, los miedos que ella había llamado entonces en su nombre ya no la dominaban. Ella llevó la frente al hueco de su hombro y respiró profundamente, dejando que el reconfortante olor le llenara el cuerpo. El calor en esa sangre le llevaba consuelo desde las puntas de los dedos, hasta los descalzos y ardientes pies.

La fuerza de su brazo alrededor de ella mantenía a raya los miedos, y el equilibrio de sus movimientos mientras cabalgaba le rozaba suavemente la piel, llamando a la propia sangre a encontrarse con la suya. Los escalofríos aún la recorrían en severos espasmos, haciéndola tiritar sobre él, pero ella tenía ese núcleo de calor al que aferrarse y eso era suficiente por el momento.

Abriendo los ojos, volvió su rostro hacia él. Antony observaba en ceñuda concentración la turbia oscuridad que tenía delante, inclinando el rostro sobre el de Brin cuando las ramas colgaban bajas en el camino. Cuando él la miró a los ojos, ella convirtió lo que le quedaba de fuerza en un puño y le golpeó el pecho con él. "Bastardo mentiroso," exclamó tiritando.

La conmoción lanzó fuego a esos ojos y él dio una risita. "Lo siento, pensé que mantenerte con vida era más importante que la verdad."

"Eso era elección mía," dijo en su hombro y él asintió y se encogió de hombros ligeramente.

"Siempre puedes volver a entrar." Avanzaron por una senda oscura durante un tiempo mientras él la dejaba considerar esa opción, luego apoyó la mejilla en su cabello y rió por lo bajo ante su silencio.

Lo que antaño había sido una pequeña aldea yacía tan desolada como unos huesos bajo la luz plateada. Los montones de escombros

aún apestaban a los incendios que habían consumido las casas. El denso olor a carroña y humo antiguo flotaba en el aire como un fantasma de las vidas que se habían ido. Moviéndose entre los edificios en ruinas, los jinetes llegaron a una pequeña cabaña; podría haber sido un establo o un silo de grano, pero los guardias habían despejado el espacio del interior y encendido un fueguito entre adoquines.

Antony dejó que Brinnie desmontara, agarrándose ella con fuerza a la crin del caballo hasta que él bajó resbalando para sujetarla. Sin su calor junto a ella, la fría noche se abalanzaba y se acurrucaba debajo de su manta, esperando. Tan pronto como él estuvo a su lado, ella se volvió hacia él y entró en la cabaña en sus brazos.

El fuego se había reducido a carbones cuando Antony la bajó al suelo. Luego él pasó entre los demás buscando madera entre las ruinas.

Los adoquines estaban fríos y Brinnie se puso de rodillas envuelta en la manta, luego se acurrucó en su propia miseria. Tan pronto como se encendiera el fuego, sería capaz de expulsar los irregulares temblores que se apoderaban de su carne y encontrar algo caliente para comer. Mirando débilmente debajo de la capucha de la manta, estudió los rostros a su alrededor.

Neirin estaba allí, el hijo de un jefe de clan local. Un chico fuerte, pero no brillante. La única ayuda que tenía ahora el anciano, y él pronto se movería al Este.

Al otro lado del fuego estaba Peren, y la vista de él se enganchó en el labio superior de Brin, curvándose en la piel suave como si fuera un mal olor. Esa sonrisa salvaje, oscura con una barba grasienta, reveló una lengua roja viscosa en incesantemente movimiento sobre los labios. En mejores tiempos, ella nunca habría tenido que lidiar con él, pero en estos tiempos, todos los hombres que luchaban juntos se convertían en hermanos a su modo. Ella no lo había visto hasta ahora. Si él había salido a capturarlos, se había echado atrás, manteniendo la distancia.

Y en la puerta, aferrándose a las sombras y manteniendo a Antony a la vista, había un tercer hombre que Brinnie no podía ubicar. Él era

el jinete que había llevado a Ula a la cabaña, pero ella no había oído ni su nombre ni un sonido de sus labios. Ahora mantenía su hosco silencio sin ayudar en la recolección de leña, pero sin estar dispuesto a permitir que Antony desapareciera en la oscuridad.

Ula también se había puesto de rodillas, soplando las brasas y las ascuas y extendiendo las manos sobre el pozo de fuego.

Cuando Antony regresó al pequeño espacio, todos los ojos de la habitación se dirigieron a él. Se dejó caer sobre una rodilla con el manojo de leña y troncos, y le entregó una tabla plana a Ula. Mientras apilaba cuidadosamente ramitas sobre las brasas, Ula avivó las brasas y pronto el pequeño fuego crepitó y se elevó.

Con la maleza ardiendo intensamente, colocó los troncos más grandes sobre el montículo, levantando los ojos, pero no el rostro, para mirar a Brin sobre las llamas.

La luz del fuego se adaptaba al rostro de Antony. Las sombras se apiñaban sobre los hombros y su piel brillaba en oro. El peso de su flequillo colgaba hacia adelante en una cortina irregular, brillante con la luz reflejada. Cuando el estudio de Brin se elevó a los ojos, mantuvo su mirada fija y sintió la cálida conciencia de él como cosquillas en el corazón. Él encontró su mirada y la sostuvo con tanta seguridad como si se hubiera acercado para tomarla de la mano.

El calor del fuego le subió a las mejillas y el pulso en ella se aceleró. Un conocimiento primitivo le advirtió que ahora era el momento de apartar la mirada. Los silenciosos sentidos de su cuerpo tradujeron la intención de mantener el contacto visual, sabiendo que este era un arte que todas las criaturas entendían.

"Hacemos un buen equipo." Ula sonrió y arrojó su tabla a las llamas. "No dije «comida caliente», pero ¿voy a fiarme de que estéis un paso delante de mí?"

Antony volvió su atención hacia ella antes de devolverle la sonrisa y negar con la cabeza. “Esto no está caliente aún. Y tú tienes un romano muerto en la cama. Tenemos que empezar a movernos en cuanto sientas que puedes." De nuevo, su mirada se dirigió a Brinnie

y ella la sintió tan precisa como un toque.

Ella hizo ahora un estudio interior, palpando su condición física. "Estoy bien. Más cálida" Los pies aún estaban al rojo y ardiendo. “Necesito una bebida caliente. Y zapatos."

Sus anfitriones no habían hecho ningún movimiento para satisfacer ninguna necesidad de confort. Puede que Neiren no hubiera pensado en ofrecerlo. Peren tenía toda la hospitalidad de una sonriente e imbécil comadreja. Y el silencioso extraño junto a la puerta parecía un hombre que mataría por la comida en la mano de su propia madre. Brin se sacudió un escalofrío y miró expectante a Antony.

"No hay zapatos," dijo él. "Ni capas, pieles o túnicas calientes." Se puso de pie y sus ojos treparon por sus delgadas líneas. “Vino caliente. Eso tendrá que bastar, a menos que estos hombres tengan comida que quieran ofrecer."

Neirin se burló. "No tenemos comida. Si no te hemos robado la tuya es porque pensamos que habría que matarte primero." Miró a Antony como si la idea aún tuviera algo de encanto, pero cuando se volvió hacia Brin, sonrió en tono de disculpa. "No sabía que tú estabas allí, Brinnie."

Ella captó la mirada de advertencia que Antony le lanzó al cruzar la puerta para recoger lo que necesitaban de los caballos. Una mirada rápida a Ula mostró la misma comprensión que ya estaba presente en sus ojos. "No pasa nada, Neirin." Sonrió Ula. “El general sabía que saldríamos esta noche. No sé por qué no te advirtió de que nos esperaras."

Sus mentiras despertaron el interés del observador silencioso, pero solo brevemente. Estaba demasiado concentrado en su oscura vigilia y su paciencia se vio recompensada. Antony regresó con el fardo de comida y el vino, pero sobre su hombro estaba el cinturón de la espada que había estado colgado de la silla. Puso una pequeña vasija de vino al borde de las llamas para calentarla y luego entregó con cuidado su larga daga a Ula. Para Brin, tenía una hoja más pequeña, arrancó un trozo de pan de una hogaza y entregó el resto a las dos.

Mientras se levantaba para quitarse la capa de los hombros, Antony hizo una nueva evaluación de sus anfitriones. Y sus compañeros. Con el largo cuchillo oculto entre los pliegues de la manta, Ula se había alejado un poco del fuego. Su posición estaba ahora justo detrás y al lado del halcón de ojos oscuros y labios sin sangre. No había ninguna duda en la mente de Antony ni, evidentemente, en la de Ula, de que su causa estaba mejor servida con la sangre de este hombre en el suelo.

Eirbrin había dejado su cuchillito sobre las piedras junto a ella mientras comía, pero el hombre más cercano a ella parecía representar poca amenaza para su seguridad. En todo caso, estaba colado por ella, y eso no era ninguna sorpresa.

El frío en ella había perfeccionado la tersura de marfil de su piel, dejando unos ojos que brillaban de un verde vivo en medio de las sombras de la fatiga. Sus rizos luchaban con las ordenadas hileras de trenzas en la sien, rodando en largos rizos que caían sobre los hombros y flotaban en mechones individuales por la mejilla y frente. En el calor del fuego ella había dejado que la manta se deslizara hacia atrás en los hombros, y la tela casi transparente de su túnica, adornada con abalorios que atrapaban la luz y las miradas, era visible en su cuello.

Por los dioses, pensó Antony ¿no se veía a sí misma como la veían los demás?

La urgencia de ella se levantara lo consumía, de encararla hacia un gran espejo y dejarle ver la realidad que él veía. Ella debería entonces reconocer la exquisita gracia que era tan evidente para él y para todos los hombres que la miraban. Pero esta era una realidad que alimentaba la codicia: una *rara avis* que hacía que un hombre quisiera tenerla para sí mismo. Y eso incluía al joven musculoso al lado de ella.

Antony bajó la pesada vaina de su espada por encima del hombro, extendiendo la mano por detrás de la cadera para agarrar el broche cerca de la punta y ceñirse el cinturón de la espada al bies en el pecho. El peso de la espada era un consuelo, pero en el estrecho espacio de la cabaña de los vigilantes, las amenazas que veía eran mejor respondidas con una acción preventiva más rápida y sutil.

"No deberíamos retener a tus hombres de la patrulla," dijo Antony al fuego, poniéndose en cuclillas para levantar el odre de vino caliente lejos del calor. “Se habla de hombres que llegan al puerto. El amanecer no está lejos y los barcos llegan con la marea de la mañana."

Neirin comenzó a levantarse. "¿Vienen hombres en los barcos hoy?"

"No." Peren, el roedor, habló, el fino labio curvaba su sonrisa en una mueca de desprecio. “Ese sólo quiere que nos vayamos. Quiere a estas dos mujeres para él."

Una imagen de este hombre, con la grasienta garganta abierta al aire de la noche, destelló en la mente de Antony mientras hundía en el vino un vaso de estaño y se lo pasaba a Ula. Una media sonrisa movió los rasgos de esta mientras bebía y luego le entregó la taza a Brinnie. Los ojos de Ula se movieron hacia la noche, donde Antony estaba arrodillado. Ella estaba siguiendo el movimiento del tercer hombre, detrás de él, quien le observaba el rostro en busca de una advertencia.

Sin inmutarse, Ula estiró los brazos para tomar el pan y el vino de Brin, pero mantuvo la cara hacia el silencioso extraño detrás de Antony. "¿Son seguras las carreteras a lo largo de la costa?"

"No son seguras."

La respuesta del extraño tuvo mucho acento y vino de más cerca de lo que era cómodo. No había emitido ningún sonido al acercarse, y Antony se despojó de toda apariencia de ignorancia, prefiriendo enfrentarse a la amenaza directamente. Se puso de pie girando mientras lo hacía. “Necesitamos al menos una hora de duro viaje por ese camino antes del amanecer. ¿Qué peligros hay?" preguntó.

"Hay multitud de ellos." El hombre sonrió.

Ula empapó en vino un trozo de corteza y se lo metió todo en la boca, sacudiéndose las manos mientras le devolvía la copa a Brinnie. "¿Cuál es tu nombre, cariño? Neirin, ¿verdad?" murmuró ella con la boca llena. "¿Quieres enseñarle a Brinnie dónde están los caballos? ¿Ayudarla a recoger?"

El pánico iluminó los ojos de Eirbrin al saber que iiban a viajar, y rápido. Se metió en la boca la mayor cantidad de vino caliente que pudo, agarrándose a la manta para evitar que se cayera y luchando por ponerse de pie. Recogió el cuchillo y se agachó junto al fuego a recogr el fardo de comida y el odre de vino, envolviéndolo todo con los brazos.

Antony se acercó al extraño, empujándolo hacia atrás para que Brin pudiera llegar a la puerta desde la cobertura de su espalda. A la brillante luz del fuego, Ula se había encarado hacia la pared. Mientras se inclinaba para dividir las costuras laterales de su túnica larga y recta, las curvas redondeadas de sus caderas y las sombras de sus nalgas desnudas se veían claramente a través del fino lino, y los dos guardias restantes se volvieron para mirarla. Ula llevaba la manta en la mano e hizo un rápido corte de un tercio de su longitud desde una esquina y se echó sobre su cabeza como una capa.

Terminadas sus modificaciones, cambió el cuchillo de mano y se volvió hacia la habitación.

El roedor sentado notó su desventaja, mirando furtivamente de Antony a Ula, pero antes de que él pudiera ponerse de pie, Antony le indicó a Ula que siguiera a Brin hacia la noche. Pero decidida a su propio plan de acción, Ula se situó detrás del hombre rata, le agarró el pelo de la coronilla y le cortó la garganta con una nueva y abierta sonrisa.

Antony maldijo y salió por la puerta, desenvainando la hoja ancha mientras se despejaba el espacio para blandirla. Ula solo había precipitado lo inevitable, pero como regla general, él prefería moverse sin dejar un rastro de cadáveres. Incluido el suyo.

El hombre al que se enfrentaba no era un granjero.

Las espadas que desenvainó estaban adornadas con filigrana rizada en las guardias y él sostenía una en cada mano. Estaba de espaldas al fuego, la luz de la puerta enmarcaba sus anchos hombros, sus ojos eran sombras oscuras e ilegibles.

Ula no era una chica a la que Antony le hubiera dado la espalda, pero a través de la puerta la vio, enfrascada en la lucha contra la

pesada túnica de lana del cuerpo del hombre rata. Ella tenía sus propias prioridades.

Con cuidado, Antony llevó su propia lucha hacia atrás para permanecer más en las sombras y su oponente más claramente en la luz. Vigilante, listo, vio venir el primer tajo y entró con un paso en la refriega.

Brinnie se apretaba en la manta con fuerza, observando mientras Neirin volvía a atar la silla a su lugar. "Necesito zapatos." dijo ella tiritando. "¿Estás seguro de que no tienes nada que pueda ponerme? ¿Dónde está toda tu ropa y comida?"

"En casa," dijo Neirin en tono de disculpa. "Deberías venir a casa conmigo. Aún no es el momento de ir a la batalla, pero eso no tardará mucho. Faltan pocos días para la luna llena. Vuelve a la casa de mi padre. Consigue algo de ropa abrigada. No confío en ese hombre, ni nadie que lo haya visto tampoco." Terminó su trabajo junto al caballo y se volvió. "Tiene mirada de chiflado."

"La tiene." Brin sonrió para sí misma. "Sin embargo, confío en él. No me hará daño. Ha tenido ocasión de hacerlo y la oportunidad de dejarme en manos de los romanos. Y también ha ayudado a Ula a escapar de un burdel."

El joven corpulento movió los dedos lentamente hacia la mano de Brin donde ella mantenía sujeta la manta al pecho. "Nunca antes te había visto usar algo así, Brinnie. ¿Es esto lo que visten las prostitutas romanas? Ninguna de las chicas de aquí tiene algo tan bonito. Las chicas que aún están vivas, es decir, y que no han marchado a la guerra ni a las montañas." Esos dedos gruesos se movieron para aflojarle el agarre sobre la áspera lana y ella se apartó de él.

Antony emergió de la cabaña detrás de ella, y el interés de Neirin en su corpiño murió. “Te lo dije,” siseó él y corrió hacia el choque de espadas.

Ula le quitó la túnica a Peren y la tiró a un lado. La mujer se movía con una velocidad frenética, ignorando la lucha en la puerta mientras se tapaba la cabeza con la manta, la reemplazó con la

túnica de lana manchada de sangre y se dejó caer para desatar las altas botas hasta las rodillas que llevaba su víctima.

Olían mal y el forro de vellón estaba grasiento por la suciedad y el descuido, pero en comparación con los sabañones y la congelación, soportarlo era pequeño precio a pagar. El laxo desinterés de los esfuerzos de la comadreja no hacía nada por ayudarla en su afán. Más de una vez estuvo ella a punto de caer de espaldas al fuego.

En más tiempo del que debería haberle tomado, le había quitado las botas y hundido los enrojecidos dedos de los pies en aquellas profundidades. Le temblaban los dedos, torpes por la prisa mientras subía los cordones y se afanaba por atarlos con fuerza. Enrolló el largo extra de la bota y lo metió por dentro de la pantorrilla, se puso en pie y corrió hacia la puerta.

Antony ahora contenía dos atacantes, uno de ellos un luchador hábil con dos espadas y el sentido común de esperar y observar y medir sus movimientos, esperando ver un hueco o debilidad. El otro era el joven, grande y lleno de furia, irrumpiendo en la acción con golpes salvajes que ponían en peligro tanto a su aliado como a su oponente.

Con un cuchillo a menos de la mitad del alcance de las armas dobles del espadachín, Ula no tenía ningún interés en encontrarse con él cara a cara. En cambio, trató de llamar la atención de Antony. Si la veía esperando y podía mover la lucha, ella podría salir por detrás.

En la gélida noche, el sudor en Antony le corría por la cara pegando el cabello en la frente, y el frío se apoderaba del aliento de los labios en densas nubes. Su espada se movía como una extensión de su propia carne, bloqueando y haciendo retroceder los furiosos esfuerzos del joven, y Ula estaba sonriendo, disfrutando de la vista de su habilidad y esfuerzo.

Cuando él la vio, lo hizo sin rastro de sonrisa en la boca, las fosas nasales hinchadas y la boca una línea sombría. A pesar de que el muchacho carecía de habilidad, era tan fuerte como un buey y la determinación lo llevaba lejos. No pasaría mucho tiempo antes de que al segundo hombre le dejaran una hueco. Ese no iba a necesitar

una segunda oportunidad.

La fatiga se mostraba en los espadazos de Antony, pero él dio dos pasos hacia un lado, inclinándose para obligar al joven a retroceder sobre el hombre que esperaba. Y complaciente sin saberlo, el espadachín cruzó a distancia de Ula, cuyo cuchillo no tardó en hundirse hasta la empuñadura por encima de los riñones antes de que el hombre supiera siquiera del peligro.

La hoja se atascó con firmeza, el resbaladizo mango se le deslizó a Ula de los dedos cuando él cayó retorcido al suelo. A su lado, Neirin atacaba y golpeaba con el cinturón a su enemigo, y ella se alejó del moribundo, desarmada y gritando: "¡Oye, tú!" tan alto como lo permitioo el frío.

El joven giró y Antony aprovechó la única oportunidad que necesitó. La pesada y afilada hoja golpeó el hombro del joven desde arriba y se hundió separando músculos y huesos, levantando una fuente de sangre arterial. Neirin colapsó de rodillas, luego al suelo, apretándose la herida con una expresión de dolorosa sorpresa dibujada en su rostro.

Antony se apoyó en la espada, aspirando aire con la lengua seca, observando a ambos hombres en busca de señales de vida.

Ula dio una carcajada, la euforia y el éxito fluían extasiados por sus venas. "Te dije que formábamos un buen equipo." Sonrió a Antony antes de dirigir su atención a Brinnie.

"Ven aquí dentro, chica, antes de que te congeles otra vez," dijo. "¿Cuál de esos tiene las mejores botas?"

Antony dejó caer la cabeza. Le dolían los músculos de los brazos ensartados con estacas ardientes, se le tensaba el abdomen con cada respiración y él carraspeó y escupió sequedad lanuda de la boca. Cada día de cada temporada de campaña durante los últimos dieciocho años había hecho dos horas de entrenamiento con armas dos veces al día. Y nunca había llegado a igualar ni un tercio del esfuerzo de diez minutos de duro combate. Había una extraña ley natural o mágica que gobernaba tales cosas, y ahora él estaba demasiado cansado para cuestionarlas.

Sintiendo la necesidad de cojear, entró despacio en la cabaña y echó mano al odre de vino medio vacío. El calor del vino había desaparecido y, agradecido, Antony se inclinó el odre a la boca. Detrás de él, Ula ya estaba ocupada quitando la ropa de abrigo de los cuerpos y girando para asegurarse de que Brinnie estaba ilesa.

Brin se arrodilló a los pies del silencioso extraño, una bota fuera. Ula había sopesado las espadas, sintiendo en la mano y por sí misma lo bien pesadas y equilibradas que estaban. También bajó la vista hacia Brinnie y dijo: “Ey, romano. Mira lo que ella ha encontrado."

En la pálida mano de Brin había una pequeña tesela oscura. La salada superficie vidriosa que ella levantó estaba marcada con las letras LEG IX HIS y con el boquiabierto sello de una cabeza de lince. La Novena Legión Hispánica. Cuando ella la giró, aparecío COH III HI. Tercera Cohorte Hispánica, infantería auxiliar.

"Bueno," dijo Brin al alzar la vista hacia Antony. "Esto explica por qué los romanos sabían que yo estaba allí."

Capítulo 9

Las piedras abundaban y Antony hizo un decente montón funerario para los muertos, trabajando en silencio mientras las muchachas se calentaban y se cambiaban con las prácticas, pero poco favorecedoras ropas, dejadas por sus anfitriones. Cuando salieron, Ula aplicó su enfoque directo habitual a los arreglos de viaje. "Yo me quedo el negro," dijo caminando hacia el animal en el iluminado aire del amanecer.

"No será fácil de montar," le dijo Antony. "Requiere algo de agarre."

"Como yo." Ula le guiñó un ojo y se subió a la silla.

Él pasó la pierna sobre su propia montura y giró.

Brin estaba aparte, su rostro contenía la gris luz de la mañana como una enfermedad. "No puedo," susurró. Un pie estaba adelantado, pero no había completado su paso. La determinación de Brin de seguir la había abandonado a mitad de camino.

El riesgo que ella había corrido al entrar en la ciudad, el peligro y el precio que esperaba pagar por ello, había sido su diezmo. Ahora que había salido, el terror de enfrentar la muerte o la tortura había desaparecido y, con este, su promesa y su pago.

Antony le había salvado la vida. Ella no lo dudaba. Pero ahora, al ver la confusión de Antony, el conocimiento de que iba a cabalgar hacia el campamento del líder se asentó en su estómago, tan frío como el recuerdo de la traición.

"Lo siento. No puedo volver." Un día de viaje. Dos. Tres días hasta la luna llena y la ceremonia de unificación. Era demasiado pronto y ella no podía afrontar el precio.

Antony golpeó el costado del caballo, pero Ula avanzó más rápido. Cruzó el espacio entre ambos y se inclinó para enfrentarse al terror de Brinnie. "No puedes volver a la ciudad. No puedes quedarte aquí. Los romanos ya te estaban buscando y ahora nos buscan a las dos.

Maté a un hombre para sacarnos y ahora hay tres cadáveres más en esta aldea, espía incluido." Por un momento o dos Ula quedó en silencio dejando que Eirbrin escuchara cuán profundamente estaban inmersas en los eventos que se desarrollaban a su alrededor.

“Nada de lo que tuviste aquí quedará después de hoy. ¿Entiendes eso? Te están buscando. Cualquiera que encuentren vivo en estas colinas morirá mañana. Y si saben que te sacó el romano, él es hombre muerto también."

Las muertes de todos los que estaban demasiado débiles para huir también se apilaban sobre la cabeza de Brin. Y la guerra, el amanecer helado y las dos últimas personas del mundo en las que había confiado conspiraban para llevarla de vuelta a su vergüenza.

Levantó la mirada tratando de ver claramente más allá del volumen del caballo de Ula, y la irritación que le devolvía la mirada encima, hacia donde esperaba Antony. Él tenía la cabeza gacha, ojos ensombrecidos y un profundo surco le recorría la frente. Incluso a la distancia entre ambos, ella podía ver un complejo mapa de emociones en esa expresión, pero los elementos que tenían sentido la desafiaron.

"Yo tengo que irme, Brin. Ambos tenemos que irnos." Ula señaló a Antony y la miró. “Tú puedes quedarte aquí y morir, o puedes regresar con nosotros donde se te necesita y hacer lo que puedas para ayudar."

"Ellos no me necesitan," dijo Brin, casi para sí misma.

Antony se bajó al suelo y acercó a pie el caballo. Esa suave boca se había endurecido, destellos de locura o profecía brillaban en esos ojos. “Puede que no te necesiten," respondió él. "Pero si quieres comida y un lugar seguro y cálido para esperar a que pase esta tormenta, puede que tú sí los necesites a ellos."

Él tenía razón. Otra vez. Toda la gente, toda la comida, todo el consuelo de todos estos altos picos helados se habían reunido en las cañadas del Este. Si querían sobrevivir al invierno, tenían que acudir a ellos. Tragando el nudo de la marea creciente de su tristeza, ella dejó que su rostro adoptara las familiares arrugas de

negación y asintió. Sus hados la llevarían de regreso, sin importar cuánto intentara ella liberarse del círculo. Pero encontraría mejores respuestas. Esta vez, encontraría una mejor manera.

Él se acercó y Brinnie empezó a girar, bastante preparada para aceptar su ayuda y montar. Pero esa mano subió hasta el hombro, trayendo el rostro suavemente hacia él. Palabras había en esa boca y ojos fijos en sus labios como si juzgaran las respuestas que ella podría dar, pero durante lo que pareció una eternidad, él no habló.

Donde las yemas de los dedos le habían rozado el brazo, la piel en ella vibraba, los nervios zumbaban como una colmena en respuesta a aquel toque. El pecho de Brin retuvo aire frío y pequeños músculos cerca del ojo se movieron y amenazaron con deshacerle la configuración de los rasgos.

La mirada en él se movió rápido para encontrarse con los ojos de Brin con la extraordinaria intensidad escrutadora que lo destacaba, luego se desvió. Cuando él habló, fue un susurro, y su intimidad la acercó más a él, al calor de su soledad. "Ojalá entendiera este miedo tuyo." Las palabras le rozaron la mejilla. "No lo entiendo. Pero sé que nos quedan al menos diez leguas por recorrer hoy. Los caballos están en forma, pero es un duro viaje. Tienes que querer llegar allí o no lo lograrás. Eres nuestra guía. Yo no conozco este país."

Antony hizo una pausa y volvió a mirarla a los ojos. “Quizá para esta noche hayas encontrado una mejor solución, algo que no cueste tanto. Pero por ahora, necesito tu conocimiento del lugar y de la gente."

Otra necesidad por cumplir. “Puede que encuentres tu camino. No me necesitas."

Una sonrisa destelló en los ojos de Antony antes de desvanecerse, permaneciendo solo el tiempo justo para suavizar la sombría expresión de esos labios. "Está bien, entonces no te necesito. Pero dejarte aquí para morir costaría más de lo que estoy dispuesto a pagar."

Brinnie no pudo compartir su sonrisa. Ella no conocía la zona a la que se dirigían mejor que él, solo que debían seguir las carreteras

comerciales del Noreste a lo largo del borde costero de las montañas. Y sabía lo que les había dicho a un millar de guerreros itinerantes sobre cómo encontrar guías por el camino.

No podía obligarse a sí misma a querer llegar a su meta. Podía soportar las dificultades del viaje, como había soportado todas las dificultades que habían venido. Ella podía hacerlo sin quejarse. Pero estaba avanzando hacia un futuro que no quería y dejando atrás los lamentables restos de todo lo que había sido su vida.

Junto a la cabaña, los túmulos funerarios decían mucho sobre en qué se había convertido su mundo. Los fuertes se marchaban a matar y morir, y los débiles de corazón, mente o conciencia se quedaban atrás como señores. E incluso aquí, en los restos quemados, los embusteros que todos temían tenían sus nidos.

De nuevo ella asintió ligeramente, observando la quietud de la boca de Antony mientras hablaba. "Tenemos que irnos. De acuerdo. Y si soy la guía, decido salir de aquí por la carretera Sur, no por la costa."

Él asintió bruscamente. "Está bien."

"¿Confiarás en mi juicio sobre eso? ¿Qué ves? Dame un oráculo. Dime mi futuro."

"No soy un vidente," repitió él, el destello de esa presta sonrisa de nuevo.

"Compláceme."

"De acuerdo." Él dio un paso atrás, se miró los pies y consideró el problema a medida que la luz del día se fortalecía lo suficiente como para iluminar su visión. La pregunta se movió sobre las facciones de su rostro y, cuando Antony levantó la cara, se encogió de hombros y la miró directamente a los ojos. "No estarás sola."

Una carcajada que luchó entre la alegría y la desesperación le subió a la boca y las lágrimas le nublaron la vista. “Esa es la mejor esperanza que he tenido en mucho tiempo. Tendrá que bastar."

Girando hacia el caballo, Brin se secó los ojos y esperó a que la

ayudaran a montar.

Antony se mantuvo atrás al subir galopabando la tuoida senda de hoyos y charcos, buscando signos de fatiga en sus compañeras. La superficie blanda hacía la marcha un poco más difícil para los caballos y más fácil para sus jinetes, pero ninguna de las chicas se había preparado para el duro empeño físico de una larga cabalgada.

Ula viajaba delante, soltando eventuales opiniones que surgían de un inexpugnable buen humor. Brinnie estaba envuelta en la manta, a pesar de que la ropa que vestía era pesada y el día de otoño demasiado cálido para tal esfuerzo. Sonreía ante las bromas de mal gusto de Ula y comentaba de vez en cuando sobre la dirección o la tierra rural, pero en esencia se mantenía aparte, hundida en un capullo de tenso silencio y una lúgubre atención fija en el horizonte.

Cuando la vista que tenía delante descendió desde las colinas, extendiéndose por el agreste bosque hasta las largas praderas abiertas que libaban de un río debajo, Antony hizo un alto. Los caballos podían descansar y pastar abajo mientras ellos hacían lo mismo.

Él hizo un fuego y Brinnie mantuvo sus pensamientos envueltos en la manta. Su mirada vagaba despacio por el curso de agua ante ellos. Él puso agua a hervir a fuego lento y echó un trozo de cerdo salado, luego fue a sentarse junto a ella sobre el tronco que había elegido. Antes de que él pudiera hablar, ella dijo: “Pediste dinero prestado. Obviamente caballos prestados. Y ahora veo que también la comida. Conoces gente generosa."

Él se miró las manos y hacia la amplia llanura verde, encontrando un camino lo más cerca posible de la verdad. “Me encontré con gente descuidada. Y algunos borrachos. La comida la compré con su dinero."

"Creo que no me dices toda la verdad," dijo ella dejando que el viento se llevara las palabras y desviando la cara como si no quisiera oír su respuesta.

"Un día te intercambiaré secretos." Él sonrió.

"Ese sería un día para almas valientes." Ula pasó por encima del tronco y se sentó entre ellos. "Entretanto, será mejor que me cuentes tu historia. Si sigo llamándote romano, haré que nos maten a todos."

En la medida de lo posible, él esquivó las mismas preguntas rápidas que ya le había respondido a Brin y pintó su retrato ficticio de un mercenario picto. Hablando lo menos que pudo, dirigió la conversación hacia Ula, sobre ella misma.

Apoyando una mano en el hombro de Brin, Ula dijo: "Brinnie y yo somos viudas, ¿te lo dijo?"

Brin apartó bruscamente la mirada y anheló detener las palabras en la boca de Ula. Esos duros pronunciamientos no tenían lugar entre las cicatrices y la tristeza del pasado de Brinnie. Si ella tuviera historias que necesitaran ser contadas, él habría preferido oírlas de sus propios labios.

Pero Ula no tenía reparos en compartir su historia. Ni la de Brin. “Perdimos a nuestros esposos la misma noche, hace casi un año entero. Hay una línea de fuertes romanos al sur de aquí. Lanzamos un ataque contra uno y debería haber sido un paseo, pero los romanos se enteraron del plan y nuestros hombres quedaron atrapados entre dos legiones. No tuvieron ninguna oportunidad."

Un frío terror subió por la nuca de Antony y se congeló en sus mejillas. "¿Vosotras estabáis allí?" ¿Lo había visto ella? Cerró los ojos y esperó una respuesta. Puede que Brinnie no hubiese logrado establecer una conexión, pero esta chica era un caso completamente diferente.

"Sí, pero solo entraron los hombres." Ella lo miró, volviendo el rostro hacia arriba con una extraña vehemencia que le blanqueaba los labios, y dijo intencionadamente: “Nosotras nos quedamos para mantener la comida caliente y las camas listas. O yo lo hice. Brin tenía otras cosas que hacer."

Eirbrin se puso de pie de repente, corriendo hacia el fuego agachada como quien esquiva un golpe. Antony la observaba tratando de volver su atención de nuevo al tema importante del

recuerdo de Ula de esa noche, pero el dolor de Brin le había hundido profundamente un gancho en la carne y atraía los ojos hacia ella.

“Después de eso,” esfatizó Ula en busca de su atención, “me uní a un grupo de asalto y mantuvimos ataques durante el invierno. Pero me atraparon y me trajeron aquí. Y ahí es donde entras tú."

Antony se observó los dedos mientras la necesidad de tomar una decisión sobre la vida o la muerte de Ula elevaba los niveles de lucha en su cuerpo. Sin esfuerzo consciente, su pecho se relajó contra el deseo de apretar y acelerar su respiración para igualar los latidos de su corazón. "Ahí es donde entro yo." No había una clara frase de precaución. "¿Cómo supiste que Brin estaba en el burdel?" Tenía la incómoda sensación de que lo estaban descubriendo, que dejaba la espalda para el mayal.

"Vi que la trajiste. La reconocí."

La pregunta se suspendió sin respuesta: "¿Me reconociste?"

Pero Ula había tomado el control de la conversación. “Pensé que eras un soldado romano, o un Nacione, al estar así en la ciudad. Sin embargo, no me sorprendió que trajeras a Brin. Ni que quisieras sacarla. No serías el primer hombre en dejarlo todo por ella."

El alivio se filtró en su cuerpo. No mucho, pero lo suficiente para sosegar la tensión de su respiración. "¿Y qué piensas ahora?" preguntó, mientras la tensión en sus hombros desaparecía. Esta no era una chica a la que dar la espalda. Ni a la que cerrar los ojos, si él podía evitarlo.

Ella deslizó su mano desde la parte baja de su espalda hasta su hombro. "Creo que la vas a llevar de vuelta con su amante. Y es hora de que cambiemos el agua del cerdo. Brin tiene el fuego demasiado alto." Y se puso de pie para volver a la olla.

Ella sonrió por encima del hombro, balanceando las caderas mientras se alejaba, y él se volvió hacia la vista del agua que tenía delante, pensando: «No me toques.»

Brin registró los fardos de comida, colocando pan, queso y algunas frutas muy condimentadas sobre un paño. Habían ido a buen ritmo, tal vez cuatro leguas, y solo era avanzada la mañana, pero eso los había llevado al límite del conocimiento personal del distrito. Habían llegado al *Uisge Eireann* y, si continuaban hacia el Sudeste por la principal ruta comercial de la región central de *Caledonia*, llegarían a otro largo valle que recorría el Noreste. A partir de ahí, comprendía ella, una serie de aldeas recorrían las rutas del ganado del interior a través de los pasos altos y los pastos de verano, bajando a lo largo de las cañadas protegidas, siempre adentrándose más en las tierras salvajes de la montaña.

No se podía adivinar cuántas personas quedarían en cualquiera de las aldeas, pero las casas seguirían en pie. En las zonas en las que los invasores no habían logrado abrir una brecha ni establecerse, no habría necesidad de la destrucción que ella había visto a lo largo de la costa. Donde había cultivos o bestias, y los muy jóvenes o viejos dejados para cuidarlos, encontrarían algo de comida y refugio.

Antony estaba sentado de espaldas a ella, con Ula tan cerca de él que no se veía la luz del día entre ambos. Lo que Ula tenía que decir, Brin no tenía el corazón para considerarlo, pero él no la estaba apartando. El fardo de él lo tenía Brin a los pies, con la comida descargada y un rollo de ropa, una túnica ligera y una pesada falda de lana, lo único que quedaba a la vista.

Su propia ropa le revolvía el estómago. Sus sentidos se habían acostumbrado al sudor rancio y al hedor a sangre vieja, pero la parte de atrás de su túnica se había endurecido, extendiendo su pegajosa carga negra sobre las costillas. La falda del muerto que había recogido y plisado, estaba perforada con nuevos agujeros a lo largo del cinturón para poder apretarla y sujetarla. También apestaba a negligencia. La crin se había asimilado al tejido y las manchas de grasa brillaban en la tela gris oscuro. Y algo se arrastraba y le picaba la piel que la hacía temblar de repulsión.

Con cuidado, volviéndose para mirar a la pareja en el tronco, se llevó al labio el fino lino blanco de la túnica de repuesto de Antony y aspiró el olor a cuero y lavado reciente.

Donde quedaban aldeas, ella podía esperar ropa que se adaptara

mejor a sus necesidades. Y esperaba que algunas de las comodidades que la gente de su hogar había perdido hacía mucho tiempo. Dando una última y rápida inhalación, volvió a doblar la camisa y se volvió para mirar a los otros. Mientras miraba, Ula le pasó una confiada mano por la espalda desde la cadera hasta el hombro y luego se puso de pie, y Brin jadeó cuando una latita cayó de la tela que sostenía sobre las piedras a sus rodillas.

"Buena chica. No esperes a escuchar sus secretos, búscalos tú misma." Ula se echó a reír, juntó el tintineante peso de sus trenzas con cuentas y las dejó caer detrás del cuello.

Brin se bajó la áspera túnica con la mano, odiando el rubor que le subió a las mejillas, y tanteó, buscando en el suelo la latita.

Antony caminó lentamente hasta donde ella estaba arrodillada, con los ojos fijos en ella. Ella no necesitó encararle para sentir el ardor de su escrutinio.

Junto al fuego, Ula usó la tela de la falda que llevaba para envolver el asa de la olla y verter la mayor parte del agua hirviendo. Hábilmente, la volvió a llenar con agua fría y la puso sobre las brasas, luego se colocó junto a Antony. "Aunque nuestro chico no me parece tan estúpido, Brin. Si yo fuese a registrar sus cosas, empezaría más cerca de su piel." Levantando un pie, le pateó suavemente la pantorrilla. Si hubiera golpeado la pierna correcta, podría haber sentido la dura tesela metida entre el forro y el cuero de la bota de Antony.

"No estaba registrando." Brinnie se recompuso, sacudiéndose las rodillas mientras estaba de pie, y Antony se inclinó frente a ella para recuperar la pequeña lata redonda que ella había dejado caer accidentalmente. “Deseaba tener ropa limpia. Con suerte, para esta noche la tendré."

Ula agarró la lata y la abrió. "No hay mucha fragua en ese lote." Sonrió burlonamente al carbón. "¿Qué tipo de fuego planeabas construir?"

"Fuego no." Él aceptó la lata y se arrodilló para volver a guardarla en el fardo. "¿No dibujabas en las piedras cuando eras niña?"

Sí, lo hacían. Todos los niños habían dibujado con carbón ganado con esfuerzo, rascando el pozo de carbón frío del herrero o tratando de robar lo suficiente cerca de las rugientes fraguaras o arrancar pedazos del suelo. Pero los únicos adultos que Brin conocía que dibujaban en piedras o escribían las complejas runas en rollos de cuero eran los druidas. Y sus secretos eran demasiado poderosos para entregárselos a extraños. Sus habilidades, sus artes y sus símbolos mágicos eran un lenguaje demasiado potente para ponerlos en riesgo. Otros no se atrevían a copiar cosas que no podían entender.

Ella levantó la cara hacia Antony mientras él se ponía en pie, el rubor de la vergüenza se desvaneció mientras sonreía con creciente autosatisfacción. “Ajá, entonces. Casi había comenzado a dudar." Su sonrisa se amplió hasta convertirse en una mueca. "Ahora todas tus profecías se mantienen."

Él sacudió la cabeza, pero una pizca de risa brilló en sus ojos. "No empieces," advirtió, "o volverás a pensar que sé algo que no sé y pensaré que estás chiflada."

"¿Qué sabe él?" Ula entró a la conversación, pero Antony mantuvo la mirada fija en los ojos sonrientes de Brin. Registrando o no, ella había encontrado uno de sus secretos y ella lo sabía.

"No lo sé," respondió Brin inclinando la barbilla. "Pero él tiene la visión, eso lo sé."

"Soy un soldado," dijo él de nuevo, con algo del buen humor desapareciendo del rostro.

"Es un soldado, Brin," anunció Ula. "Eso es una enorme tontería, chica. Te crees cualquier cosa. A veces pienso que eres tan crédula como un niña."

"Eso," Brin pasó junto a ella, "es lo que él dijo." Y bajó al río para enjuagarse las manos. El alivio brilló en su sangre, que corría hasta sentir un hormigueo en los dedos que ella metió en el agua fría. Una ráfaga de risitas burbujeó en su pecho y una masa de peso se levantó de los hombros. De alguna manera, fuera lo que fuese lo que hubiera al final de este camino que se veía obligada a viajar,

todo saldría bien. Si no podía confiar en ninguna otra cosa, podría mantenerlo a esta importante verdad. Que ella no iba a estar sola.

"Yo no necesitaba ninguna visión de hadas para saber eso." murmuró Ula entre dientes y se volvió hacia Antony con la expresión reajustada, sin risas, solo determinación. "Bueno. ¿Eres un mercenario, no un desertor romano, dices?" Ella asintió y giró apartando la olla con el cerdo del fuego. "Parece que ella cree que solo los sacerdotes saben escribir. ¿Le decimos que los soldados romanos también leen y escriben?"

"Dile lo que quieras. ¿Por qué me preguntas a mí?"

"¿Por qué dejarla creer que eres algo que no eres?"

La sensación de exposición volvió a arder entre los hombros de Antony, más molesta, enroscando la tensión en una tensa mandíbula. "¿Estás diciendo que soy sacerdote? Ya le dije que no, pero si eso la ayuda, no me importa mucho lo que ella piense de ello. Algo que dije la hace sentir un poco más tranquila."

"Alivia su conciencia, querrás decir. Eirbrin debería volver a sentarse en la hermosa casa de su padre. Es demasiado frágil para este mundo. Solo ve lo que quiere creer." Mientras Ula retrocedía hacia él, le llevó un dedo al vientre y lo pasó suavemente por la tela de la cintura. "Yo estoy mejor preparada. Nunca he tenido más que trabajo duro y una cabeza astuta. Siempre he visto las cosas como son."

Él tomó su dedo en un puño y sonrió. "Te diré lo que he visto. Vi a dos hombres darte la espalda anoche, y ninguno de ellos tuvo la oportunidad de demostrar su intención de una forma u otra."

Apoyándose cerca de su oreja, acariciando la suave piel de su mejilla donde un calor suave se elevaba entre ellos, él susurró a Ula: "Si quieres probar suerte acercándote lo suficiente para registrarme, será mejor que estés muy segura de ti misma."

Ula no se apartó de la amenaza. Creció una lenta sonrisa, sus ojos se habían oscurecido y su respiración se entrecortaba. "Hacemos un buen equipo." Se humedeció los labios e inclinó la cabeza hacia

atrás. "Y tienes razón, la vida es demasiado corta para discutir. No necesito registrarte. Solo alguien como Brin, que nunca había estado en una ciudad romana, creería que podrías haber entrado y salido. Así que eres un soldado, un desertor, un traidor a tus propios entrenadores, ¿qué me importa eso a mi? Nada. Pero estoy de acuerdo en que es mejor dejarla pensar lo que piensa."

Mientras Ula habló, sus manos se habían deslizado lentamente por el estómago, alborotando la tela áspera y colocándose bajo la curva de los pechos, empujando su plenitud hacia él. Aquí estaba el verdadero rostro de la locura, oscuro de deseo. Él había amenazado su vida y las palabras solo habían servido para abrirle el apetito. Pero había más en ese engaño. Ella miró hacia la orilla del río, asegurándose de que él supiera que Brin estaba cerca.

"No quieras más de lo que puedes agarrar, romano. Ella irá a él, su culpabilidad no la deja hacer otra cosa. Y él te matará." Ula se encogió de hombros y le llevó un dedo a los labios.

"No me toques," gruñó él.

Ula se rió lo bastante alto como para asegurarse de que Brin lo oía y regresó a la olla.

Eirbrin oía. Y lo había visto inclinarse para susurrar, había visto a Ula responder a su modo típicamente cálido y la había visto sellar los labios de Antony con el dedo.

Brinnie bajó de nuevo al agua y metió las manos en el flujo helado. Llenarlas y llevarse el agua fría al rostro le calmaba el acelerado corazón y le devolvía la respirar. Ella los había visto y eso le ponía enferma. Antes de dar nombre al creciente disgusto o de reconocer la decepción que la hacía querer convertirse en una bola, la ira se elevó coloreando su visión del agua.

Cuando Ula le dijo por primera vez a Brin que había visto a Antony, Brinnie sabía que Ula sería firme en su intención de arrastrarlo a su cama. El conocimiento la había irritado entonces, cuando no había tenido nada más que su instinto y sus negaciones que sopesar, cuando había tenido más razones para creer que él la traicionaría o la abandonaría. Ese pensamiento la había enfriado después de que

él llegara a su oscura habitación, después de ese pulgar caliente sobre sus labios, ese aliento en su mejilla, lo ultraterrenal de esa fija mirada en la suya.

¿Era una tontería creer que esos ojos la atraían a ella y a nadie más a ese mundo solitario? Lo era. Las chicas como Ula siempre serían apreciadas por su calidez y disposición.

¿Y qué había visto de ella que le había llamado la atención esa noche hace un año? Inocencia, ingenuidad y belleza. Esas cosas habían desaparecido. Perdido o desgastado por el tiempo, las dificultades y el dolor. Debajo de la ropa áspera, sus huesos estaban prietos bajo la piel, mientras que Ula era suave y bien redondeada. No era de extrañar en absoluto que él recurriera a alguien tan directo y sencillo como Ula. Si la veía con tanta claridad como había visto a Brin, sabría que ella no traía nada más que tejemanejes a su vida.

Los hombres necesitan un lugar blando para descansar la cabeza, había dicho Ula una vez, y eso era lo que ella ofrecía. La historia había demostrado que Brin no podía hacer esa oferta tan a la ligera. El recuerdo arrancaba lágrimas del interior y el lento ardor de su molestia rodaba hacia un nudo de dolor. Él había dicho que ella no estaría sola.

Al lado del fuego, Ula vertió harina de maíz y especias en la olla y Antony volvió a empacar la alforja, con la cara gacha para que el cabello cayera hacia adelante y tapara su expresión. Su predicción no había nombrado compañero, pero ella había asumido que él había hablado de sí mismo.

Mientras lo observaba moverse, esa suposición provocó un escalofrío de placer y pánico que se extendió desde el pecho, hacia arriba y afuera sobre la piel. Ella quedó sin aliento y se le calentó el pulso en la ingle. Con la irritación hirviendo silenciosamente en su interior, y el tipo de delicioso terror que pensó que le picaba la piel, regresó al fuego y la comida.

Come y cabalga, se dijo a sí misma. Su futuro era conocido y por ahora este podía cuidarse solo. Tres días para la luna llena. Hoy tenía que comer. Aún les quedaban horas de viaje por delante e

incertidumbre a lo largo del camino. Lo único que podía saber con certeza era que, al final de todo, no estaría sola nunca más.

Capítulo 10

Los caminos que siguieron hacia las montañas eran mejores de lo que Antony había imaginado. Era cierto: había ocasiones en que se veía a sí mismo culpable de cierta excentricidad cultural. Si bien tenía fallas, Roma al menos traía civilización. Traía comodidades y estándares. Y traía carreteras: leguas y leguas y leguas de carreteras donde, por lo general, no había carreteras antes. Estas carreteras celtas no eran calzadas romanas, pero eran útiles en un país difícil. Mientras tuvieran un mantenimiento regular, eran aptas para trineos y tráfico rodado ligero y para la libre circulación de personas y ganado.

Con su capa puesta para protegerse del frío de la tarde, Antony consideró el mundo que lo rodeaba. Esta era la tierra que su madre había alabado en las historias de su infancia, y él veía los picos escarpados y las colinas onduladas, los cursos de agua y los bosques oscuros, con los ojos del niño que había sido.

Su padre rara vez había hablado del mundo hacia el Norte que habían dejado atrás. De niño había creído que eso se debía a que ya no sentía ningún parentesco con la tierra. Pero en los años que había pasado aquí ahora, cabalgando por las cañadas y los bosques del sur o por la costa este, sus ideas habían cambiado. Ahora, al parecer, su padre no decía nada porque se había tomado la decisión de marcharse y no tenía sentido lamentarse por los lugares que nunca podría revisitar.

Sus tres hermanos mayores habían nacido en este territorio, bastante al sur, cerca de *Camelon*, y puede que los gemelos tuvieran la edad suficiente para recordar del lugar antes de partir para convertirse en los hijos bastardos del campamento.

En eso ellos no habían estado solos. Si bien Roma sancionaba matrimonios legales para sus reclutas, los ritos locales solo requerían compromiso y pasar por encima de una escoba para ingresar a la vivienda conyugal. Las esposas y los hijos no existían. Rome cerraba los ojos.

Antony había crecido la mayor parte de su vida en el pueblo de *Glevum*, fuera del fuerte donde su padre vivía, trabajaba y luchaba. Tal vez por eso solo él y su hermano menor fueron concebidos después del alistamiento. Él reía entre dientes mientras los pensamientos vagaban por los recuerdos agitados por el mundo que lo rodeaba. O quizá cinco niños menores de seis años eran demasiados para cualquier mujer cuerda.

Luego la Vigésima había sido una legión feral, abandonada para correr como loca en el extremo borde del imperio. Él tenía edad suficiente para recordar los levantamientos de *Iceni* y las dificultades que acompañaron a *Britania*. Pero Roma había prevalecido abrumadoramente contra todo pronóstico.

Había cabalgado con la Legión en la campaña del norte contra los brigantes, y en *Cambria*. Campañas largas, feroces y sangrientas bajo un general decidido, y ese mismo general las dirigía ahora. Agricola.

No tenía la menor duda de que Roma también prevalecería en *Caledonia*. Aunque por qué quería prevalecer era una pregunta abierta. Roma no tenía ningún uso para nada en esta tierra de montañas, bosques y pantanos. Excepto por los hombres. Roma siempre necesitaría hombres. Y *Caledonia* se estaba preparando para sacrificar todo lo mejor y más apto en nombre de la libertad.

El dilema era que Roma necesitaba hombres para mantener los límites del imperio ahora. Dondequiera que había disturbios continuos, rebeldes o guerrillas y militantes, perturbaban fácilmente las líneas. El ejército romano estaba demasiado extendido.

Pero lo que hacía el imperio no era un problema suyo que resolver. Con esta temporada llegando a su fin, tenía otras siete en las que sobrevivir, y luego sería también un ciudadano romano, y libre para encontrar una mujer con quien compartir su vida, y tener hijos ciudadanos romanos por nacimiento, con todos los beneficios que ello implicaba.

Edan había decidido no esperar. Tenía otros cuatro años que servir, pero su esposa de hecho y sus hijos vivían en una invisibilidad espartana en la base de la Legión en *Deva*. Tav no sabría con quién

casarse a menos que Edan se lo indicara. Sonrió de nuevo, se secó la humedad del cabello y observó a los caballos de los muchachos que iban delante clavando los cascos en la subida.

El negro había tomado la delantera, impulsándose en la hierba y la piedra con todo el poder en su ancho pecho. Ula lo montaba como si hubiera nacido para la tarea. Lo cual era cierto. Edan estaría lívido ahora y buscando sangre. Si no devolvía el negro de una sola pieza, sería la sangre de Antony la que se derramaría. Brinnie parecía menos confiada. Ciertamente, tenía menos reserva para invocar esa clase de resistencia, pero mantenía su lugar sin quejas.

El cielo por delante se había reunido en bancos de nubes de color pizarra, y donde el sol irrumpía en la ladera de la montaña a su alrededor, la luz era demasiado limpia y demasiado pura en contraste. Cada tono de verde parecía iluminado desde dentro y la clara piedra cambiaba su gris por plata. La luz del sol se reflejaba en las finas gotas de bruma del cabello de Brinnie, brillando como joyas en un halo de cobre.

Cuando llegaron a la cima de la ladera de la montaña, un amplio valle verde se abría debajo, su lago distante era apenas un estanque. Un redil con lanudas y un rebañito de cabras levantaron inquisitivas caras a los jinetes mientras los caballos resoplaban aliviados y comenzaban el descenso.

"Hay casas abajo," dijo Antony acercándose al lado de Brin, poniendo a los caballos a ritmo de paseo. "Hemos ido a un buen ritmo y esto no va a clarear." El cielo estaba bajando y las nubes que se habían elevado como rocas colgantes, ahora se precipitaban hacia el valle como una avalancha, arrastrando una cortina gris hacia el lago y su aldea.

A Brin le faltaba el aire y las sombras le oscurecían la piel debajo de los ojos, pero ella sonrió y asintió. “Tiene que haber lugares como este a lo largo de las rutas de ganado. Solo espero que la gente esté dispuesta a ayudar. Quién sabe quién ha pasado por aquí antes que nosotros."

Bastante cierto. Las dificultades sacaban lo mejor y lo peor. Por cada corazón valiente que se dirija al frente, habrá oportunistas en

camino. Pero la mayoría de los viajeros habían sido enviados a lo largo de la costa. La mayoría, según la propia Brin. Y el volumen de tráfico por sí solo habría ocupado la ruta norte.

“El camino que hemos seguido no parece en uso en su mayor parte. No parece que un ejército de reunión haya viajado por aquí." Él borró la sonrisa. Ula pensaba que era muy astuta y era peligroso subestimar a tus amigos y enemigos.

"No," coincidió Brin volviendo la cara hacia el cielo. "Aunque no hay cómo elegir el clima, ¿verdad? Aunque corramos a toda velocidad, no podremos ponernos a cubierto antes de que esto comience."

No era una queja contra los elementos lo que se mostraban en sus facciones, más bien una elegante aceptación. Y la luz del sol le empapaba la piel como un río que regresa a su fuente, recargando el brillo de su alma.

"¿Ya no estás tan reacia a hacer este viaje ahora?" preguntó él. Nada reacia en absoluto. En todo caso, parecía haber superado una crisis y haber encontrado una nueva esperanza en el camino por delante. Algo se tensó abruptamente en el pecho de Antony ante la idea y él frunció el ceño.

"Verás, dijiste que esta noche encontraría una solución mejor." La sonrisa que ella le dirigió hizo retroceder la luz del sol. "Tenías razón." El núcleo profundo de su belleza brillaba en sus ojos y, con este, todos los ecos de la chica que había visto hacía tantas leguas. Ella era impresionante. Junto a ella, todas las maravillas del mundo natural eran pálidas sombras, desprovistas de color o sustancia.

"Fue una suposición." Él alzó las cejas y se rascó la aspereza de la barbilla. "Me agarré a un clavo ardiendo."

"Eso es el don entonces, ¿no? Todo lo que me dices se convierte en verdad. Decirlo hace que lo sea."

La nueva opresión en el pecho de Antony se retorció aún más, e hizo que sus siguientes palabras fueran dolorosas. "Quée no daría yo para que eso fuese cierto," dijo él, necesitando estudiar la espesa

hierba de los pastos que se abrían a su alrededor. No había ni un verde en los campos ni en los árboles que se comparara a esos ojos, que se quedaron fijos en él, los sentía. En cualquier momento estos verían las mentiras que él había tejido como una red alrededor de ambos, pero ella rió y el sonido en sí mismo podría haberle roto el corazón.

"Te subestimas a ti mismo, eso es todo," sonrió ella.

De nuevo, ojalá fuera eso. Antony se enderezó, retirando la rigidez de la columna y llenado los pulmones. Las casas que tenían delante ya no eran visibles, pero el camino que seguían se había desgastado por donde los aldeanos pasaban a menudo desde sus casas hacia las pendientes.

Cuando la sombra de las nubes robó el resplandor del campo, Ula retuvo el percherón negro, esperando a que ambos se acercaran. "No hay cálida bienvenida, pero habrá comida y ropa."

"No." Antony habló, pero rehusó a mirarla.

Brin se volvió hacia él. "¿De qué estás hablando?"

"No hay humo," respondió él.

"No hay nadie en casa aquí arriba. O se han ido o están muertos," pronunció Ula cuando las primeras gotitas los pincharon como dedos de hielo. "Y cuanto antes lo descubramos, más secos estaremos."

Ula yacía hacia adelante sobre el cuello del caballo y Brin imitó la postura, implorando a sus muslos que aguantaran un minuto más, y luego otro. Le dolían los hombros y tenía el trasero entumecido, pero agarraba las riendas y un mechón de melena con una mano, apretando la manta con la otra. Las cabañas no podían estar muy lejos ahora, aunque las vistas delante eran poco más que Ula trotando a través de un velo malva.

Una avenida de pinos moteados emergió del velo y Ula se sentó más erguida, lo que obligó a Brin a tirar de la cabeza de su caballo y de ella para evitar una colisión. Ula esperó a que Antony se pusiera a

su altura, ignorando a Brin, luego exclamó por encima del torrente de lluvia. "Esa es la casa circular del pueblo, pero en alguna parte por aquí habrá establos y almacenes." Delante se encontraba la gran y ovalada sala de reuniones comunal, y a ambos lados había estrechas callejas de viviendas más pequeñas. Con lluvia cayendo por el rostro, Antony se encogió de hombros y señaló el camino de la izquierda. Ula se movió hacia la derecha. Giró el caballo hacia el camino elegido y Brin decidió seguir. Volvió a tumbarse sobre la cruz, esta vez para ver mejor a través de las puertas y bajo el pesado techo de paja. Serpenteando entre las pocas cabañas, Antony se avanzó despacio mirando a su alrededor y por encima de los arbustos.

Detrás de la casa circular, otro grupo de casas de piedra marcaba el extremo más alejado de la plaza de la aldea. Detrás de estas, un establo y una fragua. Avanzando rápido ahora, él se acercó al gran establo de lados abiertos y se agachó bajo su techo. Estaba ya de pie en el suelo cuando Brin salió de la lluvia torrencial y dio una larga y seca respiración.

Sonriéndola, Antony se apartó el cabello de la frente y avanzó un paso para sujetarla cuando ella resbaló un poco. "¿Qué tal estás las piernas?" preguntó él, aún sonriendo mientras las rodillas de Brin se doblaban, se tambaleaban y por fin se enderezaban.

"Bien. Mejor que nunca." gimió ella levantando la lana oscura para examinar un trozo de la parte interna del muslo donde los cueros de la silla de montar le habían pinzado la piel. Un pequeño rubor rosado rodeaba el pellizco de piel blanca con la promesa azul de un moretón. Cuando Brin alzó la vista, los ojos de Antony también estaban fijos en la pequeña herida y ella dejó caer la falda mojada, enderezándose abruptamente. "¿Ahora que?"

"Ahora a calentarse y a secarse." Él no se había movido y el calor de su mirada se le colaba a Brin en la sangre, provocando un suave baño de calor debajo de la piel de gallina de los brazos. Esa quietud enviaba escalofríos de aprensión recorriéndole la espalda.

"Buscaremos en las casas todo lo que necesitemos o podamos usar." Toda la intensidad de su excéntrica mirada se centró en el rostro de ella y los latidos del corazón de Brin martillaron con un fuerte pulso

en la garganta. La sombra de esa barba le había oscurecido la piel, destacando la profunda hendidura en el labio superior y endureciendo su mandíbula. Brinnie le miraba la boca, deslizando la lengua para humedecer sus propios labios mientras su respiración se hacía más superficial.

"Y comer," dijo él finalmente y la suavidad de su boca se tensó. Cuando ella lo miró a los ojos de nuevo, estos sostenían una súplica, y ella juntó las manos, retorciendo la debilidad fuera de los dedos, temerosa de lo que estaba a punto de preguntarle.

"No me dijiste por qué es más fácil volver ahora." Dijo Antony. Intentó sonreír, pero no había convicción en ello, y la tensión en los hombros y muslos hacía que el corazón le saltara en el pecho como una liebre en una red.

Si de verdad no podía él ver sus razones, no había una manera fácil de responder. Había demasiado que él no sabía. A menos que Ula hubiera compartido lo peor del pasado, no podía entender todo lo que había supuesto regresar al campamento de Calgacus, todo el terror, todo el sacrificio. No había forma de que él pudiera saber que sus palabras le habían dado el valor para defender sus propias convicciones. Y si ella intentaba pronunciar el nombre de Cam en voz alta, perdería el control que tenía sobre ese frágil sentido de valía.

Mirándolo a los ojos podía estar segura, al menos, de que si ella hablaba sobre estar sola, él sabría y comprendería ese dolor. Él estaba a sólo dos pasos de distancia y Brinnie deseaba llevar la mano hacia esa mejilla, pero no tenía la descarada confianza de Ula. "Estoy tan cansada de estar sola," dijo con cuidado, "y tú prometiste que no lo estaría."

Se volvió tan rápido que ella no pudo percibir el cambio que se apoderó de su rostro. “La mitad de la población del territorio estará en este campamento," dijo por encima del hombro mientras comenzaba a desatar su cincha. "Es justo suponer que tendrás compañía."

He turned so quickly she couldn’t catch the change that swept over his face. “Half the population of the territory will be at this camp,”

he said over his shoulder as he began to unlace his surcingle. “It’s a fair guess you’ll have company.”

Ella consiguió esbozar una sonrisa nerviosa y se volvió para atender a su propio caballo. "¿Es eso lo que querías decir?"

Él rió secamente y pasó junto a ella llevando su silla de montar a una barandilla junto a la pared. "¿Cuándo te ha importado lo que quiero decir?" Luego, a su lado, mientras liberaba la silla y la soltaba, dijo: "Tú oyes lo que quieres oír y luego me atribuyes a mí la sabiduría. ¿A quién crees que vas a encontrar allí?"

La mano de Brin llegó por sí sola hasta el hombro de Antony, deteniéndolo cerca, y ella reunió coraje para responder. Aún había signos de burla en la risa que se movía en esos labios, pero el aspecto más profundo y oscuro de él también brillaba en esta, pendiente de sus palabras. "Esos demonios de los que dijiste que yo estaba huyendo. Estarán todos allí. Todas las personas en las que confié estarán allí. Todo lo que pensé que había perdido para siempre estará allí esperándome. Y nunca podría enfrentarlos yo sola."

Las serpientes en ella se enroscaron y se retorcieron en el estómago, y las rodillas, tan debilitadas por los esfuerzos del paseo, estuvieron a punto de doblarse, pero ella se mantuvo firme y se obligó a enfrentar aquel escrutinio penetrante. "Tú me has dicho la verdad cuando nadie más lo haría. Ni siquiera me conocías. No tenías nada que ganar o perder, pero fuiste honesto mientras que todos los demás tomaron lo que querían de mí."

Él había cerrado los ojos y cada respiración se arrastraba, esperando, y ella terminó vacilante. "Puedo ir allí y hacer lo que tengo que hacer si tú estás conmigo."

Él sacó bruscamente el hombro de debajo de la mano y caminó hacia la barandilla mientras Ula asomaba sobre el caballo y se secaba la cara bajo la paja del techo, exclamando: "Oye, romano. Hay una anciana en una de las casas de allá atrás."

Tenía que estar tan cansada como se sentía Brinnie, pero Ula echó la pierna hacia adelante y se deslizó hasta el suelo como si no

hubiera cabalgado más que la longitud de la plaza. La energía fluía a su alrededor como un aura, vibrando a través del aire y haciendo que Brin se sintiera aún más desgastada a su paso.

"Como dijiste," dijo Brinnie entre labios apretados, "si sigues llamándolo así, harás que nos maten a todos."

"No pasa nada, Brinnie." Ula le sonrió a la cara, arrastrando el peso de la silla mojada con facilidad hasta la barandilla junto donde Antony sacaba heno para los caballos. "Él sabe lo que quiero decir con eso, ¿verdad, romano? La vieja dice que aún hay algunas tiendas de tubérculos y algo de trigo y cebada. Hay leche en las cabras. Miel. Y cerveza." Mientras Ula dejaba caer la silla de montar sobre una barandilla, enhebró el brazo en el de Antony y lo llevó de regreso donde esperaba Brin.

"Pobre diabla, lleva aquí sola cuatro días. Pero averiguaremos lo que sabe antes de que la mates."

Antony se zafó del agarre de Ula y Brinnie tartamudeó entre su propio horror. "¿Qué? ¿Dónde está esa mujer?"

Con el ceño fruncido, Antony se echó los fardos al hombro, ignorando tanto la alegre violencia de Ula como la mortificación de Brin. "Necesitamos un fuego," dijo señalando con la cabeza hacia la cortina de lluvia, esperando para seguir a Ula a la casa de la superviviente residente de esta aldea.

“La dejaron aquí para que muriera. Unos jinetes llegaron hace cuatro días, mataron a dos chicos y se llevaron a las chicas con ellos." Dijo Ula mientras salía al aguacero, trotando entre casas y en diagonal a través de la plaza, moviéndose sin vacilar hacia una casa que, para Brin, era indistinguible de cualquier otra.

La casa había sido saqueada. Alguien la había registrado, probablemente en busca de objetos de valor, ya que los elementos prácticos, ollas y mantas, estaban allí. Un montoncito de leña yacía junto a la chimenea, algo de yesca y palos atados, pero la rejilla estaba vacía, limpia de cenizas. El jergón también estaba vacío.

"¿Dónde está?" preguntó Brin. "La anciana." No había señales de

ocupación en la cabaña. Llevaba vacía algún tiempo.

"Al lado." Ula se dejó caer en la cama, inclinándose para desatarse las botas. "No nos conviene estar demasiado cerca de ella. No está muy limpia."

Antony se arrodilló junto a la chimenea con pedernal y hierro, de espaldas a las mujeres y a su conversación.

"¿En qué dirección?" Brinnie ya estaba en la puerta, con la ira y el disgusto igualmente claros en el tono.

Ula levantó una mano, señalando a la izquierda con divertido y evidente desinterés en su sonrisa, y Brin se demoró para desafiar esa mirada. Desde que conocía a Ula, esta había tendido a la vanidad, pero los últimos días habían mostrado una insensibilidad que superaba con creces sus expectativas. El último año los había cambiado a todos, cada daño y cada dificultad dejaba su propia herida y su propia cicatriz, y Brin no tenía forma de juzgar las cosas que Ula había visto. Aun así, esta frialdad la ponía enferma.

"Toma. Lleva esto." Antony se puso en pie sosteniendo el fardo de comida hacia Brinnie. "La traeremos aquí cuando estéis listas."

Con Brin fuera, Ula se acercó andando al creciente fuego, dejando caer al llegar la manta que había usado como capa. La pesada sobrecamisa siguió a esta, su lana manchada de oscuro caía sobre las señeras a sus pies. "Necesitamos alto ese fuego." Ula sonrió. "No quiero enfriarme."

Antony se volvió para mirar la exhibición, fijando una mirada cautelosa en la criatura que se deslizaba a su alrededor. Ula era un palmo más baja que Brin. Su cabello, cuando estaba seco, era de un rubio miel oscuro y brillaba con abalorios de vidrio, teñidos y tejidos aquí y allá en las trenzas y enhebrados en largas líneas por la espalda.

Sus ojos eran oscuros, en algún lugar entre verde y marrón, y antiguo kohl manchaba las pestañas en bandas ahumadas. Era una cosita encantadora a la vista. Voluptuosa y tentadora. Como el frío del agua oscura y quieta es tentador antes de que se cierre sobre tu

cabeza sin una ola. Como es tentadora la fruta más roja bajo un barniz de veneno.

Justo debajo del rostro de Antony, Ula se estiró para levantarse la saturada túnica sobre la cabeza. Debajo, la ropa de noche de lino del burdel estaba pegada al cuerpo, invisible salvo por la obra de abalorios al cuello. Sus pechos eran firmes y grandes, sus brazos levantados izaban hacia él grandes pezones color rosa oscuro, su cintura era estrecha sobre la curva de las caderas.

Cuando la túnica cayó de entre sus dedos, Ula le apoyó las muñecas en los hombros. "Estoy tan mojada," ronroneó ella, "y tú podrías calentarme."

Antony la tomó de las muñecas y las movió bruscamente hacia su lado. "Lo estás haciendo bastante bien por tu cuenta," respondió él. "Y ahora no estás en un burdel."

"No, no lo estoy." Su tono había perdido la calidez de la gatita y devenido urgente de pronto. Soltó los alfileres que le sujetaban el cinturón y empujó la pesada falda al suelo. "Y tú ahora no estás en el ejército. Somos libres. Ninguno de los dos somos ya sus esclavos, imagina solo lo que podríamos ser juntos."

¿Juntos? Había planes en esos ojos que iban mucho más allá de la seducción. "Estás anticipando demasiado." Vapor se elevaba desde el muslo de Antony donde el calor del fuego tocaba la lana húmeda y le acariciaba el pecho y el cuello con sus ígneos dedos. "Nosotros no estamos juntos. No somos un equipo. Y no me fiaría de ti a menos distancia que a la que puedo escupir."

"Lo sé. Lo sé. Pero escucha." Se llevó los dedos al recogido escote, tirando de la tela hasta que se rompió el cordón. "Te crees que ella va a ver el modo en que la miras y que va acudir a ti corriendo. Pues no lo hará. Regresará a Calgacus. No suspires por lo que no puedes tener."

Con esfuerzo, despegando la pringosa longitud de la túnica de los hombros, caderas y bajando por las piernas, se apartó del vestido arruinado sin apartar los ojos de él. "Pero puedes tener esto." Ula extendió los brazos a los lados para mostrar toda su pálida

desnudez, y ninguna voluntad en la tierra pudo evitar que la mirada de Antony se extendiera sobre esa suave carne blanca.

El soldado que había en él había oído cada palabra y estado de acuerdo. Pasaba los ojos sobre la suave piel y le vibraban los dedos ante la idea de tocarla, de deslizarse por los suaves rizos de su ingle.

Él sonrió al saber que ella lo consideraba un desertor enamorado, y marcara esa certeza al decir que Brin se lanzaría a los brazos de su líder. Ahí era donde él necesitaba que ella estuviera, y esa mano confiada en su hombro le daría entrada al patio interior rebelde.

"Escucha," exigió ella de nuevo, acercándose, estirando los brazos hacia el aire entre ambos pero conteniendo las manos antes de que llegaran al pecho de Antony. "Ella le dio la espalda al esposo que la adoraba, el hombre más dulce y bondadoso que jamás haya tomado aliento, para poder irse con Calgacus. Cuando su tierra natal fue atacada, ella se negó a ir a ayudar a su propia familia. Sus propios padres. Se quedó con él y su sueño. ¿Por qué? Porque cuando Calgacus haga retroceder a los romanos, será rey en esta tierra. La única razón por la que viaja contigo ahora es porque cree en tus mentiras. Si supiera quién eres en realidad, te mataría ella misma."

El hombre mismo escuchó cada palabra y supo su verdad. La vergüenza bulló bajo su piel como nunca había conocido. Por dentro se enfureció. Brinnie no quería volver a Calgacus, él lo sabía, ella lo había dicho. Ella le había suplicado y él había encontrado frívolas respuestas para alimentar su necesidad de tonterías y hacerla retroceder hacia los fantasmas de su pasado. Y la única razón por la que ella seguía viajando a su lado era que confiaba en las mentiras que él le decía. Todas las personas en las que ella había confiado le habían mentido y robado de alguna manera. Él era solo el último de una fila.

Y cuando ella supiera la verdad...

La opresión en su pecho se volvió más tensa y tiraba interiormente de él hacia una bola. Exteriormente, se agudizó un ceño fruncido y él giró desde Ula hacia el fuego. "Tengo que calentar un poco de agua."

Desnuda, moviéndose con confianza, como si en ese estado ella estuviera en su elemento natural, Ula tomó la tetera de los laxos dedos de Antony, caminó hacia la ventana y la sumergió en una gran cisterna de piedra en la pared exterior. Sus movimientos se habían vuelto nítidos, decididos, toda esa lánguida sensualidad había desaparecido.

Ula pasó la mano por delante de él, enganchó la tetera a la cadena y le dijo sujetándole el rostro hacia el suyo: "Solo tienes que pensarlo un rato. Aquí van a morir hombres. Miles de ellos. Sus tierras estarán vacías. Los hombres valientes, los hombres que saben luchar, podrán tomar lo que quieran. Los esclavos de ayer serán los barones de mañana. Piénsalo." Ula se acercó más, levantando la otra mano para acunarle el rostro entre las palmas. De puntillas, se inclinó cerca de su boca y le susurró. "Imagina solo lo que podríamos ser juntos." Los labios de Ula estaban helados, el fuego aún no podía calentar lo último de la lluvia de su piel, pero esa boca estaba caliente, la lengua le provocaba sobre sus labios.

Ese razonamiento era en vano con él. Cuando ella retrocedió, él negó con la cabeza con los ojos aún enfocados en la otra verdad que ella le había dicho. Cuando Brin descubriera la verdad, no necesitaría matarlo. Si el dolor en su pecho no cesaba pronto, una parte esencial de quien era ya estaría muerta.

Capítulo 11

La anciana había sido golpeada pero estaba más débil que herida.

Brin la ayudó a sentarse, la ayudó a comer un poco de pan y sostuvo la taza mientras la mujer bebía agua. Sus delgadas extremidades estaban heladas, pero ella no parecía tener mucho sentido común para intentar encender un fuego. La madera que había tenido hacía mucho tiempo que había ardido, y en la otra casa Antony tendría un fuego ardiendo. Mejor que se recuperara un poco antes de llevarla.

Cuando él llegara; y ella esperaba que fuera pronto, con el aire frío oscureciéndose tan rápidamente a su alrededor; podría llevarla al calor de la otra casa. En un pequeño cofre, Brin encontró lana limpia y tibia y ayudó a la mujer a lavarse y vestirse, luego se desvistió ella, envolvió una manta alrededor de su propia desnudez y se sentó con la anciana a esperar.

Entre motas oscuras, la piel pálida de sus brazos estaba tatuada en azul profundo, y Brin le tomó una mano fría y temblorosa entre las suyas y preguntó: "¿Qué dice eso?"

La mujer sonrió, frotando sus propios dedos sobre las líneas tatuadas de su mano. “Dice que estoy muy lejos de donde comencé. Dice que recuerdo quién soy y de dónde vengo. Estoy orgullosa de ello, no importa dónde esté."

"¿Esta no es tu casa?"

"¿Casa? Sí, esta es mi casa. Pero me trajeron aquí como parte del rescate por una guerra en la que mi esposo luchó contra el clan de mi padre. Hace cincuenta años, más o menos."

“¿Y te quedaste? ¿Nunca quisiste volver a tus propias tierras?

"¿A qué? Esta es una buena tierra. Mi esposo era un buen hombre, tan bueno como cualquier otro. No. Nunca intenté regresar. Este es bastante hogar mientras mis hijos y sus hijos estén aquí." La mano

se movió débilmente en la de Brinnie. “Ahora mis hijos y nietos se han ido a lucha otra guerra y me han dejado sin nada más que casas y tierras. Ningún lugar será casa hasta que regresen a mí." Los ojos azul lácteo se oscurecieron con el estudio de su tristeza y Brinnie asintió en apoyo.

El hogar era un abstracto para Brin, una nube gris donde la noción de una chimenea y un cálido abrazo avanzaban sin la certeza de la piedra y el mortero. ¿Dónde estaba su casa? Podía ocupar las tierras de su padre, su título, pero no quedaba riqueza para mantener sus propiedades. Como todos los demás, esclavos u hombres libres, terratenientes o inquilinos, ella tendría que empezar de cero.

Tenía derecho a quedarse con la casa de Cam, con la parcela que él había cultivado, su ganado, la casa que él habían construido. Pero aquello estaba detrás de las líneas romanas y era peligroso. Probablemente ya no fuese más que polvo y cenizas.

Cuando los romanos fueran derrotados, el mundo que ella había conocido se desharía y se reharía en otra imagen. Si tenía una casa a la que ir, aún no podía adivinar dónde podría estar. La fría amenaza de la soledad hizo que un escalofrío recorriera su piel y apretó la mano de la mujer un poco más.

Antony vendría pronto. Brinnie miró ansiosamente la entrada que se oscurecía, golpeando con un pie impaciente. El fuego ahora estaría encendido y la tetera bullendo, seguramente.

“Mis hijas también fueron con sus hombres. Tal como lo estás haciendo tú. ¿Es con tu esposo con quien viajas?"

Eirbrin se enderezó, fijó una sonrisa entre su propio dolor y se puso en pie para caminar hacia la puerta. "No. Es un mercenario, solo uno de los muchos que se trasladan al frente. Nuestros caminos se cruzaron y aquí estamos."

"Hay hombres malos moviéndose entre los buenos, zagala."

Eso era obvio. Los moretones marcaban la fina piel de la frente de la anciana y pequeños cortes y abrasiones se habían secado de negro en las mejillas y brazos. Hombres malos que habían asesinado

a los chicos que ella había tratado de proteger y robado a las chicas que ellos podían usar en su viaje. Esta mujer, más que la mayoría, tenía derecho a desconfiar. ¿Sabía que era Ula quien representaba la mayor amenaza para ella ahora?

"Sí. Pero no este. Le he confiado mi vida." Poco más podía decir. "¿Dónde estará? Debería estar aquí para ayudarte a llegar a la otra casa."

"La otra chica, la grosera, ¿está con él ahora?"

Brin se girió en redondo. "¡No! Bueno, sí, ella está ahí, pero no lo está... " Un rubor de ira escarlata brotó con demasiada facilidad en sus mejillas y la irritación y la duda le revolvieron el estómago. Se sintió tonta, avergonzada por la brusquedad involuntaria de sus palabras. "Puede que haya ido a recoger provisiones mientras aún hay luz."

La anciana sonrió y levantó el brazo pidiendo ayuda para ponerse de pie. “Para mí sería más fácil decirle dónde buscar. Bueno,” sonrió de nuevo, conscientemente, “vuestros caminos se han cruzado, y vuestras estrellas, creo yo. Mira." Apoyándose pesadamente en el brazo de Brinnie, movió un débil dedo a lo largo de uno de los tatuajes que subían desde el dorso de la mano, alrededor de la muñeca y hasta el antebrazo. “Estas son las líneas del destino, y ¿ves cómo se cruzan? Se cruzan y se vuelven a cruzar. No hay forma de romper la línea y, a veces, los dioses ponen el mundo patas arriba para que solo dos caminos se puedan cruzar."

Brin sabía que eso era verdad. Era la verdad con la que había nacido, un saber que le habían cantado en la cuna. Pasado, presente y futuro estaban escritos en la piedra de las montañas y en la madera de los bosques y fluían en la sangre que corría por sus venas. Y era cierto, era cierto que algunos, unos pocos afortunados o unos malditos, podían leer esas retorcidas líneas del destino.

Pasos trotando entre la lluvia y los charcos le apartaron los ojos desde las promesas del tatuaje hacia los recelos de la noche. Cuando él salió de la cortina de lluvia hasta las sombras de la casa, Brin se descubrió apresurando una evaluación.

Él no se había cambiado de ropa, el juego de ropa de repuesto que él tenía estaba en la alforja a sus pies. Él aún estaba empapado por el viaje, la capa de lana sobre los hombros, las botas y las mallas aún atadas y en su lugar. Las tensiones en su postura estaban presentes de manera tranquilizadora, y Brin dejó escapar un silencioso suspiro de alivio y sonrió. "Te has tomado tu tiempo. Nos estamos congelando aquí."

Antony ignoró las pullas y se acercó a la anciana. "Estoy mojado," dijo él en tono de disculpa. "Envuélvete con otra manta sobre los hombros."

Cuando él giró para mirar a Brin, ella casi dio un paso adelante con la mano comenzando a buscar el tormento que destellaba desde las sombras de ese rostro. "¿Qué pasa?" preguntó Brin. "¿Va algo mal?"

"No, nada. Solo recoge tus cosas y volvamos al fuego." A la anciana le dijo: "¿Hay algo que quieras llevar contigo?"

La mujer cambió su agarre de Brin al antebrazo de Antony y le sonrió. "No, zagal, no hay nada más que necesite ahora. Ya lo sabes." Brevemente, le sostuvo la mano sobre la de ella, estudiándola como si las cicatrices que ella veía allí describieran una verdad legible. "Un fuego. Un poco de calidez y algo de luz. Eso es todo lo que necesito."

Amtony la levantó como si no fuera más que un fardo de ropa de cama y observó mientras Brin se acomodaba su propia manta sobre la cabeza y la apretaba sobre su desnudez. Inclinándose tímidamente, Brin volvió a guardar en la alforja los alimentos sueltos y, con una última mirada en la penumbra, salió rápidamente hacia la noche con Antony pisándole los talones.

Ula yacía en el jergón, disfrutando del fuego. Su manta estaba flojamente envuelta de modo que toda el bulto de sus pechos quedaba apenas oculto, piel pálida y suave, vívida ante la tela oscura. Brin entró en el calor y se acercó de inmediato donde ella estaba. "Muévete," dijo sin rodeos. "La pondremos en la cama. Necesita calor."

Ula no tuvo prisa por dejar espacio, esperó hasta que Antony se

acercara antes de estirar las piernas hacia los lados, abriendo la envoltura para dejar al descubierto la parte interna del muslo mientras se deslizaba fuera de la cama. "Esa se calentará pronto, ¿verdad, amor? He encontrado hidromiel. Hace calor ahora. Todos nos calentaremos, beberemos un buen rato. Luego todo tendrá mejor aspecto."

Antony acostó a la mujer en las mantas y dio un paso atrás para dejar paso a Brin, sacándose de los hombros el pesado cuero y el vellón. Brin se inclinó hacia él, arreglando la cama y ansiosa por la comodidad de la anciana. La manta húmeda se le pegaba a las caderas y las nalgas, realzando las largas y delgadas líneas del muslo, y él rápidamente se volvió hacia la alforja en busca de su propia ropa seca.

Registrar las casas no era una opción razonable mientras la lluvia caía en la oscuridad de afuera, y Ula parecía perfectamente feliz con sus arreglos de vestimenta. Sin avisar, Brin había doblado la túnica de lino con pedrería de *Inbhir Nis* y la había metido en el fardo de Antony. Girado hacia las sombras, él pasó los dedos por el fino tejido con un vívido recuerdo de ella tan elegantemente envuelta en esta exquisitez que le calentó la sangre.

Esto no era lo que ella necesitaba ahora.

Desatándose las botas con los movimientos bruscos de un hombre irritado por los detalles necesarios, se las quitó. Se puso de cara a la pared, de espaldas al evidente escrutinio de Ula y se quitó los pasadores de la hebilla del cinturón para dejar caer la falda. Los pantalones de ciervo que tenía debajo estaban mojados, pero no llegaban hasta la piel. Se secarían. Envolvió la falda seca y la abrochó con fuerza con el cinturón, luego se levantó la túnica mojada y la sobrecamisa por encima de los hombros.

"Oh, muy bonito." Ula sonreía y aplaudía. Se había apartado de la mesa donde había estado sentada para tener mejor su vista. "Mira lo que nuestro soldado nos ha estado ocultando, Brinnie."

Él se volvió y le arrojó el fardo de ropa mojada a Ula. “Ocultando no. Solo permaneciendo vestido. Esa es una idea que deberías retomar."

Ula rió y dejó caer al suelo la túnica empapada. "Yo estoy bastante caliente como estoy por ahora. Una vez que la lluvia se calme, encontraré algo más fácil con lo que mantenerme abrigada."

Sí, bueno, eso no iba a pasar muy pronto. Antony dejó caer el fardo a los pies y se levantó la túnica de lino limpio, caminando hacia donde estaba Brin y sosteniéndola. Ella tenía los ojos fijos en su pecho, como lo habían estado en el tejido de la espalda y los hombros cuando Ula le había llamado la atención.

Marcado en el pecho, en el corazón, estaban las mismas dos runas que su madre le había puesto en la mejilla cuando tenía diez años. Y debajo de los círculos azules, una pequeña herida roja donde Brin lo había presionado para pedir ayuda.

Él pasó el pulgar por el corte y dejó que una sonrisa se dibujara en los labios. "¿Te estás preguntando si es fatal?"

"No." Ella dio un paso atrás y alzó la mirada, con los ojos muy abiertos como una niña culpable, aceptando la túnica que él sostenía. "Lo siento."

¿Estaba arrepentida por haberle hecho un corte? ¿Por exigir su ayuda? ¿O simplemente por mirar?"No lo sientas. La túnica no es muy cálida, pero no te sentirás tan expuesta. Sé dónde está si la necesito."

A la luz del sol, de la luna o del fuego, la piel de Brin parecía absorberla. En cada una, Brin entrenaba la paleta de la naturaleza para crear nuevos colores que fueran solo de ella. A la luz de la luna ella era perla; a la luz del sol, marfil y aquí, a la luz del fuego, se veía dorada. Sus ojos eran claros, estudiaban los de él con una intensidad nerviosa que elevaba un punto de color a las pálidas mejillas. Ella estaba equivocada: él no podía ver pasado ni futuro cuando la miraba. El tiempo en sí mismo era irrelevante.

No podía ver más que una gracia singular, algo que nunca antes había visto y nunca volvería a ver. Perfección. Y se le curvaron los dedos fuertemente en la palma con el deseo de tocar, sostener y poseer esa frágil luz. Tenerla siempre ante él como propia. Y confíanza. Él vio la confianza en ella y la vergüenza fluyó como una

explosión de un horno.

Brin bajó la vista y él volvió a sí mismo. Él se había quedado mirando otra vez. Antony se apartó de ella y se dirigió hacia el fuego.

Ula estaba a su lado. "Déjame mirar aquí," dijo jovialmente. Los dedos de Ula estaban fríos, cuando trazaron triángulos y círculos sobre la espalda de Antony y ella reía mientras seguía una línea por la mitad de la columna.

Él giró hacia ella y Ula dio un paso atrás, pero solo por un momento antes de levantar la mano hacia su pecho y rozar con los dedos la tinta que lo manchaba allí. Cuando él le apartó los dedos de la piel, lo hizo con hielo en los ojos y eso le quitó a Ula la sonrisa de la cara. "Te lo avisé una vez. No te lo volveré a decir," advirtió él. "¿Te criaron en una perrera o qué?"

"No." Enderezándose y liberando la mano con un giro brusco, Ula puso una severa sonrisa en su boca. “Me crió mi padre. Trabajé, luché y bebí con mis dos hermanos. Tuve que hacerlo para sobrevivir. Trabajé en el campo junto a mis hermanos y después junto a mi esposo. Nunca tuve el lujo de mantener las manos suaves y blancas. Pero tendré ese lujo. Y tendré esclavos y dinero. Yo seré la dama."

"Pues mejor que aprendas a comportarte como una, en lugar de como una ramera."

"Tienes razón." Ula dio un paso atrás, levantó el brazo y abrió una mano en invitación a Brin.

Brin se había echado encima la túnica de lino blanco y se quedó inmóvil, con la manta sujeta a la cintura, mirando la disputa con una expresión de dolor y horror. Con ojos verdes inundados de lágrimas que no caían, incluso antes de que Ula pudiera comenzar a lanzar los dardos que iba a compartir.

“Brinnie, dime, ¿cómo actúa la hija de una buena familia? Cuéntamelo todo, porque él dice que una verdadera dama no se comporta como una ramera."

"No lo sé," susurró Brin, tragando y obligando a su espalda a quedar más recta.

Antony la miró durante un momento. Ula estaba entusiasmada con las revelaciones que tenía contra Brin, y él quiso levantar a Ula, zarandearla y gritarle a la cara que no quería saberlo. Ya había oído suficiente de Calgacus, no le interesaba lo que ella hubiera hecho en el pasado.

Recogió las botas y el cinturón de la espada, la ropa mojada y la capa. En un estante sobre la mesa había jarras de hidromiel selladas y él tomó dos de ellas también. "Hay demasiada gente aquí," murmuró él. Agachándose bajo el peso del vellón, tomó una rama en llamas y salió furioso por la puerta.

"Bueno." Ula se encogió de hombros y sonrió. "Supongo que le gustan las damas puras, Brinnie. Esas somos nosotras."

"Tienes el descaro de llamarme ramera," tartamudeó Brin y se atragantó. "No tienes derecho a hablar de eso, no tienes derecho a contarle a nadie nada sobre mi vida." De todas las mujeres cómplices de su vergüenza, Ula era la más importante. No solo porque se había empeñado en que Brin debería ir con Calgacus, sino porque ella misma se habría cambiado por Brin en un instante.

Esa noche, hacía un año, Ula había envuelto su chal alrededor de los hombros de Brin cuando sus propias manos no podían hacer más que tantear. Ula la había apoyado, la había acompañado a través de la larga y oscura noche hasta Calgacus y la había sostenido cuando sus rodillas la hubieran dejado caer sobre la pista. Ula la había ridiculizado y avergonzado cuando Brin había llorado en la entrada de la atalaya romana. De entre todas las mujeres en el círculo que le gritaron y que reprendieron su cobardía esa noche, Ula había chillado más fuerte y durante más tiempo. Y Ula había sido su única amiga.

"No te llamé puta. Estás exagerando, como siempre." Ula se acercó a la estantería y tomó una pesada taza de madera. "Aún estás esperando una bebida caliente, ¿no es así, amor?" Exclamó a la mujer, que la observaba en silencio con los párpados medio cerrados. "Porque yo sí."

Al observarla, Brin habría pensado que Ula no se había inmutado por la discusión con Antony, pero Ula se movía un poco más despacio, su sonrisa era más rígida y fingida. Cuando Ula hubo echado una buena medida de hidromiel humeante en la taza, la acercó y se la entregó a las manos temblorosas de la anciana. "¿Cuál es tu nombre, amor?"

"Vettona," respondió la mujer.

"Vettona." Mientras tomaba otra taza y se servía su propia bebida, la sonrisa de Ula se convirtió en una mueca salvaje. "Pues Vettona, él tiene razón. No puedo beber esto tan caliente." Le entregó la taza a Brin y fue a buscar otra jarra, rompiendo el sello de cera y bebiendo del borde. "Y no tengo que decirle nada sobre ti, Brin. Cuando vino al burdel para pedirme que lo acompañara, él ya sabía de tu pasado. Él te iba a llevar con el líder, me dijo, y que yo debería decirte cualquier cosa que te hiciera seguirle. Miente, me dijo. "

Brin se secó con enojo las lágrimas de dolor y frustración, rechazándolas. Eso era cierto. Él lo sabía. Dijera lo que él dijese, sabía lo suficiente de su pasado para juzgarla.

Pero Ula no había terminado de ventilar sus opiniones. "Verás, solo por ahora él está limpio y bien alimentado y lleno de su propia superioridad. Pero dale algunas semanas de viaje. Algunas batallas, frío, lluvia, barro y no será pronto tan quisquilloso. Yo solo tengo que esperar. Pero tú, Brinnie, tú ya estarás donde él te quiere para entonces. Él sabe dónde perteneces y quiere que estés allí en dos días. Te llevará con Calgacus y te devolverá. No estarás sola. Estarás donde perteneces."

Brin se bañó con aguamiel dulce caliente el ardor de la garganta y cerró los ojos, negándose a dejarse atrapar. Sus rasgos se habían reformado automáticamente en su familiar máscara. Dejó a un lado la ola de tristeza que surgió y centró su atención en preparar la comida, ignorando a Ula lo mejor que podía.

A Ula no le interesaba la comida una vez que tuviera algo que decir. Observó la cantidad de jarras almacenadas en el estante y la cuenta regresiva a medida que se vaciaban. Finalmente, quedó dormisa sobre los brazos apoyada incómodamente en la mesa.

Cuando Vettona rompió su largo y aparentemente dormido silencio, el sonido conmocionó el solitario ensueño de Brin. "¿Cómo es que este extraño que se cruzó en tu camino llegó a saber tanto sobre tu historia, crees tú?"

Brin giró para mirar a la mujer, desconcertada por su intuición. Por unos momentos miró en silencio el fuego, luego respondió: “Algunas los oyó. Otras las debe haber resuelto por sí mismo. Otras se las habrá dicho Ula, a pesar de lo que ella diga ahora. Y otras, otras simplemente las sabe porque ve cosas que otros no ven."

Eso pareció terminar la conversación por un tiempo y Brin se puso de pie, recogió las tazas y el plato de la cama y los puso sobre la mesa. Desde la puerta miró hacia la noche. La lluvia había disminuido hasta convertirse en chispeos y lloviznas, y la luna mantenía una brillante mancha de nubes en lo alto del grupo de tejados. Estaba demasiado oscuro para ver qué otro respiradero con techo de paja humeaba hacia el cielo, y los pies estaban demasiado calientes para aventurarse en el barro y la piedra húmeda en la puerta.

Él no había comido, dondequiera que estuviera. O tal vez había encontrado almacenes de alimentos en otra morada. Quizá había bebido lo suficiente como para irse a dormir y no quería nada más.

Alrededor del hogar, las ropas mojadas de Antony humeaban silenciosamente, y ella se movió a lo largo de la cuerda dando la vuelta a las camisas y extendiendo el forro de las botas hacia el fuego.

"¿Qué te hace pensar que él puede ver tu pasado?"

Brinnie volvió a mirar con sorpresa y luego se sentó junto a Vettona en la cama. "Él estuvo allí." El recuerdo le grabó a fuego arrugas en la frente, ella las limpió y sonrió. "Si lo hubieras visto entonces, lo entenderías. Su cabello y barba eran largos y parecía que hubiera estado viviendo en una cueva. Parecía un ermitaño loco y me miraba fijamente. Cuando me tocó la mano, los dedos me quemaron la piel."

Vettona asintió. "Así que no es un extraño después de todo. Vuestros

caminos se han cruzado antes y ahora el destino os ha vuelto a unir."

"Sí. Y sucede que aquella fue la noche en que cambió todo en mi vida. En ese mismo momento, desde el momento en que me tocó, todo salió mal."

Vettona asintió de nuevo con sabiduría. "Lo que yo te he dicho, los dioses pondrán el mundo patas arriba, lo romperán en pedazos, para reunir dos vidas."

Pero ¿qué dos vidas? Brin se internó en el pantano de su tristeza y escudriñó sus oscuras profundidades. “Conocí a dos hombres esa noche. Y mi esposo murió. Pensé haberlo dejado todo atrás. Pensé haber abandonado mi pasado para siempre. Pero las estaciones dieron un círculo completo, y luego, la misma noche que enviaron a un hombre para que me llevara de regreso, apareció Antony. Él entiende las cosas. Me explicó las cosas de una manera que yo nunca había considerado. Me dijo que yo no tenía la culpa."

"Pero ¿él te va a llevar de regreso para enfrentar tu pasado? Así que su toque aún te quema, ¿verdad?

No había respuesta para eso. Él le había apartado los dedos porque no quería que ella lo tocara, y sí, ahora la estaba llevando de regreso al hombre que había arrojado su vida a los cuatro vientos. Así que, ¿en qué camino estaba su destino?

“Con todo este miedo y tristeza, tú aún quieres seguirlo. Dime, ¿por qué es eso?"

“Creo que es sacerdote. Él dice que no lo es, pero él es diferente a cualquier otro hombre que haya conocido. Creo que vino a mí para darme la oportunidad de tomar mejores decisiones, para compensar las promesas incumplidas." Ella se había agotado intentando explicar su certeza incluso a sí misma. "Y ahí está esto. Mira."

Metió la mano en el fardo, sacó la lata de carbón y la acercó a la anciana para que la viera. “Cuando encontré esto, me preguntó si había dibujado en piedras cuando era niña. Y yo lo había hecho, todos lo hacíamos. Pero son los sacerdotes los que conocen y

dibujan los símbolos mágicos, no los soldados."

"Y las mujeres. Pero nosotras dibujamos en la piel."

Brin asintió y volvió a guardar la lata en el fardo. "¿Qué piensas? ¿Has visto lo suficiente de él para juzgar? ¿Es sacerdote o profeta?"

"No creo que sea un profeta, zagala. No cuando le miro las manos. No son las manos de un sabio o un místico." Ella levantó sus propias manos, estudiando los símbolos que unían las venas azules y las manchas de la edad. “Dejemos que los sacerdotes piensen lo que quieran, son nuestras mujeres las que tienen la visión. Su madre la tenía. Ella lo marcó para probar eso."

“Muchas mujeres marcan con tatuajes a sus hijos. ¿Qué te hace pensar que ella predijo algo cuando hizo eso?"

“Muchas mujeres lo hacen, tienes razón. Y cuando sus hijos se sientan en las colinas con las cabras o en su aldea entre sus propios parientes, no se dice nada al respecto. Pero para un chico que tiene que vivir en el mundo exterior y llevar su historia en la cara para que todos la lean, ella debe haber sabido que él tenía el coraje y el carácter para soportarla. O sabía que él tendría que elegir un camino en el que tendría que construir esas cosas si quería sobrevivir."

Brin apartó la cara. Antony le había negado la visión cada vez que ella la había sostenido y ahora esta mujer, sabia y sin prejuicios, confirmaba esas negaciones. "No lo entiendes." Se escuchó suplicar a sí misma. “He recorrido un largo camino con sus promesas. Cuando me mira, sé que ve cosas que yo he ocultado incluso a mí misma. Si me lo he imaginado todo, no sé si tendré el estómago para seguir moviéndome."

La anciana rió débilmente, apartando con manos temblorosas los rizos sobre los hombros de Brin. "Seguro que no puede sorprenderte mucho que él vea las profundidades de tu corazón. Cuando estás en la habitación, él no ve otra cosa." Rió de nuevo y juntó las manos sobre el regazo. "¿Le preguntas qué ve cuando te mira o le dices lo que quieres oír?"

Brin sonrió con tristeza. Ella lo hacía, él mismo lo había dicho. Ella oía lo que quería oír y lo llamaba sabiduría. “Sí, lo hice una vez. Dijo que él veía un rostro hermoso, nada más." Dejando caer esa cara, dijo: “Y ahora tiene a Ula. Todo el rostro, las piernas y los pechos desnudos estaban tan cerca de él que no podía ver a su alrededor si lo intentaba."

"Sí. Pero él no la mira, ¿verdad? Él mira directamente a través de ella." Una luz oscura creció en los ojos de la anciana. "Si yo fuera ella, hilaría con más cuidado. Esas no son las manos de un curandero."

"Aunque lo que dice es cierto, ¿no? Puede que ahora se burle de ella, pero él es solo un hombre. Tarde o temprano, la oferta no parecerá tan mala." Esa no era la única verdad que Ula le había dicho. Estarían en el campamento principal mañana o al día siguiente. La estaba llevando allí, apresurándola a ciegas, hacia el campamento de Calgacus y todo lo que este contenía. "Y si lo que dices sobre la forma en que me mira es cierto, dime por qué está tan decidido a llevarme con otro hombre. Me dijo que si lo seguía no estaría sola, pero no dijo quién estaría allí al final."

“¿Qué ves ahí? Cuando te dijo eso, ¿qué futuro viste?"

“Pensé que quería decir que él estaría ahí conmigo. Pensé... " No importaba lo que ella pensara. El futuro estaba escrito y querer no podía cambiarlo. "¿A quién se refería?"

"No puedo decirte, querida. Hay dos formas de descubrir la respuesta a esa pregunta. Puedes seguir vuestros destinos y ver a dónde te llevan o puedes ir ahora y hacerle las preguntas que te estás haciendo." Tomó los dedos de Brin en su mano pintada. “Pero cuando él responda, tendrás que decidir si confías en sus palabras y si confías en lo que ves. Como te dije, son nuestras mujeres las que tienen la visión, zagala, no nuestros hombres."

Antony yacía en la cama dura mirando por la ventana una nube brillante que marcaba la luna casi llena. La lluvia había pasado y la luna parecía demasiado brillante, demasiado ansiosa por arrojar luz sobre las vidas y los planes de los hombres. Y qué derramamiento de sangre revelaría.

Independientemente de lo que los pictos hubieran planeado para la ceremonia de unificación, tendría lugar en la luna llena. Entonces podrían poner a unos cuarenta mil hombres, mujeres y niños contra las líneas romanas. Agrícola no necesitaría desplegar ni siquiera un tercio de su ejército para contenerlos.

Mejor no hacerlo. Era mejor enviar una fuerza que podiera mantener la formación sin apiñarse entre sí. Y con el nuevo emperador reacio a derramar más sangre romana en las colonias exteriores, parecía probable que fueran los auxiliares extranjeros los que encabezaran la batalla. Caballería estándar, un plan de batalla que habían usado miles de veces en el pasado y, sin embargo, las naciones rehusaban a aprender las lecciones de la historia. La infantería contendría el centro; la caballería, las alas.

En tres días como máximo, cabalgaría contra la gente de estas montañas y mataría a tantos de ellos como intentaran matarlo. En tres días sus mentiras serían perfectas.

Levantó los brazos, los cruzó sobre los ojos y trató de evitar el temblor de las manos. Había cosas que tenía que hacer antes de entonces, pero no podía soportar contemplarlas. Edan habría resuelto el dilema rápidamente. El problema nunca, nunca debería haber surgido. Y él debía actuar sobre esa solución ahora. Mejor tarde que nunca. ¿Qué era quitar una vida más, dos o tres?

Fuera del *crannog*, él había mantenido sus pulgares contra la vida de Brin y, sin saberlo, había rehusado el deber. Y una vez en ese camino, había encontrado una y otra vez justificaciones para su desición. Había colocado a Brinnie por encima de su misión sin saber ni entender por qué.

Y ahí seguía ella. Él ya no podía pensar en matarla ahora más que en quitarse la propia vida. Nunca podría quitarle su luz al mundo. Necesitaba mantenerla cerca y dejar que su calor quemase el frío vacío del interior.

La idea de llevarla más lejos por esta carretera, de regreso a los hombres a los que ella temía, a los otros hombres en los que ella había confiado, le atenazaba las entrañas y lo convirtió en una bola entre del ardor de la frustración. Él podía ver esa boca y esa piel

brillante debajo de los labios y las ásperas manos de otro hombre, y el dolor le arrebataba el aliento.

Maldición. Maldita sea todo. Se obligó a enderezarse y taparse las caderas con la manta. Podría marcharse. Ahora. Márchate sin más y no mires atrás.

En primer lugar, no quería ir al frente. Si se iba ahora, ella podría quedarse aquí mismo, escondida en esta pequeña aldea, segura, aislada y lejos de los peligros del pasado y del futuro.

Él solo había comido suficiente pan para absorber algo del aguamiel, pero no había suficiente alcohol en las jarras para llenar de sueño su cabeza. Y no lo suficiente para adormecer la sensación de desolación dejada por el pensamiento. Si él se marchaba y se llevaba los caballos, ella no tendría forma de viajar. Tendría que quedarse. Y él nunca la volvería a ver.

Ella estaría viva, pero no sería más que un fantasma para él. Él volvería a la fría y férrea restricción del aislamiento. Esperando; rehusando tocar o ser tocado hasta que las circunstancias se adaptaran mejor a la elección. Quemando la necesidad entre los brazos de chicas como Ula. Y sabiendo siempre que la perfección existía pero en algún lugar demasiado lejos para acercarse siquiera.

Esa vida había perdido algo del encanto que alguna vez pudo haber tenido. La lógica era demasiado fría e inútil. Y esos ojos de Brin eran la obsesión de su corazón. Maldición.

La inquietud y el autorreproche lo empujaron a ponerse de pie y él arrastró consigo la mezquina sábana de lino, atándola holgadamente a la cintura, y fue a avivar el fuego. Su ropa se estaba secando y él la giró bruscamente.

Las jarras sobre la mesa estaban vacías, pero volvió a comprobarlas de todos modos y dio un rodeo desde la mesa hasta el fuego y de regreso. Si iba a marcharse, debería hacerlo ahora. De sus elecciones, esa era la menos espantosa.

Viajando solo estaría en el campamento principal de los pictos en un día. Solo necesitaba el número de tropas, eso no era más que un

recuento de personas y abrir bien los ojos, y estaría detrás de las líneas romanas a tiempo para dar la vuelta y regresar a la refriega. Pero tendría que marcharse ahora.

Comprobó una jarra de nuevo, y el golpe detrás de él estuvo a punto de que se le cayera de la mano.

Brin estaba en la puerta, un plato en una mano y una jarra en la otra. Ella aún llevaba su túnica blanca, pero había encontrado una falda larga de lana oscura entre los restos de la cabaña, cuyo volumen servía para enfatizar su diminuta cintura. Tan delgada que él podría deslizar las manos alrededor de ella. Abrazarla, acercarla.

Su cabello se había secado y los rizos se habían amotinado, la mayoría luchando por liberarse de las trenzas y cayendo en elegantes espirales por la frente y mejillas. Ella estaba pálida, ojos oscuros y muy abiertos, aliento tropezando en los temblorosos labios mientras ella trataba de sonreír. Por los dioses, debería despedirla, gritar algo de la frustración que ardía en él y herirla lo suficiente como para hacerla retroceder.

Ella extendió las manos hacia adelante y él dio un paso hacia ella, tomó la jarra y luego la condujo dentro de la habitación.

Capítulo 12

Brinnie le dejó que tomara la jarra y se obligó a cruzar el umbral. Con respiración rápida y superficial, mantuvo la cabeza gacha y la agitación hirviendo en su estómago.

Grandes dioses, se había armado de valor para venir aquí con preguntas, pero lo había imaginado vestido. Verlo a la luz del fuego con nada más que lino anudado en las caderas le quitaba el coraje del pecho y la fuerza de las rodillas.

Círculos azules brillaban desde esa piel pálida y conducían los ojos hacia esos hombros anchos y hacia abajo, hacia la plana masa del pecho y el paisaje delgado y firme del vientre. Un suave rastro de vello oscuro caía del ombligo y desaparecía, y ella levantó rápidamente la vista hacia el rostro.

Esos ojos estaban fijos en los de ella con oscura vehemencia, esa respiración era breve y errática.

"Lo siento," dijo ella. "Pensé que querrías algo."

Esos ojos se iluminaron y una sonrisa brilló en las oscuras profundidades. Esta tocó esos labios un momento antes de que él respondiera. "No te disculpes. Siempre quiero algo."

"Comida," dijo ella con un poco más de confianza, deseando poder igualar su humor.

"Bastante cerca." Pero la sonrisa había muerto y el fuego se reavivó en el tiempo que él tardó en dejar la jarra sobre la mesa y acercarse el plato de embutidos y queso. "Deberías estar durmiendo," dijo él. "Mañana hay otro largo viaje."

"No puedo dormir. Tengo demasiadas preguntas." No tenía sentido confundir más las cuestiones. Y no tenía sentido dar un paso más en carretera si ella estaba viajando tras un engaño.

Él comenzó a reír y eso se convirtió en una carcajada mientras se

alejaba de ella, levantando las manos para peinarse el cabello hacia atrás. Rizos suaves le oscurecían las axilas y la mirada de Brin bajó resbalando por el firme patrón de uves sobre esas costillas. Amplio músculo se tensaba ante el simple movimiento, y Brinnie se quedó hipnotizada por esa piel desnuda. Incluso desde el otro lado de la habitación esta hacía que pequeñas olas de calor manaran del vientre, y a Brin le empezaron a temblar las rodillas.

Esos pezones estaban tensos, pequeños y oscuros, rodeados por un abanico de seda pálida, y el aliento de Bein tropezó con su lengua, demasiado parecido a un gemido. Sin sus accesorios, sin nada con que llenar las manos, ella anhelaba estirar los brazos y trazar una línea sobre ese suave calor. En cambio, sus dedos luchaban entre sí, retorciendo el dolor de sus propias articulaciones.

Los hombros estaban pintados de azul, como ella sabía. Triángulos dentados se extendían desde su columna hasta la parte superior de los brazos, y complejas líneas anudadas trazaban la forma de la espalda, se curvaban a lo largo de las costillas y se arqueaban como alas a través del ancho músculo. Una línea de círculos conectados marcaba la columna, cada nudo vertía sus predicciones en el de abajo. Brinnie tuvo la repentina certeza de que si pudiera leer las runas y los símbolos grabados tan profundamente en su piel, todas las respuestas que necesitaba serían suyas.

"No tengo respuestas para ti." Él rió de nuevo, pero cuando se volvió hacia ella, no había ninguna risa en esos ojos. "No tengo para mí. Yo tampoco puedo dormir." Un profundo ceño se le había asentado en la frente. Él sacudió la cabeza y se encogió de hombros como disculpa.

"Algunas." Brin se acercó y se afanó por concentrarse en las salvajes profundidades de aquellos ojos. “Tienes algunas respuestas para mí. Puedes decirme lo que quieres tú. Por qué estás aquí. Por qué quieres llevarme de vuelta."

Él agachó la cabeza, apartando los ojos de ella, y su respiración se quedó tan atascada en la garganta que ella escuchó la sacudida. Fue el único sonido que él hizo. Se quedó un buen rato en silencio mirando al suelo y luego al fuego, pero no dijo nada. Los pensamientos luchaban en su rostro y las manos se flexionaban y

extendían formando puños y abriéndose. Los dedos temblaban visiblemente, pero incluso cuando finalmente alzó la cara, su mirada estaba enfocada en el interior y no dijo nada.

“Debes tener una respuesta. Di algo," suplicó ella gentilmente.

"No la tengo," dijo él al fin.

Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, Brinnie sintió como si le hubieran dado una patada en el pecho. La intensidad de su mirada ardió profundamente en su corazón. El aire en sus pulmones le quemó la garganta seca mientras este se alejaba en un silencioso sollozo. "¿No tienes una respuesta?" No había fuerza en las palabras, y el pecho de Brin se aplastó en sí mismo tratando de encontrar una manera de crear tal sonido.

"No quiero llevarte de vuelta con él." Esas manos se habían levantado levemente, abiertas, pero con la prohibición de tocar. El anhelo hacía relucir el aire a su alrededor como la explosión de un horno, pero él se contenía.

"¿Entonces por qué?" Esto fue aúun solo un susurro y la respiración en ella tartamudeaba y se aceleraba, dura y superficial, sincronizada con la aceleración de los latidos de su corazón.

“Porque allí es donde tengo que ir. No pude abandonarte en la ciudad, habrías estado muerta por la mañana." El ceño le surcaba la carne hasta los huesos, el dolor y la súplica brillaban en los ojos.

"Ula me dijo...," comenzó ella, pero él la interrumpió.

"No hagas caso a Ula. Ni a mí. Amboa somos iguales, ella y yo. Diríamos y hacemos cualquier cosa para conseguir lo que queremos. Cualquier cosa."

Si no quería llevarla de regreso, ¿entonces qué quería? Esa era la pregunta que le quemaba la lengua, pero no quería formar las palabras. Dar dos pasos vacilantes hacia adelante la acercó a él, y ella estiró los brazos para tomarle el rostro entre las manos. Presionándose con fuerza con el calor sólido de aquel pecho, Brinnie cerró los ojos y le tocó los labios con los suyos.

No hubo disminución en esa postura rígida, pero esa boca se movió suavemente debajo de la de ella y ese aliento rompió cálido contra la mejilla. Las manos en puños a los lados se alzaron para tocarla. Se deslizaron ligeramente desde la cintura de Brin, hacia abajo para adoptar las curvas y acercar las caderas con más fuerza a las de él. Ella se puso de puntillas y le mordió suavemente el labio inferior, abriendo la boca y buscando en aquel beso muestras de deseo.

Este estaba ahí, ella podía saborearlo en esa lengua y se atrevió a abrir los ojos. Los de Antony estaban cerrados y el doloroso ceño fruncido se había relajado, pero aún parecía un hombre condenado por sus elecciones.

Las yemas de los dedos que una vez la habían quemado aún extendían su fuego, elevándose sobre su espalda mientras él deslizaba las manos más arriba, bajo la túnica, sobre la piel. El calor de ese toque despertaba ecos en la carne, un cálido charco de anhelo crecía y llegaba hasta el pulso, palpitando bajo en el vientre, bajando por las piernas hasta hincharse en los pechos que ella empujó sobre él. Esas manos bajaron por los hombros, por el pecho y costados, y ella extendió la mano para llevar el tacto sobre la espalda y hacia abajo para atraerlo hacia ella.

Suaves gemidos interrumpieron el beso y ella deslizó la boca sobre la aspereza de esa mandíbula, sacando afiladas respiraciones mientras los labios cruzaban esa mejilla y esos dientes encontraban el lóbulo de la oreja. El aire caliente se convirtió en palabras, se convirtió en su nombre y eso atrajo su atención. "Brinnie," susurró, "¿quieres quedarte aquí?"

"Sí." El sonido sollozó de alivio. "Sí. No quiero irme. Ya he dado suficiente." Enterró el rostro en ese hombro. "Podemos quedarnos aquí."

"No, Brin." Él liberó las manos y la apartó de sí mismo para poder verle el rostro. "Yo tengo que irme. ¿Te quedarás aquí tú?"

La tensión que la recorrió se convirtió en estremecimientos subiendo por la columna y que se atascaron en el cuello. Las rodillas estaban débiles, pero él la sostuvo. "No." Seguramente ella no necesitaba decirlo. "No. Si tú vas, yo también iré."

"¿Por qué? No hay nada allí para ti. No necesitan otra espada y ya hay esposas y madres allí para recoger los pedazos cuando se haya acabado."

Ella exploró la desesperación en ese rostro en busca de comprensión, de otra cosa diferente a lo que él quería ofrecer. "¿No me oyes?" preguntó Brin. Ella estaba mirando fijamente al dolor. Este pasaba por esa frente como un relámpago y le tensaba los rasgos en un trueno. “No quiero ofrecerle otra espada ni limpiar el desorden cuando sus hombres sean masacrados ni estar detrás de él para ver si hay traidores. Iré por mí. Iré si tú vas, porque ya no quiero estar sola."

Antony gimió y la apretó hacia su pecho, enterrando el rostro en su cabello. Si sus mentiras eran repugnantes, esta era la traición definitiva.

Nada antes había parecido tan enteramente bien como abrazarla. El dulce sabor de la hidromiel estaba en su boca y había un calor en su piel que ardía sobre él. Pero él no podía envolverla con su culpa y fingir ser inocente. No querer mentir no hacía que sus palabras fueran verdad.

Vapores ácidos le ardían en la garganta y le dolían los pulmones al echar los brazos a los lados y retroceder. Las manos de Brin permanecían apoyadas en las caderas de él, incapaces de soltarlo, pero temerosas de abrazarlo con fuerza.

Solo había un puente entre donde él se encontraba y el futuro que ella representaba. La verdad. Toda la verdad exactamente como era. Pero una vez dichas esas palabras, todo lo que ella ofrecía se perdería para siempre. Él sacudió la cabeza y luchó contra el impulso de doblarse. Tenía cicatrices en el cuerpo donde las espadas habían abierto músculos hasta el hueso, y ninguna le había dolido tanto como este momento de silencioso duelo.

"No lo entiendes," dijo él. "Yo tengo que ir. Hay demasiados secretos." No eran secretos, eran mentiras. Los engaños que había utilizado para obligarla a viajar delante de él con tanta seguridad como si fueran un cuchillo que él le ponía en la garganta. Mejor tal vez que lo hubieran sido, al menos entonces ella habría sabido

dónde estaba. Él no había podido darle la muerte limpia que ella había pedido. Había mentido en nombre de un deber rehusado. La había traicionado a ella y a la causa a la que él servía al tratar de mantener una deformada lealtad hacia ambos y ninguno.

Había hecho más que difuminar la línea entre ser pedante e insubordinado. Incluso se había mentido a sí mismo sobre qué quería y por qué. Ella le había preguntado qué quería. Esto. A ella. Esto era lo que quería más que la vida misma.

"Te lo contaré todo, todos mis secretos, si eso es lo que necesitas." dijo Brin llevando una mano hacia su mejilla para acariciarle las líneas de tormento debajo del ojo. “Mi pasado es terrible, pero he terminado con él. Se acabó."

"No." La interrumpió abruptamente, deteniendo sus historias del pasado y de otros amantes. "Yo. Mis secretos." Tragó el ardiente nudo en la garganta. "Mis mentiras."

"No quiero saberlo." Había miedo en los ojos de Brin, un momento consciente de cuán profundos podrían ser esos engaños.

Y él no quería decírselo. No quería considerar ningún mundo fuera del círculo de luz del fuego. No quería formar parte del mañana ni de las consecuencias que este traería. Dio un paso atrás, se alejó de ella y se movió rígidamente para sentarse en un taburete a la mesa.

"Ibas a irte sin mí esta noche, ¿no es así?" Ella lo siguió, de pie frente a él sentado, exigiendo su atención.

"Sí."

"¿Por qué?"

“Porque era la única forma de mantenerte a salvo. No podría llevarte conmigo. Pensé que estarías mejor con él," no podía decir el nombre. "Mejor alimentada, más cómoda. Mejor."

"¿Cuándo cambiaste de opinión?"

Las palabras que debería decir no eran tan difíciles de formar. Si ella detenía las preguntas, él podría decirle quién y qué era, y ella

podría caminar de regreso a la noche. O apuñalarle el pecho y aliviar algo de la presión que allí se acumulaba. Esa verdad no saldría de sus labios. En cambio, respondió a sus preguntas en voz baja y tan honestamente como pudo. "Hoy. Cambié de opinión cuando estuvimos aquí en el establo. Cuando dijiste que no querías enfrentarlos sola."

“¿Y decidiste que sería mejor dejarme aquí sola? ¿Acaso soy carne para que puedas tomar estas decisiones por mí? ¿Soy una niña?"

"No."

"¿Ibas a volver?"

"No." Fue una admisión que dolía demasiado y no tan cierta como podría ser. "Tal vez. Un día. Si sobrevivo." Tenía otras siete temporadas que servir.

"Eres soldado y no vidente, o eso me sigues diciendo. Así que piensa en voz alta. Estamos a un día de un ejército. No es un ejército profesional con una carrera llena y rutas de suministro y todo lo que eso conlleva, solo un conglomerado de clanes desde leguas a la redonda. Hacia el Norte y el Este habrán seleccionado gente hasta dejar limpia la tierra. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que envíen aquí grupos de búsqueda de alimentos?"

Antony la miró. La tensión en ella se formaba en cada músculo del cuerpo, su boca era una línea apretada y sus ojos eran feroces, desafiándolo a verla como algo más que una inocente. Una vez más, él había subestimado su astucia, y ese hecho avivó el frío que le ardía profundamente en las entrañas. "Días," coincidió él.

Él había subestimado su comprensión, la había interpretado como ingenua. Ella era tan capaz de juntar todas las piezas como lo era Ula. Pero era más reacia a creer lo desagradable. "Tendrían un día de viaje hasta aquí, dos días ida y vuelta con suministros. Llegarían demasiado tarde a menos que ya se estén moviendo. Todo terminará en tres días."

"Pero tú me ibas a dejar aquí, ¿a salvo?" Ella rió, un sonido breve y sin humor. “Mi esposo me dejó, a salvo, pero no estuve a salvo.

Prometió que iba a volver, pero no lo hizo."

"Yo no he prometido que vaya a volver," espetó él. Ella se estaba acercando demasiado a las historias de su pasado y él no quería estar a la sombra de otros hombres. “¿Quieres tomar tus propias decisiones? Está bien. Decide. Sigue moviéndote hacia el frente, pero esa es elección tuya. No confíes en mi palabra. No lo llames un oráculo."

La dura sonrisa en ella devino genuina diversión ante su irritación y el bálsamo de su belleza casi lo abruma. "No lo haré." En lugar de eso, ella se arrodilló a sus pies, el toque de sus manos en sus rodillas ardieron como carbones al rojo. "Confiaré en mí misma. Si me dijeras algo completamente cierto."

"¿Qué?" Pregunta quién soy. Pregunta por qué estoy aquí. Pregunta adónde voy, Brinnie. Pregunta y déjame decirte la verdad.

"No me importa que hayas mentido sobre tus intenciones. Mañana intercambiaremos secretos. Justo ahora. Ahora mismo. Dime lo que ves cuando me miras."

Él agachó la cabeza. La luz del fuego que se reflejaba en esos ojos era demasiado cálida, profunda y tentadora. Prendía su locura, su pasión, su necesidad. Esa piel era impecable y esas manos calientes en los muslos. Esos labios eran suaves y pálidos, brillando en las sombras que caían de su cabello.

"Creo que estás chiflada," susurró él con voz ronca.

"No lo estoy."

Él concedió el mesaje con una lenta sonrisa. “Veo a la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Veo todo lo que siempre quise y no podía nombrar. Todo lo que busqué y no podía encontrar. Todo por lo que he estado esperando. Veo el tipo de pasión con la que sueño cuando despierto con sudores fríos, ardiendo con un anhelo que nada puede tocar. Veo perfección. Y te veo a ti, devolviéndome la mirada con la misma necesidad y el mismo vacío y el mismo deseo. Y confianza que no merezco."

"¿Porque mentiste para que yo estuviera más a salvo?"

Sí, había mentido para mantenerla a salvo cuando, en realidad, él era la única amenaza. Los ojos de Brin se habían oscurecido y empañado cuando ella se inclinó hacia adelante. Esos suaves labios de miel estaban lo bastante cerca como para tocarlos. "Y porque es codicioso," dijo él. "Lo que siento tiene mucho que ver con tenerte y retenerte como mía y solo mía."

La respiración en ella había devenido breve, él podía oír la pausa, y esa lengua se humedeció el labio. "He entrado aquí para preguntarte qué querías," susurró ella. “Por qué estabas aquí. Si esa es tu respuesta honesta, entonces no me importan tus secretos. Los oiré cuando estés preparado para oír los míos."

Esos labios tocaron los suyos y no hubo más vacilaciones.

Cada palabra era verdad, y cada admisión alejaba más el sentido del tiempo de la mente de Antony. Solo el presente y la carne existían cuando él se puso de pie, tomándola de la mano para levantarla gentilmente.

Una ola de calor, alivio y debilidad rodó por los hombros de Brinnie hasta las rodillas cuando esa boca se cerró sobre la suya y la izó a su santuario. Estaban solos en el mundo y a salvo del mañana.

Ella se relajó entre sus brazos y se permitió el deleite de la sedosa suavidad de esa piel, el firme y caliente músculo de ese pecho y espalda, el cálido y limpio olor masculino. Ella quiso reír, la euforia brotaba desde lo más profundo y amenazaba con fragmentarse en lágrimas de alegría.

Brin le sostuvo el rostro, y bebió de esos labios como de un grial mientras esos dedos le acariciaban la espalda y hombros. Al levantarle la suelta túnica y pasarla sobre los hombros, pequeños gemidos se vertían de esos labios, y el placer en él le puso la piel de gallina cuando el aire fresco de la noche tocó su piel.

Deseo oscurecía los ojos de Antony y él miró profundamente en esos ojos. Los dedos movían un lento fuego desde el cuello de Brin, subiendo por las mejillas hasta los oídos, y él deslizó la lengua para

acariciar esos lóbulos, trazando con la boca ardientes besos hasta el hombro.

Con manos entrelazadas, él dio un paso atrás, sentándose en el jergón e instándola a arrodillarse sobre la cama a su lado. La falda de lana de Brin estaba pesadamente recogida, abultada en la cintura, y la impaciencia la excitó cuando él la rodeó con un brazo para atraerla mientras le desataba y aflojaba la prenda. Luego enterró el rostro en la suavidad de su vientre, el áspero vello de la barbilla arañaba la piel tierna y la hacía estremecerse y gemir mientras él le bajaba la falda por los muslos.

Brin jadeaba laboriosamente, entrelazando las manos por el cabello de Antony, sujetándole cerca de ella mientras esos labios y dedos buscaban el tenso dolor de los pezones. La cálida mano cubrió el pecho hinchado, el pulgar rodaba sobre su firme cumbre mientras él chupaba el otro fuerte y profundamente en el fuego de la boca. Hormigueantes hebras de placer se tensaron en la suave carne, alentando en Brin pequeños gemidos mientras ella lanzaba besos sobre ese cabello. Él llevó los labios hacia los suyos.

Él la atrajó hacia él, deslizando las manos sobre la piel satinada y urgiéndola a seguir su silenciosa guía. Ella mantuvo la posición, arrodillándose a su lado y sobre él, manteniendo su rostro y sus labios sobre los de ella, deleitándose con la suave presión de esas manos que le cubrían la espalda, las caderas, las nalgas y los muslos. El lento movimiento de su beso, su cariñosa lengua, aprimó el pulso caliente y húmedo que le palpitaba en la ingle mientras el anhelo por él crecía.

Fuego ardía en esos ojos y una sonrisa se dibujó en las comisuras de esos labios que se deslizaban desde la boca de Brin, bajando por el hombro para encontrar el pezón. Esa mano subió por la parte interna del muslo y los latidos del corazón se redoblaron cuando ella inclinó las caderas hacia adelante para encontrar esos dedos, cuando las rodillas se separaron más al resbalar por la sábana.

Suaves gemidos devinieron mudos sollozos de éxtasis cuando ella descendió sobre su tacto. Dejando caer el rostro sobre ese cuello, ella le gemía en el hombro, entre bruscas respiraciones, al tiempo que esa boca succionaba placer de sus senos y esos dedos se

deslizaban fácilmente entre los pliegues de su sexo. Ritmos primarios en Brin le movían lentamente las caderas hacia una pausada dicha y el dulce rocío de su excitación relucía en aquellos dedos. Sudor emergía sobre la piel y un temblor se apoderaba de su cuello y hombros.

La fuerza en ella se filtraba hacia él en largas corrientes fundidas, los huesos se tornaron de miel y la voluntad colapsó en aquellas manos. Al alzarle la cara hacia suya, él le susurró algo al oído y le deslizó su ligero tacto por la espalda, enredándose en su cabello mientras mantenía esos labios sobre los de ella y se tumbaba. Brin estaba donde quería estar. Las emociones se le atoraban y anudaban en la garganta y los meses de soledad y pérdida se alzaron y quedaron evaporados por el calor en su piel.

Ella se agachó hacia él, con los senos cayendo en las copas de sus manos, y le estudió el rostro. Él estaba bendecido por los dioses. Desde el desaliñado velo de las pestañas oscuras y el pálido y angustiado azul de los ojos, medio cerrados a la luz del fuego, hasta la suave plenitud de la boca. Tenía la barbilla oscura, una profunda hendidura debajo de la nariz perfeccionaba la forma de sus labios, y ella le tocó la lengua con la suya.

Resmas de áspero y punzante tejido se le enredaban y enmarañaban en las botas y ella pateó irritada la constricción tratando de liberar las piernas fuera de la falda sin apartar los labios del placer de esa boca.

La oscura aspereza de esa barba le fruncía los labios y traía la lengua para tocarlos suavemente mientras ella trasladaba su estudio al cuello. Él yacía con la cabeza hacia atrás, con un brillo húmedo sobre el firmo pulso que latía en las sombras de su cabello. Ella le apretó los labios con los suyos y el profundo hueco en la base del cuello, respirando la embriagadora mezcla de limpio sudor y caballería, de piel y cabello y anhelo que se elevaba ante su tacto.

La mirada en ella estaba cargada de deseo, la piel llena de nervios en busca de su tacto de pluma. Sudor rojizo y piel de gallina cambiaban lugares mientras la lujuria calentaba la sangre y provocaba un rubor de pasión en las mejillas.

Una patada final le liberó las piernas y ella cambió el peso hacia el lugar donde él yacía, sentándose sobre esas caderas, con el nudo suelto de la ropa delante de ella. Brin hundió la cara en ese pecho, dibujó con la lengua el borde de esos pezones, moviédola mientras estos se erizaban y endurecían, y ella se abrió el tejido.

Olas de anhelo se alzaron por su vientre y pecho, sacando aire de los pulmones y urgiendo la sangre por su corazón palpitante. Brin temblaba por todas partes, montando el insistente latido de necesidades largo tiempo apartadas. Necesidades que ondulaban y pulsaban dolorosamente en su tierna carne. Antony tenía la boca abierta, respirando hondo entre los labios de Brin y ella movió las caderas para deslizar el palpitante dolor por la dura longitud de la erección. Los brazos estaban débiles y ella descansó en la fuerza de él, rindiéndose a él cuando él la levantó hacia un lado, la hizo rodar con la espalda sobre la dura cama.

Los labios de él provocaban los suyos, esa lengua lamió el sudor del cuello y esas manos acariciaron y amasaron la suavidad de los pechos, provocando y levantando los pezones hasta que la necesidad acumulada en la ingle fue insoportable.

Ella le rodeó con los muslos y estiró los brazos por debajo de ese vientre, sobre su propia piel húmeda de sudor y lo tomó en sus manos. Esos susurros elevaron una sonrisita y esos labios le quemaron la mejilla y cuello mientras ella lo masajeaba, tan duro y caliente y sedoso en su mano, demorándo la deliciosa tortura. El placer latía dolorosamente en lo más profundo del útero, haciéndola retorcerse, anhelando tenerlo dentro de ella, sentirlo llenarla y ver su necesidad crecer en las oscuras sombras de esos ojos.

Gimiendo bajo esa mejilla, Brin colocoo esa ardiente excitación en la entrada de su sexo y levantó sus caderas para encontrarse con las de él. Él se empujó profundamente dentro de ella y ella gritó, arqueándose hacia él.

Brin cerró los ojos y dejó que su suave movimiento llenara su mundo, dejó que avivara la bola de tensión que se acumulaba en su carne, más fuerte y más caliente. Las yemas de los dedos se deslizaron suavemente sobre la piel, trazando las interminables líneas y crestas que marcaban su espalda. Desde los hombros hacia

abajo, para rodear la dura curva de sus caderas y nalgas y ella lo atrajo hacia adentro, instándolo a moverse contra ella más rápido y más profundo.

Cuando los jadeos de Antony fueron irregulares, ese aliento abrasador irrumpió sobre su hombro, ella se aferró ciegamente a ese sudor resbaladizo, bajándolo hacia ella, el éxtasis sollozaba al compás del ritmo palpitante.

Temblores irrumpieron en el vientre y ella cerró las piernas con fuerza en esos muslos, empujándose contra él mientras el cuerpo succionaba y se estremecía con luz, calor y dolorosa dicha rodando por la carne en olas interminables.

El vientre tuvo un espasmo y la espalda se arqueó lejos de ese beso mientras ella se afanaba por respirar y los músculos de sus muslos por volverse de agua. Con la cara de él presionada en los espesos rizos del cabello, él gimió y se aferró sobre su hombro mientras el estallido caliente de su semilla se derramaba profundamente en el interior.

Sus cuerpos pulsaban juntos y de nuevo, con menos intensidad, y la tensión cayó lentamente de la carne.

Brinnie yació como una crucifixión, con los brazos extendidos y la cabeza hacia atrás, dejando que el aire entrara en sus jadeantes pulmones. Esa piel caliente pegada a la de ella, brazos apretados a su alrededor, rostro convertido en el cabello detrás de la oreja.

Cuando ella despertó, aún estaba envuelta en sus brazos, su rostro apretado contra el pecho y las piernas entrelazadas con las de él. El amanecer estaba en el aire, con el suave canto de los pájaros y lo bastante frío como para hacerla querer acurrucarse más cerca de él, pero despertó sobresaltada y abrió los ojos, ya buscando problemas.

Los cordones de las botas estaban demasiado apretados y se clavaban dolorosamente en la piel de la pantorrilla, pero ese no era el problema.

"Romano." El bramido desde arriba llegó acompañado de una patada en la ropa de cama y Antony saltó, despierto y alerta en un

instante. "Levántate. Tenemos compañía."

Él rodó para sentarse. "¿Quién?"

“¿Soy tu perro guardián? Levántate y míralo por ti mismo." Ula no escatimó ni una mirada de reojo a Brin, pero sus ojos estaban rojos e hinchados. Más por los efectos del hidromiel que las lágrimas. Sin duda, resaca.

Ella salió por la puerta y Antony giró para darle a Brinnie un suave beso en la mejilla. "Iré a ver. Vístete y recoge los fardos, prepara la partida."

"¿Ahora no me vas a dejar aquí?" Ella sonrió, pero solo había una intensidad oscura y aterradora en esos ojos cuando él respondió.

"¿Te quedarías acaso?"

Ella negó con la cabeza, temiendo decirlo en voz alta.

"Entonces supongo que no."

Él se movió rápido y Brin lo observó como quien quiere aprender a bailar. El músculo se deslizaba bajo la piel con cada movimiento, tenso y duro, delgado y elegante. Él se vestía, subiendo gamuza por las largas piernas, atando las botas con practicada facilidad, envolviendo la pesada falda y abrochándola en su sitio en unos momentos. Se dirigió a la puerta, se puso la túnica que le había pedido prestada sobre el pecho desnudo y el azul deslumbrante de los hombros, y se abrochó el cinturón de la espada a la espalda. Desde el cómodo nido de la cama que habían compartido, ella lo miraba con la felicidad burbujeando en su corazón y un vientre lleno de cálidos recuerdos.

Capítulo 13

Al salir a la luz del sol, Antony recorrió el grupo de viviendas en busca de sonido y movimiento y no encontró ninguno de ambos. Ula conducía su caballo ensillado y el negro de Edan por el callejón desde el establo con una mueca silenciosa en la boca.

“Valle arriba,” dijo Ula hoscamente. “Los hombres llegaban al amanecer. Han venido por los animales."

Él tomó las riendas que ella le lanzo a la mano, mirando hacia las distantes laderas en busca de señales de los intrusos. "Vamos a ver quiénes son."

"¿Nos importa?" Preguntó Ula. “No tienen ningún interés en nosotros. Solo están buscando suministros para el campamento."

"Sabrán dónde tenemos que ir y cuándo." Antony se volvió para mirarla, moviéndose para que tener vista clara, y le tocó el hombro, girándola para que le mirara directamente. "Si no trajiste tú los caballos, dos caballos, para que pudiéramos ir tras ellos, entonces ¿por qué?"

Ella apartó el brazo, girando para ajustar los detalles de la silla. "Te he presentado muy buenas razones para que la dejes aquí. Debe haber sido la bebida. Creí que lo verías a mi manera esta vez."

Antes de que él pudiera lidiar la conmoción de esas palabras, ella giró y lo golpeó en el centro del pecho lo bastante fuerte como para obligarle a dar un paso hacia atrás.

“¿Le dijiste quién eres? ¿Cómo se tomó la noticia?" Su rostro estaba tan pálido como una cicatriz, el enrojecimiento de sus ojos y las sombras debajo de ellos marcaban un fuerte contraste. "No se lo has dicho, ¿verdad?"

No había necesidad de responder, y cualquier palabra era demasiado difícil de encontrar. A pesar de todas sus fanfarronadas y la indiferencia que ella pintaba en su vida, su dolor era más afilado

que una espada, y él dio un paso atrás. Moviéndose silenciosamente hacia su propio caballo, levantó la pierna por encima de la silla y se deslizó sobre el asiento.

Ula se subió rápidamente al negro preparado mientras este piafaba y daba pasos laterales en un círculo cerrado. Llevándolo cerca, Ula se inclinó hacia Antony y siseó: "Pero recuerda, a mí no me importaba. Cuando te corten la garganta por haber osado tocarla, recuerda que yo sabía quién eras y que no me importaba."

Era difícil decir cuán más peligrosa se había vuelto, y ciertamente él no tenía intención de corregir los errores que había cometido en sus cálculos. Ella aún creía que era un desertor. Eso le venía bastante bien. "Tengo un hermano al que deberías conocer," dijo. “Pero tampoco creo que él quiera conquistar el mundo. No sé. Le preguntaré."

"Eres malvado," ella escupió, giró el caballo y siguió el camino hacia las montañas.

"Sí. Tú y yo somos iguales, chica." Mientras fuera más fácil mantenerla viva y con ellos, eso es lo que prefería hacer. Y ambos eran lo bastante parecidos para confiar en que ella haría lo mismo por él.

Eirbrin registró la cabaña sin encontrar rastros de ropa de mujer, pero había una túnica pesada, cortada para un niño y lo bastante grande para que ella la usara cómodamente. Era áspera cuando se la puso, y maldijo la falta de algo suave de lana o lino que pudiera usar debajo. Se lavó rápidamente con agua fría, ansiosa por volver con su anciana amiga, prepararle un poco de avena caliente y encontrarle una buena reserva de comida antes de que tuvieran que irse.

Y para compartir los conocimientos que había obtenido al hacer sus preguntas.

Ella sonrió y se tocó los labios, aún tiernos por el roce de la barbilla sin afeitar. Un inesperado suspiro de placer escapó, vibrando en la garganta mientras el recuerdo de ese toque se precipitó sobre su piel. Esos ojos, esa boca, esa sonrisa; la visión brillaba vívidamente

en su mente. Si esta era su visión, entonces llegaba con la certeza de que nunca quiso estar en ningún otro lugar que no fuese entre sus brazos. ¿Creía ella en sus palabras? ¿Confiaba en su instinto? Sin duda.

Ella paró. Él estaba avanzando hacia la guerra que le esperaba, ¿y dónde la dejaba eso?

En esos primeros días después de la muerte de Cam, ¿cuántas veces había rogado a los dioses que la dejaran vivir su vida y tener que tomar sus decisiones de nuevo, que la dejaran seguirlo hasta ese fuerte y enfrentar cualquier destino que encontrara? Pero los cielos nunca se habían abierto; el día nunca había amanecido de nuevo, el mundo nunca cambiaba para ayudarla a enmendar sus promesas incumplidas. El día nunca llegaba y ella había dejado de tener esperanzas.

Ahora Antony iba a luchar y, al igual que antes, no había ningún lugar a salvo donde esperar. A ella jo le faltaba coraje, pero no tenía mucha habilidad con la espada. El terreno rural en sí no era un lugar para ella, pero los peligros del campamento del líder eran más aterradores que el derramamiento de sangre.

Ella podría rechazar al hombre. Por supuesto, lo rechazaría. Esta vez ella podría gobernar sus propias decisiones. Pero eso pondría la vida de Antony en peligro, ella no necesitaba una segunda visión para saber eso con certeza.

No podía quedarse atrás, otra vez no, el precio era demasiado grande para contemplarlo. Pero ¿qué iban a hacer al llegar al campamento? Cuando el pasado al que se había enfrentado se volviera real, presente y mortal, ¿entonces que? Familiares dedos helados le atenazaron el estómago. La situación había cambiado, pero los miedos con los que había luchado todos los días desde la visita de Euguein no eran diferentes.

Su consideración de riesgos y posibilidades se detuvo abruptamente al entrar en la otra cabaña. En la cama junto a la anciana, una niña estaba sentada acurrucada debajo de una manta, sus ojos oscuros eran sombras profundas en un rostro fantasmal. Finos mechones de pelo de ratón se le pegaban sobre la frente y las mejillas, y la

anciana estaba inquieta a su lado.

Ula tenía el fuego alto, pero la niña daba la impresión de un frío que le calaba hasta el alma. Metiendo los delgados brazos debajo de la manta, su abuela le susurraba palabras tranquilizadoras y miró a Brinnie cuando esta entró con una franca súplica en los ojos. “Mi bebé ha vuelto a mí," dijo la mujer. "¿Hay comida caliente para ella?"

Brin saltó hacia la chimenea y tomó el fardo de comida y la saca de harina de maíz y avena triturada. "Leche," murmuró para sí misma. Necesitaban leche fresca de las cabras que había en los pastos altos. "Necesitamos una matrona."

Rápidamente vertió el grano y el agua de la tetera en una cacerola y apartó las brasas para colocar las gachas. De una jarra de hidromiel sirvió media taza y la cubrió con agua caliente, llevándosela a la niña. No hubo reconocimiento en la mirada espectral, la niña permaneció quieta, sin parpadear, con la vista fija en imágenes que hacía mucho tiempo que habían desaparecido de sus ojos.

Vettona volvió la cara desde la niña hacia la suya, la besó suavemente en la frente y luego tomó la taza de manos de Brin, acercándola a los labios cenicientos. Obedientemente, la niña bebió un poco de la bebida caliente y apartó la cara, asintiendo levemente.

Brin removió la papilla y caminó hacia la puerta, mirando a través de la clara mañana las laderas de las colinas más arriba. No había ni rastro del harapiento ganado de montaña que habían visto al pasar, ni del rebaño de cabras. “Tengo que subir y atrapar una cabra. Necesita leche caliente."

"Los hombres volverán pronto. Vinieron por el ganado, para llevarlos al campamento principal." Vettona secó suavemente sus manos manchadas de azul por el cabello de la niña y apoyó la cabeza en su propio hombro frágil. "Tendrás que rogarles que nos dejen una de las matronas."

"Rogarles, nada. ¿Qué sentido tiene luchar por una tierra que ha muerto de hambre a sus espaldas? ¿Adónde han ido Antony y Ula?"

"No lo sé, chica. Supongo que con ellos. La chica tenía el equipaje y estaba lista para partir al amanecer, luego llegaron los jinetes. Me dejaron con mi bebé, aquí."

"¿Cómo la encontraron?"

“Volvía caminando por el valle. La encontraron vagando y no pudieron hacer que hablara. Ella conocía este lugar, así que la dejaron conmigo."

Brinnie se subió las pesadas mangas de la túnica y se frotó los brazos con impaciencia. Los hombres, quienesquiera que fueran, no iban a llevarse todas esas cabras más allá de esta puerta. La gente de esta aldea ya había pagado un gran tributo a esta guerra. La única hija que le quedaba a la aldea tenía derecho a su propia leche.

Se inclinó hacia la olla y volvió a remover la espesa papilla. "Te ayudaré a lavarte y luego subiré al prado. Si han intentado irse, iré tras ellos. No pueden viajar rápido con el ganado."

La niña se frotó un moretón en la muñeca y suspiró, aparentemente aburrida por toda la cuestión de la supervivencia.

"Ellos también estarán buscando lo que haya dejado de lado aquí. Primero reuniré lo que necesites. ¿Dónde se almacenan las verduras? ¿La miel, el queso? ¿El grano?"

La anciana se levantó con dificultad de la ropa de cama y se apoyó en el brazo de Brinnie mientras se levantaba, pasando arrastrando los pies por delante de la mesa hasta donde había una palangana de estaño junto a la pared. Mientras se lavaba y se preparaba para el día, la niña la miraba, volviendo la cabeza lentamente para mantener a su abuela siempre a la vista. Brinnie esperaba que eso fuese una buena señal.

La niña tenía quizá diez años, con grandes ojos oscuros y una boca suave en flor que debía de haber sido tocada con el rubor de un pétalo. Sus manos se afanaban entre sí en el regazo, sus pies descalzos estaban cruzados, y un fluido teñido de sangre, limpiado de sus muslos, había manchado la falda beige de su túnica.

La rabia hizo que a Brin se le hiciera un nudo en la garganta y forzó una sonrisa en aras de la chica. No había por qué temer las crueldades y los excesos de Roma. Cuando los mejores de sus compatriotas se hubieran ido a morir por su libertad, los que le hubieran hecho esto a un niño quedarían para ser señores de esta tierra.

Sacó la olla de avena del fuego. "Voy por leche," dijo, volviéndose cuando el hombre más grande que Brin había visto en su vida llenó la entrada.

Él dio un paso atrás, encabezando su entrada con un balde de madera medio lleno de espumosa leche. Él se inclinó y, una vez dentro, agachó la cabeza como si la paja de arriba estuviera demasiado cerca para su comodidad.

Una melena de cabello castaño, canosa por las inclemencias de la naturaleza, le colgaba sobre los hombros, mientras que su rostro rubicundo estaba meticulosamente rapado excepto por un bigote largo y espeso. Sobre las orejas se había afeitado una amplia franja de cuero cabelludo, por lo que su cabello parecía más grueso y más largo por encima de él. Subiendo por el cuello y sobre los parches afeitados de su cráneo, la piel estaba fuertemente tatuada. Todo el efecto la dejó sin aliento, y toda intención de luchar escapó con la conmoción.

"Belus, señora. Traje leche para la niña," dijo él, las palabras sonaron como el arrastre de rocas en una inundación. Resonaron en aquel cavernoso pecho y él le tendió el balde, inclinando cortésmente su enorme cabeza.

Brin dio un paso adelante, tomó la leche y se obligó a concentrarse en agregar un poco a la papilla, endulzarla y servir un cucharón para la niña y su abuela. Luchando por tener un sentido de sí misma, tartamudeó levemente: “¿Quieres comer? ¿O tus hombres?"

"Tenemos comida." Hizo un gesto hacia la puerta. "Están vistiendo cabras ahora, pronto habrá carne."

Una espada, aún más larga que la que Antony llevaba al hombro, colgaba de la cadera del gigante y su mano se retorcía

nerviosamente en el mango recubierto de cuero. "Señora." Agachó la cabeza hacia Vettona, de nuevo en deferencia. “Tenemos un carro. No podemos movernos más rápido que los bueyes y no tenemos que ir demasiado lejos. ¿Vendréis tú y la niña con nosotros al campamento principal? Allí es más seguro, sin duda, y aquí no queda nada que proteger una vez que nos vayamos."

La pregunta era de esperar, no había indecisión en la actitud de la anciana. “Deja que me quede con la niña un rato. Creo que está mejor en su propia casa. Déjame pensar en ello."

Él asintió una vez y miró a Brin con cara extraña, como si ella hubiera salido de sus paisajes oníricos o como si hubiera alcanzado una gran garra para tocar su mejilla, luego, arrastrando los pies con torpeza, se volvió para agacharse bajo el dintel.

La avena tibia había tocado algo en la mente de la niña. Brin la había probado por sí misma y la niña se llevaba despacio cucharadas hacia los labios.

"Creo que te dejarían comida si quieres quedarte," dijo Brinnie caminando para mirar por la puerta y luego tomando un pequeño tazón de desayuno. "Parecía un hombre decente."

Vettona no respondió, estaba sopesando sus propias consideraciones y viendo a la niña comer.

No sería difícil quedarse aquí, ojalá Antony considerara esta decisión. La verdad es que no sabía las razones por las que él había venido aquí desde las fronteras tan lejanas, o por qué esta guerra importaba lo suficiente como para que un hombre que vivía de dinero ensangrentado arriesgara su vida gratis. La tierra de su madre, había dicho él, y eso era todo.

Incluso un vagabundo tenía más sentido de pertenencia que ella.

Si él tuviera la convicción de seguir adelante, ella la compartiría. Cual fuese el propósito que lo llevaba a esta batalla, aunque él tuviese secretos que no había compartido, ella podría apoyarlo. Al menos podía marcar su resistencia a aquellos que le habían quitado a Cam. Ella había dejado que el líder la apartara de Cam, pero

entonces ella había sido cobarde. Y estúpida. Y había estado sola. Ahora era más sabia. Ahora Calgacus era solo el hombre que lideraba la resistencia. No era un dios. Ni un amante.

En la plaza del pueblo frente a su puerta, caballos pastaban la hierba fresca, entre ellos el enorme negro que Ula cabalgaba, y el humo salía del techo de la casa circular. Antony estaba ahora con los jinetes, supuso, y Ula con él. Muy pronto regresarían para contar lo que habían descubierto y ella sabría la dirección hacia la que corrían los hados.

"Bueno, cariño." Vettona se apoyó con cansancio en los cojines que había juntado en la pared y dejó a un lado su cuenco vacío. El dolor y la debilidad aún eran evidentes en todas partes en sus movimientos y expresiones, pero se había recuperado. Estaba mucho mejor que cuando Brinnie la había encontrado. “Ahora es importante para ti y para mí. ¿Decidiste que este hombre es un profeta? ¿Qué ve él de nuestro futuro?"

Brin sonrió y el color subió a sus mejillas. "Decidí que confio en él."

"Bueno. Eso es más importante que cualquier cosa que él tenga que decir. Y es la visión de un soldado lo que más necesito ahora, no de un sabio." Ella sonrió y tocó el cabello de la silenciosa niña. "No hay nada más que quiera saber sobre los planes de dioses y monstruos, solo lo que yo debería hacer mañana."

"Hoy será el mismo que ayer," aventuró Brin desde su propia certeza. "Pero mañana por la noche es luna llena y todo se decidirá después de eso."

“Ula estaba lista para partir al amanecer. Si aún se marchan, tendrá que ser pronto, ya han perdido demasiada luz del día."

Brinnie se permitió una pequeña sonrisa. “Ella habría llegado demasiado tarde. Él se habría ido antes del amanecer."

"¿Sin decirte a ti que se iba? ¿Y aún confías en él?"

¿Confiar en el?"Sí. Me mintió cuando creyó que mis elecciones eran demasiado peligrosas. Y él también ha tenido razón. Se habría ido

anoche porque es más seguro estar aquí que en el frente. Especialmente para mi." Sí. Ella lo conocía tan bien como se conocía a sí misma. Cuando él la miraba veía un espejo y ella lo conocía.

Eso no cambiaba el hecho de que tendrían que irse pronto. La mañana no era avanzada, pero cada hora que perdían era una legua o dos por detrás. Y él le había dicho que empacara. Tenía que asegurarse de que hubiera comida reservada para Vettona y la niña, y volver a empaquetar lo que pudieran encontrar para ellos, comida y ropa y mantas, vellones o esparto si quedaba algo. Recogió los cuencos y se puso a trabajar.

Antony se recostaba en la pared de la sala de reuniones y escuchaba en silencio a los hombres hacer sus planes para trasladar el ganado a los campamentos.

Las fuerzas reunidas se distribuían en un arco de once leguas al norte y al oeste del campamento principal, pero empezaban a converger. Los recolectores estaban recuperando el ganado por el medio, dejando una bestia aquí y allá para los hombres que esperaban. Mañana por la noche, los animales que quedaran serían sacrificados en la ceremonia de unificación, y su sangre limpiaría la alianza. Junto con los demás sacrificios.

Aún estaba mirando una fuerza de combate de alrededor de cuarenta mil, en una estimación aproximada, pero muchos más que eso se habían reunido para la batalla. Más de sesenta, según las descripciones de los campamentos y la cantidad de comida que atravesaba el ejército de guerreros y simpatizantes.

Estos hombres se estaban delgados y hambrientos. Si iba a haber una fiesta en la ceremonia, Calgacus enviaría a sus hombres a la batalla poco después, con las barrigas llenas y la fuerza aumentada.

A partir de hoy, Antony se movería con las chicas a través de los campamentos periféricos y entraría en la multitud de hombres que iban a viajar para la última noche de la reunión. Una vez que llegaran a los campamentos, el peligro se multiplicaría por diez, veinte, cincuenta.

Hombres inquietos, aburridos e irritables, hombres fuera de su zona

de confort y suspicaces de todo extraño. Los hombres que tenían hambre y miedo a medida que se acercaba la prueba eran hombres que representaban una seria amenaza. La mayoría de ellos se habían traído a la familia y eso hacía que Brinnie estuviera un poco más segura. Era un poco menos probable que liberaran la tensión con violencia sexual, pero Antony lanzó una rápida mirada a Ula y se preguntó si ella tendría el buen sentido que él solía darle. La miró un momento y confió en que así fuera.

Ula estaba de pie en silencio junto a la puerta, con los brazos cruzados, cabeza gacha y el ceño fruncido por la concentración. Con la posible excepción de su ciega ambición, no había nada allí que no recibiera por parte de Tavish un asentimiento de aprobación. Era una pena que ambos nunca fuesen a encontrarse.

Las cabras habían sido descuartizadas y espetadas. Trozos del tamaño de una manada se asaban aromáticamente, recordándole a Antony cuánto tiempo había pasado desde que él mismo había comido bien. La comida que Brinnie le había traído la noche anterior había quedado olvidada, como era de esperar, y los largos días de montar a caballo y los esfuerzos nocturnos ahora le dolían en el estómago vacío.

No necesitaba mucho más de la habitación llena de hombres. No eran generales ni estrategas, eran aldeanos del norte, lejos de casa y que satisfacían las necesidades de su nación lo mejor que podían.

El viaje de estos hombres se extendería hacia el Noreste, siguiendo el curso del río hasta que el camino se moviera hacia el Este a lo largo de las rutas de ganado. Para entonces, se estarían moviendo con otros viajeros. En total, solo quedaban cinco leguas hasta el siguiente campamento principal. Otras seis hasta la propia base de Calgacus. Si presionaba mucho a las chicas, los tres podrían estar en el campamento principal mañana al mediodía. Si la reluctancia de Antony era contagiosa, no llegarían hasta el anochecer.

Avanzando unos pasos, Antony pilló dos trozos de carne de cabra, agarrando las estacas de madera que ensartaban cada uno. "Para las mujeres," dijo con calma. Nadie se movió para detenerlo, incluso hubo un asentimiento de aprobación y una separación para dejar paso.

El gigante pelirrojo que tenía el mando temporal de la tropa se levantó cuando pasó Antony. “Intenta convencer a la anciana de que viaje con nosotros. Podemos acomodarla en la carreta de las provisiones."

"Lo intentaré," convino él. “Pero si les puedes dar una matrona para la leche, un poco de carne y un poco de cebada, pueden valerse solas aquí unos días más. La batalla habrá sido ganada para entonces."

"¿Tú crees?"

Los fríos ojos grises buscaron los de Antony y él se encogió de hombros. “Si no, la retirada la mataría. Hablaré con ella."

Dio un paso hacia la puerta, pero el hombretón lo detuvo de nuevo. "La chica, la alta, ¿está casada?"

“No,” respondió con una erupción de calor comenzando en su pecho y corriendo en duras olas hacia el estómago. Independientemente de lo que había pasado entre ellos, ella no era suya, no de la forma en que él quería que fuera. Y las advertencias de Ula tenían un repugnante tono de verdad. Tarde o temprano ella sabría que él había mentido. "Pero si estás buscando esposa, espera unos días. Habrá más viudas que esposas y la elección será toda tuya."

Belus se sonrojó bajo sus mejillas agrietadas por el viento y sus ojos brillaron peligrosamente, luego una enorme sonrisa dividió su rostro y una risa tan grande como su barriga retumbó en su boca. "Puede que sea cierto, zagal. Eso podría ser cierto." Y se volvió hacia sus hombres.

Ula cruzó el hueco dejado por Antony y se apoderó de otro trozo de carne. Moviendo las cejas hacia la puerta, dijo: "Para él." Los hombres se rieron mientras ella se volvía y caminaba entre ellos, agarrando las riendas del caballo y siguiendo a Antony de regreso a la cabaña a través del prado.

Cuando entró en la habitación, Brinnie sintió que el aire se atascaba en su pecho y luego se apresuraba con el calor en su pulso. Se le movieron los brazos, como buscando por propia iniciativa

envolverle el cuello y abrazarlo, sentir sus brazos alrededor de ella y la cálida y profunda pasión de su beso.

Pero estos quedaron colgados a los lados, y solo sus ojos lo tocaban, acariciando su mejilla y escudriñando ese rostro.

Él llevaba dos trozos de cabra asada, que puso sobre las brasas, y Ula lo siguió con un tercero. Tenía el pelo húmedo y la mandíbula se había oscurecido bajo la barba nueva, por lo que sus ojos parecían más pálidos y aún más penetrantes. Mientras estaba de pie, él la miró y fuegos brillaron en las profundidades de sus ojos, pero él apartó la mirada demasiado pronto.

"Tenemos que movernos, romano," dijo Ula dejando caer su trozo de cabra en una bandeja de madera y levantando una de las ornamentadas espadas del espía muerto para cortar la carne. Hay peores hombres detrás de nosotros, y el resto estará esperando los suministros antes de moverse. Estaremos un poco por delante de las prisas al menos."

Antony asintió pensativamente y lanzó una rápida mirada a Brin antes de desviarla de nuevo. Eso la puso nerviosa. Había demasiada renuencia en él para mirarla abiertamente, y eso le estimulaba los latidos del corazón y le provocaba tensión en los labios.

¿Así que él no quería que ella siguiera adelante? ¿Era eso? Si estaba esperando que ella se ofreciera como voluntaria para quedarse, iba a esperar para siempre. "He empacado lo que he podido encontrar. Hay mantas y comida. Estoy lista cuando lo digas." Ella lo miró fijamente, dejando que su mirada devolviera su atención a ella.

"¿Romano?" Preguntó Vettona.

Todos los ojos se posaron en la anciana, luego Brin miró a Ula. Antony volvió su atención a la carne que ardía en el fuego y Ula sonrió y mordió un jugoso trozo de cabra. "Eso es. Así es como yo lo llamo."

"¿Por qué lo llamas así?" La anciana miró a Antony, aparentemente más interesada en la reacción de este que en cualquier razonamiento que pudieran dar las chicas.

"Porque es una idiota," respondió Brinnie, y se volvió hacia el estante en busca de fuentes suficientes para alimentarlos a todos.

"Son las sobras de un malentendido con el que comenzamos," dijo Ula feliz, disfrutando de la nueva fuente de tensión en el aire. “Pensé que sólo un romano sabría lo que él sabía. Pensé que era solo un humilde desertor. No sabía que era un oráculo en aquel entonces."

Brinnie miró a Antony. Esa quietud que la asustaba y la regocijaba al mismo tiempo, le cordaba los músculos de los hombros. Las manos de Antony se movieron con calma para darle la vuelta a la carne y luego se limpiaron lentamente por el muslo mientras él se levantaba. "Tenemos tiempo para comer," dijo en voz baja. "Aún podemos estar una hora más o menos por delante de estos hombres."

Caminó hasta un lado de la cama y habló directamente con la anciana. "Los hombres quieren que vayas con ellos. Tienen una carreta de provisiones. No será difícil preparar la ropa de cama y convertirla en un lugar cómodo para viajar. Van a viajar despacio. Quieren cruzar una línea de campamentos con estos suministros antes de regresar al campamento principal a tiempo para el gran espectáculo del druida."

“No sé cómo le irá a esta pequeña tuya de aquí con el viaje. Ya regresó sola desde muy lejos una vez, y no se sabe cuándo podrías encontrarte con los hombres que la perdieron. Yo les dije que estarías mejor aquí, te quedarías con un poco de comida y una matrona con leche. Creo que harán eso por ti si quieres. Tú decides."

Ella lo miró con esos nublados ojos azules, leyendo la calma en esas manos y el fuego en esos ojos. "¿Cuánto tiempo estaremos solas aquí?"

"Irán a la guerra el día después de la luna llena, o al día siguiente." Antony hizo una pausa por un momento. "Estarán de retirada y regresarán aquí en dos días."

“¿Cuatro días o cinco? Podemos lidiar con eso, ¿no, querida?"

Acarició el hombro de la pequeña, quien se volvió y le ofreció una lenta sonrisa. "No necesita que la muevan de nuevo. Entre nosotras podemos hacer lo suficiente para comer."

Ula adelantó platos de carne, uno para Vettona y otro para Antony.

Brinnie se sintió un poco enferma. La tensión entre Ula y Antony la asustaba en algún lugar profundo de sus entrañas, bajo un razonamiento consciente, y no podía identificar la causa. Las náuseas se movieron y se agitaron en su estómago.

“He apartado tarros de queso y miel. Y para nosotros," dijo Brin. Su voz no tenía fuerza y ella se sintió alejada de la habitación, como si estuviera viendo a otra persona realizar una compleja serie de movimientos. "También hay nabos," agregó tratando de sacudirse de encima una creciente sensación de malestar.

"Yo creo que deberíais ir," intervino Ula y Antony le sonrió. Podría haber luz en sus ojos, pero hacía frío, y Brinnie lo estudió con creciente confusión.

"Ya hemos oído lo que crees," dijo él. “Ahora puedes callarte y comer. Estaremos cabalgando duro durante las próximas doce horas. Come bien." Se acercó a la puerta y Brinnie casi saltó tras él, temiendo que se marchara y sin saber por qué. Pero él se detuvo y giró sobre los talones, caminando hasta plantarse justo frente a ella, y le llevó una mano al hombro, dejando que un pulgar se deslizara suavemente por su mejilla.

"¿Te vas a quedar aquí?" En esos ojos había la misma desesperación que ella había visto la noche anterior. El mismo fuego, la misma pasión, la misma súplica ferviente.

Ella no podía responder, pero negó levemente con la cabeza y, como él había hecho una vez, y volvió la mejilla hacia la palma de esa mano.

"Entonces te ensillaré el caballo. Tienes que comer más, recuperar algo de fuerza." Antony inclinó el rostro hacia adelante para apoyar la frente sobre la de ella, y luego se volvió hacia la puerta. "Come," exclamó por encima del hombro.

"¿Ula?" Brin dejó que la euforia se asentara de manera más uniforme en el cuerpo, aflojando los puños y forzando a sus hombros a relajarse. "¿A qué ha venido eso?"

"¿Acerca de qué? No hay nada críptico en ello."

Vettona observaba a las chicas en silencio desde su camastro, masticando lentamente la carne rosada.

“Di lo que tengas que decir. Termina y sácatelo del pecho. Quieres causarle problemas. Supongo que es porque querías... ¿qué dijiste que era? Querías «uno que se pareciera a él para tenerte como protegida.». ¿Fue así?"

Ula caminó hacia Brin con una sonrisa tan fría y desagradable como la que Antony le acababa de regalar. "¿Qué otra cosa iba a necesitar decir, Brin? Él entraba y salía de una ciudad romana. Hablaba latín como su primer idioma. Puede que conozca nuestro idioma, pero su acento es tan fuerte que a veces puedes tropezar con él. Él sabe escribir, probablemente también leer, los soldados romanos hacen eso, ¿lo sabías? Saca tú las cuentas."

Brinnie asintió. Se había preguntado antes sobre cada uno de estos puntos. "Nada de eso encaja, en realidad." No cuando él había arriesgado su propia vida para salvar la de ella. No cuando había tenido tantas oportunidades de marcharse y no mirar atrás. No cuando le había dicho lo que sentía por ella, y cuando ella había visto la verdad en esos ojos.

"En cuanto a leer y escribir, ni siquiera sabes para qué sirve esa lata. Si él es un desertor, si es algún tipo de romano, no estaría aquí ahora. A pesar de todas tus especulaciones, hay veces que tú no has estado con nosotros, cosas que no has oído ni visto. Cosas que marcan la diferencia."

"Lo sé, Brin. Muchas veces no he estado contigo. Eso solo significa que él prefiere mentirte en privado. Tú misma dijiste que él piensa que eres como un niña, toda inocente e ingenua. O estúpida." Ula regresó fácilmente a la carne asada y dio la vuelta a ambas piezas. "Pero estás equivocada. Yo no tengo ningún interés en causarle problemas, ninguno en absoluto. Él es la mayor oportunidad que

tenemos de sobrevivir a todo esto, y con él yo aún puedo salir victoriosa. Siempre y cuando tu amante no le corte la garganta. No me importa si él es el mismo César ni por qué ha elegido saltar de su barco y asumir esta causa. Pero estoy esperando el día en que lo traiciones como lo hiciste con cualquier otro buen hombre que ha caído a tus pies. Primero traicionaste a Cam por Calgacus, ahora a Calgacus por el romano. Y cuando lleguemos al frente, lo traicionarás por nuestro nuevo rey. Cuando lo hagas, yo aún estaré en algún lugar cercano. Esperando."

Brinnie se apartó los rizos de la cara y estiró los hombros. Ula iba a estar cerca, de eso no había ninguna duda, pero su espera sería en vano. Calgacus no era su amante y nunca volvería a serlo.

No había nada que ganar con esta conversación. Las palabras cortaban demasiado cerca del hueso, abriendo viejas heridas, que ahora no tenían sangre por los meses que habían estado al aire y sin curar. Sus traiciones habían quedado atrás, su inocencia e ingenuidad habían desaparecido. "¿Tengo que asumir que le has contado todo eso también?" dijo Brin en un tenso siseo.

"Estarías en lo cierto."

De todas las cosas que él le había dicho, de todas las verdades que le había dado, aunque hubiera mentiras entre ellas, Antony sabía que ella no cargaba con toda la culpa por su pasado. Él no la culpaba. "Bueno. Entonces ya no hay que discutir esto, ¿no? Como dijo él, calla y come."

Capítulo 14

Antony estaba de brazos cruzados sobre el lomo del caballo de Tav, obligándose a decidir un curso de acción.

Independientemente de lo que eligiera hacer, tendría que llevarse a Brinnie a un lado. Las cosas entre ellos eran demasiado valiosas y demasiado vulnerables para ser discutidas con una audiencia, especialmente una tan hostil como Ula.

La noche anterior, la idea de abandonarla le rompía el corazón, saber de que nunca la volvería a ver era enfermizo y desolador. Pero ahora había complicado el asunto más allá de toda resolución. Al quedarse, al negarse a decirle la verdad, al elegir hacerle el amor, se había encerrado en una situación en la que todas sus opciones eran insufribles. Todo en lo que creía, todo lo que valoraba, todo lo que sabía de sí mismo se había tornado humo.

Ahora la idea de abandonarla parecía la muerte. Enfrentar su propio embuste y decirle toda la verdad era igual de grave. El resultado sería el mismo. Darle más medias verdades era imperdonable.

Y Ula había decidido que lo quería vivo. Herirla no la había vuelto mucho menos peligrosa en absoluto. Ella desempeñaba su papel de mujer despechada como él debería haber esperado. Iba a ser capaz de juzgar las consecuencias de su explosivo despecho cuando regresara a la casa. Si no había sangre en las paredes cuando él volviera a comer, podría posponer el tema otras doce horas. Una vez que comenzaran a cabalgar a buen ritmo, nadie tendría el aliento ni la energía para conversaciones profundas, y hoy no habría descanso al mediodía.

Apoyó la cabeza en el lomo del caballo y dejó escapar un largo suspiro. Se sentía un cobarde, pero doce horas los llevaban hasta una corta distancia de su objetivo sin tener que enfrentarse al líder rebelde. Y le daba tiempo para intentar encontrar un modo de convencer a Brin de que se quedara a su lado, aunque hubiese destruido toda esperanza de que ella pudiera confiar en él.

Ula querría exponer sus teorías sobre su deserción. Antony se mordió el lado del pulgar y pateó el suelo rocoso con la punta del pie. Tal y como iban las mentiras, las teorías de Ula no estaban tan mal, muy cerca de la verdad, pero sin condenarlo por completo.

Brinnie era lo bastante inteligente como para guardarse para sí misma lo que sabía. Hasta ahora ella no había podido compartir con Ula sus recuerdos de la batalla en *Fendoch*, y estos eran piezas del rompecabezas que, entre ellas, no podían dejar sin encajar. Si Brin le decía a Ula que él había estado viajando con sus hermanos, Ula sabría que no había posibilidad de que hubiera abandonado el fuerte de *Inbhir Nis* para seguir a Brin por un apasionado capricho. Si Ula descubría que él había estado con los rebeldes en el ataque a *Fendoch*, al instante Ula se haría la pregunta de a quién se le había asignado.

No podía regresar a las líneas romanas hasta que hubiera completado su misión. Tenía que llegar al campamento de Calgacus y obtener el número de las tropas y la posición finales, independientemente de las circunstancias y complicaciones. Si Brinnie se daba cuenta de que no tenía más remedio que seguir avanzando hacia el frente, vería la mentira como si él fuese de cristal. Esta era la tierra de su madre, pero eso no era razón suficiente para obligarle a actuar.

Así, este era su mejor curso de acción. Apestaba. Hedía a mentiras, traición y cobardía, pero le daba un poco de tiempo. Lo mejor que podía decir y hacer era decir y no hacer nada. Si Brinnie tenía preguntas, las respondería con la mayor sinceridad posible. Ella sabía que él había mentido, él había sido lo bastante sincero como para admitirlo.

Se sentía enfermo. Enfermedad profunda, enfermedad profunda del corazón. Y vergüenza más allá de las palabras. Pero la verdad la alejaría de él. El sabor de sus besos aún estaba en su lengua, su piel se aferraba al recuerdo de su toque y cuando cerraba los ojos podía ver esos ojos, oscuros y encantadores. Ella escucharía sus secretos cuando él estuviera listo para escuchar los suyos, había dicho, y él nunca estaría listo para escuchar sobre los hombres del pasado de Brin.

Él aún tenía más mentiras que contar.

Brinnie le observaba comer, forzando la comida a pasar por el espesor de la garganta. Ya no estaba tan tenso, pero ella podía ver el modo en que Vettona lo estaba mirando. Ula tenía fija una sonrisa de satisfacción y Brin luchaba con la terrible certeza de que la felicidad que había vislumbrado estaba a punto de desaparecer. Que él tenía secretos demasiado dolorosos como para compartirlos y, a la fría luz del día, esos secretos la aterrorizaban.

Bajó la vista a la comida en su plato, la mejor comida que había tenido desde el burdel de *Inbhir Nis*, pero su estómago vacío parecía preferir seguir de ese modo. Ella necesitaba comer. Antony había dicho que iban a cabalgar duro cada hora de la luz del día.

Brin nunca había montado mucho y su cuerpo ya estaba rígido y dolorido. La idea de volver a montar hoy no le atraía, pero podía soportar la incomodidad sin quejarse. Siempre que pudiera obligarse a comer, tendría la fuerza para permanecer en la silla.

En ese momento lo único que deseaba era quedarse en la cálida cabaña con esta sabia y valiente mujer, con el verde de las montañas y el azul claro del cielo. Sin guerra, sin dolor y sin miedo. Quería que Antony se quedara a su lado, que paseara con ella por las laderas detrás de un pequeño rebaño de ganado, que le trajera leche fresca y le diera bebés a los que amar. Pero él no se quería quedarse y ella no podía verlo marchar.

Muy pronto estuvieron listos para partir.

Antony había hablado largamente con Belus y sus hombres. Había traído una matrona y una niña y entregado la rienda con suavidad a las manos de la niña. Y había ensillado los caballos y cargado en estos todas las comodidades que podían llevar.

Estaba impaciente, ojos oscuros e inquietos con sus maníacos fuegos iluminando las sombras de sus profundidades. Mientras montaban y llevaban los caballos a lo largo del valle hacia el Noreste, Vettona le llamó y Antony desmontó y entró en la cabaña para hablar con ella a solas.

Estaba incómodo con el escrutinio de la anciana. Las marcas azules de sus brazos se parecían demasiado a las runas de las manos y la frente de su propia madre. Él quedó de pie apartado de la cama, inclinando la cabeza hacia adelante como si lo hubieran acusado, dejando que su cabello cayera ante la vista de ella.

"Ven aquí, zagal," dijo Vettona. "Más cerca, donde pueda verte claramente."

Reluctante, él avanzó un paso, luego, ante su insistencia, se arrodilló a su lado y cerró los ojos cuando esos dedos le tocaron la mejilla.

"¿Esperas un juicio de mi parte?" Ella sonrió. “Parece que sí. No tengo ninguno que darte. Solo quiero recordarte algo importante. Aquí," le dio unos golpecitos en los nudos círculares en su mejilla, “es donde tu madre pintó el coraje que ibas a necesitar. Aquí y sobre tu corazón. ¿Qué vio ella, para ti?, me pregunto." Sus palabras se tornaron en un somnoliento arrastre.

Cuando él abrió los ojos para mirarla, las pupilas lácteas parecieron aclararse un poco para dejar salir la luz de ellas. "Ella es excepcional, esa, y se merece lo mejor de lo mejor. Si querías sexo, la pequeña estaba ahí para ti. Hiciste tu elección, ahora tienes que honrarla. Tu madre te dio el valor para hacerlo, eso puedo verlo."

Entonces ella no veía muy bien. Cada palabra que le había dicho la anciana era una acusación de cobardía. El era un soldado. Nació soldado en una familia de soldados y nunca llegaría el día en que él le diera la espalda a su servicio. Ahora, con Brinnie marcada a fuego en su alma, más querida que su propia piel, estaba atrapado entre un amor irresistible y un deber inamovible. El único coraje que había encontrado era quedarse quieto y esperar a que ellos lo separaran. Antony sonrió, pero esto no pareció más que una mueca. "¿Qué me diría ella que haga?" preguntó él.

“Tú sabes la respuesta a eso mejor que yo. Responde tu propia pregunta."

Esta vez rió él, un sonido breve y áspero. "Me diría que luchara por lo que quiero con todo lo que tengo y que luego me contentara con

el resultado, sea el que sea."

Vettona también rió, pero había alegría en el sonido. "Ella es sabia entonces. Ya tienes lo que quieres, la batalla está medio ganada. Solo tienes que luchar para mantenerla." Ella le apretó la mano con fuerza. "¿Me habrías matado si yo te lo hubiera pedido?"

“No había necesidad," dijo él. “Tu ejército estará de regreso aquí en unos días. Quien quede en tu familia volverá. Habrías sobrevivido. Con esta pequeña de aquí, te irá bastante bien."

“Ah, entonces eres un profeta después de todo. Dime una cosa más. Crees que la batalla será una derrota. ¿Qué haremos el próximo verano cuando llegue la llamada para luchar de nuevo?"

"No necesito ser sacerdote ni profeta para decirte eso. Primero tienes que sobrevivir a un invierno sin comida y con todos los heridos que traigan de las líneas. Eso será un milagro en sí mismo. Después, tus hombres necesitan saber qué está sucediendo fuera de sus fronteras. Roma se estira demasiado. No puede mantener sus fronteras y seguir avanzando. En tierras donde el país es duro, y para Roma, inútiles, no desperdiciará hombres luchando en una batalla perdida. Diles que vuelvan a sus propias fortalezas. La guerra de guerrillas es su mejor defensa. La mayor amenaza para la libertad en este país no es Roma, son los hombres que han tomado el poder ahora, quienes los envían a todos a morir y quienes no querrán renunciar a ese poder y riqueza cuando Roma regrese."

Vettona sonrió, luego se echó a reír, dando golpecitos una vez más a los círculos de vello en su mejilla. “Veo que ya tienes todas las respuestas que necesitas, ¿no es así? Tu madre es una mujer sabia, de hecho. O lo fue. Por esto veo que ella es de mi propia gente."

La luz del sol, clara y brillante, iluminaba las puntas de su cabello mientras él se movía y montaba, y Brinnie se obligó a respirar con firmeza, atrapada entre el miedo y el alivio. Fuera lo que fuese lo que había discutido con Vettona, le había despejado el ceño fruncido de la frente, pero él volvía su atención hacia adentro. Él estaba pensando tanto en detalles que ella no podía leer sino que parecía haberse retirado del mundo que lo rodeaba. Antony se ajustó en el asiento y miró hacia la alta cúpula azul de arriba,

fijando sus ojos en el sol y sacudiendo levemente la cabeza. "Vamos a movernos," dijo él dejando que Ula fuese en cabeza y siguiéndola al trote.

Brin apremió su montura para caminar junto a él, temerosa de sus pensamientos y anhelando saber qué había iluminado su rostro con esta especie de esperanza. "¿Qué te ha dicho?" preguntó ella sin rodeos.

"Dijo que ella es de *Cornavii*." Él sonrió y Brinnie sintió que se le aceleraba el corazón, mientras sonreía un poco. “Mi padre es un hombre más valiente de lo que yo creía. Imagínate todo un pueblo de mujeres como ella y tomando una por esposa."

Eirbrin pensó en la sabiduría de Vettona sobre su pueblo natal. "La capturaron como rescate de guerra, ¿te lo dijo? Hace cincuenta años. Pero ella dijo que allí donde ella esté está su casa, que no tiene necesidad de volver a la tierra de su madre. Que recuerda quién es y está orgullosa de ello, sin importar dónde viva."

"Sí, entonces debe ser algo que estas mujeres tienen en común."

Había algo de verdad, pensó ella. Entonces, lo que él le había dicho sobre la casa de su madre era cierto. ¿Y su odio por Roma?"¿Eso es todo lo que ella tenía que decir?"

"No." Él la miró con una sonrisa más suave, y el corazón de Brin se llenó con la luz y estalló en su pecho. Quiso saltar sobre el lomo del caballo, abrazar a Antony y besarle la carne hasta marcarle la perfecta pie. La mirada de él vagó por sus mejillas y su cabello, y ella sintió su calor deslizarse sobre su piel como el ligero roce de sus dedos. “También dijo que te mereces solo lo mejor de lo mejor. Y yo estuve de acuerdo. Es una mujer muy sabia."

"¿Ella hizo volver solo para decirte algo que ya sabías?"

"Así parece. Lo único que necesito saber ya lo sé, me dice." Levantó las cejas. "Entonces, ¿qué es lo que yo sé que tiene todas las llaves?"

¿Era tan sabia esta anciana? Solo había una pregunta que Brin necesitaba oír para que todos sus miedos y dudas se desvanecieran.

Sabía qué era lo que necesitaba saber. Que este hombre la amaba y que ella no estaría sola.

El viaje del día fue más duro de lo que Brin podría haber imaginado. Los calambres y moretones del día anterior apenas se habían calentado y dolían un poco menos cuando un nuevo conjunto asedió su espalda, glúteos y muslos. Cabalgaban a un ritmo constante, hacían breves pausas para comer y dejar que los caballos bebieran mientras Antony comprobaba las cinchas y los cascos, y luego volvía a montar hasta la siguiente pausa.

Al mediodía habían comenzado a pasar por pequeños grupos familiares, acurrucados en tiendas improvisadas u ocupando aldeas abarrotadas, ahora despojadas de cultivos y animales. Mujeres y niños aburridos miraban al pasar, hombres beligerantes sacaban espadas y las blandían como advertencia.

Ante la palabra de Antony, los tres bajaron la mirada y cabalgaron a paso ininterrumpido a través de estos pequeños puestos de avanzada. En las pocas ocasiones en que fueron detenidos o interrogados, respondió simplemente que el carro de suministros estaba en camino con carne y grano. Estaría allí por la mañana, les aseguró, y juntos continuaron su agonizante viaje.

A última hora de la tarde, pasaron por lo que había sido un campamento importante. Habían dejado el ancho valle del río a media mañana, atravesado entre altas cumbres y sobre pastos de verano ligeramente nevados, bajando cañadas y pasos rocosos, para llegar de nuevo a un curso de agua. Seguían por este ahora, pero la presencia aquí de tantos hombres había dejado cicatrices en el campo más allá del reconocimiento.

Las orillas cubiertas de hierba del río no eran ahora más que pantanos fangosos, los numerosos edificios de la aldea estaban mucho peor por el vandalismo. No había señales de verde de un extremo al otro del asentamiento.

El día estaba perdiendo su luz y Brinnie se inclinó hacia adelante, sin aliento, sin energía y con paciencia. "¿Acampamos aquí esta noche?"

Cada músculo se tensó en anticipación de que él dijera «sí, podemos», pero Ula dijo en voz baja: "¿Estás loca?"

Antony rió manteniendo la cabeza gacha como había instruido a las chicas. "¿Demasiado hombre aquí, incluso para ti, Ula?" Espoleó a los caballos gastados un poco más rápido mientras cruzaban el vado del río y volvieron sus caras hacia el Este de nuevo, hacia las distantes montañas rodeadas de árboles.

Aquí no había señales de la domesticidad que había sido evidente en los campamentos más pequeños. No había ropa colgada, no había niños corriendo entre los edificios, no había carretas. Caballos, hombres y, aquí y allá, una carretilla. Y violencia. Dos cuerpos colgaban de árboles muertos sobre la línea de agua y el olor a carne quemada flotaba en el aire fresco de la tarde.

Este era el rostro de la guerra, de aburridos hombres enojados marcando el tiempo, sin encontrar nada que matar, se mataban unos a otros.

Una renovadora ola de euforia se apoderó de los músculos y huesos de Brinnie. Los árboles que marcaban el borde del asentamiento y la relativa seguridad de la soledad parecían alejarse de ellos más rápido de lo que los caballos podían llevarlos. Cuando finalmente ganaron el aire fresco y sombreado que colgaba bajo las ramas, comenzaron a temblar con alivio y cansancio y amenazaban el agarre de Brin en el costado del caballo.

Antony, ¿es lo bastante seguro como para detenerse aún? llamó ella, y él se volvió, tirando de la cabeza de su caballo mientras ella lo alcanzaba.

"¿Te vas a caer?"

“No, espero que no. Pero no sé por cuánto tiempo puedo seguir sin descanso."

La miró de arriba abajo, estudiando su rostro y la forma en que temblaba mientras respiraba. "Lo siento, Brin, un poco más. Por esta distancia habrá grupos familiares, aquí en alguna parte. Sigamos un poco por uno de los valles, lejos de ese campamento. El primero que

parezca seguro, lo prometo."

Él estaba mirando el cielo y ella sabía que estaba contando otra hora de crepúsculo y las leguas que podía llevarlos antes de que la oscuridad los alcanzara. Una hora, se dijo a sí misma. No más de una hora y podría caer sobre las piedras y dormir como muerta.

Había habido algo de tráfico en el valle que Antony había decidido seguir, pero la tierra no había sido mordida ni picada. Detuvo a los caballos, observando durante muchos minutos el único carro recostado bajo la caída de las ramas, antes de tomar una decisión silenciosa y caminar con su caballo lentamente hacia los árboles y hasta el vehículo.

Parecía abandonado, pero huellas de mulas frescas marcaban el césped húmedo a un lado, y el fuego ceniciento aún dejaba escapar volutas de humo. La noche estaba sobre ellos, aquello tenía que ser suficiente, no había ningún otro lugar adonde ir y Brinnie no se movería de allí aunque los mismos dioses enviaran un rayo para espantarla.

Se sentó en silencio mientras Antony se deslizaba hasta el suelo, tocando la hierba aquí y allá, contando las huellas que aún podía leer en la oscuridad.

"Todo está bien. Bajad." Él estabilizó a Brin y luego se movió para ayudar a Ula a desmontar. "Tenemos comida," gritó a los bosques silenciosos, luego esperó.

El carro había transportado paja una vez, pero la habían recogido con tanto cuidado que sólo uno o dos tallos brotaban de la junta del suelo. Algunas posesiones, muy pocas, estaban envueltas junto al asiento.

Apenas había comenzado a apilar palos para reavivar el fuego cuando Antony se detuvo, enfrentando la oscuridad del bosque, con la mano en la empuñadura de su cuchillo. Un hombre salió de las sombras con las manos hacia adelante, abiertas y vacías. "¿Tenéis comida?" preguntó el extraño.

"Un poco. Suficiente para los niños." Antony exploró detrás del

hombre, observando cómo las sombras se desprendían y avanzaban, convirtiéndose en un grupo familiar.

El fuego se elevaba y Brinnie observaba a los tres niños pequeños comer y a Ula fruncir el ceño. Habían guardado su reserva de comida en tres fardos separados específicamente para que no tuvieran que sacar toda la comida de una vez. Antony había abierto dos de los fardos y le había dado la mayor parte de la comida a una familia de extraños.

El hecho no le preocupaba a Brin. Ella masticaba con cansancio una corteza tan seca como el serrín, sumergiéndola en hidromiel para ablandarla lo suficiente como para tragarla, y comía lo que podía de la carne y el queso que le ofrecían. Cuando Antony se sentó a su lado, ella se tapó la espalda con la manta, apoyó la cabeza en el brazo de este y cerró los ojos ante el calor del fuego.

El olor del cabello de Bein se elevaba sobre el calor del fuego. Antony encontró el suave sonido de su respiración junto a él más convincente que la conversación murmurada de sus anfitriones, y su cuerpo imitaba esos ritmos sutiles para que coincidieran con el de ella. Ella era perfecta. En ella, los dioses habían hecho su mejor trabajo y conspirado contra toda probabilidad para traerla aquí con él. Levantó el brazo y la atrajo suavemente hacia su pecho.

Ella no había preguntado.

No había surgido ninguna de las preguntas que lo llenaban de frío pavor. Cuales fueran las dudas que Ula había logrado evocar, Brin las había dejado de lado y, por ahora, sus secretos estaban a salvo.

"¿Cuál es tu secreto?" La pregunta del viajero lo pilló por sorpresa y devolvió la atención a su historia sobre las tribulaciones de viajar desde *Cala na Creige*. "Tiempos tan duros como estos y tienes dos mujeres hermosas para ti."

Antony sonrió con alivio y Ula soltó un bufido despectivo.

“Los tiempos son difíciles incluso con dos mujeres," dijo. "Y algunas," miró intencionadamente a Ula, "existen sólo para hacer las cosas más difíciles."

"Bueno, puede que tengas las manos ocupadas, amigo mío, pero no dormirás debajo de la carreta con mi esposa y mis hijos. Tú y yo dormiremos aquí junto al fuego. Las damas son bienvenidas de entrar y salir de la niebla."

Eso era bastante justo. El edicto de un esposo y padre amoroso. "Brin," le susurró Antony sobre la mejilla. “Métete debajo del carro con los niños. Duerme un poco."

Ula se adentró con él en el bosque para atar los caballos. "¿Qué vamos a comer nosotros ahora?" preguntó Ula mientras caminaban.

"Nunca seré un rey, lo siento." Él se reía de ella, sopesando el placer de verla enfurecerse por los riesgos que él corría al provocarla más.

“Los reyes y barones pueden permitirse el lujo de ser generosos. No pasan hambre cuando sus esclavos comen. No estoy siendo dura, estoy siendo práctica."

"Yo también. Esos niños se van a morir de hambre. Sus padres creen que volverán a sus hogares en la costa cuando los romanos sean derrotados en esta batalla. Eso nunca sucederá. Necesitan huir hacia el Oeste, ahora, rápido, antes de que la avalancha de refugiados comience en serio."

"Eirbrin ya está casi muerta de hambre," señaló Ula. "Si nos morimos de hambre, ¿te hará dormir mejor por la noche?"

“No nos moriremos de hambre. Al menos yo no. ¿Y tú?" Él se encogió de hombros y ella le golpeó el brazo con fuerza.

"¿Por qué estás tan seguro de que nos van a vencer?" Le preguntó Ula.

“¿Por qué te importa? Tú vas a buscarte un matón para ser parte de la nueva base de poder sin importar en qué dirección vaya. Cuantos más compatriotas mueran, mejor para ti."

Ella gruñó, un pequeño sonido lastimero que detuvo sus burlas. "No lo entiendes. Eso habría sido diferente. Tú eres diferente. Ambos habríamos sido geniales juntos."

"Demasiado diferente."

“Esto podría haber funcionado. Aún podría funcionar."

"¿Crees que debería perdonar y olvidar lo que has hecho y dicho durante los últimos días? ¿De verdad crees que eso podría pasar?"

“Me enojo a veces. Digo cosas. Eirbrin me lo quita todo y a todos los que siempre quiero. Siempre lo hace."

“Yo también me enfado, así que ten cuidado. Te lo dije, somos demasiado parecidos tú y yo. Y ella no te ha quitado nada. Ni aquí ni ahora."

Ula se palmeó el muslo y sonrió. "¿Así que ya no quieres que te llame romano?"

"No." Sonrió al aire oscuro. "Llámame Maestro."

“Está bien, dime, mírame a los ojos y dime, ¿estoy en lo cierto? ¿Eres un desertor?"

El hizo una pausa. Siempre había, cerca de esta mujer, una sensación de amenaza. Más de una vez había sentido los finos pelos de la nuca erizarse en su compañía. Conocía el destino de los hombres que le daban la espalda. Y, sin embargo, aquí parecía vulnerable e inofensiva, desnuda y ofreciéndose como lo había hecho antes. Él quiso responder «no» simplemente, pero mientras ella estuviera ocupada con este engaño, era menos probable que tropezara con la verdad.

“Si lo negara, ¿importaría? ¿Me creerías, de todos modos?"

Ella sonrió y pareció que las fatigas del día se precipitaban sobre ella desde atrás. Ula sacudió la cabeza con tristeza y pareció desplomarse un poco. "No. No te ceería."

"Entonces vayamos a dormir un poco. No estoy deseando que llegue mañana."

"Eso es sabio. Conozco a esta gente. Le dirán a Brin que ella está obligada a cumplir sus obligaciones y ella cambiará de opinión y

volverá con él. Si quieres seguir con vida, tendrás que dejarla allí. Ya verás."

Capítulo 15

La familia de refugiados había huido hacia el Oeste más allá del campamento del líder, y Antony había inscrito en su memoria los detalles que habían compartido, pero no los iba a necesitar. Una vez que dejaron el camino lateral que los había llevado al valle aislado, entraron en un río de movimiento lento, una masa en movimiento de la mejor sangre de las tierras altas de *Caledonia*.

Brinnie tenía miedo y él hizo todo lo que pudo para evitar subirla a su silla y abrazarla. Su rostro estaba pálido, congelado en una máscara de pavor silencioso. Todos sus movimientos eran rígidos y su mirada se movía nerviosamente a su alrededor como si temiera asesinos a cada paso. Pero no era la muerte lo que temía. Eran rostros del pasado.

El número de vehículos en el flujo redujo su paso a un andar, y Antony estaba molesto por la impaciencia y la irritación. Donde pudo, los condujo alrededor de los carromatos y muchos carros y empezaron a trotar, pero viajar consumía las horas del día y quería buena luz para juzgar el campamento rebelde.

Si se trataba de un ejército que aún se estaba reuniendo, con lo que habían pasado y lo que les esperaba, estaba empezando a reevaluar el número. Muchos de los que transitaban por este camino eran mujeres y adolescentes, pero en todos los rostros percibía la determinación de luchar.

Habría más de sesenta mil guerreros y, a menos que hubiera escondido en estas montañas una arena de batalla muy amplia y bien posicionada, esto sería un desastre de magnitud ilimitada. Carros como estos eran parte de la máquina de guerra para un combate rápido y abierto. Donde se encontrarían en lugares cerrados, en un valle o en un anfiteatro angosto, solo el comandante más hábil o loco los pondría en juego.

Más carros de los que había previsto transportaban alimentos y provisiones y eso al menos era positivo. Los generales rebeldes habían sacado este último elemento esencial de su escondite y eso

haría mucho por la moral de las personas expuestas durante demasiado tiempo en los rigores de la naturaleza. Cada persona con la que pasaba llevaba armas. Y miraba cada rostro como si se estuviera despidiendo de un cadáver. Conocía al comandante romano demasiado bien para pensar que esta valiente horda tenía una oportunidad.

Ula espoleó el caballo para viajar a su lado, señalando hacia un lado. "Ahí es donde se supone que debemos dirigirnos. ¿Por qué todo el mundo avanza hacia el valle y se aleja del campamento del líder?"

Una fangosa senda, profundamente llena de baches y muy trillada, corría hacia la izquierda, subiendo a través de un denso bosque y hacia la montaña. La sólida ola de gente seguía pasando, pero no había ninguna duda en la mente de Antony de que Ula tenía razón. Ese era el camino a la base de Calgacus.

Vio pasar el desvío, apretando su indecisión con firmes puños, luego apartó a su caballo y lo espoleó directamente por la ladera de la montaña, abriéndose camino a través del lecho y los pedregales del bosque hacia las sombras de los árboles.

Detrás de él, gruñendo por el esfuerzo y jurando acorde con el color del aire fresco y claro, Ula lo seguía con Eirbrin muy de cerca. Presionando a los caballos, patinando y deslizándose por los densas malezas en pendiente, regresaron al sendero y él esperó.

"No sé por qué están dejando atrás la base, a menos que el líder haya acercado todo el espectáculo a su campo de batalla."

"Es luna llena esta noche," dijo Brinnie, sus rasgos grises se volvieron hacia donde sonaba el ruido de las hordas que pasaban. “Quedan quince tribus y la ceremonia necesitará espacio para la reunión de todas ellos y cada clan de cada una. Eso es mucha gente para tener en su casa esta noche."

Ella tenía razón. El lento ardor del hielo se tensaba en las entrañas de Antony mientras observaba a Brin. Ahora ella estaba más cerca de su pasado, de la mujer que había compartido las cargas del liderazgo, la mujer en quien se confiaba para coordinar los

movimientos de todas las tribus del norte. Táctica. Logística.

“Aunque este campamento sea frío, quiero subir y echar un vistazo. ¿Crees que él seguirá ahí?" preguntó Antony.

Brin negó con la cabeza dolorosamente. "No. Él estará donde estén sus hombres."

Era difícil recordar el rostro del hombre. La noche en que Antony se había sentado en la casa circular llena de gente y lo había oído reunir a esos hombres condenados para la batalla, Antony había estado demasiado absorto en su estudio de Eirbrin y en el autorreproche. Pero Calgacus había ordenado esto. Los hombres que habían viajado desde el extremo de la nación habían respondido a la llamada a las armas a causa de un hombre. Él era, de hecho, un líder.

"Vamos a mirar."

El campamento no estaba muy frío. No había evidencia de aburrimiento o vandalismo en la gran aldea abierta. Todo estaba bien cuidado y aún había caras en algunas de las puertas. Los ancianos y los muy jóvenes de ciertas familias afortunadas estaban esperando aquí entre bastidores.

La plaza de la aldea estaba desolada y él había visto grandes hogueras en las noches anteriores, pero el lecho del fuego estaba frío y el aire fétido a ceniza húmeda flotaba a su alrededor. Antony pasó junto a este hacia la casa circular de la comunidad y se bajó del caballo.

Nadie se acercó y él esperó junto a la puerta mientras Brin y Ula caminaban para unirse a él. Cuando Antony se metió debajo de la paja, soltó un silbido entre dientes. “La residencia real," dijo él mientras Ula pasaba por su lado y se servía los restos de un desayuno comunal.

El fuego en las chimeneas centrales se había reducido a cenizas, pero el espacio se había mantenido bien calentado. Junto con el amplio banquete sobre mesas de caballete y los sofás, la enorme sala contaba con gruesas alfombras y pieles en el suelo y las

paredes. Una enorme cama de paja, levantada sobre vigas cruzadas hasta la altura de la cintura y envuelta en velos y cortinas, se posaba pesadamente junto una pared. Sus mantas eran ricas telas teñidas de vivos colores y relucientes con hilo metálico.

Y atrayendo la atención de Brin, ella cruzó la sala a toda prisa, una vasta tina de hierro, levantada sobre pies bulbosos y calentada desde abajo por pequeños fuegos y un montón de piedras redondas calientes.

El roce de una espada en su vaina hizo girar a Antony en redondo, con su propia espada alzándose sobre el hombro mientras se volvía. Ula estaba a su lado en dos zancadas, las espadas ornamentadas que ella tanto amaba ya en sus manos.

"No hay razón para que estéis aquí." El orador no tenía más de treinta y cinco años, pero su voz tenía la clara autoridad de un comandante.

"Por supuesto que la hay." Brin habló detrás de ellos. "¿No te dijo Euguein que me esperaras?"

La espada cayó al suelo mientras el joven oficial avanzaba, empujando a Antony y a Ula como si fueran obras de piedra, y envolviendo a Brinnie con fuertes brazos. "Oh, zagala, qué bueno verte. No sabíamos qué había pasado."

"¿Euguein no está aquí?" preguntó ella liberándose.

"No. Aún no ha regresado. Grandes dioses, vamos. Te llevaré con Calgacus."

"No." Antony escuchó la creciente desesperación en la voz de Brin y se le tensó el corazón dolorosamente. "No. Necesito comer y descansar. Quiero usar esto." Ella señaló la bañera. "Hay mucho tiempo y tú tendrá las manos ocupadas. Te seguiré cuando esté preparada."

"Haré que los muchachos te traigan agua." El joven oficial pasó una rápida evaluación de la habitación. “Y más leña. ¿Comida? No estoy seguro de qué comida queda aquí, pero veré qué puedo encontrar."

"No se lo digas," dijo ella rápidamente, y de nuevo Antony escuchó suplica en sus palabras. "Me uniré al campamento cuando esté preparada y lo sorprenderé. Si Euguein no te ha dicho que yo estaba en camino, que se sorprenda cuando lo vea."

El joven pareció inseguro. En una pesadilla de personas y organización, a nadie le gustaban las sorpresas. Pero era evidente para cualquiera que la mirara que Brinnie necesitaba descansar y comer, y ese simple hecho influyó en su juicio. "Sí, está bien." A Antony ya Ula les dijo: “Vosotros dos deberíais comer aquí también antes de iros. Enviaré una escolta a Eirbrin. Cuando ella esté lista, la llevarán con nuestro líder."

"No." Antony miró al suelo, sintiendo el color desaparecer de sus mejillas, luego miró arriba para encontrar la irritación del comandante. "Euguein la juró bajo mi cuidado y yo me quedaré con ella."

"Él no está aquí y yo te digo que te quedes aparte."

Antony no tenía ningún interés en discutir con este hombre, excepto desahogar la frustración que aumentaba en su garganta. Vivía con rango y orden todos los días, y no se podía ignorar la autoridad insinuada en la postura y el tono de este hombre, pero aunque Antony no hubiera recibido la llamada de un oficial superior, aún se habría negado. Brinnie había estado aquí el tiempo suficiente para que él consiguiera el número de tropa y ella no iba a pasar ni un minuto apartada de su lado. "Dejaré el cargo cuando él me lo ordene y no antes."

"Euguein no puede estar muy lejos," intervino Brin, moviéndose para quedar entre los hombres, su rostro modelaba una sonrisa tranquila. "Créeme Arlen, él mismo querrá hablarle a Calgacus sobre este hombre. Y sobre lo que fue capaz de hacer y por qué está aquí."

Arlen miró de Brin a Antony y viceversa, obviamente nada impresionado por la sugerencia de heroísmo, y descontento por dejar a un hombre tan cerca de esta mujer en particular. Asintiendo hacia Ula, dijo: "¿Y ella?"

"Puedes quedártela." Antony sonrió como una víbora, pero Brin se

adelantó en su nombre.

"Aquí habrá gente de casa, Ula. ¿Dónde quieres estar?" Ella no se volvió para mirar a Ula, y solo el escrutinio más detenido podría haber detectado un ligero matiz de disgusto. "¿Quieres seguir adelante y encontrarlos?"

Ula enfundó las espadas en su cinturón y se acercó para colocar un brazo alrededor de las caderas de Antony. "Me quedaré con mi hombre. Cuando salga del servicio, iremos juntos a buscar a nuestra familia. Yo puedo esperar si él puede."

Antony sofocó una risa abierta. Esta chica era un zorro. Si había un momento o lugar en el que ella no estaba por delante del juego y pensando en sí misma, él aún no lo había visto. ¿Por qué iba ella a dejar las comodidades de este salón en aras del áspero barro y el caos en el campamento de abajo? Y al ponerse en su brazo hizo que el oficial relajara su desaprobación lo suficiente como para que este diera un paso atrás.

"Brinnie..." Él estaba indeciso. Las dudas se apoderaban de su rostro, tirando de los músculos de sus mejillas. "Si fuese otra en vez de ti..." Se dio la vuelta. "De acuerdo. La ceremonia comienza al anochecer. Come y duerme. Te enviaré agua y comida."

"Gracias. Eres una joya." Brin lo abrazó. "Y recuerda, ni una palabra."

El hombre encaró a Antony y miró fijamente a Ula, aún enredada alrededor de él como una vid. "Si ella no ha encontrado el camino hasta el palio para entonces, enviaré una escolta armada aquí para ella. Y deja que te explique algo, para que sepas por qué no vas a recibir aquí una bienvenida muy cálida. Estamos haciendo algo que nunca se ha hecho antes, a una escala que nuestros padres nunca soñaron. Y todo, todo, descansa sobre los hombros de un hombre. Hay más de nosotros, por supuesto, pero todos seguimos el sueño y la visión de un solo hombre. Ella es parte de esa visión. Entiendes. Para él, y también para nosotros, ella es la pureza de la unión que vamos a forjar aquí. Ella es el espíritu encarnado de nuestra tierra. Si algo le sucediera, si alguien la lastimara, si siquiera pensáramos que alguien podría alejarla de esta causa... Bueno, puedes

adivinarlo."

Su tono dejó la amenaza bastante clara. Y no era el gran daño hacia ella que él había imaginado. Este hombre, como Euguein y sin duda todos los generales en esta guerra, quería a Brin junto a su líder. Todos comprendían la necesidad que él tenía de envolverse con su gracia, de cubrir el miedo y el dolor, de encarnar la esperanza y la victoria, para ocultar la culpa y el terrible precio. Que él supiera, cada uno de ellos envidiaba a su señor.

"Sígueme," le dijo Arlen a Antony, y se dirigió a la puerta y se agachó hacia el brillante día.

Él ya estaba montado, mirando con impaciencia, cuando Antony volvió a montar en su propio caballo. No esperó una pequeña charla o explicaciones, simplemente giró el caballo hacia un camino que conducía a la montaña y esperó que lo siguieran. El camino se movía a través de escarpadas pinadas tan densas que tapaban el sol, pero no habían ido demasiado lejos cuando Arlen se hizo a un lado y desmontó, saliendo a un plano afloramiento de roca que constituía una plataforma de observación natural para el valle.

"Ya ves que hay veinte palios principales."

Tal como dijo, la vista de abajo era como la de un enorme día de mercado. En el punto más alejado, enclavado en una curva en el curso de un río de buen tamaño, estaba la más grande de una colección de tiendas y amplios palios. Esparcidos por todos lados había veinte grandes y cientos de cubiertas de lona más pequeñas.

Los hombres se movían por los terrenos en un caos asombrosamente ordenado. No se parecía a ningún campamento militar que Antony hubiera visto, pero la precisión con la que se habían trazado los caminos y los callejones era obvia, al igual que la cuidadosa adhesión a alguna oscura norma vital. Carros y vehículos de todo tipo rodeaban la zona, pero muy pocos se movían dentro de los límites del campamento.

“Lo único de lo que tienes que preocuparte es el palio principal. ¿Míralo? Recuerdalo. Si Brin no está allí antes de la puesta del sol, estás muerto."

"Estás muy seguro de ti mismo."

"No. No lo estoy. No estoy seguro de nada, por eso sigo vivo." Arlen lo fulminó con la mirada y leyó la dura experiencia que había moldeado las actitudes de este hombre. No eran tan diferentes a las suyas. "No creo que Euguein haya dejado a un extraño para escoltar a Brin, no mientras haya aliento en su cuerpo. Si él viene, estará aquí antes de esta noche, y yo mismo le preguntaré por qué hizo eso."

"Haz eso." Él podía esperar a que Euguein respondiera a todas sus dudas. Ese tiempo le venía muy bien a Antony. "El círculo," Antony estudió el campamento y señaló hacia abajo. "¿Lo construyeron los druidas? ¿Es ceremonial?"

Donde la tierra retrocedía desde la orilla del río y se curvaba en un vasto arco hasta la base de la montaña que habían escalado, se había marcado un amplio círculo plano en la hierba. Piedras del tamaño de un hombre corpulento se alzaban a breves intervalos alrededor de la circunferencia, y dos rocas mucho más grandes marcaban el punto más alto de la curva más cercana al campamento. Una, ancha y plana como un bloque macizo, estaba en desacuerdo con la orientación de todas los demás. La segunda, un enorme pilar de muchos codos de alto, yacía en la hierba con su base colgando sobre un pozo, envuelta en cuerdas y armazones.

Y, llenando la mayor parte del terreno despejado dentro del círculo, una pila gigantesca preparada para la luz. La hoguera más grande que Antony había visto jamás. Su luz sería un faro para los generales romanos dondequiera que estuvieran.

"Sí."

"Dime; ¿Existe otro campo tan grande como este? ¿El sitio elegido para encontrarse con los romanos es tan bueno como este?"

"Ese está más adelante. Si estás vivo al amanecer, lo verás." Arlen sonrió y el fanatismo brilló en sus ojos. "No, no es tan ancho ni tan profundo, pero los sacerdotes lo eligieron."

"¿Y eligieron este para ellos?"

"No digas nada sacrílego aquí. No en este lugar. Hoy no."

Él hombre se había inflado y Antony levantó una mano para tranquilizarlo. “Solo estoy viendo el tamaño de vuestras fuerzas. Es enorme. ¿Estáis seguro de que tenéis espacio para desplegar a todos estos hombres?"

"Sí. Estoy seguro. Y este es el momento más importante. Tenemos más corazón y más tropas, pero solos y separados, seremos eliminados como Roma eliminó a todas las demás tribus de britanos. La única vez que los detuvimos, en el Sur fue cuando unimos nuestras fuerzas, cuando nos mantuvimos unidos. Solos somos débiles, pero una vez que estemos unidos, una vez que estemos unidos para siempre como un solo pueblo, Roma nunca tendrá una oportunidad."

"Sí. Tienes razón, amigo. Ni una oportunidad." Antony observó a los hombres, mujeres y niños que se movían confiadamente hacia el glorioso campamento de abajo. Una mente brillante lo había concebido, y todo marchaba impecablemente. Esto inspiraría confianza en el hombre más hastiado de la tierra… hasta que supieran que los sacerdotes habían elegido el campo de batalla y los habían condenado a muerte.

***

La cabaña estaba demasiado caliente, sus sombras desvanecidas por los fuegos en la chimenea y debajo de la artesa de hierro, y luego también por varios braseros encendidos y humeantes, pero la luz era perfecta. La luz era pura magia.

The hut was too warm, its shadows banished by fires on the hearth and under the iron trough, and then also by several braziers lit and smouldering, but the light was perfect. The light was pure magic.

Al entrar, Antony se detuvo para dejar caer la capa y la alforja y soltar el cinturón de la espada del hombro. No había mucha más comida en el banquete de la que había cuando llegaron, pero se acercó y tomó una fuente.

"No puedo creer que exista este lugar." Brinnie se frotó los brazos,

aún sintiendo un frío que no estaba presente en la habitación. Su rostro permanecía fantasmal, con ojos ensombrecidos, suplicando silenciosamente por su rescate. “Siempre fue un soldado. Comer y dormir con sus hombres. No puedo imaginar al hombre que vive así mientras la gente muere de hambre en el barro."

Ula se metió pacientemente la especiada comida en la boca. No había dejado de comer desde que un grupo de mozos, todos vestidos con túnicas ribeteadas en oro a juego, habían entregado existencias frescas a la mesa. "Los aduladores, Brin. No importa lo que quiera el rey, el rey obtiene lo que un rey debería tener. Eso lo hace mucho más dependiente."

Antony se volvió hacia Brin, Le rodeó los hombros con los brazos y la apretó en su pecho. "¿Estás bien?"

"No." La comida que había intentado comer estaba en un bulto caliente justo encima del estómago. El malestar se arremolinaba en el ácido debajo de esta, batiendo la bilis en picos dentados y ella sentía el estómago flojo y pesado.

"Come. Y te sacaré de aquí."

"¿Estas loco?" Así que ya había tenido la oportunidad de medir la competencia de los generales por los que iba a luchar y, habiéndolo hecho, ahora estaba feliz de cabalgar hasta el barro del campamento de abajo y unirse al grupo. "Voy a ninguna parte. Arlen es un hombre de palabra. A menos que le haya dado alguna razón para dudar de nosotros, no le dirá nada a nadie. Incluso de niña no he tenido un lujo como este. Ula ya ha registrado los cofres. Algunas baratijas, un poco de oro, lamentablemente nada de ropa bonita. Pero yo me sumergiré en esa bañera y dormiré en esa cama. ¿Cuántas horas tengo hasta el anochecer?"

Antony se movió inquieto, el único indicio de que se sentía incómodo. "Cuatro, tal vez cinco."

Cinco horas de paz. Cinco horas antes de afrontar las amenazas de este campamento. Ella asintió y suavizó su tono. "Arlen te estaba amenazando. No confía en ti."

"Lo sé."

Brin levantó la cara del calor de su pecho y lo miró a los ojos. Tenía sus propias dudas y preguntas que necesitaba hacer, cosas que había pospuesto hasta ahora y que ya no podían guardarse, pero no mientras Ula permaneciera presente como un buitre sobre un moribundo. "Él hablaba en serio."

"Lo sé."

Ula caminó hacia la bañera y movió una mano dentro del agua tibia. "Si puedo usar esta bañera primero, haré de guardia. Me sentaré en la puerta mientras vosotros dos dormís."

Brin cerró los ojos y trató de imaginarse a Ula muy, muy lejos, y Antony se echó a reír y se acercó a ella. "Me prometí a mí mismo que nunca te daría la espalda, y definitivamente nunca cerraré los ojos mientras te tenga detrás de mí."

"Eso fue antes de que supieras cuánto voy a perder si te apuñalo.."

"No hay trato. Puedes bajar al campamento principal. Está limpio y bien distribuido. Apuesto a que tienen puestos de baño allí, tienen de todo lo demás."

"¿Bajar sin ti? ¿Y hacerles pensar que tú estás aquí arriba a solas con la preciosa dama? Eso sería arriesgado."

Brin se acercó a uno de los braseros de hierro y movió con palos, girándolos y observando cómo el color subía y bajaba. "Yo voy a usar esta bañera. Vosotros dos podéis pasear por las colinas y discutir todo lo que queráis. Mejor aún, podéis ir a buscarme un poco de vino. Me gustaría mucho algo para aliviar estos moretones."

Ula se inclinó sobre el banquete y levantó una jarra de plata. "Hecho. Y yo haré la guardia de todos modos." Brinnie captó el pequeño ceño fruncido, la resignación en sus ojos cuando se volvió. "Puedes que me lo debas."

"Te saqué de *Inbhir Nis* y te traje a casa," dijo Antony. "No te debo nada."

Ula le lanzó una sonrisa burlona con desdén, caminó despacio hasta la puerta y entró en la brillante luz del sol, y Brin sintió un aumento de euforia en el cuerpo. Tenía preguntas, pero tenía cuatro o cinco horas en esta maravillosa habitación con su hombre.

El agua estaría bastante caliente.

Los latidos de su corazón se aceleraron y su estómago revuelto dio un vuelco y se asentó más mientras tomaba un puñado de lavanda crujiente de flores secas y hierbas y las arrojaba al agua caliente. Más allá de la chimenea y el banquete, Antony se agachó junto a un sofá con la atención puesta en operar el respaldo alto. Cuando se puso de pie, apartó una sección del marco y puso el sofá en su extremo. Feliz con sus esfuerzos, se dirigió a la puerta y encajó el sofá roto en la abertura.

"No confías en ella, ¿eh?" Brin sonrió y agitó la mano a través del agua, extendiendo el popurrí, observando flexionarse esa espalda y hombros mientras él se movía.

"Ni una pizca." Se acercó a donde estaban su capa y su alforja en el suelo, cogió el cinturón de cuero y lo depositó en el suelo junto a la cama.

Su ansia de destrucción aún no se había saciado y se movió junto al marco de la cama, donde separó uno de los velos vaporosos que cubrían la enorme cama y lo arrancó de sus rieles. Tiró de él de varias maneras y también pareció complacido con esos esfuerzos. Tirándolo al suelo junto a la alforja, se trasladó al banquete, sacó pan y cortezas de una tabla de cortar ancha y lo tiró también a su pila en el suelo.

"¿Qué estás haciendo?" La sonrisa comenzó a temblar cuando la diversión dio paso a la curiosidad. De mala gana, apartó la mirada de él y echó agua sobre las brasas para apagar el fuego.

"Ya lo verás." Moviéndose como un hombre con una misión singular, alcanzó el segundo sofá, comprobó el diseño de la habitación, lo arrastró por el suelo y lo colocó entre la cama y la bañera. Luego, con todo como quería, caminó lentamente hasta donde ella estaba y deslizó los dedos por sus mejillas, ahuecando su

rostro entre sus fuertes manos y volviendo sus labios hacia los de él.

Miedo repentino estalló en su pecho y ella dio un paso atrás, su corazón en pánico se aceleró para asfixiarla con el susto. Ella jadeó y retrocedió de nuevo, mirándolo como si acabara de apuñalarla en el corazón. Ella no podía respirar; un nudo de horror se le había subido a la garganta y se había alojado allí.

"¿Qué?" El miedo en ella quedó reflejado, el místico frenético miraba desde los ojos de Antony.

"Yo...," balbuceó ella. "Nada. No lo sé. Solo entré en pánico."

"¿Pánico? ¿Estás segura de que no quieres salir de aquí? Si tienes miedo, te llevaré a un lugar más seguro."

"No." Brin rió de manera poco convincente. "Lo siento. No sé lo que ha ocurrido. Yo es que.... Estoy bien ahora. Ya ha pasado."

“Esto es demasiado, con todo lo que ha sucedido en los últimos días. Necesitas descansar y recuperar fuerzas."

Él estaba en lo cierto. Todos los horrores de su vida se habían juntado aquí, todos los malos recuerdos y el dolor y la culpa la habían seguido a lo largo del viaje. Todos sus fantasmas estaban aquí con ella ahora. Solo su confianza en este hombre le daba el valor para seguir. Y él tenía secretos que amenazaban su control sobre ese coraje. Todo iría bien.

Él la rodeó con los brazos y la abrazó, la dejó cerrar los ojos y respirar, la dejó encontrar el equilibrio en él y ella lo abrazó con fuerza. Cuando los latidos de su corazón se calmaron, ella levantó la cara, cerró los ojos y buscó su beso.

La boca de él era dicha. Ecos de carne condimentada y vino dulce seguían en esa lengua, y esos labios eran tan suaves como pétalos estivales.

Cuando ella abrió los ojos, él sonrió. "Siéntate," le dijo.

Ella sentó en el sofá y él se sentó a horcajadas frente a ella, le tomó un pie en la mano y le desató la bota desde la espinilla hasta los

dedos de los pies. Primero uno y luego el segundo. "No los necesitas." Él sonrió y ella se dejó llevar por las risitas que subieron a su boca.

"¿Por qué moviste la habitación?"

"Quiero ver cómo te bañas, y este es un buen lugar."

Los temblores nerviosos comenzaron de nuevo en su vientre y sus mejillas se ruborizaron. "Pensé que podrías unirte a mí."

"Podría."

"Pero ¿te gustaría verme primero?"

"Sí."

Se inclinó hacia ella y ella llevó la boca sobre la suya, su respiración de repente se hizo más laboriosa. La idea de él mirándola, de esos ojos sobre su piel desnuda y el calor del placer elevándose en su sangre, le envió un estremecimiento de anhelo por el cuerpo.

Ella se reclinó y giró para ponerse de pie, con las nasales dilatadas mientras se mordía el labio y trataba de evitar que la ráfaga de su propia respiración la ensordeciera. Él observaba cada movimiento, con la piel en ella agudamente consciente del calor de esa mirada aun cuando ella agachó la cara.

Los dedos de los pies se curvaron en las suaves pieles de las alfombras, y ella giró para encararle, con unos dedos temblorosos recorriéndole la espalda, palpando detrás de las caderas los lazos que mantenían la falda en su lugar. El lazo cedió y la pesada falda cayó deslizando, su áspero tejido rozó la sobrecalentada piel del vientre como el paso de una lengua.

Un pequeño gemido escapó de la boca de Brin, y ella se atrevió a levantar la cara lo justo para mirarlo. Sus ojos eran charcos oscuros, su azul claro escondido en las sombras de sus pestañas y una pequeña sonrisa tocaba sus labios carnosos. El calor de la lujuria y el terror exquisito revoloteó y se revolvió en su estómago, ella estaba mareada y la respiración y las rodillas eran inestables.

Ella tiró de las masas de tela reunidas en sus caderas, dejando que se deslizara sobre la piel desnuda de sus muslos y formara un montículo enredado a los tobillos. La túnica que llevaba le llegaba hasta los muslos, cayendo sobre sus caderas cuando las bolsas de su falda cayeron, y ella levantó un poco el dobladillo, dando un paso hacia un lado para liberar los pies.

Antony observaba, consciente solo de esa cercanía y el pulso duro que empujaba la sangre ardiente a través de su carne. Era demasiado fuerte, le latía en los oídos, le quemaba la garganta y los lóbulos de las orejas, le erizaba los vellos del pecho y rodaba en ondas calientes desde los hombros hasta la espalda.

Ella alzó la cara lo justo para dejarle ver la tímida sonrisa que se dibujaba en esos labios, luego se apartó de él, caminó hacia el lateral de la bañera y recogió los pétalos, estirándose de modo que el dobladillo de la túnica subiera la suave curva de sus nalgas. Por un momento él vislumbró una promesa oculta, más oscura donde la crema inmaculada de su piel se deslizaba hacia las sombras.

Una áspera lana gris cayó de nuevo para quitarle el premio de su vista, y ella la apretó por la cintura, tirando nerviosamente de la tosca tela con las manos. Lentamente se giró, regresando hacia él, cruzando los brazos para tomar la parte inferior de la túnica con ambas manos. Mientras la levantaba, lentamente, se retorcía para liberar la túnica. Ella estaba tan cerca, él podía oler su cabello y su piel, y el sabor de su beso era reciente en su lengua. Delante de él, lo bastante cerca para tocarla, la línea larga y limpia de sus muslos se ensanchaba en la suave curva de las caderas, y un nido de rizos castaños llevaba fuego a sus dedos.

La túnica le rozaba los costados, la cresta de cada costilla se deslizaba de la sombra a la luz dorada a medida que se elevaba. Su tejido fruncía la piel clara mientras se arrastraba, haciendo cosquillas sobre suaves curvas para revelar la copa redondeada de unos pechos, el rosa de sus pezones. El calor de su piel lo alcanzó, el latido del deseo ardía en su ingle, y él levantó las manos, enviando dedos para tocarla.

Brin dejó caer la túnica al suelo y sus manos se levantaron rápidamente, atrapando los dedos de Antony mientras estos se

movían hacia ella. Ella fijó su mirada en la de él, le dolía el pecho en cada respiración, mientras esos ojos recorrían su piel, despertando su conciencia de su propia desnudez y vulnerabilidad insoportable. Abriendo sus manos, estirando sus propios brazos mientras ella separaba los de él y los alejaba de ella, Brin arqueó la espalda, llevándole el rosado capullo hinchado de sus pechoa hacia los labios.

La boca de Antony se cerró sobre un pezón y atrajo la dulce carne profundamente en la abrasadora suavidad de su boca.

Brinnie gimió, el aire suspiró y se meció, las rodillas dolían por querer doblarse. Ella abrió los ojos y se armó de valor, observando cómo los labios y la lengua de él cosquilleaban y le chupaban los senos, y se preparó para dar un paso atrás. Ninguna parte de su carne quería romper el contacto, pero el espíritu diabólico que habitaba en sus huesos la instó. Paso atrás. Deja que la quemadura crezca, míralo anhelando por ti. Dolor por él.

Ella retrocedió, dejó caer sus manos y se volvió, temblando, hacia la bañera.

Una mano se extendió y un toque inesperado, las yemas de sus dedos rozando la curva de su cadera, brilló sobre su piel como un relámpago, arrebatándole el aliento y erizándole el pelo de la nuca como una carga estática. Cuando ella se volvió para mirarlo, con una sonrisa creciendo en sus labios, él se había inclinado casi desde el sofá, sus ojos ardían, pasaba la lengua por los dientes.

"Eres exquisita," dijo él con voz ronca, y lentamente se relajó y se sentó en el sofá. Con una sonrisa tan cálida e inestable como el fuego parpadeante, levantó una mano hacia la bañera detrás de ella y dijo: "¿No te bañas?"

"Tenía que desnudarme," dijo ella abriendo las manos con franca honestidad, y la sonrisa en él se hizo más amplia. Con cuidado, ella se estabilizó en el borde de la bañera, luego levantó la pierna y se metió en el agua.

El calor le subió por las piernas y le mordió los dedos de los pies y los tobillos. Ella hizo una mueca ante el mordisco, sujetándose a los

bordes de nuevo mientras se bajaba lentamente a la bañera. El calor le sacó el aire y ella hizo una mueca, pero lentamente, muy lentamente, su cuerpo se acostumbró al calor y se relajó. El vapor era fragante, muy condimentado, tal como lo había sido la comida y ella lo respiró hondo.

Se juntó el cabello, levantándolo de los hombros y retorciéndolo en un fallido nudo en la nuca. Mientras se retorcía y se soltaba, deslizó los hombros hacia el agua y cerró los ojos. Felicidad.

"Deberías unirte a mí. Esto es maravilloso." Ella estiró las piernas, apoyó los tobillos en el borde y movió los dedos de los pies en el aire cálido.

Antony se sentaba con las rodillas levantadas, con la tabla de madera encajada con fuerza en los muslos. Había envuelto la fina tela de la cortina sobre la madera y estaba trazando suaves líneas negras sobre la superficie, mirando hacia arriba de vez en cuando, sonriendo.

Brin casi saltó del agua. "¿Qué estas escribiendo?" exigió.

"Runas mágicas." Él sonrió. "Estoy escribiendo todo lo que sé sobre belleza."

"¿Puedo verlo?"

"Más tarde." Sus manos volaron con la certeza de su visión. Cuando tiró de la tela hacia abajo y estiró algo de tensión en la siguiente sección, no fue la frustración del fracaso lo que aceleró sus dedos, sino la inspiración para dibujar de nuevo, otro ángulo, una mejor luz, sus hombros, su barbilla, la forma en que su el cabello le caía por la espalda en rizos.

"¿Por qué?" Los ojos de Brin estaban muy abiertos, toda la paz y la relajación habían desaparecido y ella estaba colgada del borde de la bañera con los nudillos blancos.

“Quiero que veas lo que yo veo cuando te miro. Quiero que sepas lo hermosa que eres en realidad."

"Tengo un espejo." Se echó hacia atrás un poquito, su pecho

palpitaba pero su mirada era un poco más suave.

"Eso no es suficiente. Puedes mirarte el espejo y ver los defectos que deseas ver. Con esto solo puedes ver lo que quiero mostrarte."

"¿Estás diciendo que no veo lo que hay, solo lo que quiero ver?" Sus cejas se levantaron en un desafío y él se rió.

"No. Estoy diciendo que yo veo lo que hay realmente allí, independientemente de lo que creas sobre ti misma."

"Ese es el secreto de tu visión, ¿verdad? ¿Así es como emites tus oráculos?" Ahora ella también estaba sonriendo.

"Tal vez. Tú eres todo lo que puedo ver. Así es como sé que mi perspectiva es la correcta." Él la miró, deslizando la tabla hacia abajo. “Vuelve a sentarte en la bañera como una diosa. Quiero ver la sangre de las hadas en tus venas."

"No puedo ahora, estoy demasiado tensa. Tengo que volver a relajarme. Los músculos de la espalda y costado están tensos de nuevo." Apoyó la barbilla sobre los brazos cruzados y sonrió. "Podrías venir aquí y ayudar."

El podria. Y quería hacerlo, al menos tanto como había querido captar su luz.

Y debería. Mañana..., dejó de pensar en la batalla que se avecinaba y miró críticamente el trabajo que tenía. Dejó la tabla en el sofá y se inclinó para desatarse las botas.

Lo haría.

Capítulo 16

Brinnie le observó desnudarse, tal como lo había visto vestirse en la aldea. Había gracia en sus movimientos: gracia tensa, ágil. Músculos magros y duros debajo de la piel pálida. "Tienes que afeitarte," dijo, el recuerdo de su barbilla áspera en la piel desnuda de su vientre le envió un pequeño escalofrío por la columna.

Él sacó el cuchillo de desollar de la funda y se lo entregó, luego caminó casualmente hacia un cofre al otro lado de la cama. Revolvió entre los tarros y frascos que había allí, oliendo uno que parecía prometedor y llevándolo a la bañera con él, junto con un bloque de sebo.

"¿Por qué no ha puesto él una guardia en todo esto?" Preguntó Brinnie. "La gente de ahí fuera saquearía este lugar si supieran que todo está aquí esperando que él regrese."

Antony se metió en el agua y Brin se deslizó hacia atrás, haciendo espacio. "Él no va a volver." Se encogió de hombros. “Si la batalla sale bien, seguirán moviéndose hacia el Este, se defenderá de los romanos hacia la costa. No necesitará nada de esto, pero siempre puede enviar jinetes de regreso por lo que quiera. Si la batalla sale mal, todo esto es solo un excedente, demasiado para llevar en retirada."

Brinnie giró entre las rodillas de Antony y se apoyó en su pecho. “¿Tú has luchado siempre? ¿Toda tu vida?" El miedo y la reluctancia en ella estimularon el corazón y ella lamentó la pregunta tan pronto como fue formulada. No era el momento ni el lugar para las historias de vida. Aún no. Había mucho más que aprender sobre él, tantas formas de verlo. Ella nunca lo había visto dormir. No había descubierto aún lo que lo hacía reír.

Tanto que aprender. Y abundante tiempo.

"Así es," respondió él suavemente posando los labios en su coronilla. "Toma."

Le tendió el frasquito de aceite fragante y ella se giró torpemente, se puso de rodillas y se deslizó para colocarse sobre sus muslos. Hizo malabares con el cuchillo y la botella, vertiendo un charco de aceite en la palma de la mano y pasándoselo con fuerza sobre la mejilla.

Hizo una pausa, mirándolo profundamente a los ojos, pasando la yema del dedo suavemente por esos labios. En un momento ella besaría esos labios. Y ese cuello. Y el ancho músculo de ese pecho. Y ese vientre, donde una línea oscura de vello descendía desde el ombligo.

Se concentró en la hoja afilada, la colocó de lado sobre la piel de él y se mordió el labio mientras deslizaba el filo hacia abajo. Las primeras veces que la pasó por la mejilla, esperaba ver un lavado de escarlata subiendo y bajando, pero afeitar a un hombre no era una habilidad que se olvidara fácilmente.

Le había afeitado la barbilla a su padre desde la infancia. Y a Cam. Y al dueño de esta habitación. Sus rostros aparecieron ante ella y ella los apartó. Su atención estaba puesta en Antony. En sus pestañas largas y espesas donde descansaban en su mejilla. En la promencia y el hueco de su mandíbula y el azul debajo de su ojo. En esos labios.

El bloque de sebo se había girado en las manos de Antony y él le subió la suave y viscosa espuma por los hombros, y esas manos calientes se deslizaron lentamente hacia abajo y hacia arriba por los brazos hasta el cuello y el pecho.

Ella se enderezó conmocionada. "Esto es afilado y tengo que concentrarme."

Las manos de él siguieron moviéndose en círculos lentos, pasando la espuma sobre su piel y sonrió. "Confío en ti. Eres una mujer de muchos talentos."

El rastro de jabón volvió a los hombros y llegó detrás de ella, deslizándose suavemente sobre la espalda y hacia abajo, haciendo cosquillas por las costillas. Ella sonrió y se retorció, tratando de concentrarse en los dientes de la hoja sobre la barba, tratando de

mantener los ojos en esa piel.

Él humedeció el bloque, estirando la mano hacia atrás para rozarle apenas los costados y luego para mover ambas manos lentamente, deslizándolas a lo largo de la parte inferior de las costillas, sobre el vientre y hacia arriba. Brin se congeló, cerró los ojos, arqueó la espalda y se inclinó hacia esas manos mientras estas le cubrían los pechos, rozaban los pezones palpitantes y salían. Su tacto era ligero. Sobre la piel sensible de sus axilas era como el correr de las patas de un insecto, como un millón de lenguas diminutas lamiéndole la piel.

Ella abrió la boca para hablar, pero las manos de él encontraron los ansiosos pechos de nuevo, sus pulgares pellizcaron suavemente sus cumbres y ella cerró los labios y suspiró. Su respiración era más difícil, se le ponía la piel de gallina bajo cada movimiento suave de esas manos y una urgencia inquieta crecía en sus caderas.

Como si hubiera leído su ardor, él deslizó las manos hacia abajo para tomar las nalgas, levantándola del asiento, llevando esos labios hacia los suyos. Con las manos llenas, ella se inclinó hacia esa boca, el fragante aceite de baño manchaba esa mejilla y barbilla mientras ella avanzaba arrastrada sobre las rodillas, sintiendo la dura insistencia de la erección debajo de ella.

Equilibrada sobre esos antebrazos, apoyada en los hombros, ella dejó que el beso perdurara. Su lengua acarició la de ella, dulce en su boca y esos labios se movieron con un ritmo lento y sensual que se hizo eco a través del cuerpo, torciendo suavemente la columna y moviendo las caderas. La respiración en ella seguía contenida, doliendo y gimiendo en su boca mientras esas resbaladizas manos reanudaban sus suaves barridos de su carne húmeda. La suave presión en la espalda la atrajo más cerca de él, esas palmas calientes sobre sus pechos la movieron lentamente hacia atrás.

"Voy a terminar esto," susurró ella mientras dejaba caer la cara sobre su hombro, gimió y se alejó un poco de él. "No quieres que te afeiten solo una mejilla, así que déjame terminar." Su voz era apenas más que un aliento y temblaba, el pulso acelerado le sacudía las muñecas, las manos y los dedos.

"¿Y luego?" murmuró él en su mejilla, con las manos tirando de sus caderas hacia donde habían estado.

"Podrías desangrarte hasta morir," dijo ella. "Me tiemblan las manos."

"Dejalo." Esas manos nunca se quedaban quietas, deslizándose sobre la piel caliente y húmeda, quitando la espuma resbaladiza y cambiando su peso contra él. "Te quiero ahora. Quiero besar cada palmo de tu piel."

Esas palabras provocaron erupciones de sudor en el vapor y la respiración en ella se acortó mientras ella bajó los labios por ese hombro, succionando y mordiendo suavemente el músculo duro. "Espera," susurró ella sin estar segura de poder o de querer.

Él negó con la cabeza, levantándole las caderas para que sus pechos se elevaran hacia él. "No." Su boca ardía cuando sus besos rozaron su piel.

"Tenemos cinco horas completas." Ella sonrió, dejando que su aliento caliente se derramara por su cabello. Sentada con determinación, lo hizo mirarla de frente y esperó a que abriera los ojos. Ella había dejado de intentar controlar su respiración, tenía la boca abierta, seca en el aire húmedo y ella tragó pasando la lengua sobre los labios mientras blandía el cuchillo hacia él.

"Siéntate quieto y mantén las manos a los lados." Ella sonrió. "Si no."

"Cruel," suspiró él y apoyó la cabeza en el borde de la bañera.

"Sobrevivirás." Si ella podía hacer que sus manos agarraran el cuchillo y mantener la mente en lo que estaba haciendo, puede que él sobreviviera.

En su mayor parte, él mantuvo su palabra, sentado muy quieto y mirándola con ojos entornados. Dos veces alargó la mano para acercarla más, con una malvada sonrisa en los labios, y la segunda vez ella no intentó mover las caderas hacia atrás. Acercó su concentración a su labio superior, temerosa de dañar el delicado

arco, y alzó la hoja con movimientos largos y confiados mientras aclaraba la oscuridad debajo de su mandíbula y cuello.

"Listo." Ella suspiró sobre esos labios, besándolo por fin. "Todo terminado. Ahora, ¿qué estabas diciendo antes?"

"No lo recuerdo." El baño se había vuelto lácteo y Brin se deslizó hacia el borde de la bañera mientras se salpicaba las mejillas y el cabello con agua caliente. Él se inclinó hacia atrás, estudiándola, esparciendo espuma por su propio pecho y bajo los brazos y la barbilla, limpiando los pinchazos que le picaban. "¿Qué estaba yo diciendo?"

"Algo sobre besar, ¿verdad?" Ella levantó un dedo del pie y trazó una larga línea por la espuma viscosa sobre ese pecho.

"¿Puedo moverme ahora?" Sonrió mientras tiraba el jabón salpicando.

"Sí."

"Bien."

Se levantó de repente, salió de la bañera y la levantó del agua.

Cuando la recostó, mojada, sobre la ropa de cama de colores brillantes, Antony sintió una hinchazón física muy real en su corazón. Ella era perfecta. El toque de su piel en sus labios encendía un fuego en su sangre que consumía todo el tiempo y toda la razón. Tenía la sensación de que si podía sentarse en algún lugar cercano, podría mirarla por una eternidad y nunca cansarse de la vista. Pero tocarla, tener el calor de su piel bajo los dedos, la suave y sedosa dulzura de su carne en la boca, enroscaba algo en su estómago tan fuerte y tan apretado que forzaba a salir todo aliento del cuerpo.

No podía recordar ni un solo enamoramiento verdadero en su vida. El sexo era una necesidad que satisfacía de la misma forma que comía, bebía o dormía.

Pero Brinnie; buen dios, Brinnie. El perfume de su piel era el aire que quería respirar, sus labios el único vino que siempre quería beber. Y la idea de perderla le daba una fuerte patada en el

estómago.

"Brin." Levantó los labios de los de ella, usando sus dedos para peinar el rojo dorado de su cabello sobre la almohada. "No me dejes nunca."

"No voy a ninguna parte." Ella sonrió, pero había miedo escondido en lo profundo de sus ojos y él no pudo mirarlos. Acercó el rostro al cuello de Brin, movió los labios sobre su suave piel fragante y la abrazó.

Si ella tenía miedo, podía enterrar ese miedo entre sus brazos y eso era todo lo que podía esperar por ahora. La luz que los rodeaba era mágica. Cambiaba la luz del día y las sombras mundanas en un suave baño de oro en movimiento que se extendía y pulía su piel.

El pecho de Brin le llenaba la mano, esa firmeza redonda parecía hecha para su caricia. Sus pezones saltaron a su toque, subiendo sobre su lengua y tirando hacia arriba, apretados y duros mientras él chupaba y mordía, excitándolo con su codicia por su atención. Uno no era más hermoso que el otro, y él yacía entre sus muslos, deleitándose con ambos.

Cinco horas. Si tuviera un mes, un año, sería un tiempo demasiado corto para descubrir los límites de su belleza. Movió los labios sobre sus costillas, sobre el hueco debajo de ellas, donde el pulso de ella latía con fuerza y urgencia, latiendo bajo su piel, y su respiración llegaba fuerte y rápida.

Él deslizó la mano por el costado, por la cadera y muslo, la deslizó hacia arriba para aferrar las nalgas y acercarla con más fuerza hacia su boca. Ella brillaba a la luz del fuego, las gotas de agua se pegaban a ella y formaban un charco en su ombligo y él lamió el agua de su piel.

Los gemidos en ella resonaban bajo sus labios y sus dedos se deslizaban por el cabello, dejando un rastro de calor desde su cuello, alrededor de sus orejas, para seguir su mejilla y su sien.

Él pasó gentilmente los dedos por el vientre, haciéndole cosquillas en el lugar sensible del hueco del hueso de la cadera y ella se

estremeció, levantando el muslo. Ella le acarició con más fuerza la cabeza mientras él trazaba una línea de pluma hasta la fina masa de vello en la ingle, levantando y acariciando los rizos mientras su respiración sobre él se hacía más fuerte y más fuerte.

Ella era suya. Ella era todo y lo único que él quería, y el calor de esa sangre, elevándose ante su toque, le tiraba más fuerte del estómago. El fuego palpitaba en su erección, ardía en su vientre y rabiaba en una erupción resbaladiza de sudor en la parte baja de su espalda. Ella era suya.

Lentamente él dejó que los dedos exploraran los pliegues ocultos de ese sexo, deslizándose profundamente en la ardiente humedad, deslizándose entre los sedosos labios para sentirla hincharse en su mano. Su olor se elevó hasta donde él yacía y lavó otra ráfaga más caliente a través de él, desde su pecho hacia abajo para aferrarse a su vientre y pincharle la ingle. Él movió los labios por húmedos y sedosos rizos y descendió para besar profundamente los abriertos labios que iban a su encuentro. Él deslizó la lengua para provocarla, lamiendo y acariciando la dulzura de su cuerpo hasta que su respiración se convirtió en sollozos, sus dedos se enredaron en su cabello y sus muslos se levantaron y se abrieron a su lado.

Él giró el rostro hacia la piel sudorosa y húmeda de la parte interna del muslo, encontrando el pequeño hematoma donde la había marcado la silla y depositando besos curativos sobre la herida.

Se posó sobre las rodillas. Los ojos de Brin relucían, brillantes con profundos miedos, llenos de lágrimas silenciosas, y ella trató de sonreír, pero su labio temblaba y se lo mordió con fuerza, levantándose para sentarse frente a él, para envolverle el cuello con los brazos y atraerle la boca hacia la suya

Esos miedos eran contagiosos. El momento para todas las preguntas que ella había ignorado se acercaba cada vez más y la única forma en que él podía mantenerlas a raya era cerrar los ojos y estirarse junto a ella. Se recostó en la gruesa comodidad de la cama de otro hombre, entre su fina ropa de lino y ricas telas y mantuvo su enfoque firmemente en el calor de la boca de su amante.

Los besos de ella eran embriagadores, su aliento le llegaba al pecho

como si fuese propio, sus labios más suaves que la seda, sus dientes duros y suaves sobre su labio, su barbilla, su garganta.

Ella se sentó a horcajadas sobre él, sentada sobre sus muslos, con el cabello cayendo hacia adelante para ocultar sus lágrimas o su alegría. Exquisitos labios jugaban sobre su piel, atornillando el placer caliente vertido en cada músculo cada vez más tenso en cada movimiento. Los finos pelos de su pecho se erizaban bajo aquel tacto y la boca de ella le tocaba el costado con un calor puro que lo hizo gruñir. El velo se deslizó sobre su pecho como un abanico ligeros dedos, mientras ella le rozaba el vientre con los labios, moviéndose más abajo, ese toque apenas estaba allí y era todo lo que él podía sentir.

Ella circulaba con labios y dedos, movía la lengua y lo provocaba tan suavemente como un sueño y él cabalgaba sobre una marea creciente de calor palpitante. El éxtasis se extendió a través de su carne al inhalar, y él gimió de placer sin palabras al exhalar, mientras el fuego de esa boca y el latido urgente de la lujuria florecían a través de la conciencia. Ella era perfecta. En todo, en todos los sentidos. Y ella era suya.

Ella se inclinó hacia él, besándole de nuevo sobre el pecho, ella trazaba con la lengua los círculos azules que marcaban su corazón y mordía la suave piel de su axila. Su hermosa boca encontró la de él y ella levantó las caderas, colocándose con cuidado y luego; lentamente, muy, muy lentamente; ella dejó que su carne lo rodeara, llevándolo profundamente dentro de su cuerpo. El aire en ella se le atoró en la boca como un sollozo y él levantó los hombros, deslizándolos a ambos más arriba sobre la cama, apoyando la espalda sobre las almohadas apiladas contra la pared.

Ella se meció suavemente y él vio el placer manchaba los planos del rostro de ella, quien tenía los ojos cerrados, la boca abierta y la cabeza inclinada hacia atrás, hundiéndole los dedos en los músculos de los hombros cuando comenzó a moverse con más fuerza. Ella acercó los labios a los suyos y él la estabilizó en contra del ritmo, acunando su rostro entre las manos mientras ella descansaba su frente en la de él, mejilla con mejilla. Mirándola profundamente en esos ojos apenas abiertos por largos momentos, la vio observarlo, vio cómo la tensión se acumulaba lentamente, las mejillas se

enrojecían, el ceño fruncido surcaba su frente.

Y ella también aumentó la tensión en él, subiéndole sobre la piel en sudor, ardiendo caliente y baja en su estómago. Él le agarró las caderas y sostuvo el fuego sobre él mientras su placer estallaba en cada nervio con una luz blanca. Apretó la cara en ese cabello y absorbió el aire perfumado que emanaba de esa piel. Cuando sus manos se relajaron, ella se movió de nuevo, con urgencia, con el rostro sobre su cuello, el aliento entre sollozos se volvió ronco mientras ella cabalgaba sobre las temblorosas olas de su propio clímax.

El amor se Antony se acurrucó en su pecho. Brin metió los brazos debajo de ella y los dedos de los pies de lado debajo las caderas de él, como si ella pudiera apretarse lo suficiente para fundirse en su carne. Él la rodeó con los brazos y dejó que el silencio los tapara a ambos.

Brinnie dejó que olas de opiácea calma la invadieran, sobre los músculos y huesos doloridos, llenando su cabeza con una paz sublime mientras el sudor se secaba de su piel. El sueño que tanto necesitaba se precipitó en avalancha, ansioso por ocupar su lugar en los momentos felices de euforia, pero ella pudo combarirlo.

Ella se contentó con quedarse quieta, escuchando los latidos de ese corazón y esa respiración hasta que ambos se estabilizaron. "Tengo hambre," murmuró él finalmente.

"No quiero que te muevas."

Ella no quería moverse. Estaba exactamente donde pertenecía, encajaba perfectamente allí. Pero no podía mantenerse abrigada, abrazada y segura. La oscuridad llegaría y ambos tendrían que moverse.

En el campamento de abajo, ella tendría que enfrentarse a su pasado y conocer su futuro. Y había aspectos de ese futuro que aún no sabía, que ella no podía imaginar, y aún tenía demasiado miedo de preguntar.

"Tenemos que encontrarte un lugar seguro," dijo él como si ella

hubiera estado expresando sus pensamientos en voz alta. “Puede que eso no sea tan difícil como parece. Tu amigo me llevó a un mirador en la montaña encima de nosotros. Hay una buena vista despejada de todo el valle. Si hay un lugar seguro cerca, podremos verlo."

"No soy yo quien necesita un lugar seguro," susurró ella en su piel. "No hay nadie aquí que vaya a hacerme daño, no si estoy donde me quieren."

El dolor en él era llano, la mirada de un niño herido y enojado, y él movió los hombros incómodo como si pudiera ignorar las implicaciones que veía. "No tienes por qué ir con él. Que busquen otra reina virgen que sacrificar."

Brin se reclinó a estudiarle el rostro, divertida y molesta por la petulancia que veía en su expresión. “Sé decidir lo que quiero hacer. Tú fuiste quien me dijo eso."

Ella se movió desde el regazo de Antony y giró para acostarse a su lado, estirando los acalambrados músculos de los muslos. "Euguein te dijo que Calgacus te mataría. No estaba siendo melodramático. Lo único que quieren de mí es ser su figura decorativa, eso es todo. Yo puedo hacer eso. Pero no te querrán merodeando entre bastidores."

"No puedes creer eso. Eres demasiado inteligente para pensar que eso es todo." Él giró de lado para encararla, furiosas chispas le salían de los ojos y él frunció el ceño. “Tú eres la pureza y la unidad de esta gente, ya lo oíste. Eres condenamente lo más cerca de una diosa que hay en este campamento, pero eso es solo porque quieren que refuerces a su dios. Te entregan a él para que él tenga el poder de salvar el mundo."

"No seas ridículo," espetó ella odiando el veneno que oía en sus propias palabras y odiando aún más a los hombres que habían puesto esta carga sobre sus hombros. "Mira, si quieres quedarte aquí y luchar en esta guerra, les vendrá bien tu espada. Se trata de la causa y de que todos hagan su parte, de que den lo que puedan. Pero si trato de esconderme, te matarán. Si me niego a que me vean con su líder, te matarán. Si te elijo públicamente a ti sobre él, nos

matarán a los dos. Puedo estar a su lado esta noche. Puedo darles a todos su punto de reunión. Puedo hacer mucho por esta guerra. Eso no significa que tenga que entregarme a él, no pueden obligarme a hacer algo así nunca más."

"Brin, no. Yo sé cómo te ven los hombres. Esto no es solo una actuación. Todo el camino hasta aquí llevas aterrorizada por enfrentarte a él. ¿Ahora de repente todo está bien?"

“Ahora que estoy aquí tengo que enfrentarme a él. Todo me ha traído de regreso a esto. Ahora tengo la oportunidad de hacerlo todo de nuevo y tomar mejores decisiones."

Antony se movía rígidamente, la fiebre se había asentado en sus articulaciones y él se sentó hacia adelante dolorosamente, temblando. “¿Entiendo yo esto? ¿Quieres ir a su palio esta noche como si nunca te hubieras marchado, como si nada hubiera cambiado?"

"No." Esto era ridículo. Como una conversación con un niño. Antony era soldado y nadie mejor que él entendía la necesidad del sacrificio en momentos como este. Esto no era más de lo que estaba dispuesta a hacer, ciertamente no más que arriesgar su vida en *Inbhir Nis*. Calgacus no era su amante. Había sido lo bastante tonta como para traicionarse a sí misma y a Cam una vez. Eso no volvería a suceder.

Al final, ella estaría con Antony. Después de la guerra, después de que toda la nación se hubiera asentado y la vida pudiera volver a la normalidad, ambos tendrían su futuro. Él era quien necesitaba venir aquí y luchar, no ella. Este era el precio de la elección de Antony y no era demasiado alto. "Estoy diciendo que puedo hablar con el hombre. No con el rey. No con el dios. Con el hombre. El soldado. Necesita a su pueblo unido hasta el día de la batalla. Eso es lo que importa; es lo único que le importa. Hay mil mujeres a las que puede llevarse a la cama. Lo único que necesita es que todos los demás nos vean juntos."

Él se reclinó en las almohadas y ella se acurrucó sobre su pecho. La respiración en él era superficial y su rostro parecía gris a la luz dorada, pero él la rodeó con el brazo. No había necesidad de estos celos, seguro que él sabía eso. Seguro que ella había respondido con

su cuerpo toda duda que él pudiera tener. “No puede ser más de uno o dos días, ¿verdad? Que él piense lo que quiera durante esos días. Y luego nos tenemos para siempre, juntos."

Él le deslizó la mano suavemente hacia arriba y hacia abajo por el brazo, frotándole mecánicamente la piel, pero tan suave como un aliento. Llevaba sus pensamientos en su rostro, escritos en líneas confusas de emoción enmarañada. "¿Tú quieres ir con él?"

"No. Nunca quise venir aquí. No quería tener que enfrentarme a nada de esto."

"Es culpa mía que estés aquí."

No había sido una pregunta, pero ella respondió lo mejor que pudo. "No. Si no hubieras estado en la casa de reuniones esa noche, yo habría hecho este mismo viaje con Euguein y aún estaría muerta por dentro. Cuando te dije que morí esa noche, era verdad. Tú me has dado la oportunidad de recuperar mi vida sin pedirme nada."

“Te pedí que no me dejaras. Dijiste que no lo harías."

"No te voy a dejar. Estoy haciendo lo que hay que hacer. Como lo hice cuando mantuve a los hombres moviéndose hacia el frente. Como hice cuando entré en *Inbhir Nis*. Vettona dijo que los dioses darán la vuelta al mundo para unir dos vidas y aquí estamos en un mundo convertido en caos. Todo es como se supone que debe ser. Todo ha sido escrito. Y al final," le besó el pecho, "no estaré sola."

"Te amo, Brinnie," susurró. “Nunca le había dicho antes esto a nadie. Ni siquiera lo había pensado. No quiero que regreses, ni siquiera para hablar con él."

La luz en sus ojos era aterradora. Había una intensidad allí que hacía que otros días y noches con él no parecieran más que escenas de un sueño, y ella buscó la verdad de un amor y una pasión que ardían más brillantes que la vida misma. No tenía palabras para responderle, esos miedos en él eran una tontería, así que ella se acercó y lo besó, dejando que el calor de su pasión volviera a encender los fuegos de su propio cuerpo.

Cuando ella quedó dormida, Antony se puso de pie y se metió en las refrescantes aguas de la bañera. Hacía suficiente calor para sentirse cómodo y aliviar viejos dolores y tensiones, pero sentía frío por dentro.

Los fuegos ardían un poco más bajos y la luz cambiaba y ondulaba más, pero él dejó que se apagaran mientras observaba dormir a Brin, como lo había hecho antes. No había lágrimas en ella ahora, estaba más feliz aquí. Casi contenta, al parecer. En *Inbhir Nis* había estado dispuesta a morir antes que regresar con este hombre. Ahora, rodeada de las comodidades de su vida, estos lujos y privilegios, estaba lista para presentarse ante la gente como su reina.

Un dolor frío y agudo le desgarró el rostro y élse llevó las palmas de las manos a los ojos, frotando con fuerza las imágenes que él había creado.

Fuera de los muros de *Inbhir Nis*, él le había entregado a Brin un galimatías, una broma sacada de la nada para darle esperanza y mantenerla en movimiento. Hacia esto. Hacia exactamente donde él la había estado llevando. En aquel entonces ella se había detenido, incapaz incluso de acercarse al caballo. Y él la había dejado confiar en él, dejado que ella lo siguiera, dejado volver para estar junto a otro hombre.

Y Ula lo había regañado. Una risa amarga resopló de su nariz. Ella le había advertido una y otra vez. Una vez que llegaran aquí, todo cambiaría. Brin sentiría el sentido del deber. Estaría lista para sacrificarse a sí misma, de nuevo. Ula no solo regañaba, estaba segura. Ella se interponía entre ellos repetidamente y se burlaba de él por negarse a ver lo que iba a pasar.

Él se sentía mareado. Un poco de pan, un poco de vino, algo gris y picante. Todo estaba aún en el banquete, y sabía que debía comer. Se recostó con la cabeza en el borde de la bañera. ¿Cómo sucedió esto?, se preguntó. La primera vez.

¿Cómo fue que se convirtió en la ramera del líder rebelde? Ella era viuda. Eso no era traición a un hombre muerto, por lo que su esposo aún debía de haber estado vivo cuando ella tomó la decisión. ¿Qué incentivos le había ofrecido Calgacus entonces que habían

sido tan irresistibles? Él era solo un hombre. ¿Qué tenía él que era tan importante?

¿Poder? Esa era la teoría de Ula, pero eso no encajaba bien con Brin.

Quizá lujo. Seguridad. Emoción. ¿Pasión? Una vez más, las imágenes brillantes apuñalaron el ojo de su mente y él levantó las rodillas mientras su estómago se revolvía y él daba arcadas. La bilis le picaba en la garganta, pero su amargura encajaba en la boca.

Le quedaban algunas horas más que matar.

No podía quedarse aquí mientras ella desempeñaba su papel en este desastre, y no podía darle ninguna razón para irse con él, salvo la verdad. Doblándose en dos, mantuvo el rostro bajo el agua entre las rodillas hasta que las luces se encendieron en su cabeza y su pecho sufrió por aire.

Su ropa estaba rancia y él deseó tener un conjunto limpio. Pero, como había dicho Brin, ¿qué importaba un par de días más de inmundicia y engaño? Se vistió, comió, arrastró el sofá fuera de la puerta, dejando entrar el aire fresco del día limpio y brillante de fuera. Demasiado pedir a su guardiana, Ula no se veía por ningún lado en la entrada del salón, pero los caballos estaban allí, sin sillas y amarrados a los restos de vegetación.

Tomando asiento en el sofá, con los tobillos cruzados y una jarra de vino a su lado, recogió la tela y la tabla de nuevo, y trabajó con obsesiva atención a los detalles en otro boceto de Brin.

Capítulo 17

"¡Oye!"

Él se giró, interrrumpiendo la determinación de su zancada. Había el frío de la oscuridad en el aire mientras él examinaba las puertas cercanas en busca de la llamada. Ula salió de una choza con un voluminoso rollo de tela colgando del brazo.

"¿Oye?" preguntó él arqueando una ceja.

"Sí, no podría decir romano, y si crees que voy a gritar Maestro por la aldea, olvídalo." Ula estaba sonriendo mientras cruzaba la distancia hacia él.

"Serías azotada si fueras mi esclava. ¿Era mucho pedir que estuvieras de guardia?"

“Podía ver la puerta. Y si alguien iba a derribar tu barricada, no era probable que fuese alguien a quien yo pudiera detener." Ula caminó hacia la casa de reuniones, levantó su carga para que él la considerara y él la detuvo.

"Alto. Dejala dormir."

Ula hizo una pausa para mirar hacia la cabaña de la que ella había salido, aparentemente indecisa. "Puedes volver conmigo a la casa del jefe, pero su esposa lo desaprueba mucho. Lleva mirando por la ventana toda la tarde. La mujer confía en que la dorada esperanza de todo el mundo se esté preparando para su hombre, no acicalándose para la chusma. O sea, tú. Chusma."

“Bien, gracias. ¿Qué es eso?"

Ella llevaba una capa de suaves pieles, toda forrada de gris tórtola. “Parte de las regalías. Tienen todo el oro y la ropa elegante que Brin estaba buscando cuando llegamos aquí. Tienen ahí todo un guardarropa listo para ella." Ula echó la cabeza hacia atrás en la dirección de donde había venido.

Se esperaba a Brin, eso no debería haber sido una sorpresa. "Déjala dormir un poco más," dijo Antony de nuevo. "Tendrá mucho tiempo para vestirse para la gran noche."

Ula se detuvo en seco, ojiplática, y con la boca abierta teatralmente. Como ella se riera... El estrés en él tiró del músculo en el antebrazo, cerrando la mano en un puño y él lo levantó sin mirar a Ula.

"Entendido," dijo él. "No voy a decir nada." Pero antes de poder disfrutar del silencio, ella dijo: "¿Qué es lo siguiente? La ceremonia comienza al atardecer. Luego van a encender los fuegos. ¿Vamos a bajar al campamento?"

"Sí," dijo Antony avanzando hacia los caballos. Bajarían al campamento. Él tenía que ver el número final, escuchar el plan de acción y salir. Entonces su trabajo estaría hecho.

Él estaba acabado. Para esta campaña, al menos. El invierno pronto se les echaría encima y él planeaba abogar por un breve traslado a *Britania* para pasar el invierno en el fuerte de *Deva*, más al Sur, si es que podía negociarlo. Había planeado quedarse hasta la víspera de la batalla, pero si aún faltaban uno o dos días, no ganaría nada arriesgándose en el tiempo extra.

"¿Cuándo?" Ula estaba pisándole los talones como un terrier.

"Ahora. Pronto. Quiero tener mejor idea de dónde está todo antes de que oscurezca. Esto es enorme."

"¿Vas a dejar a Brin sola aquí arriba?"

"¿Quién es la esposa de este jefe? Puede que ella sea su acompañante."

Ula tenía la misma mirada de incertidumbre y profunda concentración que había mostrado la noche que había sacado a Brin del burdel. "Escucha, romano," dijo imitando la zancada de Antony hacia donde estaban los caballos. "Será mejor que me digas qué está pasando. No me gustan los cambios de planes repentinos cuando no sé por qué."

Él recogió la rienda de los caballos y se inclinó para aflojar la correa

del tobillo de la montura. “Brin ha decidido interpretar el papel de amante que regresa. Está dispuesta a ser el sacrificio virgen. Durante un par de días, al menos. Por la causa."

Ula no necesitó las palabras, su cuerpo chilló: «Te lo dije» más fuerte que cualquier grito. Pero tuvo el buen sentido de no reírse.

***

Brin despertó con una sacudida brusca en el hombro.

El rostro que vio era más viejo, parecía haber envejecido mucho más en el último año desde que ella la había visto. "Eirbrin, despierta querida."

Alobragh. Aún atormentando sus sueños y sus horas de vigilia. Brin recorrió con la mirada la habitación, pero Antony no estaba a la vista. Ula también había desaparecido, pero estaba segura de que ambos estarían cerca.

"He mandado que se traiga agua limpia. No puedes bajar a la ceremonia con el olor de otro hombre en la piel, ¿verdad?" Le sonrió con complicidad. Ayudar a Brin a ocultar la evidencia, ¿no era eso gracioso?

"¿Dónde está Antony?" preguntó Brin rehusando ser conducida hacia la bañera humeante.

"Se ha ido con Ula al campamento. Y ya era hora. Me preocupaba que te atraparan. Mira."

Se giró y extendió el brazo para indicarle a Brin una selección de túnicas y capas. Las telas eran de lana fina y, al parecer, de lino, y algunas tenían hilos de colores en el tejido. Otras tenían bordados y abalorios en el escote y el dobladillo. Y en el cofre a su lado, joyas: pesados torques de oro, finamente tallados con cabezas y figuras de animales, macizas gemas con filigrana de plata, broches para capas, collares, brazaletes, todo ardiendo exquisitamente a la luz del fuego.

"Él ha tenido todo esto esperándote durante semanas. Pero creo que

ya estaba empezando a pensar que no vendrías. Empezando a perder la esperanza."

Brin apartó los ojos de las prendas y la rica variedad de joyas. Antony no podía haberla abandonado aquí sin más, no sin decirle algo, no a menos que no hubiera podido llegar hasta ella. “¿Subieron aquí arriba y lo llevaron abajo? ¿Envió Arlen hombres aquí?"

“No, Brin. Olvídalo por ahora. Tienes que prepararte. La noche no está lejos y hay mucho que hacer. Tienes el pelo como un nido de ratas. Necesitas maquillarte. Te necesitamos preparada."

Brin juntó las manos en las mantas debajo de ella. "No me voy a mover. Ve a buscar a otra para disfrazarse de reina." Su esfuerzo sobre la enorme cama hacía de sus palabras una mentira, pero ella luchó por ponerse de pie. "¿Dónde está?"

“Salió de aquí hace un rato, recogió a Ula y cabalgó hasta el campamento. Ula dijo que estabas durmiendo y que cuando despertaras bajarías para encontrarte con Calgacus. Eso es todo. Ahora, cálmate y métete en la bañera para que pueda hacer algo con ese pelo horrible."

Se había ido sin más. Simple y llanamente había bajado a caballo al campamento con Ula. Esto era de una petulancia increíble. O algo había sucedido mientras ella dormía que le había preocupado lo suficiente como para abandonarla aquí. "¿Estás segura de que nadie ha subido aquí? ¿Habló él con alguien?"

"Nadie. Ahora, aunque quieras bajar y encontrarlo tú misma, lo cual no recomendaría, tendrías que lavarte y vestirte. Métete en la bañera y déjame arreglarte el pelo."

Eso era bastante cierto. Se le había acelerado el pulso y las mejillas estaban calientes, todos sus sentidos habían llegado a la conclusión de que él la había abandonado aquí. Él no haría eso. Había mirado en las profundidades de sus ojos y sabía cuánto la amaba. La amaba a ella y a nadie más, y no había duda de eso.

Obligándose a detenerse, girarse y caminar hacia la bañera, se clavó

las uñas en las palmas de la mano, tratando de comprender el razonamiento detrás de todo esto. Había cosas secretas que no sabía, demasiadas preguntas que no había hecho. Él no se iría sin más. Entonces, ¿qué había pasado? ¿Le había dejado un mensaje?

"¿Qué dijo Ula, exactamente?" preguntó Brin mientras entraba en el agua caliente. "¿Hablaste tú algo con Antony?"

"No, no hablé con él. Ula dijo exactamente: «Brin aún está durmiendo. Cuando despierte quiere bajar para reunirse con Calgacus». Esas fueron sus palabras."

"¿Eso es todo?" ¿Nada más? ¿Antony la había dejado al cuidado de esta mujer para que ella enfrentara esta noche sola? Ula, bueno, eso no era una gran sorpresa, pero tenía que haber algo más para que Antony hiciera esto. Había otra cosa en ello que no entendía. ¿Cuáles eran los secretos que él le había ocultado? Ella no había preguntado.

Alobragh estaba tirando de cuentas anudadas, tratando de desenredar trenzas en su sien, desplomadas hacía mucho tiempo. "Inútil," exclamó al final. “Necesito unas tijeras. Espera un minuto."

Salió de la cabaña y Brinnie miró a su alrededor, al vasto espacio vacío. Allí se amontonaban ahora todas las riquezas: todos los elegantes vestidos y oro. Había alfombras, pieles y telas finas, pero nunca se había sentido tan expuesta y sola como aquí, ahora.

Si esto era por temperamento... Si un hombre que quería luchar en una guerra que él consideraba condenada y arriesgar la vida por una causa perdida pudiera estar enojado con ella por elegir desempeñar el papel que los hados le había dado...

Ella ni siquiera sabía por qué él tenía que estar aquí. No se lo había preguntado.

Si esto tenía algo que ver con castigarla por poner su propio deber tan alto... Lágrimas le brotaban de los ojos mientras Brin miraba desesperadamente por la habitación. Él no haría eso. Había algo que ella no entendía.

Ella iría a hablar con Calgacus y representar su papel en el teatro de la guerra, y tal vez él había llegado a aceptar eso. Separarse así lo mantenía todo mucho más seguro. Se secó las mejillas, pero nuevas lágrimas le rodaron por la barbilla. Ella tenía que continuar como si todo estuviera como debería ser. Muy pronto descubriría lo que él había planeado. Ella se bañaría, se vestiría y esperaría. Confiaba en él.

En el sofá junto a ella, la cortina en la que había escrito había quedado doblada y dejada debajo de la tabla de tallar. Brin salió rápidamente del agua. Dejando un rastro empapado por las finas alfombras, recogió la tela pálida y transparente. No había forma de que ella los entendiera, pero necesitaba ver los símbolos que él había escrito allí.

Cuando la extendió, la conmoción secó las lágrimas en sus mejillas y ella quedó con el ceño fruncido, acercando las imágenes individuales del patrón confuso. La tela estaba cubierta de imágenes de ella. Algunas pequeñas, solo unas pocas líneas que mostraban los hombros o la longitud de la espalda. Otras eran más grandes y complejas, los muy sombreados detalles a veces se emborronaban donde se había doblado la tela. Había cincuenta, tal vez más, repartidos por cada pieza de tela utilizable y cada una de ellas una pequeña maravilla.

La mayoría de ellos la mostraban durmiendo, y se preguntó cuánto tiempo había estado él sentado mirándola antes de irse sin decir una palabra. Algunas de las obras más grandes y detalladas eran estudios de su rostro, especialmente de los ojos y, aunque conocía sus propios rasgos, le parecía estar mirando a una extraña.

Su rostro era delgado. Ella tocó con los dedos sus propios pómulos, dejando una mancha gris de hollín sobre la piel.

Tenía los ojos ensombrecidos, hundidos, y la oscuridad estaba exagerada por el peso de su cabello. Desde sus grises aljibes, estos brillaban. Él había iluminado su mirada, la había iluminado con el resplandor del fanatismo. Tenía la frente arrugada, un pequeño tic sobre el puente de la nariz parecía tristeza, pero esta no restaba propósito de lo escrito en los ojos. Brin no tenía un espejo, no había forma de juzgar la verdad de la luz que él le había dado, pero la

había dibujado como una mártir: celosa y resignada.

Alobragh volvió a entrar en la habitación y chasqueó la lengua por la necesidad del baño, pero Brin se quedó mirando su imagen en la tela.

"Mira esto." Sostuvo uno de los retratos más grandes para que la mujer lo evaluara. "¿Esta soy yo?"

Alobragh respiró hondo, dejó caer las tijeras a su lado y miró la obra por encima del hombro de Brin. "Eso es asombroso," dijo. "Extraordinario. ¿Él hizo esto, el soldado?"

"Sí." Brin sintió que calientes lágrimas brotaban de nuevo. "¿Tiene él razón? ¿Esta soy yo?"

"Oh, sí. Eres tú."

"¿Y los ojos?" Lo intentó una vez más para asegurarse.

"Todo. Te ha captado perfectamente, ¿verdad?"

¿Esto es lo que él veía? ¿Esta era su visión, la prueba que ella había estado buscando de su extraordinaria visión? Si era así como la veía, entonces su oráculo la aterrorizaba.

***

Aun antes de que el cielo comenzara a oscurecerse, el sol artificial que se había colocado en el círculo de piedra hacía retroceder toda amenazante oscuridad. El fuego era enorme y Antony y Ula se quedaron atrás, decidiendo ver el espectáculo entre un grupo de extraños.

Ula podía haber buscado a su propia gente. Las tribus estaban separadas, cada clan tenía su propio lugar en el gran plan, pero ella había elegido quedarse junto a Antony y esta colección de inadaptados. Además, esta posición la dejaba más cerca de los caballos y ella había sido reacia a dejar al caballo negro en los patios de espera con extraños.

Antony observaba el fuego y trataba de concentrarse en los hombres

que se movían a su alrededor como una masa cambiante. El flujo hacia el lugar había disminuido a medida que avanzaba la noche, y él contó sesenta mil como número base.

El campo de batalla tenía que estar a un día de marcha, cinco leguas, y Arlen había dicho que podían verlo por la mañana, lo cual lo hacía más cerca que lejos. Era el tipo de lógica que él veía implementada en cada parte de esta campaña.

Los organizadores habían encontrado comida en abundancia. Si las familias lo estaban pasando mal fuera del campamento, dentro habían encontrado todas las hojas y vegetales verdes y todas las aves y bestias que podían ser destripadas y espetadas. Tenían gruesos panales de miel y quesos redondos como ruedas de carro. Los hombres irían a la guerra bien alimentados.

El día de la batalla, habría más que suficientes carros para llevar provisiones al campo y para llevar luego a los heridos de regreso. También aprenderían mucho de la lección de que Roma les permitiría llevarse a sus heridos. Sin el tipo de habilidades de cirujano que Roma tenía a mano, un ejército de hombres enfermos y heridos era un semillero de enfermedades y dificultades. Los heridos frenaban la retirada, usaban agua valiosa para las fiebres, que al final serían fatales, y compartían sus muertes con quienes los cuidaban. Los espíritus de la enfermedad no tenían reparos en llevarse inocentes.

La palabra le apuñaló el pecho.

Sabía cómo sería este campamento después de la batalla. Sabía cómo serían las montañas de *Caledonia* para los hombres que no habían tenido tiempo de apartar comida para el duro invierno, y para las familias sin hogar, sin ganado ni campos que cosechar. Si ella estuviera aquí sola, esto es por lo que Brin tendría que vivir. Pero si ella se quedaba aquí, ¿estaría sola?

La anciana había escuchado sus predicciones y se había reído de sus miedos. Él tenía todas las respuestas, le había dicho. Ahora no sabía nada.

"¿Estás bien?" Preguntó Ula. "Parece como si fueras a vomitarte en

las botas."

"Puesta de sol, dijeron," murmuró él en voz baja. "Ella debe estar aquí abajo ahora en alguna parte."

"Si lo está, estará escondida en el fondo del palio del líder haciendo algo de magia para la batalla." Ula congeló la fría sonrisita en los labios y le dio la espalda para alejarse.

Ella iba al patio de caballos. Al menos Edan estaría feliz de saber que el caballo negro estaba recibiendo muchos cuidados. Eso era el tipo de cosas que habría hecho él mismo. Excepto que él y Tav estarían ahora en el campamento de *Inchtuthil* contando historias de borrachos y haciendo planes para los meses de invierno.

El palio principal estaba a un quinto de legua de distancia, pegado al río, y ya habían decidido que el fuego en este extremo del círculo sería el lugar donde estaría toda la acción. Desde aquí, las dos mastodónticas rocas que había visto desde arriba eran más fáciles de ubicar. Una era un altar gigantesco, diez hombres podían fácilmente subirse en él y elevarse lo bastante alto para que todos los reunidos los vieran. La piedra más larga era un pilar, su pozo ya estaba cavado, y un equipo de hombres tiraba de los harneses, deslizándola para ponerla de punta.

Nada complacía tanto a un druida como una piedra de pie. Antony no tenía aprecio por los sacerdotes. Había matado a tantos como había podido en más de una campaña. Sin duda, mataría a más antes de morir. No podía saber con certeza cuánto de la charla era cierta, pero si solo una fracción de lo que se decía de sus rituales y ritos era verdad, eran más animales que hombres. Sacrificar niños y animales en el fuego. Deleitarse con los criminales como una forma de perfeccionar sus habilidades de tortura.

¿Qué sabía él? Puede que todo eso fuese verdad, puede que fuesen historias para asustar. No le importaba. Tampoco le importaba mucho ver sus rituales, excepto que parecía probable que el líder estuviera aquí con su princesa simbólica, tranquilizando a las masas. ¿Si él no estaba...?

Miró de reojo el cielo, calculando las horas hasta que la noche

cayera en serio.

"Una vez dejé que un tipo me robara el caballo." Eso fue un susurro, caliente en su oído, y provocó una erupción cercana al pánico en la piel de Antony. Pero la sonrisa encontró pronto un camino hacia los labios y él se giró hacia el abrazo de su hermano. "Eso fue un error. Debería haberlo matado. Será mejor que sepas dónde está ese caballo negro."

"Relájate." Le palmeó el duro músculo de la espalda de Edan. "La chiquita que lo monta lo trata como a un protegido."

"¿Chiquita?" bufó Edan con incredulidad.

"¿Qué estás haciendo aquí? Deberías estar en *Inchtuthil* refrescándote los talones y tallando recuerdos para tus hijos." Miró a la multitud que se acercaba, pero no había ni rastro de Tav. "¿Dónde estáa Tav?"

"Se está relajando en el campamento. Yo llegué hasta *Fachabair* antes de que me pusieran en tierra con un burro mestizo y me dijeran que te buscara.

Antony se echó a reír porque sabía que había sido mal aconsejado. Este giro de los acontecimientos no iba a dejar a Edan en un buen estado de ánimo. Nunca le gustaba estar lejos de Tavish. Estar solo con cualquier cosa que no fuera buena carne de caballo, buscando a alguien que ni siquiera estaba en la carretera que él estaba buscando, era una receta para el desastre.

Edan lanzó un gesto de apreciación sobre la fuerza reunida. "¿Te has estado moviendo con este lote?"

"Aquí y allá. En su mayoría no. Los he visto llegar hoy. Cuento sesenta mil. Cuarenta y cinco de esos hombres. Buenos suministros. Buena agua. Buen plan. No sé dónde está la arena, aún."

"Yo sí. A unas dos leguas al este de aquí."

"¿Agrícola está cerca?"

“Justo encima de ellos, siguiendo el río desde la costa con las tres

legiones. Si no quieres ver los sacrificios y puedes llevarme hasta mi caballo, podemos irnos ahora. Tenemos unas cinco leguas que recorrer."

Hablaba en serio. Esto era tan repentino. Edan tenía todo lo que necesitaban saber y él estaba listo para irse. El frío helado le tensó el estómago. Había llegado el momento de decidir; ¿Podría marcharse sin más, aceptar su deber y abandonarla aquí?

"No," dijo Antony. "Hay cosas que aún tengo que hacer."

Antes de que pudiera encontrar excusas para demorar lo inevitable, Ula entró en el debate. "No me gusta dejarlo allí. Creo que debería subirlo de vuelta a la montaña, atarlo a la maleza y volver aquí andando." Ella miró a Edan de arriba abajo, pero su principal preocupación era el caballo. "A menos que quieras prestarme tu caballo para que pueda conducirlo hasta arriba."

"Ni borracho," respondió Antony, y ella se volvió hacia el desconocido rubio.

"¿Amigo tuyo?"

"No. Nos acabamos de conocer." Mintió demasiado fácilmente. Mintió sin pensar. “Te vio con el caballo negro y preguntó quién eras. Puedes decírselo tú misma ahora. Yo tengo que irme. Ve a mostrarle el caballo. Vuelvo enseguida."

Los sacerdotes se estaban reuniendo alrededor del estrado del druida y la multitud se estaba agrupando. Si él iba a cruzar la distancia hasta el palio principal, tendría que empezar ahora. Aunque lo que haría y diría cuando llegara, aún no podía saberlo. Todo su tiempo se le había escapado. Cada excusa y cada justificación que había encontrado para sí mismo habían expirado y ahora no podía hacer más que suplicar para que ella se marchara con él.

Se abrió paso entre la lenta multitud, moviéndose como un salmón contra corriente, la necesidad de afanarse por avanzar era la única lógica que alentaba su impulso.

¿Qué podía ofrecer?

Había mentido sobre qué y quién era. Mentiras fundamentales. No era solo un hombre mal representado, era el enemigo, parte de un gran enemigo que amenazaba todo lo que ella conocía y amaba.

Era soldado. Ni siquiera ciudadano romano aún, y sin ninguno de los beneficios de la ciudadanía. Era un Nacione, un auxiliar extranjero en su propia tierra hasta que expirara su reclutamiento. Otros siete años. Tenía cuarteles como hogar y al menos ocho meses al año en campaña.

Empujó con más fuerza a la multitud cuando su avance comenzó a ralentizarse.

Y ella sería invisible. Sus hijos acamparían como bastardos, como lo había sido él. Pero comerían. Tendrían techo, comida y fuego. Tendrían medicina y, cuando él obtuviera la ciudadanía, una educación. Y luego podría mostrarle a Brinnie el mundo, todos los países, desiertos y montañas y llanuras abiertas que se extendían para siempre. Podría mostrarle la misma Roma.

Pero aquí, aquí ella tenía su pasión. Aquí tenía la causa por la que vivía. Esta era su hogar. Aquí era honrada como una diosa y sería una reina. Aquí tenía capas de cuero y ropa elegante y dorada. Aquí tenía bañeras de hierro y finas camas y pieles en el suelo.

Hasta mañana. O hasta el día siguiente. O a través del lento y doloroso declive de las próximas temporadas. Hasta que todo se derrumbara bajo el peso de Roma. Entonces sus hijos no serían príncipes, serían esclavos.

Él solo tenía su amor para darle. La adoraba. Como lo había hecho su esposo.

El progreso era lento y él miró por encima de las cabezas de los que pasaban ante él. Los estaban empujando hacia atrás, arrastrados a un lado de la carretera mientras una línea montada se movía hacia ellos. Ocho o diez hombres, cinco mujeres. Brin entre ellas.

Ella se había transformado. Parecía que, tanto en los burdeles como

en los palacios, ella les gustaba pintada.

Su cabello había sido domado y obligado a obedecer, en tensas lianas de trenzas que caían sobre los hombros, brillando con cuentas de vidrio. El sol poniente se reflejaba en cada faceta y lámina, proyectando un halo alrededor de la cabeza. Su rostro estaba mortalmente pálido, sus ojos oscurecidos, sombras definidas por manchas de cosmética gris. Y para contrarrestar la pérdida de sus mejillas, habían exprimido la sangre de las bayas para pintarle los labios y las uñas.

Llevaba oro en el cuello, las orejas y las muñecas. Sonaba en los tobillos con cada paso del caballo.

El dolor le arrancó el aire de los pulmones y el corazón de Antony se detuvo.

Tenía que hablar con ella, ahora, y esta obsesión le quitó la precaución nativa. Sin mirar a la gente a la que empujaba, se abrió camino hacia adelante, forzándose a sí mismo a pasar por un lado de la carretera. Hombres pasaban junto a él, pero él no los veía. Su mirada estaba fija en ella y, cuando ella lo encontró, la de ella lo estuvo en la suya.

Arlen se detuvo, bloqueándole a Antony la vista, y se inclinó para hablar con confianza. "Lo hiciste bien. Todo está como debería estar ahora. Ocúpate de tus asuntos y déjala a ella con los suyos."

“Quiero hablar con ella. Ahora. A solas." Antony observó la grupa del caballo frente a él, dando un paso hacia un lado para encontrarse con el caballo de Brin mientras este se acercaba.

"No puedes." Arlen se sentó erguido abruptamente, se volvió hacia otro jinete y gritó: "Calgacus. Este es el hombre que trajo a Brinnie." Mientras hablaba, hizo girar su caballo, usando su grupa para empujar a Antony hacia la multitud, despejando el camino para que se acercara un segundo hombre y le bloqueara el acceso a Brin.

El líder rebelde era un hombre mucho más grande de lo que Antony recordaba. De constitución similar a Edan, con cabello oscuro y ojos cautivadores. Su boca sonreía fácilmente y tenía las cicatrices de un

hombre que había luchado duro por sus creencias. "Quiero hablar contigo," dijo amablemente, con solo el más mínimo indicio de amenaza en las palabras. "Arlen." Asintió y Arlen le ofreció el brazo a Antony, esperando que este lo ayudara a subirse detrás en la silla.

Cuando se alejaron de nuevo, Brin retrocedió, demasiado atrás para que él pudiera verla fácilmente y demasiado lejos para hablar. "¿Adónde vamos?" le preguntó al hombre de enfrente.

“Hasta el círculo. Estaremos junto a todos los señores tribales y todos los jefes de clan."

“Los que aún son lo bastante fuertes como para viajar aquí, querrás decir. Muchos ancianos ahí fuera están muriendo de hambre en sus casas calcinadas."

“Todos los que importan están aquí y la ceremonia de unificación está a punto de comenzar. Al menos te has garantizado un buen asiento."

Su asiento no estaba lo bastante cerca de Brin y estaba demasiado lleno de gente. Pero los caballos se movían con la corriente, y la multitud se separaba con facilidad para dejarlos pasar. Después de todo, estos eran solo la chusma. Solo el músculo y el hueso que llevarían las espadas. Solo la sangre que fluiría por su libertad.

Brinnie le miró la espalda. ¿Había bajado él desarmado? No, el cuchillo largo estaba en la vaina a la altura de la pantorrilla. Eso era rival para el peligro en el que se había puesto. Él había estado en riesgo antes. Ahora que había hablado con Calgacus, su peligro era mayor de lo que ninguno de los dos podría haber imaginado.

Antony tenía razón, su líder no quería una figura decorativa a su lado. Él enfrentaba la mayor crisis de su vida, estaba al borde del mayor éxito o del fracaso más brutal de su carrera, y estaba justificadamente aterrorizado.

Calgacus no se fiaba de nadie, no confiaba en nadie, llevaba todo el peso de esta gigantesca campaña sobre sus anchos hombros. Estaba solo y expuesto. Una nación viviría o moriría de las decisiones que tomara, y necesitaba una compañera. Necesitaba amar, confiar y

abrazar a alguien en quien tuviese completa fe. Necesitaba a Brin.

A las personas que la rodeaban no les importaba ni un ápice quién era ella o por qué estaba allí, ni a quién llevaba su líder a la cama. Era solo él a quien le importaba y a los generales que sabían cuánto de su confianza descansaba en su fe en ella. Quería tenerla con él. Y sus hombres tenían la intención de asegurarse de que ella se quedara. Tenían la intención de asegurarse de que no tuviera ninguna razón para marcharse.

Antony tenía que abandonar esta arena, su vida dependía de ello. Tenía que abandonarla, y ella quería con todo su corazón seguirlo. Pero él no quería irse, ella no tenía ninguna duda. Tenía motivos para estar aquí, algo más profundo de lo que podía compartir con ella. Él había tenido que abandonar la tranquila aldea de Vettona. La habría dejado allí sola en relativa seguridad, pero no había tenido más remedio que venir a este lugar, a esta guerra, a luchar en esta batalla. Ella no podía adivinar cuáles eran esas razones.

Él no se dejaría intimidar por el peligro. Ya creía que la batalla aquí estaba perdida, lo había dejado claro. Y ella le había advertido de la recepción que él iba a recibir de los generales. Euguein lo había dejado claro él mismo ese primer día. Por sus propias razones tenía que estar aquí. Ninguna amenaza lo haría irse.

Si ella le rogaba, ¿se iría él con ella? ¿La llevaría a algún lugar de las montañas y permaneceriian ambos allí a salvo juntos?

Él no encajaba en la naturaleza. Una imagen de él como lo había visto por primera vez cruzó la mente de Brin y una sonrisa tembló tentativamente en sus labios. Su cabello y barba largos, sus ojos feroces. Loco.

¿Qué lo impulsaba a esta guerra en la tierra de sus madres, año tras año? Había sobrevivido a la incursión en *Fendoch*, al menos, mientras tantos otros habían caído. Y sus hermanos con él. Soldados, cuando quienes los rodeaban no eran más que granjeros y herreros. ¿Qué esperanza había para un alma gentil como Cam contra el entrenamiento y la disciplina de legiones de soldados profesionales?

Ahora estaban cerca del círculo de piedra, moviéndose hacia la glorieta de los espectadores donde se encontrarían todos los jefes. Desde aquí, cada jefe entraría en el círculo y tomaría su posición en una piedra, una para cada clan. Juntos formarían un gran círculo ininterrumpido. La tierra estaría unificada, nunca se rompería, nunca sería derrotada.

Cientos de sacerdotes, desnudos y pintados con llamativos habones de azul, se movían dentro del círculo. Una hilera de bueyes, con la cabeza gacha y la baba saliendo de sus labios flácidos, estaba más cerca del fuego de lo que cualquier vaca que ella hubiera conocido estaría dispuesta. Los habían drogado, supuso ella. El terror había desaparecido de su sangre y parecían tranquilos y despreocupados ante la muerte inevitable.

La cabeza de un gran ciervo yacía sobre la enorme piedra del altar, su sangre ya bañaba los lados de la roca, se canalizaba a través de astutas ranuras y se acumulaba en fuentes de oro en la base del altar.

Brin apartó la cara mientras se bajaba de la silla. Su prioridad por el momento era Antony, y quería estar más cerca de él. Mientras se llevaba a cabo la ceremonia, estaba segura de que ella saldría ilesa, ninguno de ellos se arriesgaría a la ira de los dioses y los espíritus. Una vez hecho esto, sin embargo, ella tendría que luchar por su vida o morir junto a él.

Toda la actuación había sido coreografiada. Cada sacerdote y chamán se movía a través de su intrincado patrón de pasos, cada uno creando su magia en una piedra designada al alcance del círculo, cada uno atando el poder forjado para esa piedra, y esa tribu y todos sus clanes, de regreso a la piedra del altar y viceversa, al gran pilar caído.

A su manera, esto era fascinante, pero Brin no tenía ningún interés en el movimiento. Podía sentir el calor de la presencia de Antony tan cerca detrás de ella que esta le gritaba que se volviera hacia él, que sonriera y le tomara la mano. La silenciosa reverencia ponía a prueba su paciencia como nunca antes, y cuando llegó el momento de que los generales y jefes se entraran en el círculo y ocuparan sus lugares junto a la piedra asignada, ella quiso con todo su corazón

volverse sin más y sentarse al lado de Antony.

"Espera aquí," le dijo Arlen a Antony. "En cuanto esto termine, tendrás la oportunidad de hablar."

Brin observó su rostro mientras estudiaba al hombre frente a él y asintió en silencio. Cuando él la miró, había un terrible fatalismo en su rostro. Resignación y desesperación juntas. Eso apestaba a su profecía, a pérdida y muerte, y ella casi sollozaba cuando la llevaron al círculo de luz y sacrificio.

En cuanto los generales dejaron la glorieta, Antony se dirigió al callejón y se abrió paso entre la presa de gente hasta donde estaban los caballos del líder. Regresó conduciendo el caballo de Tav hasta la cabecera del callejón, ignorando las ásperas quejas de los forzados a apartarse. Edan y Ula se le unieron entre la multitud: con el rostro enrojecido por la rabia apenas reprimida y el de ella cuajado de disgusto.

"De modo que sigues con tus juegos aquí, muchacho, ¿verdad?" espetó Edan y Antony se giró, necesitando advertirle que no le diera la espalda a la mujer que tenía al lado.

"Vigílala, es más peligrosa de lo que parece," dijo Antony ignorando el hecho de que Ula estaba fácilmente a la escucha. “En cuanto esto termine, voy a hablar con Brin. No tardará mucho tiempo. Recoge tu caballo y prepárate, tendremos que irnos de aquí a toda prisa."

"¿Adónde vas?" siseó Ula, su ira por su regreso al regazo de Brin dio paso al miedo por lo que esto significaba. "¿Y por qué ibas a ir a ninguna parte con él si es un extraño?" Ella se estaba alejando de ellos, moviéndose hacia un espacio entre la multitud. Como ella abriera la boca, por poco que gritara, él estaba muerto.

Las mentiras se le ocurrían más lentamente, la atención de Antony estaba enfocada hacia las palabras que podía ofrecerle a Brin y que pudieran convencerla de que lo siguiera. La desesperanza se cernía alrededor de su corazón y hacía que respirar fuera cada vez más difícil.

Edan empujó la furia directamente a su cara. "¿Crees que la vas a

sacar a ella también?"

"No hay mucha posibilidad, no. Pero voy a intentarlo. Si quieres tomar el negro e irte ahora, ve. Yo intentaré volver a la carretera que sube a la aldea y, desde allí, giraré hacia el Este por la orilla del río. Puedes esperar o no, es tu elección."

"Nadie se va a llevar mi caballo." El rostro de Ula se había torcido en fría rabia, todo su agudo ingenio desapareció de sus ojos cuando le llegaron terribles revelaciones.

La inspiración de Antomlny la detuvo. "No." Antony sonrió, tranquilizador. “Llevarlo no. Quiero que vengas con nosotros. Ahora. Ninguno de nosotros tiene que morir aquí por estos locos."

Ella lo miró, sus ojos le arrancaban la carne de los huesos y le erizaban la piel. "¿Quién es éste?" preguntó Ula moviendo la cabeza hacia Edan.

"Mi hermano."

Ella le escupió. "Romano." Pero ella no se había alejado más de la lucha.

"Ula, no tenemos tiempo para esto. Tú no amas esta causa más que yo. ¿Quieres poder y riqueza? Espera a que termine esta masacre y toma lo que quieras de las ruinas."

Ella lo fulminó con la mirada y el tiempo pareció desmoronarse sobre los hombros de Antony mientras él se afanaba por mantener la calma y la paciencia.

"¿He dicho hermano?" Una risa salió expontanea. No había forma de adelantarse a ella, nunca. "No. Pero parecen iguales."

"Yo me quedo el caballo."

"Discute con él. Y discute más tarde."

"¿Por qué la estás esperando?" Ula usó la palabra como una maldición, y le escoció a él en los ojos y le hizo un nudo en la garganta. "Te dije que ella cumpliría con su deber. No importa lo

que te haya prometido. Vive para una cosa y solo una cosa. Esta guerra." La sonrisa de triunfo que ella había sido lo bastante decente como para ocultar asomó en su rostro. "¿Y le vas a decir ahora quién eres de verdad? No será necesario que esperes. Estarás muerto en cuanto abras la boca."

"Tengo que intentarlo."

"No es así. No tienes que hacer nada. Te lo dije una vez antes." Ella lo tomó de la mano y lo acercó más a la cara. Él quiso extender la mano y sacarle la devoción de encima con una bofetada, pero calmó su fatigada respiración y se obligó a escuchar. "No tienes que volver con ellos. Ninguno de los dos. Ya no sois esclavos. Aquí arriba, en estas montañas, habrá fortunas que hacer. Podemos ser realeza. Podemos crear nuestro propio mundo."

"Pensare en ello."

"No pienses. Solo vete. Ahora. Ven conmigo. Podemos hacerlo." Ella estaba suplicando. “Podemos ser grandiosos juntos. Este es un momento hecho para nosotros, para personas como tú y como yo." Ula se girió hacia Edan, suplicando. "No tenéis que volver."

Edan estaba de pie como un coloso, impasible e inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y la maldad en los ojos. "No sé qué crees que estás haciendo, muchacha, pero si sobrevivo a esto, te voy a dar la paliza de tu vida. Si fueras un hombre, lo haría ahora mismo."

"No tomará mucho tiempo. Solo hay que lllevar tu caballo y el mío y salir de aquí hasta la carretera. Déjala, Antony. Por favor." Ula estaba engatusándole ahora con los ojos llenos de lágrimas. "No mueras por ella también. Tú no, también."

“Sube hasta la casa del líder," dijo él con forzada calma. “Saca todo lo que puedas meter en una alforja. Si dejaron oro allí para Brin, se ha convertido en tuyo. Pero ve. Yo saldré de aquí si puedo."

Ula se estiró para besarlo suavemente en la boca y se volvió para desaparecer entre la multitud. Edan le dedicó una última mirada de completo disgusto, lo abrazó violentamente y se volvió para seguir

a su caballo.

Capítulo 18

Brinnie permaneció en silencio en la piedra del altar junto a los líderes de la causa.

El calor del fuego era alto y la luna llena se había elevado para iluminar toda la zona como la luz del día. Todo estaba teñido de azules y malvas y parecía que las fuerzas se movían en las sombras, a punto de ser vistas pero tímidas de reconocimiento.

La tienda que ella había dejado permanecía acurrucada en sus propias sombras y Brin no podía ver si Antony la esperaba allí o no. Parte de ella esperaba que él se hubiera marchado. Él no querría irse. La esperaría. Él la amaba.

A medida que los sacerdotes conformaban los espíritus del aire, su zumbante canción de cinco notas comenzó a gemir. Una a una, las voces fueron cayendo de la cadencia y, uno a uno, giraron para arrodillarse ante su piedra elegida.

El silencio llenó toda la arena, y las voces elevadas de la multitud se redujo a susurros mientras los cuellos se estiraban hacia adelante, preguntándose por la siguiente fase del ciclo. Cuando esta comenzó, se extendió un grave murmullo y Brin giró para tratar de encontrar la fuente de aquel asombro.

Desde los árboles, donde el círculo se acercaba lo suficiente para tocar la base de la montaña, se conducía una fila de hombres. Cada uno iba desnudo. Cada uno pintado como los sacerdotes.

Cada uno llevaba un pequeño broquel votivo que pendía de cadenas al cuello. Como el ganado, sus rostros estaban laxos, sus ojos, vidriosos y desenfocados. Lo mejor que cada tribu tenía para ofrecer. Algunos habían sido golpeados. Si habían sido honrados por su participación en la ceremonia, no parecía muy contentos. Lentamente, sus filas eran conducidas hacia adelante, dejando a un hombre arrodillado junto al devoto sacerdote instalado en cada piedra.

Brin se quedó helada.

El ganado había muerto sin un ruido, la sangre era transportada en fuentes, goteando sobre las rocas y arrojada al fuego. Sangre de ciervo goteaba del pecho de Calgacus. Ahora parecía que la sangre de estos hombres también iban a cubrir las piedras.

Habían tantos. A su alrededor, los hombres se arrodillaron ante las piedras ceremoniales, cada uno con la cara hacia abajo, balanceándose sobre las rodillas temblorosas. El último en ser empujado a su posición fue colocado justo delante de ella, y este cayó de rodillas frente al altar.

El baile estaba terminado. Comenzó la siguiente canción y cada nota llevaba una carga de tristeza a la noche. El sonido era patetismo líquido, pero no justificaba la intención que describía. Cuando terminó la canción, cada sacerdote tribal agarró un mechón de pelo de la coronilla del hombre que tenía delante, le echó la cabeza hacia atrás y le cortó el cuello.

Brin abrió los ojos. Las lágrimas nublaron su visión y su vacío estómago se tensó, pero se concentró en el hombre que aún estaba arrodillado ante la piedra del altar. No tenía ningún interés en lo que los sacerdotes y jefes de clanes hacían ahora detrás de ella. Brin sólo miraba para ver qué nuevo horror esperaba.

Todos los líderes reunidos se congregaron al lado del gran pilar, tomaron las cuerdas y se prepararon para jalar la piedra hasta su sitio. Algunos hombres se alejaron de la multitud, ansiosos por unir a la causa sus músculos y voluntad. En la silenciosa anticipación de la clausura de la ceremonia, el cierre del círculo, un sacerdote se acercó y puso un sacrificio de pie. La multitud comenzó a cantar.

Él era enorme. Un gigante. Cualquier general en su sano juicio querría a este hombre en su primera línea. Sin embargo, aquí estaba, a punto de encontrar su muerte. El aire helado de la noche mecía esa desordenada melena de cabello, moviendo la longitud castaña, apartándolo hacia atrás para mostrar las claras líneas azules tatuadas sobre el cuello, mejillas y las orejas.

A medida que el ruido de la multitud aumentaba a un crescendo, el

sumo sacerdote empujó sin gracia desde atrás, y Belus cayó torpemente, pero sin quejarse, en el pozo preparado. Y los líderes reunidos se pusieron manos a la obra para colocar el monolito sobre su cuerpo.

Este era el precio de la victoria. La muerte de los mejores. Brin estaba asqueada hasta la médula, con la piel de gallina. Consternada. Pero silenciosa.

Estaba hecho.

La medianoche estaba cerca, y ya se había derramado más sangre de la suficiente. Se derramaría más por la mañana. Hombres y guerreros valientes caerían hacia la muerte, mientras que los granjeros se preparaban para empuñar sus espadas. En cuanto se reunieran las tropas y se formaran los clanes, marcharían, ahora, hacia el campo de batalla.

Al amanecer, este enorme ejército estaría instalado y Roma temblaría al verlo.

Debilitada por la privación y el asco, Brin caminó con Calgacus de regreso a la tienda donde esperaba Antony. Ella quería yacer entre sus brazos y sollozar. Gritar todo el derramamiento de sangre y deshacerse de todos los miedos que traería la mañana. Quería descansar sobre su pecho, calentada por su amor y comprensión.

Brin estaba aún más pálida. Su corazón le arrebataba la sangre y las mejillas se habían vuelto translúcidas. Ojos oscuros miraban desde una máscara mortuoria. Ella estaba al borde del extenuación. Y cuando Antony la vio acercarse, un temblor se apoderó de sus dedos y el corazón le latió con fuerza en las sienes. Tenía las rodillas débiles y el aliento que le costaba respirar se le escapó por completo.

Él no tenía nada que ofrecerle.

"Bueno," Calgacus rompió el tenso silencio, pero Antony no lo miró.

Brinnie pareció tensarse hacia él, su carne se extendía fuera de los huesos en su intento de encaminarse cerca de él y Antony se acercó,

sus doloridos brazos anhelaban abrazarla. Ella se tambaleaba sobre los pies como si fuera a desmayarse, débil por el horror y el terror frío que le brillaba en el rostro.

"¿Llevaste a Eirbrin a una ciudad romana?"

"Sí," respondió Antony reluctante, levantando la mirada hacia el hombre que se dirigía a él.

“Eso fue arriesgado. Demasiado arriesgado. Aunque ella me dice que fue idea suya. No puedo creer que Euguein lo haya permitido. Creo que él te habría matado y la habría traído aquí, como pretendía."

Antony se encogió de hombros. Que creyera lo que quisiera.

"Ningún picto podría entrar en una ciudad romana."

Antony se tocó la mejilla, su coraje. "Yo sí," dijo.

"Eres un espía," anunció Calgacus. Solo Arlen estaba a su lado ahora. Y Brin. Sus hombres habían desaparecido discretamente en la celebración, sabiendo que su líder no necesitaba segundo al mando para hacer lo que era necesario.

"No lo es." Brinnie se adelantó, entre ellos pero a un lado. El tipo de fuego que había visto crecer en ella antes se había encendido y estaba furioso, coloreando sus mejillas y orejas, brillando en sus ojos. “De todas las cosas que podría ser, lo único de lo que estuve segura antes de dejar *Inbhir Nis* es que él no es un espía romano. Tuvo todo lo que necesitaba saber entonces y todo lo que necesita saber ahora. Si fuera un espía, ya se habría marchado de aquí."

"¿Estás segura, Brinnie?" Calgacus la miró con una sonrisa indulgente, pero sus ojos permanecieron duros como el pedernal. “Nunca debes estar segura de nada en esta guerra. De nada."

“Quiero hablar con él, ahora. A solas," dijo ella. "Si no estás seguro de mí, mátanos a los dos ahora. Ya estoy enferma del estómago por el derramamiento de sangre. Si quieres más sangre, agrega la mía al sacrificio."

Antony miró al líder rebelde y vio luces de duda en sus ojos. Lo que fuese que Brin ya le había dicho, era suficiente para hacerle dudar de ella ahora. ¿La amaba él? ¿La necesitaba lo suficiente para darle esta discreción? Así parecía. Él asintió lentamente.

"Puedes hablar con él, Eirbrin. Aquí en esta tienda. Yo esperaré aquí y luego se irá. Solo."

Ella asintió y se deslizó por la solapa de la tienda.

"Un poco de espacio, caballeros," escupió Antony a los líderes rebeldes. Si Brinnie había elegido esto, si iba a quedarse y unirse a este hombre y a su causa, entonces Antony quería al menos sentir que ella era suya durante un momento más.

Antony estaba cara a cara con la fuerza impulsora de la resistencia entera. Había contenido su propia habilidad lo suficiente como para saber que tendría a Calgacus muerto antes de que su general pudiera defenderse. Pero mantuvo la mano quieta y se agachó por debajo de la solapa para seguirla al espacio en sombras.

Ella cayó sobre su pecho y dedos desesperados le agarraron la tela de la túnica.

El olor de esa piel la colmaba y animaba su decaído espíritu y él puso los brazos alrededor de ella y le dieron fuerza para ponerse de pie. "¿Por qué me dejaste ahí arriba sola?" gritó ella, la pregunta la sorprendió incluso a ella. Eso no era lo que había pretendido decir, pero esa era la cumbre de sus miedos. Solo la punta. Debajo había una montaña.

“Porque tengo que marcharme. Pero no puedo irme sin ti."

"No. No, ”convino ella vacilante. "Yo quiero ir contigo. ¿Por qué te vas ahora?" Las náuseas que habían surgido por el pobre Belus volvieron a aumentar y le tensaron los músculos de la garganta. Se sentía tan cansada, terriblemente débil y temblorosa. El pulso se le aceleraba en los oídos y no podía pensar con claridad, no podía concentrarse.

"¿Por qué tienes que irte?" Ella levantó la cara y lo miró fijamente,

exigiéndole que hablara y detuviera el aumento de sus temores. Estos eran demasiado grandes; estaban fríos y duros y le llenaban el pecho. "Nunca iba a ser seguro quedarse aquí, pero podríamos habernos quedado con Vettona y esperar a que el mundo se derrumbara a nuestro alrededor, allí."

"Te amo, Brin," dijo él. “Te amo con todo mi corazón y alma y necesito que confíes en mí una vez más. Confía en ese amor. Ven conmigo."

A Brin le costaba respirar. Tuvo que dar un paso atrás para poder verlo; su visión se estaba oscureciendo. "¿Confiar en ti?" repitió débilmente. Las palabras eran difíciles de formar; una risa irracional se anudaba en su garganta. "Confío en ti. ¿Por qué me pides que confíe en ti ahora?"

La risa se convirtió en un gemido. Fue un aullido, pero ella no tenía el aire ni la fuerza para dejarlo escapar. "¿Por qué no iba a confiar en ti? ¿Qué has hecho?" Sus rodillas estaban débiles, apenas podían sostenerla y ella se aferró a sus brazos. Todas las respuestas que no había querido oír eran peores de lo que había imaginado. Lo único que no podía soportar oír, lo único para lo que no tenía estómago, era lo que él no quería decir. "Tienes que decírmelo ahora. Ahora." Él no lo se lo iba decir. No se lo quería decir.

"No me voy a quedar para la batalla. Esta es una conclusión inevitable. No pueden comparar hombres sin entrenamiento con la infantería romana. Estos hombres serán masacrados. Cuando huyan, no tendrán adónde ir ni comida. No habrá reino glorioso, no habrá tribus unificadas. La guerra terminará mañana y, si te quedas aquí, morirás con ellos."

"No." Forzó una sonrisa que no llegó hasta los ojos y él le tocó los labios con las yemas de los dedos. "No me des un pronóstico. Dime la verdad."

"Esa es la verdad. Esa es toda la verdad que importa."

"No, no la es. Dime qué fue lo que no pudiste decirme antes. Dime quién eres y por qué estás aquí."

"Estoy aquí porque te amo. Eso es lo que quiero que sepas. Por eso no pude dejarte en *Inbhir Nis*. Por eso quise dejarte con Vettona. Por eso estoy aquí ahora, suplicándote que vengas conmigo. Rogándote."

Las lágrimas en ella llenaron los ojos y rodaron por las mejillas, pero ella no tenía interés en tratar de detener su flujo. "¿Ir contigo adónde?" susurró Brin. "¿Detrás de las líneas romanas?"

"Sí."

El dolor estalló en su pecho como un fuego quemando el alma. Casi le dobló por la mitad y ella gimió, sollozando mientras se alejaba de él de nuevo, soltándose de su agarre. "Oh, no," sollozó. "No no no. ¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué hiciste esto? Me mentiste."

“Traté de no mentir. Y quise decírtelo." Trató de agarrarle los brazos, pero ella se zafó de entre sus dedos, tropezando hacia atrás por el estrecho espacio.

“¿Intentaste no mentir? ¿Intentaste? Tú eres una mentira. Todo sobre ti es mentira. Cada palabra que dijiste fue solo otra mentira." Las palabras de Ula llegaron resonando con una venganza, y ella rió de nuevo entre lágrimas. "Qué estúpida soy. Grandes dioses, cómo debes de estar riendo."

"Basta, Brin. Déjalo. No fueron mentiras. Nada de lo que importaba fue mentira." Él la tomó del brazo y la atrajo hacia sí. "Te amo. Eso no es mentira. Te necesito y estoy aquí, arriesgando mi vida para llevarte conmigo, porque tú significas más para mí que la vida."

Ella se llevó las manos a la frente, tratando de contener el aplastante ruido de la emoción y la razón. "La verdad," exigió ella. "¿Tú y tus hermanos sois espías?"

El asintió.

"Viniste a la casa circular esa noche en busca de información."

De nuevo, asintió.

"Me seguiste a casa porque querías que te llevara hasta Calgacus."

"No. Yo no tenía ni idea de que estuvieras asociada con él. Ninguna."

"¿Entonces por qué?" Otro gemido, y ahora el aire a su alrededor palpitaba con sombras, su ritmo repugnante, su estómago palpitaba por el impacto de la comprensión. Antony la tomó por los hombros, ella lo agarró por las muñecas y le subió las manos hasta su rostro.

El terrible *déjà vu*. Las manos de Antony, esos fuertes dedos presionados contra su garganta. Él sosteniéndole la cara en la oscuridad fuera del *crannog*, diciendo: «No soy sacerdote. Soy soldado». El pánico espantoso tuvo su origen allí, esa noche. "Me ibas a matar."

"Sí." Ella apenas pudo oírlo. "No pude. Euguein me dio la idea de traerte aquí. Con él."

Ella le llevó las manos con más fuerza sobre el costado de la garganta y se ahogó con las lágrimas mientras intentaba hablar. "Hazlo ahora, o los llamaré aquí dentro."

"No."

"Morirás. Hazlo para salvar tu propia vida."

"No."

"Pero me habrías matado. ¿Por qué?"

"Me reconociste."

Todas las respuestas que ya había dado eran quedas y grises por la resignación, pero cuando dijo estas palabras, algo en su voz se quebró y ella llevó sus ojos llenos de lágrimas hacia los de él. Él ni siquiera sabía lo que ella había pensado cuando lo vio aquella noche. Todas sus esperanzas se habían elevado y colapsado, porque había pensado que él había visto su destino y que conocía su dolor. Él no había visto nada más que inocencia.

Él no recordaba dónde la había visto antes. No tenía idea de lo

importante que había sido esa noche para ella. Él no sabía que Cam había muerto y que ella había cambiado su autorrespeto por vergüenza. Él no sabía nada de eso y, sin embargo, ¿la habría matado porque ella lo había reconociso? ¿Porque ella sabía que él había estado en el fuerte?

Ella le apartó las manos de los hombros y se volvió torpemente, tratando de mantener quieto el mundo a su alrededor. Sin sus manos firmes para sostenerla, eso era demasiado difícil. No podía concentrarse. "No me toques," se quejó ella, su propia voz estaba demasiado lejos para estar segura de haber hecho algún sonido. Sus rodillas estaban demasiado débiles para sostenerla y su garganta estaba demasiado seca para decir "Fuiste tú."

Él había llevado la advertencia a los refuerzos romanos. Había avisado a los hombres que habían matado a Cam. La acusación retumbó en su cabeza como si estuviera hueca, haciendo eco en el torrente de su propia sangre. El sonido era un movimiento negro y ella lo vio girar en un silencio entumecido.

Antony saltó hacia adelante para agarrarla mientras caía, empujando su rostro hacia su hombro. "Brinnie," susurró, pero ella se había alejado tanto de él como lo permitía la pequeña tienda y no quería regresar. Ella no podría huir lo bastante aunque tuviera el mundo entero para correr. No quería tener nada que ver con él. Nada.

Con cuidado, él la levantó, agachándose bajo la solapa de la tienda mientras la llevaba a la luz de la luna. Arlen avanzó deprisa y Antony la entregó con suavidad entre sus brazos. "Está agotada," dijo. Había más que quería decir, les habría dicho que la mantuvieran a salvo, pero no pudo hacer que su garganta funcionara.

Calgacus estaba a su lado, detrás de él, peligroso, pero no trató de girarse ni defenderse. Lo que quería era quitarle el cuchillo de la pantorrilla y cortarle la garganta al bastardo, pero él era la única esperanza que había para el mundo de Brinnie. Su causa. Su guerra.

"Te marchas," dijo al oído de Antony, y él asintió.

El tono del líder rebelde fue cruel; no había duda de que quería a Antony muerto. "Dime," siseó, y el miedo que impulsó su necesidad de sangre se elevó en sus palabras. “¿Lo entendió ella mal? ¿Trajo mi Eirbrin un espía a este campamento?"

Una risa enfermiza ardía en el pecho de Antony, pero su garganta y cejas se fruncieron dolorosamente por el sonido. Fue todo lo que pudo hacer para forzar una sola sílaba. "No."

"Bien." Estaba tranquilo, pero atormentado. Confiar en Brin o acabar con las amenazas. Las dudas le subieron por la garganta, pero confiar en ella, que le vieran confiar en ella, era más importante que este pequeño riesgo. Sus miedos llenaban la noche. Ella era su certeza. "Vuelve a la Galia, a Germania o a algún otro lugar donde un hombre sin hogar pueda hacer dinero de la sangre. Ella pertenece aquí."

Antony asintió de nuevo. No tenía interés en un debate, pero Calgacus tenía más que ventilar.

“Le dije que podías irte. Ella nunca sabrá ahora si saliste vivo de este campamento. Pero aquí está la cuestión. Esto es lo que quiero que recuerdes. Si eres escoria romana, mira bien a tu alrededor. Míralo todo. Recuérdalo todo. Diles que vamos en camino y diles que no nos vencerán."

Antony quedó en silencio, esperando para estar seguro de recibir el mensaje en su totalidad, luego se apartó. El caballo de Tav estaba parado pacientemente al costado de la tienda y él trepó rígidamente a la silla. Sin mirar hacia un lado u otro, volvió la cara del caballo hacia el camino que salía del campamento y siguió la ruta que les había dado a Edan y Ula.

Quizá le estuvieran esperando. A Antony no le importaba.

Capítulo 19

Ula tuvo dudas sobre la posibilidad de entrar en un campamento del ejército romano como una mujer solitaria, pero se había tranquilizado con el conocimiento de que recibiría la protección del Comandante. No tuvo dudas sobre su caballo. Edan montaba la montura de Antony y Antony montaba la de Tav. Ula cabalgaba sobre el negro, y el humor de Edan no mejoró cuando cruzaron las líneas de centinelas hacia el campamento de marcha.

Una línea de campamentos corría hacia la costa. Mensajeros fueron enviados inmediatamente, movilizando las tres legiones y sus cohortes auxiliares, fuerzas no combatientes y carros. Mientras la luz del amanecer atravesaba el cielo, el brazo delantero del ejército romano en *Britania* marchaba hacia el campo de combate elegido por su enemigo.

Delante de las narices de los caledonios, dispuestos como estaban en la ladera sobre la amplia arena circular, Roma comenzó a excavar. Para el vasto ejército nativo asentado en lo alto, Roma parecía una cosa miserable, de hecho. Apenas diez mil hombres. Fuerza insuficiente para hacer frente a la resistencia. Cavando trincheras en los llanos ribereños. Levantando las tiendas de una ciudad temporal. A los espectadores les parecía ridículo que una batalla librada en una tarde fuera precedida por tantas horas de preparación inútil. Trincheras, carpas, muros. Todos caerían con la noche. Pero ¿qué les importaba que los romanos gastaran la fuerza de sus armas en estos inútiles preparativos?

Como gobernador y comandante, Agrícola conocía a sus hombres y conocía la estrategia de batalla. Estaba cansado de estos rebeldes provincianos y cansado de las guerras que le impedían una vida más cómoda con su familia. Lo que quería ahora de *Caledonia* era una resolución rápida, una victoria decisiva, para poder regresar a Roma de una vez por todas.

Y los caledonios habían reunido sus fuerzas por todas partes en su tierra, clamando que morirían antes de vivir bajo el dominio de

Roma. Él aceptaba esos términos.

Y quería una victoria que no costara sangre romana. Si esta batalla salía según lo planeado, la haría escribir en la gloriosa historia y dejaría a estos bárbaros consigo mismos. Allí estaban, extendidos sobre él en su gloria, con sus carros dando vueltas por la llanura central delante, esperando, en un sitio que se adaptaba perfectamente a sus muchachos. Que así fuese.

Mantuvo en reserva la sangre romana de sus legiones. Extendiendo sus cohortes de infantería auxiliar ampliamente en el centro y sus unidades de caballería en las alas, ordenó el primer bombardeo de misiles como una invitación a la guerra.

Antony observaba el comienzo de la batalla con fría indiferencia. Parecía estar muy lejos. Incluso sus propias manos parecían pertenecer a otra persona. Tenía frío y se encorvaba como si se cuidara de una herida fatal en el vientre.

Los carros enemigos pululaban el campo en círculos inútiles, y él les masculló correcciones de estrategia en voz baja y sacudió la cabeza con incredulidad. El campamento, la ceremonia, la comida y los suministros, todo había sido manejado con tanta habilidad que Antony había comenzado a creer que habría un cambio de planes a la luz del día. No había ninguno. Este desastre estaba escrito en los hados y todo iba a suceder como estaba escrito.

Con los primeros bombardeos de misiles, ninguno de los bandos recibió muchos impactos, pero impulsó a los caledonios a la refriega. Enviaron caballería y carros hacia las compactas líneas de infantería romana. El resultado fue el caos.

Las cohortes cedieron en la primera carrera, pero los caballos caledonios, abarrotados por atacantes por detrás e incapaces de avanzar contra las tropas romanas, entraron en pánico y se volvieron contra sí mismos, perdiendo caballos y vehículos sin jinetes para causar estragos en su propio campo de hombres.

La infantería romana mantuvo sus líneas y los caledonios avanzaron contra un muro sólido. Estos eran hombres feroces; entre ellos había hábiles espadachines, hombres acostumbrados al combate singular

o escaramuzas de aldea. En combate cuerpo a cuerpo contra una línea inquebrantable, sus espadas largas y pesadas eran un obstáculo, y sus movimientos se veían impedidos por la proximidad de sus propios hombres.

Mientras se desarrollaba el baño de sangre, la caballería mantuvo su posición, como se había ordenado, y observaba.

Pasaron horas mientras más de las hordas brillantes de la ladera de la montaña se sumergían en la lucha; la infantería romana con armadura, los celtas con tela y cota de malla. Roma mantenía sus líneas mientras avanzaba. Como siempre hacía. Como siempre lo haría.

Antony sintió una inquietante sensación de pesar, porque estos valientes hombres y mujeres habían sido tan horriblemente engañados. Sintió afinidad con ellos y tristeza por la sangre que se derramaba en tan brillante profusión.

A última hora de la tarde, la caballería aún estaba esperando, pero habían llegado órdenes de extenderse más en las alas. Esto llevó a los hermanos un poco más lejos del claro rostro brutal de esta victoria.

Cuando finalmente se les ordenó avanzar, Edan lo agarró por el hombro y lo empujó con fuerza en su asiento. "¡Despierta!" gritó. "No te voy a dejar ahí afuera, no en un día como este. Piensa en lo que estamos haciendo."

"Estoy bien," respondió Antony espoleando a su caballo y soltando las riendas cortas sobre su cuello. Sacó la espada por encima del hombro y eligió la línea que atravesaría al enemigo que se precipitaba.

Sus caballos conocían los pasos de este baile, curtidos profesionales, ambos. Ante ellos, los nativos desanimados luchaban en una acción de retaguardia, tratando de mantener sus líneas mientras se veían obligados a retroceder colina arriba.

El sudor le empapaba la cara, le dolía la espalda y la ropa se le pegaba al cuerpo mientras el día que oscurecía finalmente era

entregado a los vencedores romanos. Con una oleada final hacia adelante, las líneas caledonianas se rompieron ante ellos, se retiraron a las altas arboledas del bosque y comenzaron a dispersarse.

Desde la cobertura de los árboles, algunos hombres intrépidos o desconsolados se volvieron, disparando flechas y picas a las celebrantes tropas romanas, y se ordenó una última ola de caballería en el bosque para acabar con los arqueros.

Antony cabalgaba a baja altura, corriendo tras los hombres que huían, tejiendo el caballo de guerra entre los árboles, con la atención fija en un grupo de arqueros más arriba en la pendiente.

En un instante se quedó sin aliento. El sabor crudo de la sangre llenó su boca y las maldiciones que gritó rodaban por su cabeza, silenciosas por falta de aire. El dolor era insoportable, e instintivamente se acurrucó, agachándose. ¡Dioses!

Una flecha desde atrás lo alcanzó en lo alto de la espalda, pasando entre las costillas, y Antony miró la punta brillante que le sobresalía del pecho justo debajo del hombro derecho. Arrastrando hacia atrás, puso su caballo sobre las ancas. El nido del arquero estaba a solo veinte pasos por delante y él arrastró al caballo con la intención de volver al terreno despejado antes de caer inconsciente o recibir un disparo fatal.

En la oscuridad del bosque, con la noche acercándose a ellos, el caballo gateó y resbaló en la pizarra húmeda y la basura, y Antony tomó todo su peso de un lado mientras caía. Su pelvis y muslo se pusieron blancos de dolor, ardieron como si un rayo hubiera caído profundamente en su cadera, y luego, afortunadamente, se adormecieron. Con un brazo inútil, no tenía esperanzas de recuperar su asiento y se hundió en una sangrienta ola de dolor.

En la oscuridad, soñó con Eirbrin.

A veces veía cómo aquel rostro se llenaba de fría repulsión y sus ojos se llenaban de odio. En esos sueños, Antony aullaba, sintiendo un profundo dolor y frustración en el alma. Se rasgaba la ropa hasta que le sangraba el pecho y los dedos, pero no podía salir de su

propia piel.

Y a veces ella sonreía. Él la miraba, a veces de cerca, a veces desde la distancia, pero ella se volvía hacia él y sonreía y el dolor en su pecho lo acercaba cada vez más a la luz de esos ojos. Cuando la conciencia amenazaba y la vasta realidad del dolor empezaba a darse a conocer, una vez más, él huía.

Había una guerra sutil, no menos peligrosa por su silencio, librándose en su mente y cuerpo. Afuera, el dolor real y presente era algo que prefería ignorar, y él permanecía en la vida media de la inconsciencia. Pero dentro de su cabeza, donde revivía su tiempo con Brinnie y la dejaba atrás, una y otra vez, el dolor era demasiado grande para escapar y demasiado irrefutable para sobrevivir. Quería acabar con el pensamiento. A veces quería la muerte.

Sin embargo, los hados eran más crueles de lo que podría haber imaginado. Lo habían traído de regreso para enfrentar sus heridas. De regreso al mundo real donde tendría que sobrevivir sin ella.

Brinnie había visto la batalla desde el centro de mando en lo alto de la colina.

Había visto cómo el desastre comenzaba, brotaba, florecía y fructificaba en violencia y derramamiento de sangre como nunca podría haber imaginado. No se podía creer el gran volumen de sangre. Todo el campo estaba inundado de sangre. Y cadáveres.

Por la noche, cuando la guerra estaba perdida, se unió a las filas de mujeres que peinaban el campo en busca de sus heridos. La diminuta fuerza romana había vitoreado y retozado entre los muertos, gritando como hombres alegres por el trabajo de sus manos. Habían recogido a sus propios hombres y regresado detrás de sus líneas para una fiesta desenfrenada.

¿Era bondad o el último acto de indiferencia que dejaran a los guerreros celtas vivos en su sangre para que las mujeres y los heridos se los llevaran?

Estaba sola cuando lo encontró y lloró, aun cuando había creído que no había más lágrimas que derramar. Cuando pasó lo peor de

los sollozos, se levantó para encontrar un pequeño carromato, se instaló en un carro suelto con su caballo manchado de sangre aún en el arnés, vio cómo lo arrastraban al suelo ennegrecido y luego condujo al caballo en silencio a la oscuridad de las colinas. A las ruinas.

***

Antony gimió y ella se sacudió el peso del insomnio, apretándose más la capa, pero sin acercarse más a donde él yacía. No tenía nada que darle si despertaba. Sin hierbas para el dolor, sin comida. Tenía un fuego, su hambre sin fin se alimentaba canibalizando lentamente la cabaña a su alrededor. Y ella tenía agua. Debajo de ellos, el río ofrecía una gran cantidad de agua dulce helada.

En todas partes, todas las casas y pueblos habían sido arrasados por los celtas que huían. Ningún animal quedó atrás. Ni un tallo de grano ni un silo. Ni una verdura. Ni olla ni tetera, ni cama ni manta.

Él se agitó de nuevo y ella comenzó a llorar en silencio. Cada vez que se movía, una nueva gota de sangre brotaba de la herida del hombro. Ella había roto la flecha y la había extraído, pero no tenía nada más que su túnica para desvestir y doblar en fajos limpios para tapar el agujero.

Y como ella esperaba y temía, él abrió los ojos. Se quedó mirando el techo de arriba, sus ojos brillaban de dolor. Mientras ella estaba en silencio, él no parecía saber que ella estaba cerca. Él movió la mano izquierda, la sostuvo frente a su rostro como para asegurarse de que podía ver, luego se frotó los ojos con fuerza. Deslizó la mano por el suelo y giró un poco la cara hacia el fuego.

Ella se ajustó la capa sobre la piel gélida y, al sentir el movimiento, él levantó la cabeza, gimió y la dejó caer. "Brin, acércate un poco más."

Ella metió los pies con más fuerza bajo el fardo y no se movió.

"¿Dónde estamos?" preguntó él, luego tosió débilmente y escupió sangre.

Nuevas lágrimas brotaron, pero ella no emitió ningún sonido.

“¿Es este mi velatorio? ¿Vas a esperar y verme morir? Él sonrió y asintió, cerrando los ojos.

Cuando pareció que se había vuelto a dormir, o que había vuelto a perder el conocimiento, ella susurró: "No sé qué hacer."

"Acércate," dijo él. "Necesito verte."

Lentamente, temiendo el dolor gris y el olor a sangre, se acercó sigilosamente. “Tenemos agua. Nada más."

"El agua es buena. Pero eres tú a quien necesito."

La taza que tenía estaba rota, pero contenía un cucharón de agua fría, y ella se lo acercó a los labios mientras él bebía.

"¿Cuánto tiempo he estado aquí?"

"Es media mañana. Solo la noche. Todo está quemado. Esta casa solo se dejó porque se está derrumbando."

"¿Se han ido?"

"Sí. Como dijiste. Fue un desastre. Tantos hombres muertos."

"¿Las líneas romanas?"

"No lo sé."

Él movió la mano, le tocó la mejilla y pasó un dedo por la sangre y el hollín que manchaban su piel. "Vendrán. O las líneas seguirán avanzando detrás de la retirada o Edan vendrá a buscarme. El caballo habrá vuelto al campamento. Él buscará un cuerpo. Seguirá buscando mientras su campamento esté en su lugar."

Las lágrimas en Brin fluían libremente ahora que ella apenas notaba su formación ni su caída. “Necesitas un cirujano. Yo debería haberte dejado en el bosque. Él habría venido a buscarte y ya estarías en el campamento, a salvo."

Él sonrió. "Lo siento mucho, Brin."

"¿Qué hacemos?" Era una pregunta que se había estado haciendo desde que lo había llevado arrastrando hasta el suelo de esta casa en ruinas y comenzado a esperar.

"Ven aquí, deja que te abrace mientras duermo. Podemos esperar."

Ese plan tenía agujeros por los que ella podía ver. Era probable que nadie en busca de un cadáver llegara tan lejos como para buscar en una aldea abandonada. Podía esperar aquí durante días y un cadáver sería lo único que encontrarían. Pero ella tenía la sensación de que a él no le importaba. Ahora necesitaba un galeno, pero él se contentaba con esperar.

"Tengo que volver y encontrarlos," dijo ella. "Habría intentado buscar ayuda antes, pero pensé que me matarían."

"Ula podría."

"¿Ula está contigo?"

"Sí. Con Edan. No quiero que me dejes. Otra vez no. Esta vez no."

Él necesitaba ayuda, una ayuda que ella nunca podría dar, y Brin se mordió el labio con fuerza para evitar que temblara. Aunque pudiera encontrar a Edan tan pronto como saliera por la puerta, puede que aún fuese demasiado tarde para hacer algo que le salvara la vida. La sangre había manchado un amplio círculo oscuro debajo de su espalda y a él no le importaba nada.

"¿Estás cansado?" Él tenía los ojos pesados, cada parpadeo requería energía para abrir los ojos y él asintió lentamente. "Entonces duerme," susurró ella y se estiró para acostarse a su lado con la mejilla sobre su pecho Las lágrimas en ella brotaban entre párpados cerrados, se acumulaban en el puente de su nariz y caían para empaparse en la tela sucia de la túnica.

"Me equivoqué de nuevo." Sus palabras de Brin eran pequeños sonidos, perdidos y desesperados. “Viniste para permitir que me redimiera. Me dejaste elegir mi camino de nuevo, cuando era más fuerte e inteligente y, aún así, me equivoqué."

Escuchar la respiración de Antony requería todas sus fuerzas. Esta era superficial y llena de dolor, burbujeante y espasmódica, pero él movió su mano suavemente sobre su hombro.

Ella continuó. “Te amo y me prometí a mí misma que seguiría tu destino. Prometí que te pondría a ti primero. Pero no lo hice. No fue el pasado repitiéndose, ¿verdad? Simplemente la misma guerra y la misma batalla imposible y perdida. Y ahora no sé qué hacer."

"Está bien," dijo él. "Ve al Suroeste, lejos de la costa. Allí debe ser donde él había estado acumulando las reservas de alimentos. Recupera tus fuerzas y luego ve hacia el Norte, tan rápido y tan lejos como puedas."

Él guardó silencio un momento y Brinnie se secó las mejillas húmedas. Ella no tenía fuerzas para viajar a ningún lado y no tenía familia ni hogar adonde ir.

La pérdida de sangre y el dolor hicieron que las palabras de Antony fueran un siseo, apenas audible. "Diles, Brin. Diles que se queden en las montañas. Esa es su fuerza. Los hombres no entrenados no pueden ganar en combate abierto."

Hacía mucho que había pasado el momento de decirles estas verdades. El momento de recordarle a Cam que era granjero, no soldado, un alma gentil que cuidaba y nutría la vida, se había ido. La guerra y toda la charla sobre la libertad y la muerte se habían reducido a nada más que sangre y brutalidad. Los fuertes entre ellos, los astutos, los soldados, estaban vivos ahora y huían hacia las colinas. ¿Estaba su líder entre ellos? ¿Vendería su causa de nuevo?

"Yo nunca lo amé," susurró ella. Había secretos que ella nunca había compartido, y cosas que antaño le habían parecido irrelevantes eran importantes de repente. Necesitaba que Antony lo entendiera. “Solo fui a verlo porque creí que tenía que hacerlo. Me quedé porque no veía otra opción. Pero nunca lo amé. Yo sólo..." buscó palabras que la quemaran menos de vergüenza pronunciarlas. "me sometí a él. Eso es todo."

Su pequeño fuego hizo que la habitación se calentara lo suficiente, pero bajo su mejilla él estaba temblando, y Brinnie levantó la cara

para mirarlo. "Te amo," susurró ella. "No me dejes aquí sola." Pasó un dedo lentamente por sus labios y barbilla, pero no había nada que sugiriera que él notaba el toque. Con cuidado, ella se deslizó hacia atrás desde debajo de su brazo y se dirigió a la puerta.

Bajo el sol de la mañana, se quedó de pie por un momento respirando, tratando de aclarar su cabeza. Sus nasales estaban obstruidas, sus ojos hinchados y en carne viva, y su cerebro era un torbellino de niebla. Tenía que volver al campo de batalla. Los caballos no eran caballos de silla y ella no tenía equipo ni ningún tipo de brida que pudiera usar. Montar era demasiado arriesgado, tenía que correr.

No recordaba la última comida completa que había comido. Tenía el estómago hundido y las piernas le temblaban por el esfuerzo, pero tenía que intentar llegar hasta los buscadores. Había conducido a campo a través, en la oscuridad, y no tenía idea de qué destino la había guiado. Pero, razonó, estaban en la orilla del río; el río corría por el valle; el campamento romano estaba en la llanura del río. Si seguía el río, este tenía que llevarla de regreso al lugar donde habían acampado los romanos. Mientras corría, trató de recordar cuánto tiempo había cabalgado. ¿Habían sido horas? Momentos. No había sido tanto tiempo. Alzando sus faldones, obligó a sus débiles piernas a cubrir el suelo rocoso.

Cuando la arena finalmente se abrió a su lado, la tomó por sorpresa. Ella se afanó por rodear un último montículo y allí estaba la fuente del mal olor, el humo y el hedor a muerte. Equipos de hombres se movían por el campo, recogiendo cadáveres para enterrarlos y quemando armas rotas.

Apoyándose en el tronco de un pino antiguo, Brin respiró hondo el aire en el pecho y luego se empujó colina arriba hacia los árboles, hacia el lugar donde lo había encontrado tirado. Los senderos del bosque estaban vacíos, los cuerpos despejados, ningún caballo ni hombre se movía a través de la densa oscuridad, y la desesperación comenzó a gemir en su cabeza. No necesitaba más precauciones. Si los hombres de abajo la querían muerta, o algo peor, que así fuera. Antony le había prometido una vez que no estaría sola y que, si él moría allí en este lugar destrozado, ella estaría sola para siempre. Haciendo uso de sus últimas fuerzas, se volvió hacia los árboles y

gritó a todo pulmón: "¡Edan!"

Ella se tambaleó más adelante. "¡Ula!"

Los hombres en el campo de abajo levantaron la vista de sus labores, pero ella los encaró cuesta abajo y los llamó una y otra vez. Se consultaron entre ellos, señalando donde estaba ella, respondiendo en latín y riéndose de su propio humor.

Antes de que sus lágrimas de impotencia pudieran caer de nuevo, cascos sonaron desde lo alto de los árboles, y vio cómo dos caballos convergían donde ella estaba. Conocía a los hombres que los montaban, como un grito y su eco. "Sé dónde está," gritó ella tropezando por la pendiente para encontrarse con ellos.

El segundo gemelo hizo girar el caballo cuesta abajo, cabalgando con fuerza hacia el campamento y hacia la ayuda que necesitarían. "Por favor, date prisa," susurró ella hacia donde él había estado.

Capítulo 20

Brinnie dormitaba junto al catre de campaña, apoyando la cabeza en los brazos cruzados. Se despertó cuando sintió unos dedos tocando su cabello. Todas las trenzas y cuentas lustradas habían desaparecido, y los rizos se extendían por sus brazos y caían sobre la almohada que compartía.

"¿Aún estás aquí?" susurró él sin abrir los ojos, y ella asintió. "¿Cómo?"

"Has estado durmiendo mucho. Estamos en el campamento de marcha romana. Están a punto de moverlo todo hasta *Inchtuthil*."

"¿No estamos avanzando?"

"No. Vuestro general ha declarado una victoria sobre toda *Caledonia*, hizo desfilar a sus prisioneros de guerra y los arrojó a los puestos de esclavos. Ahora está moviendo todo hacia el Sur."

Antony rió débilmente y el esfuerzo hizo que el dolor le deformara el rostro. “No ha puesto un pie en más de la mitad del país. Te dije que no lo quieren." Abrió los ojos para mirarla. "¿Por qué estás tú caminando libre?"

"Edan me compró." Ella se tragó la hiel, pero había llevado cargas más pesadas que la esclavitud. Y había un lado positivo. "Usó el oro de Ula y ella no está muy feliz."

“¿La ciudadanía de quién usó? Él no puede tener esclavos."

"De tu padre. Necesito más dinero, Antony. Antes de que trasladen a estas personas demasiado al Sur o las envíen a los mercados de esclavos. Yo las conozco. No puedo dejar que se los lleven."

Él sacudió la cabeza para despejarla. Tratar de concentrarse le estaba pasando factura. “¿Cuánto oro consiguió Ula? De todos modos, era todo tuyo. Recupéralo robándoselo a ella. "

"Ella ni siquiera fue arrestada, ¿sabes? Le dieron su libertad por ayudarlos a escapar."

"Cómo es la guerra, ¿eh? Sería gracioso si no fuera tan trágico." Fijó los ojos en los de ella. "Lo siento, Brinnie. No sé por qué estás aquí ni cómo podrías perdonarme."

Ella le tocó los labios con los dedos y negó con la cabeza suavemente. “Pensé que ibas a morir, igual que Cam. E igual que entonces, yo antepuse esta guerra, a estas personas, al hombre que amaba."

"Por deber," dijo él arrastrando las palabras.

"No. No dejé de servir a la causa para compensarlo todo con Cam, pero esta nunca fue su lucha. Él nunca amó esta lucha. Era granjero y murió porque creyó en las mentiras. Todos creímos en las mentiras. Todos creíamos que podíamos ganar a Roma, y ahora todos nuestros mejores hombres están muertos."

"Brinnie, eso es la guerra. Eso es lo que es. Hombres que creen que pueden luchar contra otros hombres. Nada cambia, nada mejora y solo el látigo cambia de manos."

"Pero tú lo viste. Pudiste ver todo lo que teníamos y pudiste decir que no había posibilidad. Nadie nos dijo eso. Nadie dijo que Roma ganará de todos modos. Las personas en las que confiamos nos mintieron a todos."

Todo el mundo había mentido. Todo el mundo empujaba en busca de posición. Ninguno de ellos se preocupaba por la libertad, les preocupaba tomar el poder y mantener el poder.

"¿Qué vas a hacer?" preguntó él y ella sonrió.

"Soy tu esclava. Tu bien ganado regalo."

"Eres libre." Como si viera una serie de amenazas saltar detrás de ella, él agregó: “Mantente cerca de Tavish y Edan. Son groseros, pero te mantendrán a salvo allí."

Ella se había quedado cerca de Tav. Todos los ojos habían mirado

lascivamente, todos los soldados se habían comportado como si ella fuese una seguidora de campamentos, como si estuviera allí para que la tomaran a voluntad. "Quiero quedarme contigo. ¿Puedo? ¿Es eso posible?"

Él no respondió de inmediato, pero frunció el ceño ante un futuro que parecía temer. “Sí, puedes quedarte. Quiero que te quedes. Pero no tengo un hogar que darte. Me quedan otros siete años de esto. Siete años de dejarte sola en un fuerte de aldea en alguna parte donde no tienes derechos ni dinero. No puede haber matrimonio romano formal, nuestros hijos... "

"Aceptaré eso," sonrió y le dio un beso en los labios. "No soy romana. No necesito un matrimonio romano. Nuestros hijos serán hermosos. Y en cuanto a estar sola sin dinero, apuesto a que hay un buen mercado para los lujos romanos en las aldeas. Aprendí en *Craig Phadrig* lo que es intentar conseguir cualquier cosa que necesitamos."

"¿Ya estás planeando ser comerciante del mercado negro?"

"Y espía."

“¿Y mi esposa? ¿Mi reina virgen?"

"Si eso es lo que quieres." Ella se inclinó sobre su oído para que sus palabras fueran solo para él, aliento cálido en su mejilla, lengua saliendo para tocarle el lóbulo de la oreja. "¿Debería acostarme ahí, quieta y temblando, y suplicarte que seas amable conmigo, esposo?"

Él sonrió, tratando de no dejar que las amenazadoras risitas llegaran a la herida en su pecho.

"¿Debo gemir y darme la vuelta y gritar: «Dios mío, por favor, seguro que eso no cabrá nunca»?"

La risa aumentó a pesar de sus mejores esfuerzos. “Sí, eso me suena bien. Eres mujer mala, muy mala."

“Entonces ponte bien. Vuelve pronto a verme." La diversión en ella se agotó y le apretó la mano con fuerza. “Tenía tanto miedo de que murieras. No podría soportar estar sola así de nuevo."

"No lo estarás."

"No. Los dioses pusieron el mundo bocabajo para traerte hasta mí. Ellos nunca te volverían a apartar."

FIN

Glosario (ampliado)

Aba, Abaya: La abaya "manto", a veces también llamado aba, es un simple, suelto prenda, esencialmente un vestido similar a una bata, que usan algunas mujeres en partes del norte África y la Península Arábiga. Los abayat tradicionales son negros y pueden ser ya sea un gran cuadrado de tela que cubre los hombros o un caftán largo. La abaya cubre todo el cuerpo excepto la cara, los pies y las manos.

Ablutium: Baño.

Acetum: Aceto. Vinagre.

Aedicula: Una edícula (plural, ediculae) es un pequeño santuario.

Al siq: al-Siq (traducido: el eje) es la entrada principal a la antigua ciudad de Petra en el sur de Jordán. El desfiladero tenue y estrecho (en algunos puntos no más de 3 m de ancho), que recorre 1,2 km, termina en las ruinas de Al Khazneh (El Tesoro).

Al Uzza: Al-Uzzá fue el diosa principal adorada por los nabateos, quienes (eventualmente) la equipararon con la diosa griega Afrodita Ourania (Venus romana, Caelestis).

Alae: caballería auxiliar romana.

Alkanet: raíz utilizada en Cosmética romana para una mancha roja brillante en los labios. También se utilizó como abortivo.

Antorchas Blancas: llevadas al nuevo hogar de la novia para transladar el espíritu del hogar familiar desde la casa del padre hasta la nueva.

Árab el-Hajaya: Jordania, Área, Zona tribal.

Ares: Dios griego de guerra. Marte romano.

Atrebati: Tribu celta. Los Atrebates del sur de Gran Bretaña. Habitaban una región, ahora contenida dentro el condado moderno de Berkshire, que incluía las partes del norte de Wiltshire,

Hampshire y Surrey. Su capital tribal estaba situada en Calleva Atrebatum, hoy conocido como Silchester, Hampshire.

Aureus: El aureus (pl. aurei "dorado") era una moneda de oro de la antigua Roma valorada en 25 denarios de plata.

Auspex: capellán/sacerdote del ejército.

Auxiliaria: Tropa no romana reclutada y adjunta a las Legiones.

Bab al-sirr: Las casas árabes a veces tenían un Bab Al-Sirr, una puerta secreta utilizada como una salida de emergencia incorporada en las paredes y oculta con el alféizar de una ventana o un estante con libros. El nombre proviene de una de las seis puertas abiertas en un antiguo muro en Adén (actual Yemen), que se abría sólo en caso de emergencia de seguridad del estado.

Bean Shidhe: O «mujer de los montículos de hadas» es un espíritu femenino en la mitología escocesa, generalmente visto como un presagio de muerte o un mensajero del Otro Mundo. (también escrito *bean shìth*). Banshee.

Belladona: Planta tóxica de la familia Solanum, fatal incluso en pequeñas dosis.

Bétyle: Los nabateos veneraba a sus deidades en betyls (losas de piedra anicónicas). El betyl indica la presencia divina de cualquier deidad que se está representando, y no es restringido a Dushara y Al-Uzza.

Bilbilis: Ciudad romana cerca de Calatayud moderna.

Bisht: Un bisht es un manto de los hombres árabes tradicionales. Es esencialmente una capa exterior fluida hecha de lana, usado sobre el thobe. A diferencia del thobe, el bisht es suave y es generalmente de color negro, marrón, beige, crema o gris. Como los inviernos son cálidos, esta región, el bisht generalmente solo se usa por prestigio en ocasiones especiales como bodas o festivales.

Bloques de sebo: Jabón temprano. Fabricado por primera vez en la Galia germánica a principios del primer siglo.

Brecks: pantalones.

Buccina: Una buccina es un instrumento de bronce utilizado en el antiguo ejército romano similar al *Cornu*. Un *aeneador* que soplaba una buccina se llamaba «buccinador» o «bucinador». La buccina se utilizaba para el anuncio de las guardias de noche y varios otros propósitos en el campamento.

Caesaraugusta: Ciudad romana. Capital celtíbera del Área tribal de Lusone. Zaragoza moderna. Construida sobre el río Ebro en la confluencia del Huerva y el Gallego.

Caledonia: Escocia romana.

Caligai: sandalias del ejército romano.

Calleva Atrebatum: Silchester, Hampshire (territorio de los Atrebati).

Caracca: Ciudad ibera, Guadalahara moderna

Carpentum: Carreta cubierta con madera o cortinas, usada principalmente por mujeres. Debido a que los vehículos con ruedas eran ilegales en muchas áreas de las ciudades romanas, el más pequeño de estos vehículos podían separarse y transportarse como una parihuela.

Carra: Carro pequeño popular entre los celtas. Pequeño carruaje.

Castrum: La palabra latina *castra*, con su singular *castrum*, era usada por los antiguos romanos para referirse a edificios o parcelas de tierra reservados o construidos para uso como posición defensiva militar.

Cenarium: Pequeño comedor.

Centuria: unos 80 hombres.

Centurión de Primera Lanza: El rango de centurión era un rango de oficial que incluía muchos grados, lo que significaba que los centuriones tenían muy buenas perspectivas para promoción. El centurión más antiguo de una legión era conocido como *primus pilus*

(primera fila o lanza), que comandaba directamente la primera centuria de la primera cohorte y mandaba la primera cohorte entera en la batalla. De la segunda a la décima cohortes, el comandante de la primera centuria de cada cohorte era conocido como *pilus prior* y estaba al mando de toda su cohorte respectiva en la batalla. A la antigüedad de los centuriones *pilus prior* les seguían los otros cinco comandantes de centuria de la primera cohorte, que eran conocidos como *primi ordines*.

Cingulum: Cinturón de la espada del ejército romano, hecho de restos de latón y cuero, de dos correas.

Cohorte: unos 480 hombres.

Compluvio: Un espacio sin techar, en el patio de una vivienda romana, a través del cual la lluvia caía en el *impluvium* o cisterna.

Contubernium: Escuadrón u octeto moderno. Ocho hombres.

Craig Phadrig: colina boscosa en el extremo occidental de Inverness, Escocia.

Crannog: una isla artificial usada en la antigua Escocia e Irlanda como morada.

Curia: Una *curia*, plural *curiae*, es una asamblea, consejo, o tribunal, en el que se discuten asuntos públicos, oficiales o religiosos y se toman decisiones. En la antigua Roma, los concilios se reunían para confirmar la elección de los magistrados, presenciar la instalación de los sacerdotes, la elaboración de testamentos y adopciones. La palabra *curia* también se aplicaba a lugares de encuentro donde se reunían varias asambleas, especialmente en casa de reunión del senado.

Dalginross: Fortaleza romana en la actual Comrie, Escocia.

Deva: Chester, Cheshire.

Devana: la Via Devana fue una calzada romana construida en la provincia imperial de Britania, actual Inglaterra, que se extendía entre Colonia Victricensis (Colchester), en el sureste, y Deva (Chester) en el noroeste, de la cual la vía tomaba el nombre.

Diezma: Una forma de disciplina militar utilizada por los comandantes superiores en el ejército romano para sancionar delitos capitales como motín o deserción. La palabra *diezma* se deriva del latín que significa «eliminación de una décima parte». El procedimiento fue un intento pragmático de equilibrar la necesidad de castigar graves delitos con los aspectos prácticos de tratar con un gran grupo de delincuentes. Una cohorte seleccionada para el castigo por diezma se dividía en grupos de diez, cada grupo echaba suertes (Sorteo), y el soldado sobre quien recaía era ejecutado por sus nueve camaradas, a menudo usando piedras o garrotes. Los soldados restantes a menudo recibían raciones de cebada, en lugar de trigo, durante unos días y tenían que acampar fuera del campamento de marcha. Como el castigo caía por sorteo, todos los soldados del grupo eran elegibles para la diezma, independientemente del grado individual de la falta, del rango y distinción, a menos que se amañara para eliminar a los cabecillas del motín. El liderazgo generalmente se ejecutaba independientemente en una de cada diez muertes entre la tropa y la lanza.

Durocornovium: Dunstable, Bedfordshire.

Dushares: También transcrito como Dusares, una deidad en el antiguo Medio Oriente adorada por los nabateos en Petra y Madain Saleh (de cuya ciudad era el patrón). Fue engendrado por Manat la diosa del destino. En la época griega, estaba asociado con Zeus porque era el jefe del panteón nabateo, así como con Dioniso. Su santuario en Petra contenía un gran templo en el que una gran piedra cúbica era la pieza central.

Dux: Equivalente latino en este sentido al Duque. Nobleza de alto rango.

Flagrum: Una fusta es un látigo o azote, especialmente un tipo multi-cuerda, utilizado para infligir castigos corporales severos o automortificación en la espalda.

Flammeum: Velo rojo de la novia.

Gallego: Río principal del valle del Ebro que fluye desde el Norte en Zaragoza.

Gallia Bélgica: A veces dado como Belgica Prima, era un Provincia romana ubicada en lo que hoy es la parte sur de los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, noreste de Francia y oeste de Alemania. De acuerdo con Julio César, la frontera entre Gallia y Bélgica estaba formada por los ríos Marne y el Sena, y la de Germania por el Rin. La zona es el histórico corazón de los Países Bajos, una región que corresponde aproximadamente al actual Grupo de estados del Benelux, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo, así como el Flandes francés y alguna parte de Renania.

Galia: Francia moderna, Bélgica, Luxemburgo y Alemania occidental. La provincia más al sur era Gallia Aquitania que limitaba con Hispania a lo largo de los Pirineos.

Gens Togata: Personas u hombres de la toga. La implementación de la toga, con su capacidad de cambio, demuestra rango y el estado y las formas en que los elementos de adorno se pueden utilizar para afirmar, defender y manipular identidades en respuesta a cambios políticos y circunstancias sociales. Como herramienta para mantener el orden demostrando legitimidad, la toga cambiante fue adoptada por Augusto cuando él y cada élite de los miembros de Roma negoció su propio lugar en el mundo romano.

Germania: Tradicionalmente, el área al oeste del Rin, hacia Rusia, en el siglo I el frente activo y volátil estaba más cerca a la frontera moderna de Bélgica y Francia.

Ghutrah: El keffiyeh / kufiya, también conocido como ghutrah, es un tocado árabe tradicional formado a partir de una bufanda cuadrada, generalmente de algodón. Por lo general, lo usaban los hombres árabes. Se encuentra comúnmente en regiones áridas para proporcionar protección contra la exposición directa al sol, así como para proteger la boca y ojos de polvo y arena.

Gladius Gladii: Espada relativamente corta y puntiaguda de la infantería romana. Particularmente efectiva como arma punzante en combate cuerpo a cuerpo donde no se podían blandir espadas más largas.

Gleann Mor: conjunto de valles escoceses que se extienden a lo largo de más de 100 km desde Inverness, en el fiordo de Moray,

hasta Fort William, en el extremo del Loch Linnhe.

Glevum: Gloucester, Gloucestershire.

Gnaeus Julius Agricola: (Cneo Julio Agrícola; 13 de junio de 40-23 de agosto de 93) fue un general romano responsable de muchas de las conquistas romanas de Bretaña. Nacido en una destacada familia política, Agrícola comenzó su carrera militar en Bretaña, sirviendo bajo el gobernador Cayo Suetonio Paulinus. Su carrera posterior lo vio servir en una variedad de puestos; fue nombrado *quaestor* (cuéstor) en la provincia de Asia en el 64, luego Tribuno Plebeyo en el 66, y *praetor*n en el 68. Apoyó a Vespasiano durante el Año de los Cuatro Emperadores (69), y recibió un mando militar en Bretaña cuando este último se convirtió en emperador. Cuando terminó su mandato en el 73, fue nombrado patricio en Roma y nombrado gobernador de Gallia Aquitania. Fue nombrado cónsul y gobernador de Britania en el 77. Mientras estuvo allí, conquistó gran parte de lo que ahora es Gales y norte de Inglaterra, y se aventuró brevemente en las tierras bajas de Escocia.

Hera: Hera es esposa y una de tres hermanas de Zeus en el panteón olímpico de la mitología y religión griegas. Su función principal es la de diosa de la mujer y el matrimonio. Su contraparte en la religión de la antigua Roma era Juno. La vaca, el león y el pavo real son sagrados a ella. La madre de Hera es Rea y su padre Cronos. Representada como majestuosa y solemne, a menudo entronizada y coronada con el *polos* (una alta corona cilíndrica usada por varias de las Grandes Diosas), Hera puede llevar la fruta de la granada en la mano, emblema de sangre fértil y muerte y sustituto de la cápsula narcótica de la adormidera. Hera era conocida por sus celos y naturaleza vengativa, sobre todo contra las amantes y la descendencia de Zeus, pero también contra mortales que la traicionaran; como Pelias. Paris la ofendió al elegir a Afrodita como la diosa más hermosa, ganándose el odio de Hera.

Hibernia: nombre en latín de la Isla de Irlanda.

Hierba mora: Belladona.

Hispania Tarraconensis: La más septentrional de las tres provincias en la España del primer siglo, cubriendo el área de los

Pirineos, y el Sur en una línea irregular desde Vigo, pasando por Toledo, hasta Almería.

Hookahs: un *hookah* (narguile), también conocido como pipa de agua, es un instrumento para fumar de una o varias varillas en el que el vapor o el humo se pasa a través de un recipiente de agua (a menudo de vidrio) antes de la inhalación. Cuando la pipa de agua se utiliza para producir humo (como es común en los Estados árabes del Golfo Pérsico), generalmente se le conoce como *hookah,* que significa "tarro" en árabe.

Huerva: Río principal del valle del Ebro, que fluye desde el sur en Zaragoza.

Iberia: Nombre griego de España/Portugal. Hispania latina.

Iberus: Río Ebro, en Aragón, España.

Ilerda: Ciudad ibera. Lleida moderna. Centro de un municipio autónomo separado.

Inbhir Nis: Inverness, Escocia.

Inchtuthil: Fortaleza romana en la ribera del Río Tay cerca de Dunkeld (Perth y Kinross), Escocia.

Isis-Al Uzza: Isis como la diosa Al Uzza.

Isis-Mut: Isis como Mutt, la diosa madre de todos.

Fendoch: Fortaleza romana entre *Dalginross* e *Inchtuthil* a lo largo de la línea montañosa (Gleann Mor) al norte del río Earn.

Jabal Habees: Fortaleza de Al-Habees en Petra.

Jalón: Río principal frente al Ebro, que fluye desde el Sur.

Khameez: Un vestido tradicional usado por mujeres y hombres. Los *shalwar* son pantalones holgados que parecen pijamas. Las piernas son anchas en la parte superior, y estrecho en el tobillo. El *kameez* es una camisa o túnica larga. Las costuras laterales, si se deja abierto por debajo de la línea de la cintura, brinda al usuario una

mayor libertad de movimiento.

Khat: Khat (Catha Edulis) es una planta con flores nativa al Cuerno de África y la Península Arábiga. Entre las comunidades de estas áreas, masticar *khat* tiene una larga historia como costumbre social que se remonta a miles de años. La *khat* contiene un alcaloide monoamínico llamado catinona, un estimulante similar a la anfetamina, que se dice que causa excitación, pérdida de apetito y euforia.

Kohl: tinte negro, hecho de polvo de antimonio, usado en cosmética desde tiempos del antiguo Egipto. Se usaba como sombra de ojos.

Ksirakakoli: nombre latino: Fritillaria roylai. Es un bulbo antiasmático, antirreumático, febrífugo, galactógogo, hemostático, oftálmico y oxitócico. La planta se usa para masajear a pacientes con hinchazón de las articulaciones causadas por la artritis. Reduce la inflamación y las lesiones, alivia y reduce la hinchazón, los hematomas y el dolor en las articulaciones. Refresca la piel, revitaliza circula y estimula la oxigenación.

Kye: vaca, en Escocia y norte de Inglaterra.

Lectus: suntuosos asientos o sofás de forma semicircular donde los romanos ricos comían reclinados alrededor de una mesa que tenía la misma forma. El *lectus* fue quizá el elemento más importante del mobiliario de estilo romano que se utilizaban para dormir, sentarse, relajarse o comer. El *lectus* tenía un marco de madera con correas de cuero que sostenían un colchón relleno con paja o lana o plumas. En un extremo del *lectus* siempre había un brazo aunque muchos de estos sofás también tenían respaldos y dos brazos. El *lectus* se hizo aún más cómodo con la adición de almohadas, cojines y un colcha confeccionada con los mejores tejidos. Las patas del *lectus* eran a menudo caras, decoradas con preciosos metales y marfil. Se hace mención incluso de monturas de plata maciza. La costumbre de reclinarse a la hora de comer se introdujo en las naciones del Este y fue adoptada al principio sólo por los hombres, pero luego se le permitió también a la mujer. Para los pobres, o en las comidas informales, se comía en las mesas y sillas normales.

Legio VII Gemina: La Séptima legión «gemela» fue una legión

romana, creada en el 68 d.C. por el recién nombrado emperador Galba en Clunia (Burgos) con el fin de reforzar su escaso ejército en su aventura de golpe de Estado y destitución del emperador Nerón. La legión saqueó Roma, además de llevar a cabo otras operaciones. Tras el asesinato de Galba, la legión se declaró partidaria del emperador Otón, participando junto a él en su enfrentamiento con Vitelio, contra cuyo ejército combatió en la primera batalla de *Bedriacum* (actual Calvatone, Italia), en la que fue vencida.

Esta legión, nacida como *Legio VII Galbiana*, le sirvió para completar los efectivos de la *Legio VI Victrix* y obtener así un ejército que le permitiera a Galba convertirse en emperador. La ciudad de León creció alrededor del lugar donde estaba asentada la *Legión VI Victrix* hasta el 69 d.C, sustituida por la *Legión VII Gemina* en el 74 d.C. procedente de Pannonia (región que comprende actualmente Hungría y parcialmente a Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina, Eslovenia, Austria y Eslovaquia).

Legio XX Valeria Victrix: (Vigésima Legión Victoriosa de Valeria) fue una legión romana constituida por Augusto en algún momento después del 31 a. C. Sirvió en Hispania, Illyricum y Germania antes de participar en la invasión de Britania en el 43 d.C., donde permaneció y estuvo activa hasta al menos principios del siglo IV. El emblema de la legión era un jabalí.

Locus Consularis: El lugar designado para la persona principal de la compañia.

Londinium: Londres.

Lupae: Prostituta. Uno de los cuarenta nombres para prostitutas, cada uno describe el servicio. Se rumoreaba que estas tenían extraños poderes nocturnos y eran particularmente dotadas en estimulación oral. Las sacerdotisas viajeras de Justicia son una completa ficción, nada típico de las *lupae*. Luc en realidad le señala esto a Maia, pero los lectores me han planteado la pregunta.

Lupercalia: La fiesta de la Lupercalia se celebraba el 15 de febrero, en parte en honor a Lupa, la loba que amamantó a los huérfanos Rómulo y Remo, los fundadores de Roma, explicando así el nombre del festival, Lupercalia o «Festival de la Loba».

Lutetia: París.

Mandvessedum: Mancetter, Warwickshire.

Manumisión: Liberación de un esclavo.

Mediolanum: Whitchurch, Shropshire.

Messalina: Valeria Messalina, a veces deletreada Messallina, (17/20–48) fue la tercera esposa del emperador romano Claudio. También era prima paterna del emperador Nerón, prima segunda del Emperador Calígula y bisnieta del emperador Augusto. Poderosa e influyente mujer con reputación de promiscua, se afirmó que conspiró contra su esposo y fue ejecutada cuando el fue descubierto la conspiración. Su notoria reputación es posiblemente el resultado de políticas parciales. Ha sido perpetuada por obras de arte y literatura en los tiempos modernos. Con su acceso al poder, Messalina entra en la historia con una reputación de despiadada, depredadora y sexualmente insaciable. Su esposo es representado como fácilmente conducido por ella e inconsciente de sus muchos adulterios, hasta informó que había llegado a casarse con su último amante, el senador Cayo Silio en el 48. El Senado romano ordenó entonces que el nombre de Mesalina y todas sus estatuas fueran retirados de todos los lugares públicos o privados *(damnatio memoriae)*.

Milites Gregarii: Hombres de armas no nobles. Soldados regulares..

Nafud: El Nafud o Al-Nefud es un desierto en la parte norte de la Península Arábiga que ocupa una gran depresión ovalada. Tiene 290 km de largo y 225 km de ancho, con un área de 103 600 km^2. El Nafud es una región desértica de dunas de arena con poca o ninguna vegetación. Es conocido por sus repentinos vientos violentos que explican las grandes dunas en forma de media luna. La arena en el Nafud es un color rojizo ladrillo. La lluvia llega una o dos veces al año. En algunas zonas de tierras bajas, es decir, en las cercanas a las montañas de Hejaz, hay oasis donde se cultivan dátiles, verduras, cebada y frutas. El Nefud está conectado al Rub 'al Khali junto al Dahna, un corredor de llanuras de grava y dunas de arena, 800 millas de largo y de 15 a 50 millas de ancho.

Nacione: Soldados extranjeros alistados o reclutados para Roma. Obtenían la ciudadanía por el servicio.

Nertobriga: Ciudad romana cerca de la moderna Almunia, España.

Numancia: Capital celtíbera de las tierras de la tribu Arevaci. Cerca de la moderna Garray.

Nimphaeunum: El *nimphaeunum* era una gran fuente pública a lo largo de la calle Colonnaded de Petra. Solo quedan los cimientos hoy, pero en la antigüedad era un edificio espléndido con una media cúpula interior empotrada.

Okilis: Ciudad celtíbera, ahora Mediacelli.

Ordovices: Tribus en Cambria (Gales).

Palla: Gran chal suelto usado por las mujeres

Pallas Atenea: «¿Detuvo Hera a su propio hijo cuando era Reina del cielo?
No, hizo que Palas Atenea lo detuviera por ella.»
El libro 5 de La Ilíada, líneas 430-910.

Palium: Una pesada capa de lana. Hay muchas opiniones diferentes sobre el origen del *pallium* papal. Algunos lo rastrean hasta una investidura de Constantino I; otros lo consideran una imitación del *Efod* hebreo, la prenda humeral del Sumo Sacerdote. Otros declararan que su origen se remonta a un manto de San Pedro, que era simbólico de su cargo de pastor supremo. Una cuarta hipótesis encuentra su origen en un manto litúrgico, el cual se afirma que ya fue utilizado por los primeros papas. Una quinta dice que su origen se remonta a la costumbre de doblar el ordinario manto-palium, una prenda exterior en uso en la época imperial.

Pennocrucium: Water Eaton, Staffordshire.

Peplos: Vestido griego a diferencia de la túnica romana, recogido y dividido de hombro a cintura.

Peristilium: Jardín privado o patio (peristilo).

Pilus Prior, Pilus Posterior: El rango de centurión era un rango de oficial que incluía muchos grados, lo que significaba que los centuriones tenían muy buenas perspectivas para promoción. El centurión más antiguo de una legión era conocido como *primus pilus* (primera fila o lanza), que comandaba directamente la primera centuria de la primera cohorte y mandaba la primera cohorte entera en la batalla. De la segunda a la décima cohortes, el comandante de la primera centuria de cada cohorte era conocido como *pilus prior* y estaba al mando de toda su cohorte respectiva en la batalla. A la antigüedad de los centuriones *pilus prior* les seguían los otros cinco comandantes de centuria de la primera cohorte, que eran conocidos como *primi ordines*.

Pompa: Marcha jovial de invitados para acompañar a la nueva pareja de forma segura a su nuevo hogar.

Pompaelo: Ciudad romana, Pamplona moderna.

Pontes: Staines, Surrey.

Portus Itius: Un antiguo nombre romano para un puerto en Picardía, Francia. Probablemente Wissant y Boulogne, más comúnmente llamada *Gesoriacum*.

Praefectus Castrorum: Oficial de mayor rango en un área determinada, investido en ausencia de un oficial de mayor rango.

Princep: Del término latino para «primer ciudadano», raíz y equivalente moderno, en este sentido, al Príncipe.

Princeps Prior: El *Princeps Prior* era un centurión romano de alto rango. Cada una de las diez cohortes, que componían una Legión, tenían a la cabeza el rango de *primus prior* seguido por el *princeps prior*.

Pronuba: Doncella/matrona de Honor.

Rekeem: El nombre nabateo de Petra.

Rub 'al Khali: El Rub 'al Khali o Barrio Vacío es el desierto de arena más grande del mundo, que abarca la mayor parte del tercio sur de la Península Arábiga, incluida Arabia Saudita y áreas de Omán,

Estados de Emiratos Árabes Unidos y Yemen. El desierto cubre unos 650.000 kilómetros cuadrados.

Rutupiae: Richborough, Kent.

Río sabrina: Río Severn.

Samhain: Fiesta celta que se celebra tradicionalmente en la luna llena entre octubre y noviembre. El calendario romano corrompía ocasionalmente tales festivales, por lo que era posible que una festividad basada en la luna cayera en cualquier momento del ciclo lunar.

Saragosa: Zaragoza moderna. Pronunciación corrupta del latín Caesaraugusta.

Schenti: Prenda corta de cuero similar a una falda usada por los hombres egipcios.

Silphium: una planta, se cree que extinta, usada en la antigua Grecia y Roma en cocina y como contraceptivo.

Sottovoce: En tonos suaves, para no ser escuchado; en un tono de fondo.

Stola: Sobretúnica usada por las mujeres casadas. A menudo la parte decorativa de un atuendo.

Tabernas: (también *taberna diversoria*) Posada, albergue de carretera, estación de servicio.

Tabilae Nuptiales: Certificado de matrimonio

Tablinum: En la arquitectura romana, un *tablinum* (o *tabulinum*, de *tabula*, tablero, imagen) era una habitación situada generalmente a un lado del atrio y opuesta a la entrada. Se abría en la parte trasera al peristilo, con una gran ventana o solo una antesala o cortina. Las paredes estaban ricamente decoradas con pinturas al fresco y bustos de la familia dispuestos sobre pedestales a ambos lados de la habitación.

Tagum: Tajo. Río principal en el centro de España.

Tamesis: Río Támesis (Thames).

Thagiyah: Los hombres árabes también usan una cubierta para la cabeza de 3 piezas. La pieza inferior de esta cubierta para la cabeza es una gorra blanca que a veces se llena con agujeros. Este gorro, llamado *Thagiyah*, se usa para sujetar el cabello. en su lugar. Encima del *Thagiyah* hay una cubierta para la cabeza en forma de bufanda que viene en dos tipos: una cubierta blanca clara para la cabeza llamada *Gutrah*. Estas cubiertas para la cabeza protegen la cabeza de la luz solar directa y se puede usar para cubrir la boca y la nariz durante tormentas de arena o clima frío. Encima del *Thagiyah* y el *Gutrah* está el *Agal*, que es una banda que rodea la parte superior de la cabeza para sujetar todo lo demás en su lugar. Cuando los niños varones llegan a la pubertad, se les enseña a llevar la cubrirse la cabeza como una señal de entrada en la edad adulta. Dentro de la casa, la cabeza no necesita cobertura; cuando alguien tiene invitados en casa, lo usa como señal de respeto.

Thoub: Un vestido de una pieza de manga larga para hombre que cubre todo el cuerpo.Esta prenda permite que el aire circule, lo que ayuda a refrescar el cuerpo durante los calurosos días de verano. Durante el verano se suele hacer de algodón blanco para reflejar la luz del sol. En invierno está hecho de más pesado tela como la lana y viene en colores más oscuros.

Toletum: Ciudad romana, Toledo moderna.

Tribuno Augusticlavius: Uno de los cinco oficiales de alto rango en una legión.

Tribuno Laticlavius: Oficial senatorial, segundo al mando de una legión. Más comúnmente los hijos de ricos aristocráticos romanos que hacían un reclutamiento de cinco años antes de ascender al senado.

Triclinio: El comedor mismo se llamaba triclinio, aun cuando contenía varias mesas de comedor. Romanos de distinción en épocas posteriores tenía varias salas de este tipo para diferentes épocas del año. En invierno cenaban en el interior de la casa a la luz de la lámpara, en verano en un cenador anexo a la casa o en la planta superior. Los *lecti*, dispuestas para tres personas cada una,

eran espacios amplios y acolchados, más bajos hacia el exterior e inclinados hacia arriba con un soporte lateral; en cada uno de los tres lugares había una almohada sobre la cual los comensales, mientras estaban sentados a la mesa, se apoyaban con el brazo izquierdo y los pies hacia el exterior. La asignación de los nueve lugares se hacía de acuerdo con estrictas reglas de etiqueta. El diván del medio, *lectus medius*, y el de la izquierda, *lectus summus* (el más alto), eran designados para los invitados, el primero para los más invitados distinguidos; que a su derecha, *lectus imus* (el más bajo), era para el anfitrión, su esposa y un niño o un liberto. En el *lectus summus* e *imus*, el lugar de honor (locus summus) estaba en el lado izquierdo, en el que estaba el apoyo del sofá y, en consecuencia, el asiento más conveniente. Aunque el lugar designado para la persona principal de la empresa, el *locus consularis*, era en el *lectus medius* (y no a la izquierda, sino a la derecha y sin apoyo lateral), junto al del anfitrión, que ocupaba el primer lugar en el *lectus imus*.

Trirreme: Era un antiguo barco y un tipo de galeón utilizado por las antiguas civilizaciones marítimas del Mediterráneo, especialmente los fenicios, antiguos griegos y romanos. Para navegar tenía tres hileras de remeros.

Turmae: Una turma (latín para "enjambre, escuadrón ", plural *turmae*) era un escuadrón de caballería en el ejército romano de la República y el Imperio.

Tutulus: Complejo peinado favorecido por las novias del primer siglo.

Tutus Caverna: Sala de una cueva protegida / segura / a salvo.

Uisge Nis: (río Ness), Inverness, Escocia.

Valentia: Puerto romano, Valencia moderna.

Verulamium: St Albans, Hertfordshire.

Vía Nova Traiana: Nueva Carretera de Trajano, originalmente «La Autopista del Rey», era una ruta comercial de vital importancia para el antiguo Medio Oriente. Esta comenzaba en Egipto y se extendía por la península del Sinaí hasta Aqaba. Desde allí giraba

hacia el Norte a través del Jordán, que conducía a Damasco y al Río Éufrates. La *Vía Traiana Nova* (anteriormente conocida como *Vía Regia)* era un antigua calzada romana construida por el emperador Trajano. Se conocía específicamente como la *Vía Traiana Nova* para distinguirla de la *Vía Traiana* en Italia. Ocasionalmente también se la conocía simplemente como *Vía Nova* o *Vía Nova Traiana* y se completó bajo Adriano.

Vicus: En la Antigua Roma, un vicus (plural *vici*) era un barrio o pequeña aglomeración urbana. Durante la época republicana, las cuatro regiones de la ciudad de Roma se dividían en *vici*. En el siglo I a. C., Augusto reorganizó la ciudad con fines administrativos en 14 regiones, que comprendían 265 *vici*. Cada *vicus* tenía su propio consejo de funcionarios que supervisaban los asuntos locales. Estas divisiones administrativas todavía estaban en vigor al menos hasta mediados del siglo IV.

La palabra latina *vicus* también se aplicaba a la unidad administrativa más pequeña de una ciudad provincial en el Imperio romano y al asentamiento provincial civil que surgía cercano a un lugar romano oficial, como pudiera ser una guarnición militar o una zona minera en operación.

Villa Urbana: Residencia o finca de lujo cerca de la conveniencia de la ciudad.

Vinalia Rústica: La Vinalia Rústica se celebraba el 19 de agosto. Originalmente sagrada para Júpiter, más tarde se llevó a cabo en los templos en honor a Venus. No era una fiesta estimada por las mujeres. Debido a la intensa bebida y a la pérdida de control resultante, las mujeres de la clase alta romana eran supervisadas durante este festival y, a veces, se les daba bebidas de bajo contenido alcohólico.

Viroconium: (También Uriconium) Wroxeter, Shropshire.

Vitis: Caña de vid llevada por los centuriones. Hecha de una rama de vid.

Wadi Musa: El principal valle del río que atraviesa Petra.